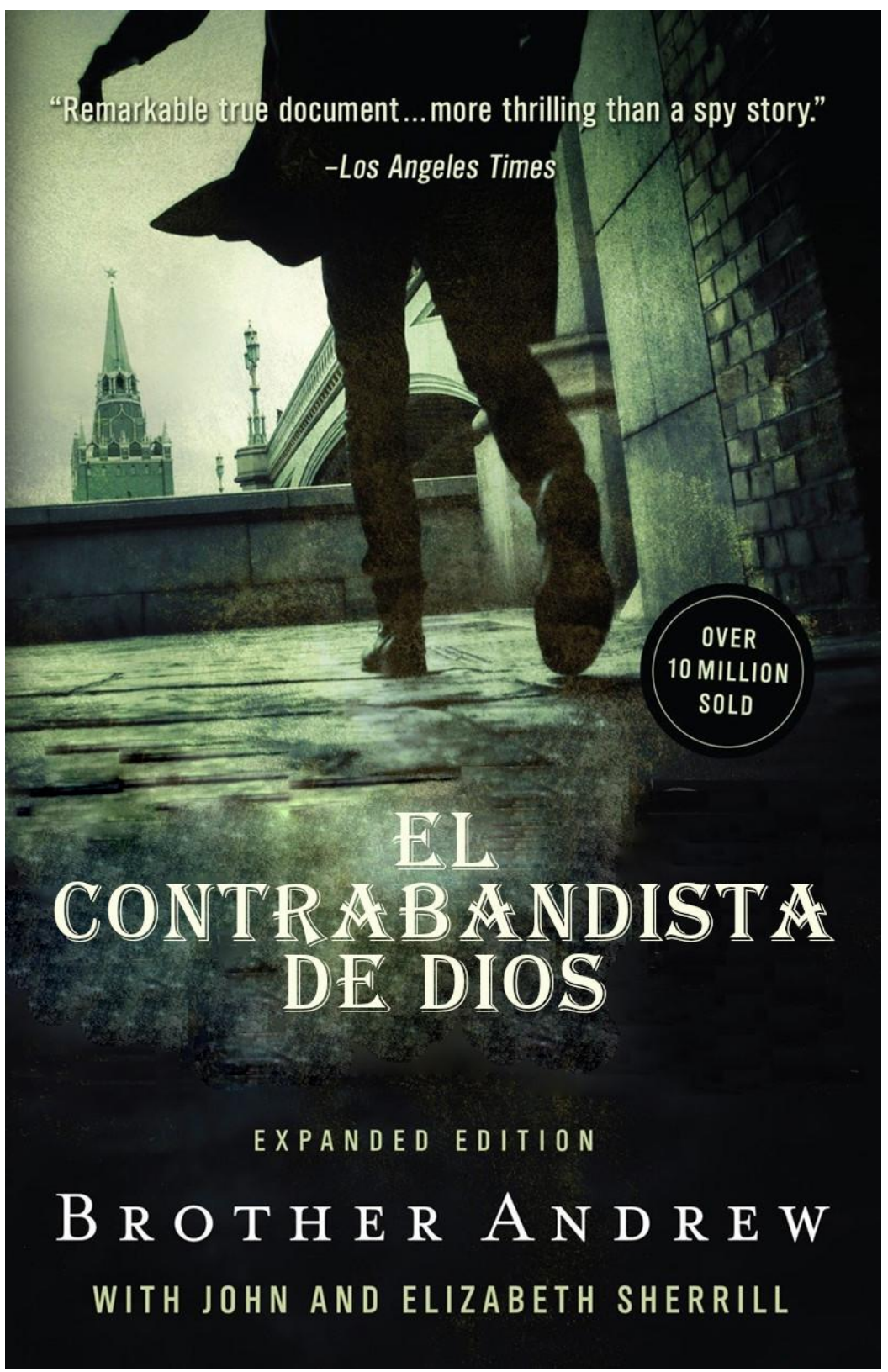


A person in a dark coat is running across a rooftop. In the background, a city skyline is visible, featuring a prominent church with a tall, pointed spire. The scene is captured in a cinematic, slightly desaturated style.

"Remarkable true document...more thrilling than a spy story."

-Los Angeles Times

OVER
10 MILLION
SOLD

EL CONTRABANDISTA DE DIOS

EXPANDED EDITION

BROTHER ANDREW

WITH JOHN AND ELIZABETH SHERRILL

GOD'S SMUGGLER

EL CONTRABANDISTA
DE DIOS

BROTHER ANDREW

WITH JOHN AND ELIZABETH SHERRILL



Chosen

a division of Baker Publishing Group
Minneapolis, Minnesota

© 1967, 2001, 2015 por Open Doors
International y John y Elizabeth Sherrill

Publicado por Chosen Books

11400 Hampshire Avenue Sur

Bloomington, Minnesota 55438

www.chosenbooks.com

Chosen Books es una división de

Grupo editorial Baker, Grand Rapids, Michigan

www.bakerpublishinggroup.com

Edición de libro electrónico creada en 2015

Correcciones del libro electrónico 24/01/2019

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse, almacenarse en un sistema de recuperación ni transmitirse en

ninguna forma ni por ningún medio (por ejemplo, electrónico, fotocopia o grabación) sin la autorización previa por escrito del editor. La única excepción son las citas breves en reseñas impresas.

Los datos de catalogación en publicación de la Biblioteca del Congreso se encuentran archivados en la Biblioteca del Congreso.

Congreso, Washington, DC.

ISBN 978-1-4412-2901-4

Las citas bíblicas identificadas como NVI
proviene de la Santa Biblia, Nueva Versión
Internacional®. NVI®. Copyright © 1973, 1978,
1984, 2011 por Biblica, Inc.™. Usado con permiso
de Zondervan. Todos los derechos reservados a
nivel mundial. www.zondervan.com

Diseño de portada de Gearbox

Contenido

Portada 1

Página de título 3

Página 4 de derechos de autor

Prólogo: El contrabandista en nuestra sala de estar 7

1. Humo y cortezas de pan 9

2. El sombrero de paja amarillo 22

3. La piedra en la concha 34

4. Una noche tormentosa 39

5. El Paso del Sí 47

6. El Juego del Camino Real 64

7. Detrás de la Cortina de Hierro 82

8. La copa del sufrimiento 92

9. Se establecen los cimientos 102

10. Linternas en la oscuridad 112

11. La tercera oración 122

12. Iglesia Falsa 138

Inserto de foto 149

13. Al borde del círculo interior	157
14. Abraham, el asesino de gigantes	166
15. El invernadero en el jardín	179
16. La obra comienza a expandirse	191
17. Rusia a primera vista	207
18. Por Rusia con amor	213
19. Biblias para los pastores rusos	223
20. El despertar del dragón	231
21. Doce Apóstoles de la Esperanza	244
Epílogo: Las nuevas aventuras del contrabandista de Dios	261
Para más información	281
Acerca de Puertas Abiertas	282
Acerca de los autores	283
Anuncio posterior	285
Contraportada	287

Prólogo

El contrabandista en nuestra sala de estar

El hombre delgado, de unos treinta y tantos años, estaba sentado en nuestra sala mientras lo acribillábamos a preguntas para el libro que estábamos escribiendo, cuando nuestra hija de ocho años, Liz, irrumpió por la puerta principal desde el autobús escolar. Fue un momento crucial en las entrevistas —el episodio del encuentro con Petroff en Sofía—, pero cada vez que Liz o uno de sus hermanos llegaba a casa, eso era lo primero para el hombre conocido como "Hermano Andrew".

—¡Liz! —gritó como todas las tardes cuando ella volvía de la escuela—. ¿Qué tal la clase de ortografía?

Riéndose a carcajadas ante su propia pregunta, Andrew insistió en interrumpir la sesión de lectura para dar su paseo diario con su joven amigo. Para este holandés, la ortografía como asignatura escolar era una fuente inagotable de diversión. Si sabes hablar holandés, les explicó a los niños, puedes deletrearlo; las palabras se escriben tal como suenan. Que la ortografía inglesa fuera tan difícil le parecía una extraña perversidad.

Liz estaba totalmente de acuerdo con él en esto, y en todo lo demás. Nuestros tres hijos estaban locos por él, y Andrew, extrañando a sus propios hijos, pasaba cada minuto que podía con ellos.

Al final del paseo, Andrew regresó a la entrevista interrumpida, a regañadientes, nos pareció. Siempre le había intrigado nuestro interés en un proyecto literario.

«No me imagino por qué querías escribir sobre mí», dijo cuando se lo propusimos. «¿A quién le interesaría? Soy hijo de un herrero de pueblo; ni siquiera terminé la secundaria. Soy una persona común y corriente».

Eso, por supuesto, era precisamente el atractivo de su historia. ¿Cómo, en efecto, había sido Dios?

¿Poder usar a un hombre con problemas de espalda, poca educación, sin patrocinio ni fondos para hacer cosas que personas con buenos contactos y recursos consideraban imposibles? Para nosotros y para la gente común, eso era lo que hacía tan fascinantes las aventuras del hermano Andrew.

Cuesta creer que hayan pasado 35 años desde que se completaron las entrevistas y se publicó *El Contrabandista de Dios*. Y aún cuesta más creer que hoy en día se impriman más de diez millones de ejemplares en 35 idiomas.

“Y ese no es el panorama completo”, nos dijo Andrew durante una visita a nuestra casa en la primavera de 2001. “Cientos de miles de ejemplares han sido impresos extraoficialmente por cristianos en países pobres de todo el mundo, y luego regalados para animar a otros”. Andrew nos miró con cierta culpa. “Me temo que les di permiso para hacerlo. ¿Estaba actuando ilegalmente?”

Sí, pero nos alegramos de que lo hubiera hecho. Y creemos que Dios también se alegró.

John y Elizabeth Sherrill
Chappaqua, Nueva York, 2004

Humo y cortezas de pan

Desde la primera vez que me puse los zuecos —klompen, como los llamamos en Holanda—, soñé con la audacia. Era un espía tras las líneas, un explorador solitario en territorio enemigo, me arrastraba bajo el alambre de púas mientras las balas trazadoras quemaban el aire a mi alrededor.

Claro que no teníamos enemigos de verdad en mi pueblo natal, Witte —no cuando era pequeño—, así que nos convertimos en enemigos. De niños, usábamos nuestros klompen para pelear; cualquier niño que se golpeaba con un zueco simplemente no había llegado al suyo lo suficientemente rápido. Recuerdo el día que le rompí un zapato en la cabeza a mi amigo-enemigo Kees. Lo que nos horrorizó a ambos no fue el enorme chichón en su frente, sino el zapato roto. Kees y yo olvidamos nuestra guerra el tiempo suficiente para intentar repararlo. Pero esta es una habilidad que solo se adquiere con el tiempo, y esa noche mi padre, un herrero tan trabajador, también tuvo que hacerse zapatero. Ese mismo día, papá se había levantado a las cinco para regar y desherbar el jardín que ayudaba a alimentar a sus seis hijos. Luego, había pedaleado seis kilómetros en bicicleta hasta su trabajo de herrero en Alkmaar. Y ahora tenía que pasar la tarde haciendo un pequeño hueco en la parte superior del zapato de madera, pasando un alambre por el hueco, clavando el alambre en ambos lados y repitiendo el proceso en el talón para que yo pudiera tener unos zapatos

para usar en la escuela.

—¡Andrew, debes tener más cuidado! —dijo mi padre con su voz fuerte. Papá era sordo y gritaba en lugar de hablar. Lo entendí perfectamente: no se refería a tener cuidado con los huesos y la sangre, sino con las posesiones ganadas con tanto esfuerzo.

Había una familia en particular que actuaba como el enemigo en muchas de mis fantasías infantiles: la Familia Whetstra.

No sé por qué me metí con los Whetstras, salvo que fueron los primeros en nuestro pueblo en hablar de la guerra con Alemania, un tema que no era popular en Witte. Además, eran cristianos evangélicos devotos. Sus «Dios te bendiga» y «Si Dios quiere» parecían asquerosamente insulsos para un secreto agente de mi estatura. Así que en mi mente eran el enemigo.

Recuerdo pasar una vez por la ventana de la cocina de la señora Whetstra justo cuando estaba metiendo galletas en el horno de su estufa de leña. Apoyado contra la fachada de la casa había un cristal nuevo, y me dio una idea. Esta sería mi oportunidad de ver si los siempre sonrientes Whetstras podían enfadarse tanto como otros holandeses. Recogí el cristal y me moví sigilosamente entre las líneas hasta la parte trasera del cuartel general enemigo. Los Whetstras, como todos en el pueblo, tenían una escalera que conducía a su tejado de paja. Me quité el klompen y subí. Silenciosamente, coloqué el cristal en la chimenea. Luego bajé sigilosamente por la escalera y crucé la calle para ocultarme detrás del carro de un vendedor ambulante de pescado.

Efectivamente, el humo retrocedió por la chimenea. Llenó la cocina y empezó a salir en espiral por la ventana abierta. La Sra. Whetstra corrió a su cocina gritando, abrió la puerta del horno de golpe y avivó el humo con su delantal. El Sr. Whetstra salió corriendo y miró hacia la chimenea. Si esperaba un torrente de rica prosa holandesa, me decepcioné, pero la expresión de su rostro al subir la escalera era completamente de otro mundo, y me apunté una tremenda victoria contra todo pronóstico.

Otro enemigo favorito era mi hermano mayor, Ben. Como era típico de los hermanos mayores, Ben era un experto en el intercambio. Su rincón de nuestro dormitorio común, en el desván, sobre la planta principal de nuestra casa, estaba repleto de objetos que alguna vez fueron míos o de los otros niños; por alguna razón, nunca recordábamos qué habíamos recibido a cambio. Su mayor tesoro era una alcancía que había sido de nuestra hermana Maartje. En ella, Ben guardaba los peniques que ganaba haciendo recados para el burgomaestre o cuidando el jardín de la señorita Meekle, nuestra maestra. Los acontecimientos en Alemania eran ahora más noticia que nunca, y en mis fantasías, Ben se convertía en un fabricante de municiones alemán enormemente rico. Un día, mientras ganaba más peniques, bajé su alcancía del estante, introduje un cuchillo en la abertura y puse al cerdo boca abajo. Tras unos quince minutos de escapar por los pelos de los guardias de camisas pardas que patrullaban su finca, había cobrado casi un florín del enemigo.

Esa parte fue fácil. Mucho más difícil fue la cuestión de

qué hacer con mi botín. Un florín valía 25 centavos, una fortuna para un niño en nuestro pueblito. Haber llegado a la tienda de dulces con tanto dinero sin duda habría suscitado preguntas.

¡Lo tenía! ¿Y si dijera que lo encontré? Al día siguiente, en la escuela, me acerqué a la maestra y le extendí la mano. «Mira lo que encontré, señorita Meekle».

La señorita Meekle exhaló lentamente. "¡Andrew! ¡Cuánto dinero para un niño!"

"¿Puedo quedármelo?"

¿No sabes a quién pertenece?

Ni siquiera bajo tortura me arrancarían la verdad. «No, señora. La encontré en la calle».

—Entonces debes llevarlo a la policía, Andy. Ellos te dirán qué hacer.

¡La policía! Esto era algo con lo que no contaba. Esa tarde, temblando de miedo, llevé el dinero al mismísimo bastión de la ley y la rectitud. Si nuestro pequeño ayuntamiento hubiera sido realmente el cuartel general de la Gestapo, no podría haber estado más aterrorizado. Me parecía que el dinero robado debía de tener un brillo revelador. Pero al parecer, creyeron mi historia, porque el jefe de policía escribió mi nombre en un sobre, metió el dinero dentro y me dijo que si nadie lo reclamaba en un año, era mío.

Y así, un año después, fui a la tienda de dulces. Ben

nunca había echado de menos los centavos. Eso arruinó el juego; en lugar del sabor a sabotaje tras las líneas, los dulces tenían el sabor soso del robo común.

Más que nada, creo que mis sueños de acción emocionante, mis fantasías interminables, eran una forma de escapar de la radio de mi madre. Mamá estaba semiinválida. Un problema cardíaco la obligaba a pasar gran parte del día sentada en una silla, donde su consuelo era la radio. Pero mantenía el sintonizador en un solo punto: la emisora gospel de Ámsterdam. A veces cantaba himnos, a veces predicaba; siempre —para mis oídos— era aburrida.

No para mamá. La religión era su vida. Éramos pobres, incluso para los estándares de Witte; nuestra casa era la más pequeña del pueblo. Pero a nuestra puerta llegaba un flujo incesante de mendigos, predicadores ambulantes, gitanos, que sabían que serían bienvenidos en la mesa de mamá. Esa noche, el queso sería cortado en lonchas más finas, la sopa se alargaría con agua, pero a ningún invitado se le negaría la entrada.

La frugalidad era tan importante en la religión de mamá como la hospitalidad. A los cuatro años podía pelar patatas sin desperdiciar ni un centímetro. A los siete, las patatas pasaron a mi hermano pequeño Cornelius, mientras yo asumía la abrumadora responsabilidad de lustrar zapatos. Estos no eran nuestros klompen de todos los días; eran nuestros zapatos de cuero para el domingo, y era un desastre económico si un par no duraba quince años. Mamá decía que debían lustrarse para que el predicador tuviera que protegerse los ojos.

Como mamá no podía levantar cargas pesadas, Ben lavaba la ropa cada semana. Había que meter y sacar la ropa de la tina, pero el lavado se hacía bombeando una manija de madera que accionaba unas palas. Esta maravilla tecnológica era el orgullo de la casa. Nos turnábamos para sustituir a Ben en la manija, empujando la pesada pala de un lado a otro hasta que nos dolían los brazos.

El único miembro de la familia que no trabajaba era el hijo mayor, Bastian. Dos años mayor que Ben y seis que yo, Bas nunca aprendió a hacer nada de lo que hacían los demás. Se pasaba el día bajo un olmo en el camino del dique, viendo pasar el pueblo. Witte estaba orgulloso de sus olmos en este...

Zona pobre de árboles: uno por cada casa, sus ramas se unían para formar un arco verde sobre el camino. Por alguna razón, Bas nunca se paraba debajo de nuestro árbol. Su puesto estaba debajo del tercero, y allí se quedaba todo el día, hasta que uno de nosotros lo llevaba a casa a cenar.

Después de mamá, creo que amaba a Bas más que a nadie en el mundo. Cuando los aldeanos pasaban junto a su olmo, lo llamaban para obtener su tímida y maravillosa sonrisa. "¡Ah, Bas!". Con los años, escuchó esta frase tan a menudo que finalmente empezó a repetirla, las únicas palabras que aprendió.

Pero aunque Bas no podía hablar ni vestirse solo, poseía un talento extraño y extraordinario. En nuestra pequeña sala de estar, como en la mayoría de los salones holandeses de la década de 1930, había un pequeño

órgano de bombo. Papá era el único de la familia que sabía leer música, así que por las noches se sentaba en el pequeño banco, pedaleando y tocando melodías de un antiguo himnario mientras los demás cantábamos.

Todos excepto Bas. En cuanto empezaba la música, Bas se agachaba y se arrastraba bajo el teclado, donde se agachaba para apartarse de los pies de Papá y se apretaba contra la base del órgano. Por supuesto, la forma de tocar de Papá era tosca y llena de errores, no solo porque no podía oír la música, sino también porque los años de martillar sobre un yunque le habían dejado los dedos gruesos y... rígido. Algunas noches parecía tocar casi tantas notas equivocadas como correctas.

A Bas nunca le importó. Se apretaba contra la madera vibrante con el rostro embelesado. Desde donde estaba, por supuesto, no podía ver qué teclas se tocaban ni qué botones accionaba papá. Pero de repente, Bas se levantaba y empujaba suavemente el hombro de papá.

«Ah, Bas. Ah, Bas», decía.

Y papá se levantaba, y Bas ocupaba su lugar en el banco. Siempre jugueteaba un poco con el himnario como había visto hacer a papá, pasando las páginas y generalmente logrando poner todo el libro boca abajo. Luego, entrecerrando los ojos como papá, comenzaba a tocar. De principio a fin, tocaba las canciones que papá había tocado esa noche. Pero no como papá las tocaba: vacilantes, torpes, llenas de disonancias. Bas las tocaba a la perfección, sin un solo error, con una belleza tan sobrecogedora que la gente se detenía en la calle a escuchar. En las noches de verano, cuando nuestra puerta

estaba abierta, un pequeño grupo se reunía afuera de la casa, muchos con lágrimas corriendo por sus rostros. Porque cuando Bas tocaba, era como si un ángel estuviera sentado al órgano.

El gran evento de nuestra semana, por supuesto, fue la iglesia. Witte se encuentra en la región de los pólderes de Holanda —tierra que generaciones de holandeses han ganado al mar— y, como todos los pueblos de los pólderes, está construido a lo largo de un dique. Tiene una sola calle: la carretera que va de norte a sur por encima del dique. Las casas son prácticamente islas, cada una construida sobre su propio montículo de tierra y conectadas a la carretera por un pequeño puente que cruza el canal de drenaje. Y en ambos extremos del pueblo, sobre los montículos más altos e imponentes, se encuentran las dos iglesias.

En Holanda aún persiste un fuerte resentimiento entre católicos y protestantes, un legado de la época de la ocupación española. Entre semana, el pescadero del pueblo conversa afablemente con el ferretero del pueblo, pero los domingos, el pescadero camina con su familia hacia el norte, a la iglesia romana, mientras que el ferretero camina con su familia hacia el sur, a la iglesia protestante, y al cruzarse en la calle, ninguno se saluda con un gesto.

Nuestra familia estaba profundamente orgullosa de sus tradiciones protestantes. Mi padre se alegraba, creo, de que nuestra casa estuviera en el extremo norte del pueblo, porque así contaba con todo el pueblo para demostrar que íbamos por buen camino.

Debido a la sordera de papá, siempre nos sentábamos en el primer banco de la iglesia. El banco era demasiado pequeño para que toda la familia pudiera sentarse junta, y yo me las arreglaba para quedarme atrás, dejando que mamá, papá y los demás niños entraran primero. Luego tenía que caminar de regreso a la parte trasera de la iglesia para "encontrar un asiento". El asiento que encontraba solía estar mucho más allá de la puerta de la iglesia. En invierno, patinaba por los canales helados en mi klompen de madera. En verano, me sentaba tan quieto en los campos que los cuervos salvajes se posaban en mis hombros y me picoteaban suavemente las orejas.

Con una especie de instinto, sabía con precisión cuándo terminaría el servicio religioso y me escabullía a un rincón del vestíbulo de la iglesia justo cuando salían los primeros enfermos. Me paraba cerca del predicador — quien nunca me extrañó — y escuchaba los comentarios de la congregación sobre su sermón. Así captaba su texto, su tema, a veces incluso la esencia de una historia.

Esta estratagema fue fundamental, porque sin ella no habría podido llevar a cabo la fase más importante de mi aventura semanal. En Holanda, es costumbre reunirse en casas particulares después de la misa. Siempre hay tres ingredientes presentes: café, humo de cigarro y una discusión detallada del sermón. Los hombres de nuestro pueblo solo podían permitirse estos largos cigarros negros una vez a la semana. Cada domingo, mientras sus esposas preparaban café negro fuerte, los sacaban y los encendían con gran ceremonia. Hasta el día de hoy, cada vez que percibo el olor a café y humo de cigarro, mi corazón late más rápido; es un olor asociado con el miedo y la

emoción: ¿Podría volver a engañar a mis padres haciéndoles creer que había ido a la iglesia?

“Me parece que el predicador usó Lucas 3:16 el mes pasado”, decía yo, sabiendo muy bien que no lo había hecho, pero dando a entender de esta manera que conocía el texto.

O: "¿No era una buena historia sobre políticos?", repasando un fragmento de conversación que tenía en la cabeza. "Creía que el burgomaestre estaría furioso".

La técnica fue un éxito rotundo. Me sonrojo al pensar en lo poco que asistí a la iglesia de niño. Me sonrojo aún más al recordar que mi familia, confiada y sencilla, nunca sospechó.

Para 1939, todo el país vio lo que los Whetstra habían visto desde siempre: los alemanes estaban empeñados en un plan de conquista que incluía Holanda. En nuestra casa apenas pensábamos en ello. Bas estaba enfermo; el médico lo llamó tuberculosis. Mamá y papá se mudaron a un colchón en la sala. Durante meses, Bas yació en su diminuta habitación, tosiendo y tosiendo, mientras su cuerpo se encogía hasta que solo quedaban huesos y piel sobre la cama. Su sufrimiento era más terrible que el de una persona normal, porque no podía decirnos cómo se sentía.

Recuerdo que un día, justo después de cumplir once años, me colé en la habitación del enfermo mientras mamá estaba ocupada en la cocina. Entrar en esa habitación estaba estrictamente prohibido, pues la enfermedad era

contagiosa. Pero eso era lo que yo deseaba. Si Bas iba a morir, yo también quería morir. Me tiré encima de él y lo besé una y otra vez en la boca. En julio de 1939, Bas murió, mientras yo me mantenía tan sana como siempre, y sentí que Dios me había traicionado dos veces.

Dos meses después, en septiembre, nuestro gobierno convocó una movilización general. Por una vez, mamá permitió que usaran su radio para las noticias. Subimos el volumen al máximo, pero papá seguía sin oír. Así que mi hermanita Geltje se apostó en el aparato y le gritó información importante.

“Todas las unidades de reserva están activadas, papá”.

“Todos los vehículos privados están requisados”.

Al anochecer, el atasco había comenzado, el interminable atasco que sería el rasgo característico de los meses previos a la invasión. Todos los automóviles de Holanda circulaban. Parecía haber tantos yendo hacia el norte como hacia el sur. Nadie sabía dónde se suponía que estaba, pero él llegaba tan rápido como podía. Día tras día, con mis pantalones anchos y mi blusa suelta, me paraba bajo el árbol donde Bas solía pararse y observaba. Nadie hablaba mucho.

Solo el Sr. Whetstra parecía tener el valor de expresar con palabras lo que todos sabíamos. No entendía por qué me sentía atraído hacia los Whetstra en ese momento, pero con frecuencia me encontraba pasando junto a la ventana de la cocina.

“Buenas tardes, Andrew.”

“Buenas tardes, señora Whetstra.”

¿Saliste a hacer un recado para tu madre? Más te vale una galleta para tener energía. Tomó un plato de galletas y las llevó a la ventana.

El Sr. Whetstra levantó la vista de la mesa de la cocina. “¿Es ese el pequeño Andrew? ¿Vino a presenciar la movilización en persona?”

—Sí, señor. —Por alguna razón puse mi galleta detrás de mi espalda.

Andrew, debes rezar por tu país todas las noches. Estamos a punto de pasar por un momento muy difícil.

"Sí, señor."

“¿De qué sirven los hombres con pistolas de aire comprimido contra aviones y tanques?”

"Sí, señor."

“Estarán aquí, Andrew, con sus cascos de acero, su paso de ganso y su odio, y solo nos quedarán nuestras oraciones”. El Sr. Whetstra se acercó a la ventana y se inclinó sobre el alféizar. “¿Rezarás, Andrew? Reza para tener el valor de hacer todo lo posible y, una vez hecho todo, levantarnos. ¿Lo harás, Andrew?”

"Sí, señor."

—Buen chico. —El Sr. Whetstra volvió a meter la cabeza

en la habitación—. Ahora, sigue con tu recado.

Pero al darme la vuelta y empezar a bajar por la calle, el Sr. Whetstra me gritó: «Puedes comerte la galleta. Ah, ya sé, a veces nuestra vieja estufa echa un humo horrible. Pero funciona bien desde que instalé mi ventana nueva».

Esa noche, tumbada en mi cama del desván, me puse a pensar en el Sr. Whetstra. Así que lo había sabido desde el principio. Pero no se lo había dicho a mi padre, como cualquier otro adulto del pueblo habría hecho. Me preguntaba por qué. También me preguntaba por qué me deseaba.

Rezar. ¡De qué serviría! Dios nunca escuchaba. Si los alemanes realmente venían, planeaba hacerles algo mucho peor que rezar. Me dormí soñando con las proezas que realizaría yo solo contra el invasor.

Para abril, Witte estaba abarrotado de refugiados de los pólderes al este. Holanda bombardeaba sus propios diques, inundando deliberadamente tierras arrebatadas al mar palmo a palmo durante siglos, para frenar al ejército alemán. En todas las casas, excepto en la nuestra, que era demasiado pequeña, vivía una familia sin hogar de las tierras inundadas, y la olla de sopa de mamá hervía a fuego lento día y noche.

Pero, por supuesto, los alemanes no llegaron por tierra.

Los primeros aviones sobrevolaron Witte la noche del 10 de mayo de 1940. Pasamos la noche en la sala, acurrucados, sin dormir. Durante todo el día siguiente vimos aviones y oímos las explosiones mientras bombardeaban el pequeño aeródromo militar a cuatro kilómetros de distancia. Era mi duodécimo cumpleaños, pero ni yo ni nadie lo recordaba.

Entonces los alemanes bombardearon Róterdam. El locutor de radio de Hilversum, a quien habíamos escuchado desde la movilización, lloró al leer el comunicado. Róterdam había desaparecido. En una hora, una ciudad había desaparecido de la faz de la tierra. Esta era la guerra relámpago, la nueva guerra. Al día siguiente, Holanda se rindió.

Pocos días después, un pequeño y gordo teniente alemán llegó a Witte en un coche patrulla y se instaló en casa del burgomaestre. El puñado de soldados que lo acompañaban eran en su mayoría hombres mayores; Witte no era lo suficientemente importante como para ser considerado un soldado de élite.

Y durante un tiempo, de verdad, realicé mis fantasías de resistencia. Muchas fueron las noches que bajé descalza por la escalera del desván cuando dieron las dos en el reloj del pueblo. Sabía que mi madre me oía, porque el ritmo regular de su respiración se detenía al pasar por su habitación. Pero nunca me detuvo. Tampoco preguntó a la mañana siguiente qué había pasado con nuestro preciado azúcar, tan racionado. Todos en el pueblo se divirtieron cuando el coche del teniente empezó a darle problemas. Se le quemaron las bujías. Se le paró el motor. Algunos

decían que había azúcar en el depósito de gasolina; otros pensaban que era improbable.

La comida se agotó en los pueblos antes que en aldeas agrícolas como la nuestra, y también aproveché este hecho en la guerra de mi hijo contra el enemigo. Un día caluroso de aquel primer verano, cargué una cesta con coles y tomates y caminé los seis kilómetros hasta Alkmaar. Una tienda allí aún tenía provisiones de fuegos artificiales de antes de la guerra, y sabía que el dueño quería verduras.

Aproveché al máximo mi ventaja y llené mi cesta con los petardos, colocando encima las flores que había traído para tal fin. El dueño me miró en silencio. Entonces, con repentina resolución, metió la mano debajo del mostrador y sacó una gran bomba de cereza.

“No tengo más comida.”

Será mejor que llegues a casa antes del toque de queda.

Esa noche, de vuelta en Witte, las tablas del suelo del desván volvieron a crujir, y mamá volvió a contener la respiración. Salí descalza a la noche. Una patrulla de cuatro soldados de infantería avanzaba hacia el norte por la calle, en dirección a nuestra casa, iluminando con sus antorchas cada uno de los edificios a su paso. Me aparté de la puerta y me pegué al costado de la casa mientras las botas de marcha se acercaban. En cuanto pasaron los soldados, crucé a toda velocidad el pequeño puente que separaba nuestra casa del camino del dique y corrí hacia el sur, hacia la casa del burgomaestre. Habría sido fácil disparar la gigantesca bomba de cereza en la puerta del

teniente mientras la patrulla estaba al otro lado del pueblo. Pero quería más aventura. Era el corredor más rápido del pueblo, y pensé que sería divertido que esos viejos con sus pesadas botas me persiguieran. No creo que ninguno pasara de los cincuenta, pero a mis jóvenes ojos parecían ancianos.

Así que esperé a que la patrulla comenzara su recorrido de regreso por la calle. Justo antes de que llegaran al cuartel general, encendí la mecha y salí corriendo.

¡Alto! La luz de una linterna me iluminó y oí que se desenganchaba el cerrojo de un rifle. ¡No contaba con armas! Corrí en zigzag por la calle. Entonces explotó la bomba de cereza, y por un instante la atención del soldado se desvió. Crucé el primer puente que encontré, atravesé un jardín y me lancé entre las coles. Durante casi una hora me buscaron, gritándose sílabas ásperas en alemán, hasta que finalmente se rindieron.

Eufórico por este éxito, comencé a disparar ráfagas a plena luz del día. Un día...

Salí de mi escondite y caí directamente en los brazos de un soldado. Correr era admitir mi culpa. Sin embargo, en mis manos había pruebas contundentes: en la izquierda, petardos; en la derecha, cerillas.

"¡Du! ¡Komm mal her!"

Apreté los petardos con fuerza. No me atreví a guardarlos en el bolsillo del abrigo; seguro que sería el primer lugar donde miraría.

"¿Has explotado el einen Fuerwerkskoerper?"

¿Fuerwerks? ¡Ay, no, señor!

Agarré los dos bordes de mi abrigo con las manos apretadas y lo abrí para que lo revisara. El soldado me revisó desde los pantalones anchos hasta la gorra. Cuando se dio la vuelta con disgusto, los petardos que tenía en la mano estaban empapados de sudor.

Pero a medida que la ocupación se prolongaba, incluso yo me cansaba de mis juegos. En pueblos cercanos al nuestro, formaban rehenes y los fusilaban, y quemaban casas hasta los cimientos, a medida que la verdadera resistencia se endurecía y tomaba forma. Los chistes contra los alemanes dejaron de ser graciosos.

Por toda Holanda estaban los onderduikers (literalmente, los buceadores), hombres y niños que se escondían para escapar de la deportación a los campos de trabajos forzados en Alemania. Ben, que tenía dieciséis años al comienzo de la guerra, buceó bajo una granja cerca de Ermelo el primer mes, y durante cinco años no supimos nada de él.

Poseer una radio se convirtió en un delito contra el nuevo régimen. Escondimos el instrumento de mamá en un espacio angosto bajo el techo inclinado, y uno a uno nos acurrucábamos allí para escuchar las transmisiones en holandés desde Inglaterra. Más tarde, cuando el ferrocarril holandés entró en huelga, incluso metíamos a los ferroviarios en ese pequeño agujero, y por supuesto, siempre había judíos que podían esconderse una noche camino a la costa.

A medida que los alemanes se desesperaban por conseguir personal, la pequeña fuerza de ocupación de Witte se retiró. Entonces llegó la temida razzia. Camiones entraban repentinamente a toda velocidad en los pueblos, a cualquier hora del día o de la noche, sellando los diques en ambos extremos, mientras escuadrones de soldados registraban cada casa en busca de hombres aptos. Antes de cumplir catorce años, me uní a la huida de hombres y niños hacia los pólderes a la primera señal de un uniforme alemán. Corríamos por los campos, agachados, saltando los canales, en dirección al pantano más allá de la vía férrea. El dique del ferrocarril era demasiado alto para escalarlo —seguramente nos verían—, así que nos sumergíamos en el ancho canal que fluía bajo el puente del ferrocarril, para salir arrastrándonos empapados, jadeando y temblando. Al final de la guerra, incluso el pequeño Cornelius y papá, sordo como era, se unieron a la carrera hacia el pantano.

Entre las razzias, la vida era una sombría lucha por la mera existencia. Toda la electricidad estaba reservada para los alemanes. Sin nada que alimentara las bombas, el agua de lluvia se acumulaba en los pólderes. En nuestras casas usábamos lámparas de aceite, fabricándolo nosotros mismos con semillas de col. No había carbón, así que Witte taló sus olmos. El árbol bajo el que Bas se había parado fue talado el segundo invierno.

Pero el principal enemigo, peor incluso que el frío y los soldados, era el hambre. Pasábamos hambre constante, persistente e interminable. Todas las cosechas eran confiscadas para el frente en cuanto se recogían. Mi padre

cuidaba su huerto con el mismo esmero de siempre, pero eran los alemanes quienes se llevaban la mayor parte de la cosecha. Durante años, nuestra familia de seis miembros vivió con raciones para dos.

Al principio, conseguíamos aumentar nuestra ración desenterrando los bulbos de tulipán de nuestro jardín y comiéndolos como si fueran patatas. Luego, incluso los tulipanes se acabaron. Mamá fingía comer, pero muchas noches la vi repartir su pequeña porción entre los demás platos. Su único consuelo era que Bas no había vivido para ver esta ocasión. Nunca habría podido comprender el dolor de estómago, la chimenea oscura, la calle sin árboles.

Por fin llegó el día en que mamá no pudo levantarse de la cama. Si la liberación no llegaba pronto, sabíamos que moriría.

Y luego, en la primavera de 1945, los alemanes se marcharon y los canadienses ocuparon su lugar. La gente lloraba de alegría en las calles. Pero yo no estaba con ellos. Corrí a cada paso los ocho kilómetros hasta el campamento canadiense, donde pude mendigar un pequeño saco de migas de pan.

¡Pan! ¡Literalmente el pan de vida!

Lo llevé a casa con mi familia entre gritos de "¡Comida! ¡Comida! ¡Comida!". Mientras mamá mordisqueaba las cortezas secas, lágrimas de agradecimiento a Dios rodaban por sus mejillas.

La guerra había terminado.

El sombrero de paja amarillo

Una tarde del verano de 1945, varios meses después de la liberación, entré en casa y me recibió mi hermana pequeña, Geltje, con la noticia de que mi padre quería verme.

"Está en el jardín", dijo.

Atravesé la oscura cocina y salí al huerto de coles, parpadeando ante la brillante luz del sol. Papá, con la azada en la mano y los klompen en los pies, estaba inclinado sobre sus coles, arrancando las malas hierbas con paciente ternura. Di vueltas para pararme frente a él y grité: "¿Querías verme, papá?".

Papá se enderezó lentamente. «Tienes diecisiete años, Andrew». Supe al instante qué rumbo tomaría la conversación.

"Sí, señor."

“¿Qué planeas hacer con tu vida?”

Ojalá su voz no tuviera que ser tan fuerte. Y la mía al responderle: «No lo sé, papá».

Ahora papá iba a preguntarme por qué no me gustaba la

herrería. Sí. Luego iba a preguntarme por qué no me había dedicado al ajuste de máquinas, un oficio que había intentado aprender durante la ocupación. También lo hizo. Sabía que todo Witte podía oír tanto sus preguntas como las respuestas vagas y evasivas con las que intentaba satisfacerlo.

Es hora de que elijas un oficio, Andrew. Para el otoño quiero tu decisión.

Mi padre se recostó sobre su azada, y supe que la conversación había terminado. Tenía entonces quizás dos meses para decidir el trabajo de mi vida. Ah, sabía lo que quería.

Bien: encontrar de alguna manera una vida que rompiera con el molde. Encontrar aventuras. Alejarse de Witte, de la mentalidad que constantemente miraba hacia atrás.

Pero también sabía que mis perspectivas no eran muy buenas. Los alemanes llegaron cuando estaba en sexto grado y se apoderaron del edificio de la escuela, y ese fue el fin de mi educación formal.

Lo único que sabía hacer bien era correr. Esa tarde salí corriendo por los pólderes, descalzo, kilómetro tras kilómetro por los senderos que usaban los granjeros. Después de ocho kilómetros, apenas estaba calentando. Corrí por el pueblo donde había comprado los petardos. Mi mente estaba despejada y funcionaba bien.

Subí a toda prisa por el dique que conducía de vuelta a Witte con la creciente sensación de estar cerca de la solución. La solución era evidente. El periódico hablaba

constantemente de rebeliones armadas en las colonias. Las Indias Orientales Neerlandesas, recién liberadas de Japón, ahora se atrevían a reclamar también su independencia de Holanda. A diario se nos recordaba que estas colonias eran territorio holandés, y lo habían sido durante 350 años. ¿Por qué nuestros ejércitos no las reclamaban para la Corona?

¿Por qué, en efecto? Esa noche anuncié a la familia que ya sabía lo que iba a hacer.

“¿Qué es eso, Andy?”, dijo Maartje.

"Únete al ejército."

El instinto de Madre le hizo contener la respiración. "¡Ay, Andrew!" Había visto demasiados ejércitos. "¿Siempre tenemos que pensar en matar?"

Pero mi padre y mis hermanos opinaban diferente. A la semana siguiente, tomé prestada la bicicleta de papá y pedaleé hasta la oficina de reclutamiento en Ámsterdam. Al anoecer, estaba de vuelta en casa, muy disminuido a mi parecer. El ejército solo admitía a jóvenes de diecisiete años el año en que cumplían dieciocho. ¡Yo no cumpliría dieciocho hasta mayo de 1946!

En enero regresé, y esta vez me aceptaron. Al poco tiempo, me pavoneaba por Witte con mi nuevo uniforme, sin darme cuenta de que los pantalones me quedaban pequeños, la chaqueta demasiado grande y el efecto general era demasiado recargado. Pero me iba a recuperar nuestras colonias para la Reina, y quizás ensuciarme un poco.

Revolucionarios que todos llamaban comunistas y bastardos. Las dos palabras iban juntas automáticamente.

Los únicos que no aplaudieron fueron los Whetstras. Pasé, con el torso cargado, frente a su casa.

“Hola, Andy.”

“Buenos días, señor Whetstra.”

“¿Cómo están tu madre y tu padre?”

¿Era posible que no viera el uniforme? Me giré para que el sol se reflejara en la brillante hebilla de latón de mi cinturón. Por fin, exclamé: «Me he alistado, ¿sabes? Me voy a las Indias Orientales».

El Sr. Whetstra se reclinó como para verme mejor. «Sí, ya veo. Así que te vas de aventura. Rezaré por ti, Andrew. Rezaré para que la aventura que encuentres te satisfaga».

Lo miré perplejo. ¿Qué quería decir con «aventura que me satisfaga»? Cualquier aventura, pensé mientras contemplaba las llanuras que se extendían desde Witte en todas direcciones, cualquier aventura me satisfaría más que el largo sueño de este pueblo.

Así que me fui de casa. Me fui de casa tanto emocional como físicamente. Trabajé duro durante el entrenamiento básico y sentí por primera vez en mi vida que estaba

haciendo algo que quería hacer.

¡Ay, cómo me gustaba que me trataran como a un adulto! Parte de mi entrenamiento se llevó a cabo en el pueblo de Gorkum. Todos los domingos iba a la iglesia, no porque me interesara el servicio, sino porque después podía contar con que me invitarían a cenar. Siempre disfrutaba contarles a mis anfitriones que me habían seleccionado para el entrenamiento especial de comando en Indonesia.

«Dentro de unas semanas», decía, echando la silla hacia atrás con dramatismo y dando una larga calada a mi puro de después de la cena dominical, «estaré en combate cuerpo a cuerpo con el enemigo». Y luego, con una mirada algo distante, preguntaba si mis anfitriones considerarían escribirme mientras estuviera en el extranjero. Siempre accedían, y antes de irme de Holanda tenía setenta nombres en mi lista de correspondencia.

Una de ellas era una chica. La conocí como siempre, después de la iglesia: un servicio reformado ese domingo en particular. Era la chica más hermosa que había visto en mi vida. Supuse que tendría más o menos mi edad, extremadamente delgada, con el pelo tan negro que tenía un toque azul. Pero lo que más me impresionó fue su piel. Había leído sobre pieles tan blancas como la nieve; era la primera vez que la veía. Después de una siesta agradable durante el sermón, fui a buscar invitaciones. Efectivamente, calculé bien mi salida. Blancanieves estaba en la puerta. Se presentó.

"Soy Thile", dijo ella.

"Soy Andrew."

“Mi madre se pregunta si te gustaría cenar con nosotros”.

“Mucho, por supuesto”, dije, y momentos después salí de la iglesia con la princesa del brazo.

El padre de Thile era pescadero. Su casa estaba encima de su tienda, junto al muelle de Gorkum, y durante la cena, los agradables aromas del muelle se mezclaron con los de col hervida y jamón. Después nos sentamos en el salón familiar.

“¿Un cigarro, Andrew?”, dijo el padre de Thile.

“Gracias, señor.” Elegí uno con cuidado y lo hice girar entre mis dedos como había visto hacer a los hombres de Witte. Francamente, no me gustaba el sabor de los puros, pero la asociación con la masculinidad era tan fuerte que podría haber fumado una cuerda y disfrutarlo. Mientras tomaba café y puros, Thile estuvo sentada de espaldas a la ventana; el fuerte sol del mediodía le daba un tono de azul más que nunca al cabello. Apenas dijo una palabra, pero ya sabía que esta joven iba a ser una de mis corresponsales y, quizás, muchas más.

22 de noviembre de 1946: mi último día en casa. Ya me había despedido de Thile y a las demás familias de Gorkum. Ahora era hora de despedirme de mi propia familia.

Si hubiera sabido que sería la última vez que vería a mamá. Habría sido mucho menos el apuesto soldado que se marcha a la guerra. Pero no lo sabía, y asumí el abrazo de mamá como algo que me correspondía. Pensé que me

veía bastante bien. Por fin tenía un uniforme que me quedaba bien, estaba en excelente forma física, llevaba el pelo corto al estilo militar.

Justo cuando estaba a punto de irme, mamá metió la mano bajo su delantal y sacó un librito. Supe de inmediato qué era: su Biblia.

“Andrew, ¿te llevarás esto contigo?”

Por supuesto que dije: “Sí”.

“¿Lo leerás, Andrew?”

¿Puedes decirle que no a tu madre? Puedes, pero no puedes decir que no. Metí la Biblia en mi mochila, hasta el fondo, y la olvidé.

Nuestro barco de transporte, el Sibajak, atracó en Indonesia justo antes de la Navidad de 1946. Mi corazón se aceleró de emoción ante los intensos olores tropicales, la imagen de porteadores desnudos subiendo y bajando por las pasarelas, y los sonidos de los vendedores ambulantes en el muelle intentando llamar nuestra atención. Me eché la mochila al hombro y bajé con dificultad por la pasarela hacia el sol abrasador del muelle. No imaginé que en pocas semanas estaría matando a niños y adultos desarmados como la gente que me rodeaba.

Algunos vendedores ambulantes vendían monos. Cada uno estaba sujeto por una cadenita, y muchos habían sido entrenados para hacer trucos. Me fascinaron estas pequeñas criaturas con sus rostros serios y ancianos, y me detuve para observar a uno más de cerca.

"No lo toques."

Me enderecé y me encontré frente a uno de mis oficiales.

—Muerden, soldado. —El oficial sonreía, pero hablaba en serio—. La mitad tienen rabia, ¿sabe?

El oficial siguió adelante y yo retiré la mano. El niño que sostenía el mono corrió tras el oficial, gritándole por arruinar la venta. Regresé a la fila de soldados que desembarcaban, pero en ese momento supe que necesitaba un mono propio.

A los que cumplíamos los requisitos nos separaban del resto de la tropa y nos enviaban a una isla cercana para entrenarnos como comandos. Me gustaban las difíciles carreras de obstáculos: escalar muros, cruzar arroyos balanceándome en lianas, meterme en alcantarillas, escabullirme bajo el fuego de las ametralladoras. Me gustaba aún más el entrenamiento de combate cuerpo a cuerpo, donde trabajábamos con bayonetas, cuchillos y las manos desnudas. "¡Hi-hii! ¡Ho!" Era embestida y parada, estocada con los dedos rígidos, abalanzarme sobre el enemigo con el cuchillo desenvainado. Por alguna razón, nunca se me pasó por la cabeza que estaba entrenando para matar seres humanos.

Parte de la educación de un comando consistía en desarrollar la confianza en uno mismo. Pero aquí no necesitaba ninguna educación. Desde niño, había tenido una confianza completamente infundada en mi capacidad para lograr cualquier cosa que me propusiera.

Como conducir un Bren Carrier, por ejemplo. Eran vehículos blindados pesados montados sobre orugas, y manejarlos era difícil incluso para alguien que supiera conducir un automóvil, cosa que yo no sabía. Pero cada día, mientras hacíamos maniobras, observaba al conductor del vehículo en el que viajaba, hasta que me pareció que le había cogido el truco.

Inesperadamente, un día tuve la oportunidad de descubrirlo. Al salir de la sede de la empresa, me encontré con un oficial.

“¿Sabes conducir un portaaviones Bren, soldado?”

Un saludo rápido y un aún más rápido “Sí, señor”.

—Bueno, ese de ahí tiene que ir al taller. ¡Vamos!

Frente a nosotros, en la acera, estaba el camión. A trescientos metros, el garaje. Otros siete camiones estaban estacionados allí, uno tras otro, esperando a ser... Me atendieron. Me subí rápidamente al asiento del conductor mientras el agente se subía a mi lado. Miré el salpicadero. Allí, delante de mí, había una llave, y recordé que el conductor siempre la giraba primero. Efectivamente, el motor tosió una vez y luego arrancó. ¿Cuál de esos pedales era el embrague? Pisé uno y lo aceleré a fondo, y supe que había tenido suerte dos veces seguidas. Metí una

marcha, solté el embrague y, con un gran salto de canguro, nos lanzamos al vacío.

El oficial me miró rápidamente, pero no dijo nada; ningún portaaviones Bren arranca con suavidad. Pero mientras aceleraba a toda velocidad por la calle de la compañía, noté que se sujetaba con ambas manos y apoyaba los pies. Recorrimos los trescientos metros con solo un pequeño accidente —un sargento que descubrió en el acto su gran capacidad de vuelo— y entonces llegamos a la línea de portaaviones.

Y supe que estaba en problemas.

No sabía dónde estaba el freno.

Con los brazos agitados y los pies al vuelo, probé todos los botones y palancas que encontré. Entre las cosas que pisé estaba el acelerador, y con un último impulso de potencia nos estrellamos contra la fila de Bren Carriers estacionada junto a la acera. Los siete se sacudieron hacia adelante, chocando entre sí, hasta que nos detuvimos, silbando y echando humo, con el motor finalmente apagado.

Miré al oficial. Tenía la mirada fija al frente, con los ojos abiertos y el sudor corriéndole por las mejillas. Salió del coche, se santiguó y se alejó sin voltearse a mirarme. El sargento corrió hacia mí y me sacó del asiento del conductor.

—¿Qué demonios te pasa, soldado?

—Me preguntó si sabía conducirlo, sargento. ¡No me

preguntó si sabía frenar!

Probablemente fue una suerte para mí que partiéramos a la mañana siguiente para nuestra primera misión de combate. Íbamos, según los rumores, a relevar a una compañía de comandos que había perdido a tres de cada cuatro de sus hombres.

Al amanecer nos trasladaron al frente Y al instante supe que me había equivocado con esta aventura. No era el peligro —me gustaba—, sino la matanza. De repente, los objetivos ya no eran trozos de papel pegados sobre un fondo terroso, sino padres y hermanos como los míos. A menudo, nuestros objetivos ni siquiera llevaban uniforme.

¿Qué estaba haciendo? ¿Cómo había llegado hasta aquí? Estaba más asqueado de mí mismo de lo que jamás imaginé.

Y entonces, un día, ocurrió el incidente que me ha atormentado toda la vida. Marchábamos por un pueblo que aún estaba parcialmente habitado. Esto nos infundió valor, pues no creíamos que los comunistas minaran un pueblo donde aún había gente. Las minas antipersona eran lo que más temíamos en el mundo. Nos mantenían en un estado de temor constante, temiendo que estos instrumentos saltarines y castradores explotaran y nos dejaran postrados y lisiados de por vida. Llevábamos más de tres semanas en combate a diario, y todos en nuestra unidad estábamos de punta, cuando a mitad de camino de este pueblo de aspecto pacífico nos topamos con un nido de minas. La compañía enloqueció. Sin órdenes, sin razonamiento alguno, simplemente empezamos a

disparar. Disparamos a todo lo que veíamos. Cuando recobramos la consciencia, no había nada vivo en el pueblo. Rodeamos la zona minada y caminamos con cautela por la desolación que habíamos creado. En las afueras del pueblo vi la escena que casi me volvería loco. Una joven madre indonesia yacía en el suelo en un charco de su propia sangre, con un bebé a su pecho. Ambos habían muerto por la misma bala.

Creo que después de eso quise suicidarme. Sé que en los dos años siguientes me hice famoso entre las tropas holandesas en Indonesia por mi alocada bravuconería en el campo de batalla. Compré un sombrero de paja amarillo chillón y lo usé en combate. Era un reto y una invitación. "¡Aquí estoy!", decía. "¡Dispárame!". Poco a poco, reuní a un grupo de chicos que reaccionaban igual que yo, y juntos inventamos un lema que pegamos en el tablón de anuncios del campamento: "Sé listo, pierde la cabeza".

Todo lo que hicimos esos dos años, ya fuera en el campo de batalla o en el campamento de descanso, fue extremo. Cuando luchábamos, luchábamos como locos. Cuando bebíamos, bebíamos hasta perder la razón. Juntos, íbamos de bar en bar, lanzando nuestras botellas de ginebra vacías por los escaparates de las tiendas locales.

Cuando me despertaba de estas orgías, me preguntaba por qué estaba haciendo esto.

Cosas, pero la pregunta nunca obtuvo respuesta. Una vez se me ocurrió que quizás el capellán podría ayudar. Me dijeron que podía encontrarlo en el bar de oficiales, y cuando lo encontré, estaba tan achispado y locuaz como cualquiera de los presentes. Salió a verme, pero cuando le expliqué por qué había venido, se rió y me dijo que lo superaría. «Pero si quieres, ven a los servicios antes de pelear la próxima vez», dijo el capellán. «Así puedes matar hombres en estado de gracia». El chiste le pareció muy gracioso. Volvió adentro para contárselo a los demás.

Así que recurrí a mis amigos por correspondencia. Había mantenido el contacto con todas las personas a las que les había prometido escribir, y ahora me atreví a compartir mi confusión con algunos de ellos. En esencia, todos me respondieron lo mismo: «Estás luchando por tu país, Andrew. Así que lo demás no cuenta».

Una sola persona dijo más que esto. Thile. Thile me escribió sobre la culpa. Esa parte de sus cartas hablaba directamente de mi propia miseria. Pero luego pasó a hablar del perdón. Y ahí me perdió. Mi sentimiento de culpa me envolvía como una cadena, y nada de lo que hacía —beber, pelear, escribir cartas o leerlas— parecía aliviar su dominio sobre mí.

Y entonces, un día, estando de permiso en Yakarta, paseando por el bazar, vi un pequeño gibón atado a un poste alto. Estaba sentado en lo alto del poste comiendo fruta, y al pasar, se me subió al hombro y me dio un gajo de naranja. Me reí, y eso fue todo lo que necesité para que el excelente vendedor indonesio viniera corriendo.

“¡Señor, al mono le gusta usted!”

Me reí de nuevo. El gibón parpadeó dos veces con mucha deliberación y luego me mostró los dientes en lo que podría haber sido una sonrisa.

"¿Cuánto cuesta?"

Y así fue como conseguí un mono. Lo llevé conmigo al cuartel. Al principio, los demás chicos quedaron fascinados.

“¿Muerde?”

“Sólo ladrones”, dije.

Fue un comentario sin sentido, que no significaba nada. Pero tan pronto como lo dije, El mono saltó de mis brazos, se balanceó por las vigas y aterrizó —de todos los lugares de la habitación que pudo haber elegido— en la cabeza de un tipo corpulento que había estado ganando más al póquer de lo que permitía la media. Se retorció de lado, agitando los brazos, intentando derribar al mono. Todo el cuartel se reía.

—¡Quítenlo de encima! —gritó Jan Zwart—. ¡Quítenlo de encima!

Extendí mi mano y el mono corrió hacia mí.

Jan se alisó el pelo y se metió la camisa, pero su mirada era asesina. "Lo mataré", dijo en voz baja.

Así que, el mismo día, gané un amigo y perdí a otro. No

llevaba muchas semanas con el mono cuando noté que parecía dolerle el estómago. Un día, mientras lo llevaba en brazos, sentí algo parecido a un verdugón alrededor de su cintura. Lo puse en la cama y le dije que se quedara quieto. Con cuidado, le retiré el pelo hasta que vi lo que era. Evidentemente, cuando el gibón era un bebé, alguien lo había atado con un alambre y nunca se lo había quitado. A medida que el mono crecía, el alambre se le incrustó en la carne. Debió de causarle un dolor terrible.

Esa noche comencé la operación. Tomé mi navaja y le afeité el pelo al mono en una franja de ocho centímetros de ancho alrededor de la cintura. La roncha descubierta estaba roja y parecía furiosa. Mientras los demás chicos del cuartel observaban, corté con sumo cuidado la tierna carne hasta dejar al descubierto el alambre. El gibón yacía con una paciencia asombrosa. Incluso cuando lo lastimé, me miró con ojos que parecían decir «lo entiendo», hasta que por fin pude apartar el alambre. Al instante, saltó, hizo una pequeña voltereta, bailó alrededor de mi hombro y me tiró del pelo, para deleite de todos los chicos del cuartel, excepto de Jan.

Después de eso, mi gibón y yo fuimos inseparables. Creo que me identificaba con él tan fuertemente como él conmigo. Creo que vi en el alambre que lo había atado una especie de paralelo a la cadena de culpa que aún me apretaba, y en su liberación lo que yo también anhelaba. Siempre que no estaba de guardia durante el día, lo llevaba conmigo a correr largas distancias por el bosque. Corría detrás de mí hasta que se cansaba. Luego, con un sprint, se lanzaba hacia adelante, saltaba y se agarraba a mis pantalones cortos, donde se aferraba hasta que

finalmente lo levantaba y lo ponía sobre mi hombro. Juntos, corríamos dieciséis o veinticinco kilómetros hasta que me tiraba al suelo a dormir. Casi siempre había monos en los árboles.

Mi pequeño gibón corría a las copas de los árboles para columpiarse y charlar con los demás. La primera vez que esto ocurrió, pensé que lo había perdido. Pero en cuanto me levanté para regresar, oí un chillido en las ramas, un crujido de hojas, y con un golpe sordo, el gibón volvió a estar sobre mi hombro.

Un día, riendo y cansada, lo llevé de vuelta al campamento, y encontré una carta de mi hermano Ben esperándome. Hablaba sin parar de un funeral. Poco a poco me di cuenta de que era de mamá.

Al parecer, me habían enviado un telegrama, pero nunca llegó. Sabía que iba a llorar. Le di agua al mono y, mientras bebía, me escabullí del campamento. No quería ni al gibón conmigo. Corrí y corrí hasta que me dolió el costado, sabiendo de repente lo solo que estaría siempre sin ella.

Y fue esa semana que Jan Zwart se vengó del mono. Una noche, al volver de la guardia, me encontré con la noticia: «Andy, el monito ha muerto».

"¿Muerto?" Levanté la vista con tristeza. "¿Qué pasó?"

“Uno de los chicos lo levantó por la cola y lo golpeó contra la pared”.

“¿Era Zwart?”

El tipo no respondió.

¿Dónde está el mono ahora?

Está afuera. Entre los arbustos.

Lo encontré tendido sobre una rama. Lo peor era que no estaba del todo muerto. Lo levanté y lo llevé al cuartel. Tenía la mandíbula rota. Un gran agujero se abría en su garganta. Cuando intenté darle agua, se le escapó. Jan Zwart me observaba con recelo, preparado para la pelea. Pero no luché. Demasiados golpes seguidos me habían dejado estupefacto.

Durante los siguientes diez días cuidé a ese mono día y noche. Le cosí la garganta y le di agua azucarada. Le froté los músculos. Le acaricié el pelaje. Lo mantuve...Le di calor y le hablé constantemente. Era una criatura que había liberado de sus ataduras, y no iba a dejarla ir sin luchar.

Lentamente, muy lentamente, mi gibón empezó a comer, luego a arrastrarse por la cama y, finalmente, a incorporarse y a charlar conmigo con enfado si tardaba en alimentarlo cada hora. Al cabo de dos meses, volvía a correr conmigo por el bosque.

Pero nunca recuperó la confianza en la gente. Ese cuartel era un lugar de terror para él. El único momento en que dejaba de temblar cuando había gente cerca era cuando tenía las cuatro patas y la cola enredadas en mi brazo y la cabeza escondida en la pechera de mi camisa.

Cuando llegó la noticia de una nueva e importante ofensiva contra el enemigo, pregunté si alguien que supiera conducir tomaría prestado un jeep y nos llevaría a mí y a mi gibón a la selva. "Quiero dejarlo ir y luego irme rápido". Dije: "¿Alguien me llevará?".

"Yo iré."

Me giré. Era Jan Zwart. Lo miré fijamente un buen rato, pero no parpadeó.

"Está bien."

Mientras nos adentrábamos en la selva, le expliqué al mono por qué ya no podía quedármelo. Por fin nos detuvimos. Al dejar al pequeño gibón en el suelo, sus ojitos sabios me miraron fijamente con lo que parecía comprensión. No intentó volver a subir al jeep. Al alejarnos, se quedó sentado en el suelo, mirándonos fijamente hasta que nos perdimos de vista.

A la mañana siguiente, 12 de febrero de 1949, nuestra unidad partió al amanecer.

Fue bueno que dejara ir al mono cuando lo hice, porque nunca regresé al campamento.

Intenté aparentar la misma bravuconería en esta misión que en las anteriores. Llevaba mi sombrero de paja amarillo como antes. Grité igual de fuerte, maldije, seguí adelante con mi compañía día tras día, pero incluso mi desafío parecía haberme abandonado.

Y entonces, una mañana, una bala me atravesó el tobillo y quedé fuera de la guerra.

Sucedió tan de repente y, al principio, tan indoloro que no supe qué había pasado. Habíamos caído en una emboscada. El enemigo nos atravesaba por tres lados, y era mucho más fuerte que nosotros. No sé por qué me dispararon en el tobillo y no en mi sombrero de paja, pero mientras corría caí de repente. Sabía que no había tropezado. Pero no podía levantarme. Y entonces vi que mi bota de combate derecha tenía dos agujeros. Sangraba por ambos.

—Me han dado —grité, sin emoción. Era un hecho, y así lo dije.

Abuddy me metió en una zanja, fuera de la vista. Por fin llegaron los médicos con una camilla. Me subieron y empezaron a sacarme, agachado en la zanja. Todavía llevaba puesto mi sombrero amarillo y me negué a quitármelo ni siquiera cuando me dispararon. Una bala me atravesó la coronilla. Simplemente no me importó.

Horas después, todavía con mi sombrero de paja amarillo puesto, me tendieron en una mesa de operaciones en el hospital de evacuación. Tardaron dos horas y media en coserme el pie. Escuché a los médicos discutir si amputar o no. La enfermera me pidió que me quitara el sombrero, pero me negué.

"¿No sabes qué es eso?", le preguntó el doctor a la enfermera. "Es el símbolo de la unidad. Estos son los chicos que se volvieron listos y perdieron la cabeza".

Pero no lo había hecho. Esa fue la ironía final, el fracaso definitivo. Ni siquiera había conseguido que me volaran la cabeza. Solo un pie. Por alguna razón, en medio de mi furiosa autodestrucción, nunca había considerado esta posibilidad. Siempre me había visto a mí mismo marchándome en un arrebató de desprecio por toda la farsa humana. Pero vivir —¡y lisiado!— era el peor destino de todos. Mi gran aventura había fracasado. Peor aún, tenía veinte años y había descubierto que no existía la verdadera aventura en ningún lugar del mundo.

La piedra en la concha

Me quedé en la cama del hospital, con mi pierna derecha tan enyesada que apenas podía moverla.

Al principio recibí visitas de mi unidad. Pero los demás también se mataban o resultaban heridos. Y, al fin y al cabo, la vida seguía adelante. Los médicos me dijeron que nunca podría caminar sin bastón. Era mejor no pensar en esas cosas; poco a poco, mis compañeros dejaron de venir.

Pero no antes de que hubieran logrado dos cosas que cambiarían los acontecimientos para mí.

La primera fue enviar una carta que nunca había tenido intención de enviar. Era para Thile. Había adquirido una extraña costumbre: cada vez que volvía de una noche de juerga o de una batalla que me dejaba especialmente sucio, le escribía a Thile. Anotaba en el papel todas las cosas sucias y repugnantes que había visto y hecho, cosas que jamás podría compartir con nadie; luego lo quemaba.

Justo antes de mi última batalla, empecé una carta así para Thile y la dejé sin terminar en mi mochila del cuartel. Bueno, después de que me dieran, un amigo muy amable revisó mi mochila en busca de objetos personales

antes de entregarla. Y como era un tipo ingenioso, buscó el nombre de Thile en mi libreta de direcciones y la envió. Se notaba que creía haber hecho algo muy amable.

—¡Hombre! —me dijo en broma cuando me visitó en el hospital—. ¡Nunca había visto una lista de nombres así! ¿Qué haces? ¿Escribir a todas las familias de Holanda que tienen una chica guapa? Me llevó media hora encontrar el apellido que combina con Thile. Ten cuidado, hombre, esto podría desatar otra guerra.

El horror debió reflejarse en mi cara, porque de repente saltó de su silla.

—¡Caramba, Andy! No me había dado cuenta de que todavía me dolía tanto. Y aquí estoy, haciendo chistes malos. Volveré cuando te sientas mejor.

Durante días intenté recordar lo que había escrito en aquella miserable carta. Si mal no recuerdo, comenzaba así:

Queridísimo Thile,

Me siento tan sola esta noche. Ojalá estuvieras aquí. Ojalá pudiera mirarte a los ojos mientras te digo todo esto y saber que todavía me quieres o que al menos no me condenas.

Una vez me escribiste para que rezara. Bueno, no lo he hecho. En cambio, maldigo. Conozco palabras que ni siquiera oí en Holanda. Cuento chistes obscenos. Cuanto

peor me siento, más difícil es hacer reír a los chicos. No soy quien crees. Esta guerra me molestaba. Pero ya no. Cuando veo muertos, me encojo de hombros. Gente que hemos matado, no solo soldados, sino trabajadores comunes, hombres, mujeres y niños.

No tengo ningún deseo de Dios. No quiero rezar. En lugar de ir a la iglesia, voy al bar y bebo hasta que me da igual...

Había más. Mucho más y mucho peor. Yacía en agonía en aquella sala de hospital, intentando recordar qué había escrito en mi embriaguez. Bueno, había una amiga de la que podía despedirme. El problema era que Thile no era solo "una amiga". Era la mejor amiga que había tenido, y deseaba muchísimo que fuera mucho más.

Me revolví en la estrecha cama, tratando de no ver qué parte de mí podía mover, intentando apartar la imagen de Thile leyendo esa carta.

Y mientras extendía mi brazo, mi mano cayó sobre el libro.

Eso fue lo segundo que los chicos hicieron por mí. Encontraron mi...La pequeña Biblia de mi madre estaba en el fondo de la bolsa de lona. Fue Jan Zwart quien me la trajo, dejándola con cierta timidez en la mesita de noche justo antes de irse.

—Este libro estaba entre tus cosas —dijo—. No sabía si lo querías.

Di las gracias, pero no lo contesté. Dudo que lo hubiera hecho alguna vez, de no ser por las monjas. El hospital al que me habían asignado estaba dirigido por hermanas franciscanas. Enseguida me enamoré de cada una de ellas. Desde el amanecer hasta la medianoche estaban ocupadas en las salas, limpiando cuñas, limpiando heridas, escribiéndonos cartas, riendo, cantando. Nunca las oí quejarse.

Un día le pregunté a la monja que vino a bañarme cómo era que ella y las otras hermanas estaban siempre tan alegres.

—Andrew, deberías saber la respuesta a eso; un buen chico holandés como tú. Es el amor de Cristo. —Cuando lo dijo, sus ojos brillaron, y supe sin lugar a dudas que para ella esa era la respuesta completa; podría haber hablado toda la tarde y no haber dicho nada más.

—Pero me estás tomando el pelo, ¿verdad? —dijo, dándole un golpecito a la desgastada Biblia que aún estaba sobre la mesita de noche—. Tienes la respuesta aquí mismo.

Así que ahora, cuando mi mano inquieta lo tocó, lo recogí. En los dos años y medio que habían pasado desde que mi madre me lo había regalado, no lo había abierto ni una sola vez. Pero pensé en las hermanas, en su alegría, en su tranquilidad: «Tienes la respuesta ahí mismo...». Apoyé el librito sobre mi pecho y, con un dedo inconexo, fui retrocediendo las páginas hasta llegar a Génesis 1:1.

Leí la historia de la creación y de la entrada del pecado en

el mundo. Ya no me parecía tan descabellado como cuando nuestra maestra leía un capítulo en voz alta cada tarde, mientras los canales esperaban a ser saltados. Seguí leyendo, saltando fragmentos enteros, hojeándolos para volver a la historia. Por fin, muchos días después, llegué al Nuevo Testamento. Allí, envuelto en yeso cubierto de autógrafos, leí los evangelios de principio a fin, captando vagamente su terrible significado. ¿Podría ser todo esto realmente cierto?

Mientras leía el Evangelio según San Juan, me entregaron una carta. La letra del sobre me resultaba familiar. ¡Thile! Con manos temblorosas, lo abrí.

“Queridísimo Andy”, leí. ¡Queridísimo! La palabra que le había escrito tantas veces, pero nunca en una carta para enviar por correo: “Queridísimo Andy, aquí tengo una carta de un chico que cree que su corazón se ha endurecido. Pero su corazón está roto y me ha mostrado un poco de ese dolor, y me enorgullece que lo haya hecho”. Luego siguió —cuando, para puro alivio, pude volver a leer— ¡un bosquejo de la Biblia! Este era el único lugar, escribió Thile, donde el dolor humano podía entenderse en términos del amor de Dios.

Fueron semanas maravillosas las que siguieron, semanas de lectura de la Biblia juntas, en puntos opuestos del mundo. Llené página tras página con preguntas, y Thile acudió a su pastor, a su biblioteca y a lo más profundo de su corazón para encontrar las respuestas.

Pero a medida que pasaban los meses en el hospital, mientras mi yeso se iba quitando poco a poco, y veía la

horrible pierna encogida y recordaba las alegrías de correr que nunca volverían a ser mías, me encontré aferrándome a un núcleo duro de resentimiento, que era exactamente lo opuesto a la alegría de la que hablaban Thile y mis monjas franciscanas.

En cuanto pude caminar, empecé a salir del hospital todas las noches después de cenar para ir cojeando penosamente al bar más cercano y beber hasta perder el conocimiento. Las monjas nunca hablaban de ello. Al menos no directamente. Pero el día antes de que me enviaran a casa, mi monja favorita, la hermana Patrice, acercó una silla a mi cama.

Andy, tengo una historia que contarte. ¿Sabes cómo los nativos cazan monos en el bosque?

Se me iluminó la cara al pensar en una historia de monos. "No. Cuéntame."

Verás, los nativos saben que un mono nunca soltará lo que quiere, aunque eso signifique perder su libertad. Así que hacen lo siguiente: toman un coco y hacen un agujero en un extremo, lo suficientemente grande como para que pase la pata de un mono. Luego dejan caer una piedra en el agujero y esperan entre los arbustos con una red.

Tarde o temprano, un viejo curioso aparecerá. Tomará la cáscara de coco y la hará sonar. Mirará dentro. Y finalmente, meterá la pata en el agujero y tanteará hasta que encuentre la piedrita. Pero cuando intenta sacarla, descubre que no puede meter la pata por el agujero sin soltarla. Y, Andy, ese mono nunca soltará lo que cree que es un premio. Es facilísimo atrapar a alguien que se

comporta así.

La hermana Patrice se levantó y volvió a colocar la silla junto a la mesa. Se detuvo un momento y me miró fijamente a los ojos.

¿Te aferras a algo, Andrew? ¿A algo que te impide ser libre?

Y luego ella se fue.

Sabía perfectamente a qué se refería. También sabía que su sermón no era para mí. El día siguiente iba a ser un día genial por dos razones: era mi 21.º cumpleaños y el día en que el barco hospital zarpaba rumbo a casa. Para celebrarlo, reuní a todos los supervivientes que aún podían caminar o cojear de la compañía con la que había llegado a Indonesia tres años antes. Éramos ocho. Nos lo pasamos genial. Nos emborrachamos a gritos, a gritos, con una actitud beligerante.

Una noche tormentosa

¡Andrew! Geltje cruzó corriendo el puentecito y me abrazó. Se giró y gritó a sus espaldas: "¡Maartje! ¡Ve a buscar a papá! ¡Dile que Andy ha vuelto!"

En un instante, el pequeño jardín delantero se llenó de gente. Maartje corrió a besarme antes de salir corriendo a buscar a papá. Ben estaba allí, y su prometida. Me dijeron que habían esperado para casarse hasta que yo pudiera estar en la boda. Arie, el nuevo esposo de Geltje, se unió a nosotros. Mi hermano pequeño, Cornelius, me estrechó la mano con gravedad. No podía apartar la vista de mi bastón, y supe que se preguntaba cuánto me había hecho daño. En medio de abrazos y besos, papá llegó arrastrando los pies por la casa, un poco cojo él también. Sus ojos marrones estaban húmedos. "¡Andrew, muchacho! ¡Qué bueno tenerte en casa!", dijo papá con la voz más fuerte que nunca.

"Cuando te apetezca, Andrew", dijo Maartje después de los primeros saludos, "te llevaré a la tumba de mamá".

Dije que me gustaría ir enseguida. El cementerio estaba a solo quinientos metros de nuestra casa, pero para caminar incluso esa distancia tenía que pedir prestada la bicicleta de papá, poner la pierna lastimada sobre el sillín y empujarme, medio en bicicleta, medio andando.

“¿Es realmente bastante malo entonces?” preguntó Maartje.

“No creen que vuelva a caminar bien nunca más.”

La tierra aún no se había asentado del todo sobre la tumba de mamá. Había flores frescas en un pequeño florero rojo clavadas en la tierra. Después de un rato, Maartje y yo caminamos a casa en silencio.

Esa noche, sin embargo, cuando oscureció, anuncié que pensaba intentar dar un paseo. Nadie se ofreció a acompañarme; cada uno sabía lo que quería.

Volví a bajar de la bicicleta y subí a saltos por la calle. El cementerio estaba a plena luz de la luna, y fue fácil encontrar la tumba. Me senté en el suelo y le dije mis últimas palabras a mi madre.

—He vuelto, mamá. —Le parecía natural hablar con ella—. Sí que leí tu Biblia, mamá. No al principio, pero sí la leí. Hubo un largo silencio.

Mamá, ¿qué voy a hacer ahora? No puedo caminar cien metros sin que el dolor me pare. Sabes que no sirvo para herrería. Hay un centro de rehabilitación en el hospital, pero ¿qué puedo aprender allí? Me siento tan inútil, mamá. Y culpable. Culpable por la vida que llevé allí. Respóndeme, mamá.

Pero no hubo respuesta. La fría luz de la luna nos iluminó a mí, a la tumba y a todos los que estábamos en ese cementerio: los muertos y los medio muertos. Después de media hora, desistí de intentar remontarme al pasado.

Volví a casa en mi silla de ruedas.

Geltje estaba cosiendo en la mesa de la cocina. "Hablamos de dónde podrías dormir, Andrew", dijo sin levantar la vista. "¿Crees que podrías subir la escalera?"

Miré el agujero en el techo sobre mi cabeza; entonces me lancé a la escalera. Subí peldaño por peldaño, poniendo el pie sano en alto y arrastrando el otro. El dolor me hacía sudar la frente, pero giré la cabeza para que los demás no me vieran. Mi vieja cama me esperaba, con sábanas limpias extendidas, invitándome a hacerlo. Me quedé un buen rato mirando el techo inclinado, y finalmente — demasiado cerca de las lágrimas para un joven de 21 años — me quedé dormido, preguntándome qué habría sido de mi gran aventura.

A la mañana siguiente, con solo mi bastón, salí cojeando para reencontrarme con el pueblo. La gente que conocí fue educada, pero también parecía avergonzada. Miraban con incomodidad mi uniforme, luego mi pie. "¿Te lastimaste allá en las Indias Orientales o en algún otro lugar?", preguntaban. Obviamente, la guerra era impopular en Holanda, como supongo que siempre lo son las guerras perdidas. Para entonces, era evidente que Indonesia pronto sería independiente, así que lo más fácil era fingir que siempre lo habíamos pensado así. El regreso de los veteranos solo lo complicó.

Por alguna extraña razón que no pude comprender, la casa a la que me dirigía era la de los Whetstra. Los encontré en casa y acepté con gusto su invitación a tomar un café. Nos sentamos alrededor de la mesa de la cocina mientras el Sr. Whetstra me preguntaba...sobre Sukarno y los

comunistas, y por último una pregunta más personal.

“¿Encontraste la aventura que buscabas, Andy?”

Miré al suelo. "No realmente", dije.

“Bueno”, dijo, “tendremos que seguir orando”.

¿Para la aventura? ¿Para mí? —Sentí un rubor furioso subirme por la nuca—. Claro. Ahora tengo un don natural para la aventura. Cuando me llame, saldré a su encuentro.

Inmediatamente me avergoncé. ¿Qué me había hecho responder así? Los dejé, sintiendo que había arruinado una amistad.

Otra persona a la que tenía muchas ganas de ver era Kees. Lo encontré en casa, arriba, en su habitación, inclinado sobre una gran pila de libros. Tras un saludo un tanto forzado, cogí uno y me sorprendió descubrir que era un tratado de teología.

“¿Qué es esto?” pregunté.

Kees me quitó el libro de las manos. «Ya he decidido qué voy a hacer con mi vida».

—Tienes suerte. ¿Qué pasa? —pregunté, sin poder creer la respuesta que sabía que me iba a dar.

Quiero dedicarme al ministerio. El pastor Vanderhoop me está ayudando.

Kees me hizo retorcerme, y salí de allí tan pronto como

pude educadamente.

El hospital de veteranos de Doorn era un enorme complejo de centros de tratamiento, dormitorios y unidades de rehabilitación, pero su principal característica era el aburrimiento. Me disgustaban los ejercicios, detestaba la escuela de oficios, pero lo que más odiaba era... terapia ocupacional.

Teníamos que hacer jarrones con arcilla blanda y pegajosa. Nunca le cogí el truco. El truco consistía en colocar el trozo de arcilla justo en el centro del torno giratorio y mantenerlo girando mientras los dedos le daban forma. Por alguna razón, nunca encontraba el centro. Era tan frustrante que en más de una ocasión arrojé mi trozo de arcilla contra la pared.

En mi primer fin de semana libre fui a ver a Thile. En el autobús a Gorkum me repetía que no podía ser tan hermosa como recordaba. Y entonces entré cojeando por la puerta de la tienda de su padre, y lo era. Sus ojos eran más negros, su piel más blanca que la de cualquier otra persona en el mundo. Incluso con su padre mirando, nuestro apretón de manos se prolongó más de lo necesario.

“Bienvenido a casa, Andrew.”

El padre de Thile se acercó al mostrador, limpiándose las escamas de pescado en el delantal. Me estrechó la mano con fervor. "¡Cuéntame todo sobre las Indias!"

En cuanto pude, saqué a Thile de la pescadería. Pasamos el resto de la tarde sentados y charlando en un gran cabrestante en el muelle. Le conté de mi regreso a casa, del marido de Geltje y la inminente boda de Ben; le hablé del centro de rehabilitación, de lo mucho que odiaba trabajar con la arcilla; y aunque sabía que se sentiría decepcionada, le dije que mi vida religiosa se había estancado por completo.

Thile miraba fijamente el puerto. «Y sin embargo», dijo con dulzura, «Dios no se ha detenido». De repente, se rió. «Creo que eres como uno de tus propios pedazos de arcilla, Andy. Dios tiene un plan para ti y está intentando meterte en el centro, y tú sigues esquivándolo y escabulléndote».

Volvió sus ojos oscuros hacia los míos. "¿Cómo lo sabes? ¡Quizás Él quiere convertirte en algo maravilloso!"

Bajé la mirada y fingí gran interés por la colilla que estaba aplastando contra el cabrestante.

“¿Como qué, por ejemplo?”, dije.

Thile miró con disgusto la alfombra de colillas de cigarrillos que había extendido sobre el El muelle nos rodeaba. «Como un cenicero», dijo secamente. «¿Cuánto fumas, Andy?»

Había llegado a consumir tres paquetes al día. "No lo sé", dije.

—Bueno, algo te está haciendo toser. No creo que te haga bien.

"Tienes un montón de planes para que mejore, ¿verdad?" No había querido decir eso. ¿Por qué siempre lo arruinaba todo? Era solo que de repente me sentía tan lejos de todos, incluso de Thile. Ella no sabía lo que era tener que morderse el labio por dentro por miedo a que el dolor de la pierna te hiciera llorar; ni lo que era que una mujer se subiera a un autobús público para que pudieras sentarte. Salí de Thile esa tarde sabiendo que había dicho todo lo que no quería decir y nada de lo que dije.

Pasaron dos meses antes de que alguien volviera a hablarme de religión, y entonces no fue Thile sino otra chica guapa.

Era media mañana de un día bastante ventoso de septiembre de 1949. Estábamos sentados en nuestras camas, leyendo y escribiendo cartas después de los ejercicios matutinos, cuando la enfermera entró a anunciar una visita. No le presté atención hasta que oí un silbido sordo que salía de los labios de veinte chicos. Levanté la vista. De pie en la puerta, avergonzada y a la vez complacida, estaba una rubia despampanante.

"No está mal", susurró mi vecino de la cama de al lado, Pier.

—No les quitaré mucho tiempo —empezó la chica—. Solo quiero invitarlos a todos a nuestra reunión en la carpa esta noche. Habrá muchos refrigerios...

"¿Qué tipo?" gritó alguien.

"...Y el autobús saldrá de aquí a las siete, y espero que

todos puedan venir.”

Los chicos estallaron en aplausos estridentes y exagerados, gritando "¡Bis! ¡Bis!" mientras la chica se retiraba. Pero cuando dieron las siete, todos estábamos esperando en el vestíbulo, limpios y fregados, con el pelo tieso por la brillantina. Pier y yo éramos los primeros en la fila. Estábamos contentos, no solo por haber pasado la noche fuera del hospital, sino también porque Pier se había escabullido hasta el pueblo y había regresado con nuestra respuesta a la pregunta de qué refrigerio servirían. Para cuando el autobús llegó al terreno de la carpa, la botella estaba medio vacía. Nos sentamos en el extremo trasero de la tienda y terminé el resto.

La mayoría de los chicos pensaron que nuestras travesuras eran graciosas. A los que celebraban el servicio de avivamiento no. Finalmente, un hombre de aspecto extraño, de rostro delgado y ojos hundidos —el tipo de persona que me desagradaba a primera vista— subió al podio y anunció que había dos personas en la congregación atadas por poderes que no podían controlar.

Y entonces, cerrando los ojos, comenzó una larga y apasionada oración por la salud de nuestras almas inmortales. Conteníamos la risa hasta que nos dolía la garganta del esfuerzo. Pero cuando por fin, con un piadoso canto, nos llamó «nuestros hermanos sobre quienes han influido espíritus extraños», no pudimos contenerlo más. Aullamos, chillamos, reímos a carcajadas. Al ver que era imposible seguir orando, el hombre le pidió al coro que cantara. La canción que eligieron fue «Dejad ir a mi pueblo».

Pronto toda la congregación se unió al estribillo: «Deja ir a mi pueblo...». Una y otra vez, las palabras se intensificaban bajo la gran carpa.

La reunión terminó, los veteranos salieron en tropel hacia el autobús que los esperaba. Pero aún resonaban en mi cabeza las palabras: «Déjalos ir... déjame ir...».

Es una tontería, por supuesto, sugerir que una simple canción —una canción escuchada al azar, ni siquiera cantada— podría convertirse en una oración y que Dios la honraría.

Y sin embargo, al día siguiente, durante la temida clase ocupacional, ocurrió algo extraño.

A pesar de tener una resaca enorme, no podía hacer nada mal en el torno. Me senté y puse un trozo de arcilla gris en el torno, luego lo moví hacia el centro mientras mi pie trabajaba lentamente. Avase se levantó bajo mis dedos.

Incrédulo, arrojé otra gota de arcilla al torno. Una vez más, la forma se elevó sin esfuerzo, igualando la que tenía en mi mente.

Más tarde ese día, ocurrió algo aún más inquietante. Durante el descanso de la tarde, estaba hojeando las revistas que nos habían dado, cuando de repente cogí la Biblia que guardaba en mi mesita de noche como recuerdo de mi madre. No la había leído desde que regresé a Holanda. Pero esa tarde, de repente, empecé a leer y, para mi asombro, la entendí. Todos los pasajes que había...

Me parecían tan desconcertantes cuando me costó leerlos

antes, pero ahora parecen una historia de acción trepidante. Leí de un tirón el resto del tiempo y me llamaron otra vez para tomar el té.

Seguía devorando la Biblia una semana después cuando el hospital me dijo que podía empezar a irme a casa para los fines de semana largos. Allí también leía, tumbado horas y horas en mi cama del ático. Geltje me traía sopa, me miraba para ver si estaba bien y luego bajaba sin decir palabra.

¿Qué me estaba pasando?

Y entonces empezó la asistencia a la iglesia. Yo, que nunca iba a la iglesia, empecé a asistir con tanta regularidad que todo el pueblo lo notaba: no solo los domingos por la mañana, sino también los domingos por la noche y los miércoles a mitad de semana. En noviembre de 1949, me dieron de baja formal del ejército. Con parte de mi paga de baja me compré una bicicleta nueva y elegante y aprendí a pedalear impulsando con la pierna sana y deslizando con la mala. Seguía sin poder dar un paso sin dolor, pero con las ruedas bajo mis pies ya no importaba tanto. Empecé a asistir también a los servicios religiosos en pueblos vecinos. Los lunes iba a una reunión del Ejército de Salvación en Alkmaar. Los martes pedaleaba hasta Ámsterdam para asistir a un servicio bautista. Encontraba un servicio en algún lugar todas las noches de la semana. En cada uno tomaba notas detalladas de lo que decía el predicador, y luego pasaba la mañana siguiente consultando pasajes de la Biblia para comprobar si todo lo que decía estaba realmente allí.

—¡Andrew! —Maartje subió la escalera con una taza de

té en equilibrio—. Andrew, ¿puedo ser sincera contigo?

Me senté. “Por supuesto, Maartje”.

Es solo que nos preocupa la cantidad de tiempo que pasas aquí solo. Siempre leyendo la Biblia. Y yendo a la iglesia todas las noches. No es natural. ¿Qué te pasa, Andy?

Sonreí. "¡Ojalá lo supiera!"

—No podemos evitar preocuparnos, Andy. Papá también está preocupado. Dice... —Se detuvo como si dudara cuánto decir—. Papá dice que es neurosis de guerra. —Y dicho esto, bajó rápidamente por la escalera.

Pensé en lo que había dicho. ¿Corría el riesgo de convertirme en un fanático religioso? Había oído de gente que se volvía loca y andaba citando las Escrituras a todo el mundo. ¿Iba a llegar a ser así?

Y aun así, mi extraña compulsión me arrastraba, yendo en bicicleta de iglesia en iglesia, estudiando, escuchando, absorbiendo. Pier me escribió una vez, pidiéndome que nos viéramos para una buena copa a la antigua, pero no contesté la carta. Tenía la intención de hacerlo, pero semanas después la encontré pegada al final de una biografía de Hudson Taylor.

Y por otro lado, empecé a pasar mucho tiempo con Kees, con mi antigua maestra, la señorita Meekle, con los Whetstras y, por supuesto, más que nunca, con Thile. Todas las semanas iba en bicicleta a Gorkum para comentar con Thile lo que leía y oía. Hacía demasiado frío para sentarse en el muelle. Así que atendíamos la

pescadería y, entre cliente y cliente, charlábamos.

Al principio, Thile estaba entusiasmada con lo que me estaba pasando, pero a medida que las semanas se convertían en meses y yo continuaba con mis frenéticas visitas a las iglesias, empezó a alarmarse. «No querrás agotarte, Andy», me decía. «¿No crees que deberías ir un poco más despacio? Lee otros libros. Ve al cine de vez en cuando».

No me importaba. Nada en el mundo me interesaba, salvo el increíble viaje de descubrimiento que había emprendido. De vez en cuando, además, Thile me preguntaba si había encontrado trabajo. Este era un problema más serio. Obviamente, hasta que no tuviera trabajo, ni siquiera podía sugerirle a Thile el sueño que tanto tiempo había tenido para ella y para mí. Me puse a buscar trabajo en serio.

Sin embargo, antes de encontrar uno, ocurrió un pequeño y frágil suceso que cambió mi vida mucho más radicalmente que la bala que me había destrozado huesos y músculos un año antes. Era una noche tormentosa en pleno invierno de 1950. Estaba en la cama. El aguanieve soplabla sobre los pólderes como solo puede soplar en Holanda a mediados de enero. Me tapé con las mantas hasta la barbilla, sabiendo que afuera el aguanieve corría casi paralelo al suelo. Había muchas voces en ese viento. Oí a la Hermana Patrice. «El mono nunca me soltará...». Oí el canto bajo la gran tienda. «Deja ir a mi gente...».

¿A qué me aferraba? ¿Qué me aferraba? ¿Qué se interponía entre mí y la libertad?

El resto de la casa dormía. Yo estaba tumbado boca arriba con las manos bajo la cabeza.

Mirando fijamente el techo oscurecido, de repente, en silencio, dejé ir mi ego. Con una nueva nota en el viento que me gritaba que no fuera tonta, me entregué a Dios, con todo, y con toda mi aventura. No había mucha fe en mi oración. Solo dije: «Señor, si me muestras el camino, te seguiré. Amén».

Así de simple fue.

El paso del sí

Esa noche me dormí con los gritos de la tormenta invernal. Curiosamente, aunque acababa de desechar cualquier atisbo de autodefensa, me sentí seguro de una forma que nunca antes había conocido.

Por la mañana me desperté con tanta alegría que tuve que contárselo a alguien. No podía contárselo a mi familia; ya estaban bastante preocupados por mí. Eso dejó a los Whetstras y a los Kees.

Los Whetstra lo entendieron al instante. "¡Alabado sea el Señor!", gritó Philip Whetstra.

La frase me incomodó, pero el tono de su voz me reconfortó. Los Whetstras no parecían pensar que yo hubiera hecho nada extraño ni anormal. Usaban palabras como «nacer de nuevo», pero a pesar del lenguaje extraño, entendí que el paso que había dado era un camino bien recorrido.

Kees también, cuando se lo conté, reconoció la experiencia al instante. Estaba sentado en su escritorio, rodeado de sus inevitables libros. Me dirigió una mirada académica. "Hay un nombre para lo que te ha pasado", dijo, tocando un volumen de aspecto particularmente amenazador. "Se llama conversión de crisis. Me

interesará, Andrew, ver si después aparece una respuesta en profundidad".

Para mi sorpresa, cuando fui a ver a Thile, no parecía tan contenta como los demás. ¿No era esto lo que se hacía en las manifestaciones multitudinarias?, preguntó.

Pobre Thile, estaba a punto de sufrir otra conmoción aún peor que la primera. Unas semanas después, a principios de la primavera de 1950, fui a Ámsterdam con Kees para escuchar a un conocido evangelista holandés, Arne Donker. Hacia el final de su sermón, el pastor Donker se interrumpió.

“Amigos”, dijo, “he tenido la sensación toda la noche de que algo muy especial está sucediendo.

Lo que va a pasar en esta reunión es que alguien entre el público quiere entregarse al campo misionero.

«Teatro», pensé. Tiene a alguien aquí plantado que va a saltar y correr hacia adelante para añadir un poco de emoción a la velada. Pero el Sr. Donker seguía mirando por encima del público.

El silencio en la sala de reuniones bajo su mirada se volvió opresivo. Kees también lo sintió. "Odio este tipo de cosas", susurró. "¡Salgamos de aquí!"

Nos abrimos paso hasta el final de nuestra fila. Las cabezas se giraron con entusiasmo. Ambos nos sentamos.

—Bueno —dijo finalmente el Sr. Donker—, solo Dios sabe quién es. Él conoce a la persona a quien le espera

una vida de riesgo y peligro perpetuos. Creo que probablemente sea un joven. Un hombre joven.

Ahora, por todo el salón, la gente se giraba y miraba a su alrededor como si quisieran descubrir a quién se refería el predicador. Y entonces, obedeciendo a una llamada que nunca entenderé, Kees y yo nos pusimos de pie.

—Ah, sí —dijo el predicador—. ¡Ahí están! ¡Dos jóvenes! ¡Espléndido! ¿Podrían pasar al frente, muchachos?

Con un suspiro, Kees y yo caminamos por el largo pasillo hasta la entrada del salón de reuniones, donde nos arrodillamos, como en un sueño, para escuchar al Sr. Donker rezar por nosotros. Mientras rezaba, solo podía pensar en lo que diría Thile. "¡De verdad, Andrew!", se quedaría conmovida y dolida. "¿Vas a perder el tiempo?"

Pero lo peor estaba por venir. Tras terminar su oración, el predicador nos dijo a Kees y a mí que quería vernos después del servicio. De mala gana, y casi sospechando que era un hipnotizador, nos quedamos. Cuando la sala quedó vacía, el Sr. Donker nos preguntó nuestros nombres.

—Andrew y Kees —repitió—. Bueno, chicos, ¿están listos para su primera tarea? Antes de que tuviéramos oportunidad de protestar, el predicador continuó.

¡Bien! Quiero que regresen a sus pueblos. ¿De dónde vienen, chicos?

“Witte.”

¿Ambos de Witte? ¡Excelente! Quiero que regresen a Witte y celebren una reunión al aire libre frente a la casa del burgomaestre. Seguirán el modelo bíblico: Jesús les dijo a sus discípulos que difundieran la buena nueva "comenzando por Jerusalén". Tenían que empezar a predicar en su propio patio trasero...

Las palabras estallaron una a una en mi mente como proyectiles de mortero. ¿Sabía este hombre lo que preguntaba?

—¡Oh, estaré con ustedes, muchachos! —continuó el Sr. Donker—. No hay de qué alarmarse. Solo es cuestión de acostumbrarse. Hablaré primero...

Apenas escuchaba. En cambio, recordaba cuánto me desagradaban los predicadores callejeros de cualquier tipo. Más palabras llegaron a mi mente.

—...Entonces tenemos una cita. El sábado por la tarde en Witte.

—Sí, señor —dije con intención de decir que no.

“¿Y tú, hijo?”, le preguntó el señor Donker a Kees.

"Sí, señor."

Kees y yo viajamos a casa en autobús en un silencio atónito, cada uno culpando en secreto al otro por habernos metido en semejante situación.

Nadie en Witte se perdió esa reunión. Incluso los perros del pueblo acudieron al espectáculo. Estuvimos con el evangelista en una pequeña plataforma hecha de cajas y contemplamos un mar de rostros conocidos. Algunos reían a carcajadas, otros solo sonreían. Unos pocos, como los Whetstras y la señorita Meekle, asintieron para animarnos.

La siguiente media hora fue una pesadilla. No recuerdo nada de lo que dijeron Kees y el Sr. Donker. Solo recuerdo el momento en que el Sr. Donker se giró hacia mí y esperó. Di un paso adelante y un silencio aterrador me recibió. Un paso más y llegué al borde del andén, agradecida por los pantalones holandeses holgados que ocultaban mis rodillas temblorosas.

No recordaba nada de lo que tenía pensado decir. Así que solo pude contar lo sucia y culpable que me sentí al volver de Indonesia. Y cómo había...Cargaba con la carga de lo que era y lo que quería de la vida, hasta que una noche, durante una tormenta, lo dejé. Y les conté lo libre que me había sentido desde entonces, es decir, hasta que el Sr. Donker me engañó para que dijera que quería ser misionera.

“Pero sabes”, le dije a mi ciudad natal, “podría sorprenderlo con eso...”

Casi me daba pavor mi próxima cita con Thile. Es difícil decirle a la chica con la que esperas casarte que de repente has decidido ser misionero. ¿Qué clase de vida le

ofrecerías? Trabajo duro, poca paga, tal vez condiciones de vida desagradables en algún lugar lejano.

¿Cómo podría siquiera sugerirle una vida así, a menos que ella misma estuviera comprometida en cuerpo y alma con la idea también?

Así que, la semana siguiente, comencé mi campaña para convertir a Thile en misionera. Le conté sobre el momento en la reunión en que me asaltó la convicción y lo segura que estaba desde entonces de la mano de Dios en esta decisión.

Por extraño que parezca, lo más difícil de aceptar para Thile no parecía ser el rigor de la vida misionera, sino el hecho de haber caminado delante de toda esa gente.

“Sin embargo, en algo estoy de acuerdo con el Sr. Donker”, dijo. “El lugar para comenzar cualquier ministerio es en casa. ¿Por qué no consigues un trabajo cerca de Witte y lo consideras tu campo misionero desde el principio? Descubrirás rápidamente si estás destinado a ser misionero o no”.

Esto tenía sentido. La industria más grande cerca de Witte era la enorme fábrica de chocolate Ringers en Alkmaar. El esposo de Geltje, Arie, trabajaba allí, y cuando le pregunté, dijo que recomendaría mi trabajo en la oficina de contratación.

La noche antes de ir en bicicleta a Alkmaar para solicitar trabajo, tuve un sueño maravilloso.

La fábrica estaba llena de gente desanimada e infeliz que enseguida notó que yo tenía algo diferente. Me rodearon, exigiendo mi secreto. Cuando se lo conté, la verdad se dibujó en sus rostros. Juntos nos arrodillamos...

Me dio mucha pena cuando tuve que despertarme.

Me senté en el banco de madera frente a la oficina de contratación de Ringers'. El olor empalagoso a chocolate flotaba en el aire, denso y desagradable.

"¡Próximo!"

Entré por la puerta con toda la energía que pude; había dejado mi bastón en casa. Caminar todavía me dolía, pero —excepto cuando estaba cansado— había aprendido a apoyarme en el tobillo lesionado sin cojear. El director de personal miraba con el ceño fruncido el formulario de solicitud que tenía delante.

«Date de baja médica», leyó en voz alta. Me miró con recelo. «¿Qué te pasa?»

—Nada —dije, sintiendo que la sangre me subía a la cara—. Puedo hacer lo mismo que cualquiera aquí.

"Eres susceptible, ¿no?"

Pero me dio una tarea. Debía contar las cajas al final de una de las unidades de embalaje y luego llevarlas a la sala

de envíos. Un chico con cara despreocupada me condujo por un laberinto de pasillos y escaleras y finalmente abrió la puerta a una enorme sala de montaje donde unas doscientas chicas estaban alineadas alrededor de una docena de cintas transportadoras. Me dejó en una de ellas.

Chicas, este es Andrew. ¡Diviértanse!

Para mi asombro, un coro de silbidos saludó esta presentación. Luego, sugerencias a gritos. "Oye, Ruthie, ¿cómo te gustaría?" "No se nota porMirando. Luego siguió la perversión y la charla de baño. Ni siquiera mis años en el ejército me habían preparado para el lenguaje que escuché esa mañana.

Descubrí que la líder de las bromas repugnantes era una chica llamada Greetje. Su tema favorito era la sodomía; especulaba en voz alta sobre qué animal encontraría en mí a su alma gemela. Agradecí que mi carrito estuviera lleno y pudiera escaparme unos momentos a lo que parecía un santuario de compañía masculina en la sala de embarque.

Demasiado pronto, lo descargaron y tuve que volver a silbar en la gran sala. «Esto puede ser un campo misionero, Señor», pensé mientras llevaba el recibo de las cajas a la ventanilla del cronometrador en el centro de la habitación. «Pero no es mío. Nunca aprenderé a hablar con estas chicas. Tomarían cualquier cosa que dijera y la tergiversarían hasta que...»

Me detuve. Porque a través de la mampara de cristal de la cabina del cronometrador me sonreían los ojos más cálidos que jamás había visto. Eran marrones. No, eran verdes. Y ella era muy joven. Rubia, delgada, no debía de

ser una adolescente, y se encargaba del trabajo más importante de la planta: las órdenes de trabajo y los recibos de obra terminada. Al entregarle los míos por la ventana, su sonrisa se transformó en risa.

—No les hagas caso —dijo con dulzura—. Así tratan a todos los recién llegados. En un par de días será otro.

Mi corazón se inundó de gratitud.

Me entregó una nueva orden de envío de la pila que tenía delante, pero yo seguía allí, mirándola. En una habitación donde las demás mujeres llevaban suficiente polvo y rubor como para maquillar un circo, allí estaba una chica sin rastro de maquillaje. Solo su propio y fresco tono juvenil realzaba esos ojos que nunca eran del mismo tono dos veces.

Cuanto más la miraba, más seguro estaba de haberla visto antes. Pero la pregunta sonaría a cliché. De mala gana, volví a la cadena de montaje.

Las horas parecían interminables. Al final del largo día de pie, cada paso en mi tobillo era una agonía. Por mucho que lo intentaba, empecé a cojear. Greetje lo notó al instante.

—¿Qué te pasa, Andy? —chilló—. ¿Te caíste de la cama?

“Indias Orientales”, dije con la esperanza de callarla.

El grito de triunfo de Greetje se escuchó por toda la sala. "¡Tenemos un héroe de guerra, chicas! ¿Es cierto lo que dicen de Sukarno, Andy? ¿Le gustan muy jóvenes?"

Fue el peor error que pude haber cometido. Durante días —mucho después de que hubiera perdido el valor de la novedad para ellas—, las chicas me preguntaron sobre lo que imaginaban que era la vida exótica de Oriente.

Más de una vez habría dejado el trabajo de puro aburrimiento ante su conversación monótona, de no ser por las miradas sonrientes tras la mampara de cristal. Me acostumbré a ir incluso sin recibo. A veces, junto con el recibo, dejaba una nota: «Hoy te ves muy bien» o «Hace media hora frunciste el ceño. ¿Qué te pasaba?». Me preguntaba constantemente cómo se sentiría ella con la conversación que había oído y qué estaría haciendo en un lugar como este. Y siempre me atormentaba la sensación de conocerla.

Trabajé en la fábrica un mes antes de animarme a decirle: «Estoy preocupada por ti. Eres demasiado joven y demasiado guapa para trabajar con esta gente».

La niña echó la cabeza hacia atrás y se rió. "¡Abuelito!", dijo. "¡Qué ideas tan anticuadas tienes! La verdad es que...", se inclinó hacia la ventanita.

—No son mala gente. La mayoría solo necesitan amigos, y no saben cómo conseguirlos.

Me miró como si dudara si debía confiar en mí. "Verás", dijo en voz baja, "soy cristiana. Por eso vine a trabajar aquí".

Me quedé boquiabierto al ver a mi compañero misionero. Y de repente recordé dónde había visto ese rostro antes. ¡En el hospital de veteranos! ¡Era la chica que nos había

invitado a la reunión en la carpa! Y ese era el lugar donde...

Me costó trabajo contarle todo lo sucedido y cómo había llegado a Ringers' con la misma misión que ella. Me dijo que se llamaba Corry van Dam. Y desde ese día, Corry y yo formamos un equipo. Mi trabajo de recoger las cajas terminadas me llevaba de un lado a otro entre las filas de empaquetadores, donde podía vigilar a cualquiera que tuviera problemas. Pasaba...la palabra a Corry, quien podría hablar con la niña en privado cuando ella llegara a la ventana para su siguiente orden de trabajo.

Así, con el tiempo, encontramos un pequeño núcleo de personas interesadas en lo mismo que nosotros. El evangelista británico Sidney Wilson organizaba fines de semana juveniles en Holanda por aquel entonces, y empezamos a asistir.

Una de las primeras personas que nos acompañó fue una niña ciega y con una discapacidad grave, que trabajaba en la misma cinta que Greetje. Amy leía braille y me enseñó a perforar cartas para las demás personas ciegas con una pequeña máquina de escribir braille. Compré una también, y una copia del alfabeto braille, y dejaba notas en braille en la cinta de chocolates en movimiento para que Amy las encontrara con sus ágiles dedos.

Por supuesto, esto era demasiado para que Greetje lo dejara solo.

"¡Amy!", gritaba al otro lado de la fila de trabajadoras sexuales. "¿Cuánto ofrece esta vez?"

Durante mucho tiempo, Amy se tomó las burlas con buen humor. Pero un día, al volver de la sala de envíos, la vi parpadeando con sus ojos lechosos, como si quisiera contener las lágrimas.

—Ya veo —gritó Greetje— que no estás tan seguro.

Me vio y sonrió con malicia. «Todos los hombres son iguales en la oscuridad, ¿verdad, Amy?», gritó.

Me detuve en la puerta. Había rezado esa mañana, como siempre hacía mientras iba en bicicleta al trabajo, para que Dios me dijera qué decirles a la gente. La orden que parecía estar recibiendo era tan inesperada que apenas podía creerla, y a la vez tan clara que obedecí sin pensar.

—Greetje —grité desde el otro lado de la habitación—, ¡cállate! ¡Y cállate para siempre!

Greetje se quedó tan sorprendida que se quedó boquiabierta. Yo también me sobresalté. Pero tenía que seguir adelante o perdería la iniciativa.

—Greetje —llamé, sin dejar de gritar desde el otro lado del gran salón—, el autobús sale para el centro de conferencias a las nueve de la mañana del sábado. Quiero que estés a bordo.

"Está bien."

Su respuesta llegó así de rápido. Esperé a ver si venía una broma, pero noté que ahora era Greetje quien parpadeaba. Mientras volvía a cargar cajas, noté que toda la sala estaba extrañamente silenciosa. Todos estaban un poco

asombrados por lo que estaba sucediendo.

Y el sábado, Greetje estaba en el autobús. Eso fue lo que más me sorprendió. Sin embargo, seguía siendo la misma de siempre y nos hizo saber que venía solo para descubrir qué había pasado realmente después de que se apagaran las luces.

En el recinto de la conferencia, Greetje se mantenía muy aislada. Durante las reuniones, mantenía un flujo constante de comentarios en voz baja mientras la gente contaba cómo Dios estaba marcando la diferencia en sus vidas. Entre reuniones, Greetje leía una revista romántica.

El domingo por la tarde, el autobús nos llevó de vuelta a Alkmaar, donde había dejado mi bicicleta en la estación. Greetje vivía en el pueblo vecino a Witte. Me preguntaba qué posibilidades tenía de convencerla de que me acompañara en la parte trasera de mi bicicleta. Sería una oportunidad maravillosa para contar con su atención sin interrupciones.

¿Puedo llevarte a casa, Greetje? ¿Te ahorro el autobús?

Greetje frunció los labios, y me di cuenta de que estaba sopesando la desventaja de tener que viajar conmigo frente al precio del billete de autobús. Finalmente, se encogió de hombros y se subió al pequeño asiento plegable de la parte trasera de mi bici. Le guiñé un ojo a Corry y me alejé.

En cuanto salimos al campo, quise confrontar a Greetje con su necesidad de Dios. Pero, para mi asombro, la orden clara que recibí esta vez fue: «Ni una palabra de

religión. Solo admira el paisaje».

De nuevo, me costaba creer que estaba oyendo bien. Pero obedecí. Durante todo el viaje no le dije ni una palabra a mi cautiva sobre religión. En cambio, le hablé de los campos de tulipanes que pasábamos y descubrí que ella también había comido bulbos de tulipán durante la guerra. Cuando llegamos a su calle, incluso me sonrió.

Al día siguiente, en la fábrica, Corry me recibió con los ojos brillantes. "¿Qué le dijiste a Greetje? ¡Algo terrible debió haber pasado!"

"¿Qué quieres decir? No dije ni una palabra."

Pero, efectivamente, Greetje no contó ni un solo chiste sucio en toda la mañana. Una vez, a Amy se le cayó una caja de bombones. Fue Greetje quien se arrodilló y recogió los trozos. A la hora del almuerzo, dejó su bandeja junto a la mía.

"¿Puedo sentarme contigo?"

"Por supuesto", dije.

"¿Sabes lo que pensé?", empezó Greetje. "Pensé que me presionarías para que 'me decidiera por Cristo', como decían en esas reuniones. No iba a escucharte. Luego no dijiste ni una palabra. Ahora... no te rías, ¿quieres?"

"Por supuesto que no."

Empecé a preguntarme: "¿Cree Andrew que he ido tan lejos que ya no hay vuelta atrás? ¿Será por eso que no se

molesta en hablarme?". Y entonces empecé a preguntarme si tal vez había ido demasiado lejos. ¿Seguiría Dios escuchándome si le pedía perdón? ¿Me dejaría empezar de nuevo, como decían esos niños? En fin, se lo pedí. Fue una oración bastante curiosa, pero lo decía en serio. Y, Andy, empecé a llorar. Lloré casi toda la noche, pero esta mañana me siento de maravilla.

Fue la primera conversión que presencié. De la noche a la mañana, Greetje cambió por completo. O mejor dicho, era la misma persona con una enorme transformación. Seguía siendo líder, seguía hablando sin parar, pero qué diferencia. Cuando Greetje dejó de contar historias obscenas, muchas de las otras chicas también dejaron de hacerlo. Se creó una célula de oración en la fábrica, con Greetje a cargo de la asistencia. Si el hijo de alguien estaba enfermo, si el marido estaba sin trabajo, Greetje se enteraba, y ¡ay del trabajador que no pusiera algo de dinero en el sombrero! El cambio en esta chica fue completo y permanente. Noche tras noche, en mi cama alta en Witte, me dormía agradeciendo a Dios por permitirme ser parte de esta transformación. Aquella fábrica era un lugar diferente. Y todo se logró gracias a la obediencia.

Un día, cuando pedaleé a través de la puerta principal, me esperaba una sorpresa.

—El señor Ringers quiere verte —dijo Corry.

¡Señor Ringers! Debía de estar en serios problemas; quizá descubrió que estaba promoviendo la religión en horario de trabajo. Una secretaria me abrió la puerta del despacho

privado del presidente. El señor Ringers estaba sentado en un enorme sillón de cuero y me hizo señas para que me sentara en otro. Me senté en el borde del cojín.

—Andrew —dijo el señor Ringers—, ¿recuerdas las pruebas psicológicas que terminamos hace unas dos semanas?

"Sí, señor."

"Las pruebas muestran que tienes un coeficiente intelectual bastante excepcional"

No tenía idea de qué era un "CI", pero como él estaba sonriendo, yo también sonreí.

"Hemos decidido", continuó, "inscribirte en nuestro curso de gestión. Quiero que te tomes dos semanas libres. Recorre la fábrica y examina cada trabajo que veas. Cuando encuentres uno que te guste, avísame; te capacitaremos para ello".

Cuando por fin recuperé la voz, dije: «Ya sé qué trabajo me gustaría. Me gustaría ser ese hombre que me habló después de terminar las pruebas».

"Un analista de empleo", dijo el Sr. Ringers. Su mirada penetrante se clavó en la mía. "Y supongo", añadió, "que al hablar de empleos, ¿no te importaría que saliera el tema de la religión?"

Sentí que mi cara se tornaba escarlata.

—Ah, sí —dijo—. Sabemos del proselitismo que has

estado haciendo arriba. Y debo añadir que considero que tu trabajo es mucho más importante que fabricar chocolates.

Sonrió al ver mi alivio. «Andrew, no sé por qué no puedes hacer ambas cosas. Si me ayudas a dirigir una fábrica mejor y a reclutar gente para el reino de Dios, me daré por satisfecho».

Thile estaba extasiada con mi nuevo trabajo. Esperaba que me resultara tan interesante que olvidara la idea de ser misionera. Pero no pude. Aunque me encantaba el nuevo trabajo, cada vez estaba más convencida de que me llamaban a algo más. A cambio de mi formación como analista, acepté quedarme en Ringers' durante dos años. Cuando se cumpliera ese plazo, supe que tendría que irme.

Al ver que ya había tomado una decisión, Thile dejó de discutir y me ofreció su ayuda. Su iglesia era la Reformada Holandesa, que tenía muchas misiones en el extranjero. Les escribió a cada una de ellas preguntándoles cuáles eran los requisitos para servir. De todas ellas, la respuesta fue la misma: la ordenación era el primer paso para ser misionero.

Pero cuando escribí al seminario reformado holandés, descubrí que recuperar los estudios que había perdido durante la guerra y luego estudiar teología me llevaría doce años. ¡Doce años! Me dio un vuelco la noticia. Aun así, me matriculé de inmediato en unos cursos por

correspondencia.

Los libros eran el mayor problema. No tenía ahorros de ningún tipo. Y ahora, con Greetje a cargo de las obras de la fábrica, cualquier florín que Geltje no necesitaba para la casa se invertía rápidamente.

Una noche, mientras fumaba un cigarrillo, reflexionaba sobre el problema cuando me di cuenta de que tenía la solución en la mano. Miré el delgado tubo blanco con el humo saliendo en volutas agradables de su punta. ¿Cuánto gastaba en estas cosas cada semana? Lo calculé y me di cuenta. Suficiente para un libro, cada semana del año. Suficiente para tener los volúmenes que ahora leía, páginas a páginas, en la trastienda de una librería.

No fue fácil dejarlo. Supongo que me gustaba fumar tanto como a cualquier holandés, lo cual es mucho, sin duda. Pero lo dejé, y poco a poco, en la mesita entre la cama de Cornelius y la mía, empezó a crecer una biblioteca. Una gramática alemana, una gramática inglesa, un volumen de historia eclesiástica, un comentario bíblico. Fueron los primeros libros, además de la Biblia y el himnario, que alguien de nuestra familia tuvo. Durante dos años dediqué cada momento libre a leer.

Cuando la señorita Meekle supo lo que hacía, se ofreció a darme clases de inglés, y acepté agradecida. Era una maestra maravillosa: amable cuando me desanimaba, entusiasta cuando flaqueaba mi determinación. Si su pronunciación me parecía un poco distinta del inglés que oía de vez en cuando en la radio de mamá, lo atribuía a un fallo electrónico y la imitaba con esmero.

Pero aunque la señorita Meekle estaba contenta de que terminara mi educación, no estaba tan segura del seminario. "¿De verdad crees que necesitas ordenarte para ayudar a la gente?", me decía. "Tienes veinticuatro años. A este paso, tendrás treinta y tantos antes de empezar. ¿Seguro que hay trabajo útil para los laicos en las misiones? No te lo digo, Andrew. Solo te pregunto."

Y, por supuesto, era la pregunta que me hacía casi a diario. Un fin de semana lo estaba comentando con Sidney Wilson. Ya éramos suficientes los que asistíamos a sus fines de semana desde Ringers' como para reservarnos todo el centro de conferencias. Mientras me quejaba de los retrasos y las formalidades de la educación, él se echó a reír.

"Hablas como la gente de WEC", dijo.

"¿WEC?"

"Cruzada Mundial de Evangelización", dijo. "Es un grupo angloparlante que capacita a misioneros para ir a lugares del mundo donde las iglesias no tienen programas. Se sienten como tú en cuanto a esperar".

Las misiones de la iglesia, explicó, se gestionaban con presupuestos. La junta de misiones esperaba hasta tener el dinero, o al menos saber de dónde provenía, antes de enviar a alguien. WEC no. Si creían que Dios quería a un hombre en cierto lugar, lo enviaban allí y confiaban en que Dios se encargaría de los detalles.

"Lo mismo ocurre con los hombres que envían", continuó el Sr. Wilson. "Si creen que un hombre tiene una

vocación genuina y un compromiso lo suficientemente profundo, no les importa si no tiene un título. Lo capacitan en su propia escuela durante dos años y luego lo envían”.

Esa parte me atrajo, pero no estaba tan seguro de la falta de financiación. Había conocido a varias personas que "confiaban en Dios" para sus necesidades, pero la mayoría eran...Realmente mendigos. No pedían dinero directamente; lo insinuaban. En Witte se les conocía como «los misioneros de la insinuación», y se decía que no vivían por fe, sino por sentimientos. No, lo que yo había visto de ellos era sucio e indigno. Si Cristo era Rey y estos eran sus embajadores, sin duda eso no hablaba bien del estado de su erario.

Sorprendentemente, fue Kees, quien llevaba tantos años estudiando para la ordenación, quien mostró mayor interés cuando le conté lo que había dicho el Sr. Wilson. «No lleves ni bolso, ni escritura, ni zapatos», citó Kees. «Teológicamente, eso es muy acertado. Me gustaría saber más sobre el WEC».

Unos meses después tuvimos la oportunidad. Sidney Wilson me llamó un día a Ringers' para decirme que un hombre de la sede de WEC estaba de visita en Haarlem.

—Se llama Johnson, Andy. ¿Por qué no vas a verlo ya que está aquí?

Así que el fin de semana siguiente fui en bicicleta a Haarlem. Fue tal como lo había imaginado. El Sr. Johnson estaba delgado y demacrado, y su ropa olía a barriles de misioneros.

Pero cuando hablaba del trabajo que la misión realizaba en todo el mundo, su rostro cetrino cobraba vida. Era evidente que atribuía el mérito de todos los logros a la escuela de formación WEC en Glasgow, Escocia, y a sus profesores, la mayoría de los cuales trabajaban sin remuneración. Entre ellos se encontraban doctores en teología, exégesis bíblica y otras materias académicas, pero también había maestros albañiles, fontaneros y electricistas, pues estos estudiantes se formaban para fundar misiones donde no las había. E incluso esto, decía, no era el verdadero énfasis. El verdadero objetivo de la escuela era simple: formar a los mejores cristianos que estos estudiantes pudieran ser.

Fui a ver a Kees en cuanto regresé a Witte. Juntos dimos un paseo en bicicleta por los pólderes. Las preguntas de Kees eran agudas y prácticas, como las que haría si planeara dejarlo todo y matricularse al día siguiente. ¿Cuánto costaba la matrícula? ¿Cuándo empezaba el siguiente curso? ¿Cuáles eran los requisitos de idioma? No me había interesado lo suficiente como para preguntar. Así que le di a Kees la dirección de la sede del WEC en Londres y esperé las noticias que sabía que recibiría. Efectivamente, unos días después, Kees me dijo que había solicitado la admisión en la escuela de Glasgow.

Debido a sus cualificaciones, Kees fue aceptado casi de inmediato. Al llegar a casa desde Ringers' me encontraba con largas y entusiastas cartas de Glasgow, describiendo su...

La vida allí, los cursos que tomaba, los descubrimientos que hacía sobre la vida cristiana. Ya llevaba en la fábrica más de los dos años que le había prometido al Sr. Ringers cuando me capacitó para el nuevo trabajo. Sin duda, esta escuela WEC también era el lugar indicado para mí.

Y aun así me resistí. Parecía tener muchos puntos en mi contra. No tenía la sabiduría de Kees. Y por mucho que se lo ocultara a los demás, tenía un tobillo lisiado. ¡Cómo iba a ser misionero si ni siquiera podía caminar una manzana sin dolor!

¿De verdad pretendía ser misionero o era solo un sueño romántico que me permitía? A menudo había oído a Sidney Wilson hablar de "orar hasta el final". Con esto se refería a perseverar en una oración hasta obtener una respuesta. Bueno, iba a intentarlo. Una tarde de domingo de septiembre de 1952, salí a los pólderes donde podía orar en voz alta sin sentirme avergonzado. Me senté a la orilla de un canal y comencé a hablar con Dios con naturalidad, como si hubiera hablado con Thile. Oré durante toda la hora del café y el cigarro, toda la tarde del domingo y hasta la noche. Y aún no había llegado al punto de saber que había encontrado el plan de Dios para mi vida.

“¿Qué pasa, Señor?” ¿Qué me estoy guardando? ¿Qué estoy usando como excusa para no servirte en lo que quieres que haga?”

Y entonces, allí junto al canal, por fin tuve mi respuesta. Mi "sí" a Dios siempre había sido un "sí, pero". Sí, pero no tengo estudios. Sí, pero soy cojo.

Con el siguiente aliento, dije "Sí". Lo dije de una manera completamente nueva, sin reservas. "Iré, Señor", dije, "ya sea por la vía de la ordenación, por el programa de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, o trabajando en Ringers'. Cuando, donde y como quieras, iré. Y comenzaré ahora mismo. Señor, al levantarme de este lugar y dar mi primer paso, ¿considerarás que este es un paso hacia la obediencia completa a Ti? Lo llamaré el Paso del Sí".

Me puse de pie. Di un paso adelante. Y en ese momento sentí un fuerte tirón en la pierna coja. Pensé con horror que me había torcido el tobillo. Con cuidado, puse el pie en el suelo. Podía mantenerme en pie sin problemas. ¿Qué había pasado? Lentamente y con mucha cautela, comencé a caminar a casa, y mientras caminaba, un versículo de la Escritura me venía a la mente una y otra vez: «Yéndose, sanaron».

Al principio no recordaba de dónde venía. Luego recordé la historia de los diez leprosos, y cómo, de camino a ver al sacerdote, como Cristo les había ordenado, ocurrió el milagro. «Yendo, quedaron curados».

¿Será posible? ¿Será posible que yo también haya sido sanado?

Tenía previsto asistir a un servicio dominical por la tarde en un pueblo a seis kilómetros de distancia. Normalmente, habría ido en bicicleta, pero esta noche era diferente. Iba a caminar hasta la reunión.

Yo también. Cuando llegó la hora de volver a casa, un

amigo me ofreció llevarme en su moto.

—Esta noche no, gracias. Creo que iré andando.

No podía creerlo. Mi familia tampoco pudo creer después que yo hubiera estado en el servicio; habían visto mi bicicleta apoyada contra la pared y asumieron que había cambiado de opinión.

Al día siguiente, en la fábrica de chocolate, acompañé a cada empleado a su puesto al final de nuestra entrevista, en lugar de quedarme pegado a la silla como antes. A media mañana, me empezó a picar el tobillo y, mientras me frotaba la vieja cicatriz, me dieron dos puntos de sutura. Al final de la semana, la incisión, que nunca había cicatrizado del todo, por fin se cerró.

La semana siguiente presenté la solicitud formal de admisión al Colegio de Formación Misionera WEC en Glasgow. Un mes después recibí la respuesta. Si se abría espacio en el dormitorio masculino, podría comenzar mis estudios en mayo de 1953.

Corry también tenía noticias para mí, mi último día de trabajo. Ella también dejaba Ringers'; la habían aceptado en un programa de formación de enfermeras. La miré a los ojos, brillantes de sorpresa, y finalmente deduje que eran color avellana. Nos tomamos de la mano un momento y nos despedimos rápidamente.

Ahora me esperaba la tarea que más temía: comunicarle a Thile que me había matriculado en una escuela sin patrocinio religioso, sin apoyo de ninguna organización, sin todos los acompañamientos reconocidos, dignos y

consagrados que para ella formaban parte de la educación, y de hecho de la religión misma. Pasamos una tarde miserable paseando por el paseo marítimo en el hermoso Primavera de Gorkum. Thile habló muy poco. Tenía argumentos preparados para todas las objeciones que planteaba. Pero en lugar de discutir, se quedó cada vez más callada. La única vez que pareció enfadada fue cuando mencioné la curación de mi pierna. Cometí el error de llamarlo un pequeño milagro.

—Eso es un poco fuerte, ¿verdad, Andrew? —se enfureció—. La gente mejora cada día con sus lesiones, y la mayoría no anda por ahí haciendo afirmaciones descabelladas.

No me quedé a cenar con la familia de Thile esa noche. Pensé que todos necesitaban tiempo para acostumbrarse a los nuevos planes. Eso era todo; Thile solo necesitaba tiempo. Con el tiempo entendería por qué tenía razón.

Mientras tanto, me puse a recaudar fondos para mi viaje. Vendí mis pocas cosas —mi bicicleta y mi preciada estantería de libros— y compré un billete de ida a Londres, donde me reuniría con los directores del WEC antes de partir hacia Glasgow. Al pagar el billete, me quedaban poco más de treinta libras esterlinas, la matrícula del primer semestre.

Debía partir hacia Londres el 20 de abril de 1953. Pero justo antes de esa fecha ocurrieron tres cosas en tan rápida sucesión que me dejaron tambaleante.

La primera fue una carta de Thile. Según ella, había escrito a la junta de misiones de su iglesia para pedirles su

opinión sobre la escuela de Glasgow. Le respondieron que era una empresa no acreditada ni afiliada, sin prestigio en ningún círculo misionero con el que estuvieran involucrados.

Siendo así, continuó Thile, prefería no verme ni saber nada de mí mientras estuviera asociada con este grupo. Firmó la breve carta: «Thile». No con amor, Thile. Solo Thile.

Mientras estaba en la puerta con la carta en la mano, tratando de asimilar lo que significaba en mi vida, la señorita Meekle cruzó el pequeño puente hacia nuestra casa.

“Andrew”, dijo, “tengo algo en mente. Algo que he querido decirte desde hace mucho tiempo. Solo que no sabía muy bien cómo hacerlo”. Respiró hondo y se adentró en el tema. “Verás, Andrew, nunca he oído hablar inglés. Pero he leído mucho”, añadió apresuradamente, “y una señora a la que le escribo en Inglaterra dice que mi gramática es perfecta”. Hizo una pausa, abatida. “Solo quería decírtelo”. Y huyó.

Todavía estaba asimilando estas dos informaciones cuando, dos días después, llegó un telegrama de Londres: «Lamento informarle que la vacante prevista no se ha materializado. Solicitud de admisión denegada. Puede volver a solicitar el puesto en 1954».

Tres golpes seguidos. No había sitio para mí en la escuela. Probablemente no hablaba el idioma en el que se impartían las clases. Y si iba, perdería a mi novia.

Toda señal razonable parecía alejarme de la escuela de Glasgow. Y, sin embargo, inconfundible en mi interior, sublimemente indiferente a cualquier objeción humana y lógica, había una vocecita que parecía decirme: «¡Ve!». Era la voz que me había llamado en el viento, la voz que me había dicho que hablara en la fábrica, la voz que nunca tenía sentido a nivel lógico.

Al día siguiente me despedí de Maartje y Geltje con un beso, estreché la mano de papá y Cornelius y corrí hacia el autobús que me llevaría en la primera etapa de un viaje que todavía continúa.

El Juego del Camino Real

Bajé del tren en Londres con el trozo de papel en el que había escrito la dirección de la sede de la Cruzada Mundial de Evangelización.

Fuera de la estación de tren, altos autobuses rojos y taxis negros pasaban a toda velocidad por el lado equivocado de la calle. Me acerqué a un policía, le tendí el periódico y le pregunté cómo llegar a esa dirección. El agente lo tomó y lo miró. Luego, asintiendo, extendió el brazo y durante varios minutos recitó instrucciones. Lo miré atónito; no entendía ni una sola palabra. Avergonzado, recuperé el periódico, dije «Dank ou» y me alejé en dirección a donde me había saludado con el brazo.

Intenté con varios otros policías, sin mejores resultados. Al final no hubo otra opción: tuve que gastar un poco de mi preciado dinero en un taxi. Encontré uno aparcado junto a la acera, le di el papel al conductor y cerré los ojos mientras nos alejábamos por el carril izquierdo. Unos instantes después, se detuvo. Señaló mi papel y luego un gran edificio que necesitaba urgentemente una mano de pintura.

Cogí mi maleta, subí las escaleras y toqué el timbre. Una mujer me abrió la puerta. Le expliqué con todo el detalle posible quién era y por qué estaba allí. La señora me miró

con una mirada vacía que me aseguró que no había captado ni el sentido de mis comentarios. Me indicó con la mano que entrara, me mostró una silla en el pasillo y luego desapareció. Cuando regresó, traía consigo a un hombre que hablaba algo de holandés. Una vez más, le expliqué quién era y adónde me dirigía.

—Ah, sí, claro. ¿Pero no recibiste nuestro cable? Te telegrafiamos hace tres días diciendo que no había sitio en Glasgow ahora mismo.

“Sí, tengo el cable.”

“¿Y viniste de todos modos?”

Me alegré de ver que el hombre estaba sonriendo.

«Habrà un lugar disponible para mí cuando llegue el momento», dije. «Estoy seguro. Quiero estar listo».

El hombre volvió a sonreír y me dijo que esperara un momento. Cuando regresó, me dio la noticia que esperaba. No habría problema en quedarme aquí en la sede un tiempo, siempre que estuviera dispuesto a trabajar.

Y así comenzó uno de los dos meses más difíciles de mi vida.

El trabajo físico que me exigieron no fue difícil: tenía que pintar la sede del WEC. En cuanto me acostumbré a la escalera, disfruté muchísimo del trabajo. Ni siquiera me tomé vacaciones para la coronación de la reina Isabel. El personal no dejaba de gritarme que bajara a ver los

eventos por televisión. Pero yo prefería mi puesto en lo alto de la calle, donde podía ver las banderas en todos los tejados y observar las formaciones de aviones sobrevolando.

Lo que dificultó esos dos meses fue aprender inglés. Me esforcé tanto en el idioma que me dolía la cabeza constantemente. En WEC, todos practicaban lo que llamaban el Tiempo de Devoción Matutino: se levantaban mucho antes del desayuno para leer la Biblia y orar antes de que comenzara la actividad del día o se pronunciara alguna palabra. Me gustó la idea de inmediato. Me levantaba con el primer canto de los pájaros, me vestía y salía al jardín con dos libros en la mano. Uno era una Biblia en inglés; el otro, un diccionario. Sin duda, era una técnica excelente, pero tenía algunas desventajas. Mi inglés durante esa época estaba lleno de "thees", "thous" y "verily's". Una vez, transmití una petición de mantequilla diciendo: "Así dice el vecino de Andrew: 'Me gustaría pasarte la mantequilla'".

Pero estaba aprendiendo. Después de seis semanas en Inglaterra, el director me pidió que dirigiera el devocional vespertino. Al cabo de siete minutos, me quedé sin palabras en inglés y me senté. Dos semanas después, me pidieron que hablara de nuevo. Esta vez elegí como texto las palabras de Cristo al ciego camino a Jericó: «Tu fe te ha salvado». Fue una decisión insensata, porque el sonido «th» para un holandés es anatema.

“Dy fade nos ha salvado”, anuncié, y luego, durante catorce minutos, según el reloj, intenté demostrar mi punto para gran diversión de los demás trabajadores.

Al final de mi pequeño sermón, todos se reunieron a mi alrededor. "Estás mejorando, —Andy —dijeron, dándome palmaditas en la espalda con alegría—. ¡Casi entendíamos lo que decías! ¡Y catorce minutos! ¡Eso te hace el doble de bueno que cuando hablabas durante siete!

Así que este es nuestro holandés... Creo que su sermón fue realmente excelente.

La voz provenía del fondo de la sala. De pie en la puerta había un hombre de mediana edad, calvo, regordete y de rostro sonrosado, al que no había visto antes. Me impresionó al instante el brillo de sus ojos: estaban entrecerrados, como si estuviera pensando en alguna travesura.

"Andrew, creo que no conoces a William Hopkins", dijo el director del WEC. Caminé hacia el fondo de la sala y le extendí la mano. William Hopkins la tomó con sus dos grandes manos, y cuando terminó, supe que me habían saludado con cariño.

"Parece bastante fuerte", dijo el Sr. Hopkins. "Si conseguimos que consiga los papeles, creo que le irá muy bien".

Debí de parecer desconcertado, porque el director me explicó que había llegado el momento de dejar la sede. La pintura estaba terminada y necesitaba mi cama para un misionero que regresaba. Pero si el Sr. Hopkins conseguía que me dieran permisos de trabajo británicos, podría conseguir un trabajo en Londres y empezar a ahorrar para libros y otros gastos en Glasgow. Descubrí que, cuando surgían asuntos prácticos de este tipo, la gente siempre

recurría a William Hopkins.

—Andrew, ve a buscar tus cosas —dijo el Sr. Hopkins—. Estás invitado a vivir con la Sra. Hopkins y conmigo unos días hasta que encontremos trabajo.

No tardé mucho en empacar una maleta. Mientras guardaba mi cepillo de dientes y mi afeitadora, uno de los trabajadores de WEC me contó un poco sobre el Sr. Hopkins. Era un contratista exitoso, pero vivía en la miseria. Donaba el 90% de sus ingresos a diversas misiones. WEC era solo una de sus grandes preocupaciones.

A los pocos momentos me encontraba en la puerta principal despidiéndome del personal.

—El edificio se ve hermoso, Andy —dijo el director estrechándole la mano.

"Gracias."

"Escuchemos ese 'th'".

"El-ank ee-ou."

Todos rieron mientras William Hopkins y yo bajábamos las escaleras hacia su camioneta. La vivienda de los Hopkins junto al río Támesis era más o menos lo que esperaba: sencilla, cálida y acogedora. La Sra. Hopkins era inválida. Pasaba la mayoría de los días en cama, pero no le importó mi intrusión.

“Siéntete como en casa”, me saludó. “Descubrirás dónde

está el armario y aprenderás que la puerta principal nunca tiene el pestillo puesto”. Luego se volvió hacia su marido, y vi en sus ojos el mismo brillo que había visto en los suyos. “Y no te sorprendas si alguna noche encuentras un perro perdido en tu cama. Ha pasado. Si por casualidad vuelve a pasar, hay mantas y almohadas en la sala, y puedes hacerte un petate junto a la chimenea”.

Antes de que terminara la semana, descubrí la literalidad de estas palabras. Una noche, al regresar a casa, tras otra larga e infructuosa espera en la oficina de permisos de trabajo, encontré al Sr. y a la Sra. Hopkins sentados en la sala.

—No te molestes en subir a tu habitación, Andrew —dijo la Sra. Hopkins—. Hay un borracho en tu cama. Ya tomamos el té, pero te guardamos un poco.

Mientras comía frente al fuego, me contó del hombre que yacía en mi cama. Principalmente para resguardarse de la lluvia, había entrado en la pequeña misión que dirigía el Sr. Hopkins, y él lo había traído a casa. «Cuando despierte, le buscaremos comida y ropa», dijo la Sra. Hopkins. «No sé de dónde saldrán, pero Dios proveerá».

Y Dios lo hizo. En esta y en docenas de ocasiones similares mientras estuve con los Hopkins, vi a Dios satisfacer sus necesidades prácticas de las maneras más inusuales. Nunca vi a nadie salir de casa con hambre o sin abrigo. No era que tuvieran dinero. De las ganancias de la empresa de construcción del Sr. Hopkins, guardaban lo justo para cubrir sus modestas necesidades. Los desconocidos —como yo, los mendigos, las prostitutas y los borrachos que pasaban continuamente por sus

puertas— tenían que ser alimentados por Dios. Y Él nunca fallaba. Quizás era un vecino que pasaba con un guiso: «Por si acaso no te sientes bien...

Esta noche cocinamos, cariño. Quizás era una vieja deuda pagada inesperadamente, o uno de los antiguos inquilinos que regresaba para ver si podía ayudar. «Sí, hijo, puedes. Tenemos a un anciano en la cama de arriba esta noche que no tiene zapatos. ¿Crees que si le medimos los pies podrías encontrarle uno?»

Tenía pensado quedarme con los Hopkins solo un par de días, hasta que consiguiera mis papeles de trabajo y encontrara trabajo. Pero aunque el Sr. Hopkins y yo fuimos al Ministerio de Trabajo una y otra vez, el permiso de trabajo nunca me fue concedido.

Mientras tanto, los Hopkins me pidieron que me quedara en su casa, y así sucedió. La mañana siguiente a mi llegada, el Sr. Hopkins salió temprano a trabajar, la Sra. Hopkins tuvo que quedarse en cama y yo me quedé sola. Así que busqué un trapeador y fregué el suelo de la cocina. Mientras fregaba el baño, encontré el cesto de la ropa sucia y lavé la ropa. Por la tarde, la ropa estaba seca, así que la planché. Luego, como el Sr. Hopkins seguía sin volver, preparé la cena.

Estaba acostumbrada a hacer estas cosas en casa; cualquiera de mi familia, hombre o mujer, habría hecho lo mismo. Pero los Hopkins, al descubrir lo que había hecho, se quedaron atónitos. O no estaban acostumbrados a la práctica holandesa, o no estaban acostumbrados a que se tomaran en cuenta sus propias necesidades, pero en cualquier caso, actuaron como si hubiera hecho algo

extraordinario y me pidieron en ese mismo instante que me quedara como uno más de la familia.

Y así lo hice. Me convertí en jefe de cocina y lavaplatos, y ellos se convirtieron en mis padres ingleses. Como muchos otros, pronto los llamé tío Hoppy y mamá Hoppy. De hecho, en muchos sentidos, la Sra. Hopkins me recordaba a mi propia madre, tanto por su aceptación sin quejas del dolor y la mala salud, como por su actitud de "nunca cerrar la puerta" para los necesitados.

En cuanto al tío Hoppy, conocerlo fue toda una lección. Era un hombre completamente despreocupado. A veces, cuando lo acompañaba en su camioneta a varias obras de la ciudad, le rogaba —ya que era presidente de la empresa— que al menos se pusiera corbata y se comprara un abrigo con coderas.

Pero el tío Hoppy se reía de mi vergüenza. "¡Andy, si aquí nadie me conoce!"

En su propio vecindario, sin embargo, la cosa no iba mejor. Lo pillaba en la puerta camino a la iglesia con botas de trabajo y una barba de dos días. Pero cuando yo... Lo regañaba, me miraba con reproche. "¡Andy, muchacho! ¡Aquí todo el mundo me conoce!"

La misión del propio tío Hoppy en la tienda era todo un enigma para mí. Sus puertas siempre estaban abiertas, y de vez en cuando entraba algún vagabundo, pero solo para echarse una siesta o calentarse un poco; cuando llegaba la hora del servicio, el tío Hoppy solía encontrar las sillas vacías. Esto no lo detenía. Recuerdo un día que lo oí predicar un sermón entero a las sillas vacías.

“Esta vez faltaron a nuestra cita”, dijo el tío Hoppy a quienes, por alguna razón, no habían encontrado el camino. “Pero los encontraré en la calle, y cuando lo haga, los reconoceré. Ahora escuchen lo que Dios les dice...”

Cuando terminó el sermón, protesté. «Eres demasiado místico para mí», dije. «Cuando algún día pueda predicar, quiero ver gente real».

El tío Hoppy solo rió. «Ya verás», dijo. «Antes de llegar a casa conoceremos al hombre que se suponía que ocuparía esa silla. Y cuando lo hagamos, su corazón estará preparado. El tiempo y el lugar son nuestras propias limitaciones, Andy; no debemos imponérselas a Dios».

Y efectivamente, mientras caminábamos a casa se nos acercó una prostituta, y el tío Hoppy se lanzó a la conclusión de su sermón como si hubiera permanecido absorto durante los primeros cuarenta minutos. Esa noche volví a dormir frente al fuego, y por la mañana, este infatigable contratista y su esposa tenían una nueva conversa al cristianismo.

Por fin, un día, llegó una carta de Glasgow: la tan esperada vacante se había abierto. Debía presentarme a tiempo para el trimestre de otoño.

Hicimos una marcha triunfal alrededor de la cama de Mamá Hoppy —el tío Hoppy, un vagabundo extraviado, y yo— hasta que, de repente, todos comprendimos a la vez que significaba despedirnos. Salí de Londres en septiembre de 1953 para ir a la escuela de formación

missionera en Escocia.

Esta vez no tuve problemas para encontrar la dirección que buscaba. Subí la colina con mi maleta hasta llegar al número 10 de Prince Albert Road. El edificio era una casa alta de dos pisos en la esquina. Un muro bajo de piedra rodeaba la propiedad. Podía ver los restos de las rejas de hierro, sin duda fundidas como chatarra durante la guerra. Sobre la entrada, en un arco de madera, se leía: «Ten fe en Dios».

Sabía que este era el objetivo principal del curso de dos años en Glasgow: ayudar al estudiante a aprender todo lo posible sobre la naturaleza de la fe. Aprender de los libros. Aprender de los demás. Aprender de sus propias experiencias. Con renovado entusiasmo, caminé bajo el arco y subí por el sendero de guijarros blancos hasta la puerta.

Kees me abrió la puerta. Qué bien me sentí al volver a ver ese rostro firme y holandés. Después de darnos varias palmaditas en los hombros, cogió mi bolso y me acompañó a mi habitación del último piso. Me presentó a mis tres compañeros de piso, me enseñó la escalera de incendios y me indicó dónde dormían los demás 45 jóvenes: los hombres en una de las casas contiguas, las mujeres en la otra.

—Y nunca se encontrarán —dijo Kees—. Se supone que no debemos hablar con las chicas. Solo podemos verlas en la cena.

Kees me acompañó durante la presentación formal al

director, Steward Dinnen. "El verdadero propósito de esta capacitación", me dijo el Sr. Dinnen, "es enseñar a nuestros estudiantes que pueden confiar en que Dios hará lo que Él ha prometido. No nos adentramos en los campos misioneros tradicionales, sino en nuevos territorios. Nuestros graduados están solos. No pueden ser eficaces si tienen miedo o si dudan de que Dios realmente habla en serio en su Palabra. Por eso, aquí enseñamos más a confiar que a tener ideas. Espero que esto sea lo que buscas en una escuela, Andrew".

—Sí, señor. Exactamente.

En cuanto a las finanzas, Andy, sabes, por supuesto, que no cobramos matrícula. Eso se debe a que no tenemos personal remunerado. Los profesores, los londinenses y yo mismo no recibimos salario. El alojamiento, la comida y otros gastos físicos del año ascienden a solo noventa libras, poco más de doscientos cincuenta dólares. Es tan bajo porque los estudiantes cocinan, limpian, todo ellos mismos. Pero solicitamos las noventa libras por adelantado. Entiendo que no podrás hacerlo.

“No, señor.”

Bueno, también es posible pagar a plazos, treinta libras al inicio de cada sesión. Pero por su bien y por el nuestro, insistimos en que los plazos se paguen puntualmente.

—Sí, señor. Estoy totalmente de acuerdo.

Yo también estuve de acuerdo. Este iba a ser mi primer experimento confiando en Dios para las necesidades materiales de la vida. Tenía las treinta libras que había

traído de Holanda para la matrícula del primer semestre. Después de eso, tenía muchas ganas de ver cómo Dios me iba a proveer el dinero.

Durante las primeras semanas, sin embargo, algo me molestaba constantemente. A la hora de comer, los estudiantes solían hablar de la falta de fondos. A veces, tras una noche entera orando por alguna necesidad, se les concedía la mitad o tres cuartas partes de la petición. Si, por ejemplo, una residencia de ancianos donde los estudiantes oficiaban servicios necesitaba diez mantas, quizás recibían lo suficiente para comprar seis. La Biblia decía que éramos obreros en la viña de Dios. ¿Era así como el Señor de la viña pagaba a sus jornaleros?

Una noche salí a dar un largo paseo solitario. En varias ocasiones, los estudiantes me habían advertido que no entrara en Patrick. Patrick era el barrio marginal al pie de nuestra colina. Era, decían, el hogar de adictos, borrachos, ladrones, incluso asesinos, y caminar por sus calles era peligroso. Y, sin embargo, esta zona me atraía como si tuviera algo que decir.

A mi alrededor estaban las calles grises y sucias de Patrick. La basura volaba sobre los adoquines. El aire de septiembre ya era crudo. Antes de haber recorrido cinco manzanas, me abordaron dos mendigos. Les di todo el dinero que tenía en los bolsillos y los observé mientras se dirigían sin pretensiones al pub más cercano. Sabía que estos vagabundos, que mendigaban en las calles de los barrios bajos de Glasgow, recibirían mejores ingresos que los misioneros en formación en la cima de la colina.

No entendía por qué me molestaba tanto. ¿Era avaricioso?

No lo creía. Siempre habíamos sido pobres, y nunca me había preocupado. ¿Qué era entonces?

Y de repente, mientras caminaba de regreso cuesta arriba hacia la escuela, tuve mi respuesta.

La cuestión no era de dinero en absoluto. Lo que me preocupaba era...relación.

En la fábrica de chocolate, confiaba en que el Sr. Ringers me pagaría completo y puntualmente. Seguramente me dije: si un trabajador común de fábrica podía tener seguridad financiera, también la podría tener un obrero de Dios.

Pasé por la puerta de la escuela. Sobre mí estaba el recordatorio: «Ten fe en Dios».

¡Eso era todo! No necesitaba la seguridad de cierta cantidad de dinero, sino la seguridad de una relación.

Subí por el crujiente sendero de guijarros, cada vez más seguro de estar al borde de algo emocionante. La escuela estaba dormida y en silencio. Subí de puntillas las escaleras y me senté junto a la ventana del dormitorio, contemplando Glasgow. Si iba a dar mi vida como siervo del Rey, tenía que conocerlo. ¿Cómo era? ¿De qué manera podía confiar en Él? ¿De la misma manera que confiaba en un conjunto de leyes impersonales? ¿O podía confiar en Él como un líder vivo, como un comandante muy presente en la batalla? La pregunta era crucial. Porque si Él fuera Rey solo de nombre, preferiría volver a la fábrica de chocolate. Seguiría siendo cristiano, pero sabría que mi religión era solo un conjunto de principios,

excelentes y a seguir, pero que apenas exigían devoción.

Supongamos, por otro lado, que descubriera que Dios es una Persona, en el sentido de que se comunica, cuida, ama y guía. Eso sería algo muy diferente. Ese era el tipo de Rey al que seguiría en cualquier batalla.

Y de alguna manera, sentado bajo la luz de la luna aquella noche de septiembre en Glasgow, supe que mi indagación en la naturaleza de Dios iba a empezar con este asunto del dinero. Esa noche me arrodillé frente a la ventana e hice un pacto con Él. «Señor», dije, «necesito saber si puedo confiar en Ti en lo práctico. Te agradezco que me hayas permitido pagar las cuotas del primer semestre. Ahora te pido que me cubras el resto. Si tengo que retrasarme un día en el pago, sabré que debo volver a la fábrica de chocolate».

Fue una oración infantil, petulante y exigente. Pero yo todavía era un niño en la vida cristiana. Lo notable es que Dios honró mi oración. Pero no sin antes ponerme a prueba de maneras bastante divertidas.

El primer semestre pasó volando. Pasábamos las mañanas en las aulas estudiando teología sistemática, homilética, religiones del mundo, lingüística: el tipo de cursos que se imparten en cualquier seminario. Por la tarde, practicábamos habilidades prácticas: albañilería, fontanería, carpintería, primeros auxilios, higiene tropical, reparación de motores. Durante varias semanas, todos, chicos y chicas, trabajamos en la fábrica Ford de Londres,

aprendiendo a desmontar y montar un coche. Además de estos oficios básicos, nos enseñaron a construir chozas con hojas de palma y a hacer tinajas de barro para contener agua.

Y mientras tanto, nos turnábamos en la cocina, la lavandería y el jardín. Nadie estaba exento. Una de las estudiantes era doctora, una alemana, y yo la observaba fregar los cubos de basura como si estuviera preparando una sala de cirugía.

Las semanas pasaron tan rápido que pronto llegó el momento de emprender el primero de varios viajes de capacitación en evangelización. "Te va a gustar esto, Andy", dijo el Sr. Dinnen. "Es un ejercicio de confianza. Las reglas son sencillas. A cada estudiante de tu equipo se le da un billete de una libra. Con él, emprendes una gira misionera por Escocia. Se espera que pagues tu propio transporte, alojamiento, comida, cualquier publicidad que quieras hacer, el alquiler de los salones, los refrigerios..."

“¿Todo por un billete de una libra?”

Peor aún. Cuando vuelvas a la escuela después de cuatro semanas, ¡tienes que devolver la libra!

Me reí. "Parece que nos pasaremos el sombrero todo el tiempo".

¡Ah, no se les permite hacer colectas! Jamás. No se debe mencionar dinero en las reuniones. Todas sus necesidades deben ser cubiertas sin ninguna manipulación por su parte, o el experimento será un fracaso.

Yo era miembro de un equipo de cinco chicos. Más tarde, cuando intenté reconstruir de dónde provenían nuestros fondos durante esas cuatro semanas, fue difícil. Parecía que lo que necesitábamos siempre estaba ahí. A veces llegaba una carta de uno de...

Los padres de los chicos con un poco de dinero. A veces recibíamos un cheque por correo de una iglesia que habíamos visitado días o semanas antes. Las notas que acompañaban a estos regalos siempre eran interesantes. "Sé que no necesitas dinero o lo habrías mencionado", escribía alguien. "Pero Dios no me dejó dormir esta noche hasta que puse esto en un sobre para ti".

Las contribuciones solían venir en forma de productos agrícolas. En un pueblito de las Tierras Altas de Escocia nos dieron seiscientos huevos. Comíamos huevos para desayunar, huevos para almorzar, huevos como aperitivo antes de una cena de huevos con un postre de merengue de claras. Pasaron semanas antes de que pudiéramos mirar a una gallina a los ojos.

Pero ya fuera dinero o productos, nos ceñíamos a dos reglas: nunca mencionábamos una necesidad en voz alta y dábamos el diezmo de lo que recibimos tan pronto como lo recibíamos, dentro de las 24 horas si era posible.

Otro equipo que salió de la escuela al mismo tiempo que nosotros no era tan estricto con el diezmo. Apartaban el diez por ciento, sí, pero no lo repartían de inmediato, "por si surgía una emergencia". ¡Claro que tenían emergencias! Nosotros también, todos los días. Pero terminaron el mes debiendo dinero a hoteles, aulas y mercados por toda Escocia, mientras que nosotros

regresamos a la escuela con casi diez libras de ventaja. Tan rápido como podíamos repartir, Dios siempre era más rápido, y terminamos con dinero para enviar a la obra de WEC en el extranjero.

Sin embargo, hubo momentos antes del final de la gira en que parecía que el experimento estaba fracasando. Un fin de semana estábamos celebrando reuniones en Edimburgo. Habíamos atraído a un grupo grande de jóvenes el primer día y buscábamos la manera de que volvieran al día siguiente. De repente, sin consultar a nadie, uno de los miembros del equipo se levantó e hizo un anuncio.

—Antes de la reunión de mañana por la noche —dijo—, nos gustaría que todos tomaran el té con nosotros. A las cuatro. ¿Cuántos creen que podrán venir?

Un par de docenas de manos se levantaron, y nos comprometimos. Al principio, en lugar de alegrarnos, los demás nos horrorizamos. Todos sabíamos que no teníamos té, ni pastel, ni pan con mantequilla, y solo cinco tazas. Tampoco teníamos dinero para comprar estas cosas; nuestro último centavo se había ido para alquilar el salón. Esto iba a ser una verdadera prueba para el cuidado de Dios.

Y por un tiempo pareció que Él iba a proveer todo a través de los mismos jóvenes. Después de la reunión, varios se acercaron y dijeron que les gustaría ayudar. Uno ofreció leche; otro, media libra de té; otro, azúcar. Una chica incluso se ofreció a traer los platos. Nuestro té iba tomando forma rápidamente. Pero aún faltaba algo: el pastel. Sin pastel, estos chicos y chicas escoceses no

considerarían el té.

Así que esa noche, durante nuestra oración vespertina, le presentamos el asunto a Dios: «Señor, estamos en un aprieto. Tenemos que conseguir un pastel de algún sitio. ¿Nos ayudas?».

Esa noche, mientras nos acurrucábamos en el suelo del salón, entre las mantas, jugábamos a adivinar: ¿Cómo nos iba a dar Dios ese pastel? Entre los cinco, adivinamos todo lo imaginable, o eso creíamos.

Llegó la mañana. Casi esperábamos que un mensajero celestial viniera a nuestra puerta con un pastel. Pero nadie vino. Llegó el correo de la mañana. Abrimos las dos cartas con la esperanza de encontrar dinero. No había. Una mujer de una iglesia cercana vino a ver si podía ayudar. "Pastel" estaba en la punta de la lengua de todos, pero nos tragamos la palabra y negamos con la cabeza.

“Todo”, le aseguramos, “está en manos de Dios”.

Habían anunciado el té para las cuatro de la tarde. A las tres estaban puestas las mesas, pero aún no teníamos pastel. Dieron las tres y media. Pusimos agua a hervir. Las tres y cuarenta y cinco.

Y entonces sonó el timbre.

Todos corrimos a la gran entrada, y allí estaba el cartero. En su mano había una caja grande.

“Hola, chicos”, dijo el cartero. “Tengo algo para ustedes que parece un paquete de comida”. Le entregó la caja a

uno de los chicos. “De hecho, ya pasó el día de reparto”, dijo, “pero no me gusta dejar un paquete perecedero por la noche”.

Le dimos las gracias efusivamente, y en cuanto cerró la puerta, el chico me entregó la caja con solemnidad. «Es para ti, Andrew. De parte de la señora William Hopkins de Londres».

Tomé el paquete y lo desenvolví con cuidado. Le quité el cordel. Le quité el papel marrón exterior. Dentro, no había ninguna nota, solo una gran caja blanca. En el fondo de mi alma sabía que podía permitirme el drama de levantar la tapa lentamente. Al hacerlo, allí, en perfecto estado, para ser admirado por cinco pares de ojos curiosos, había un enorme, brillante y húmedo pastel de chocolate.

Con este tipo de experiencia a mis espaldas, no me sorprendió mucho encontrar, cuando regresé a la escuela, un cheque de los Whetstras que era exactamente suficiente, convertido a libras, para pagar la matrícula del segundo trimestre.

El segundo trimestre pareció pasar incluso más rápido que el primero; había mucho que comprender y reflexionar. Pero antes de que terminara, recibí dinero para mantenerme allí un tercer trimestre, esta vez de, nada menos, unos amigos del hospital de veteranos. Y así continuó durante el segundo año.

Nunca le mencioné a nadie las cuotas escolares, y aun así, los regalos siempre llegaban en el momento justo para pagarlos completos y a tiempo. Nunca incluían más que los gastos escolares, y —a pesar de que quienes me ayudaban no se conocían— nunca llegaban juntos.

Experimentaba continuamente la fidelidad de Dios y también descubría algo acerca de su sentido del humor.

Había hecho un pacto con Dios de nunca quedarme sin dinero para la matrícula escolar. Mi pacto no decía nada sobre quedarme sin jabón. Ni pasta de dientes. Ni hojas de afeitar.

Una mañana descubrí que se me había acabado el jabón para lavar la ropa. Pero cuando rebusqué en el cajón donde guardaba el dinero, solo encontré seis peniques. El jabón para lavar la ropa costaba ocho peniques.

“Sabes que tengo que mantenerme limpio, Dios. ¿Podrías calcular lo de los dos peniques?” Tomé mis seis peniques y me dirigí a la calle donde estaban las tiendas, y efectivamente, enseguida vi un cartel. “¡Dos peniques de descuento! Compra tu SURF ahora”. Entré, ahorré y volví a subir la colina silbando.

En aquella caja había jabón de sobra para que durara, con cuidado, hasta el final del curso escolar.

Pero esa misma noche, un amigo me vio lavando una camisa y gritó: «Andrew, préstame un poco de jabón. Me voy».

Por supuesto, le di el jabón y no dije nada. Solo lo vi

servirme mi preciado Surf, sabiendo de alguna manera que no me lo iba a devolver. Cada día me pedía prestado un poco más de jabón, y cada día tenía que usar un poco menos.

Y entonces llegó la pasta de dientes. El tubo estaba realmente acabado. Apretado, retorcido, destrozado y raspado... ¡terminado! Había leído en alguna parte que la sal común de mesa es un buen dentífrico. Y sin duda mis dientes quedaron limpios, pero mi boca tenía una arruga permanente.

Y hojas de afeitar. No había tirado mis hojas usadas, y efectivamente llegó el día en que tuve que resucitarlas. No tenía afilador, así que las afilaba en mi brazo desnudo. Diez minutos al día sobre mi propia piel: me mantenía bien afeitado, pero tenía un precio.

Durante todo este tiempo sentí que Dios jugaba conmigo. Quizás usaba estas experiencias para enseñarme la diferencia entre un deseo y una necesidad. La pasta de dientes sabía bien, las hojas de afeitar nuevas afeitaban más rápido; pero estos eran lujos, no necesidades. Estaba seguro de que si surgiera una necesidad real, Dios la supliría.

Y surgió una verdadera necesidad.

Los extranjeros en Gran Bretaña debían renovar sus visas periódicamente. Yo tenía que renovar la mía antes del 31 de diciembre de 1954 o irme del país. Pero cuando llegó ese mes, no tenía ni un centavo. ¿Cómo iba a llevar los formularios a Londres? Una carta certificada costaba un chelín, doce peniques. No creía que Dios fuera a permitir

que me echaran de la escuela por falta de un chelín.

Y así el juego pasó a una nueva fase. Ya tenía un nombre para él. Lo llamé el Juego de la Realeza. Había descubierto que cuando Dios proveía dinero, lo hacía con realeza, no con servilismo.

En tres ocasiones distintas, por el asunto de esa carta certificada, casi me sentí tentado a...Del Camino Real. Ese último año, fui director del alumnado y encargado del fondo de la escuela. Un día, mi vista se fijó primero en el calendario —era 28 de diciembre— y luego en el fondo. Justo entonces contenía varias libras. Seguro que no habría problema en pedir prestado solo un chelín.

Y seguro que no. Rápidamente dejé atrás la idea.

Y entonces llegó el 29 de diciembre. Faltaban dos días. Casi había olvidado el amargo sabor de la sal y cuánto tiempo me tomaba afilar una cuchilla de afeitar en el brazo, tan intrigado estaba por el drama del chelín. Esa mañana pensé que tal vez encontraría esos peniques tirados en el suelo.

Me había puesto el abrigo y empecé a bajar por la calle cuando me di cuenta de lo que hacía. Caminaba cabizbajo, con la vista fija en el suelo, buscando monedas en la cuneta. ¡Qué clase de camino real era este! Me enderecé y me reí a carcajadas allí, en la calle concurrida. Regresé a la escuela con la cabeza en alto, pero sin estar cerca de conseguir el dinero.

La última ronda del juego fue la más sutil de todas. Era el 30 de diciembre. Tenía que enviar mi solicitud por correo

ese mismo día para que llegara a Londres el 31.

A las diez de la mañana, uno de los estudiantes gritó desde lo alto de la escalera que tenía visita. Bajé corriendo pensando que sería mi ángel salvador. Pero al ver quién era, se me cayó el alma a los pies. Este visitante no venía a traerme dinero, venía a pedirlo. Porque era Richard, un amigo que había hecho meses atrás en los barrios bajos de Patrick, un joven que venía a la escuela de vez en cuando cuando necesitaba dinero.

Salí arrastrando los pies. Richard estaba de pie en el camino de guijarros blancos, con las manos en los bolsillos y la mirada baja. «Andrew», dijo, «¿te gustaría un poco de dinero extra? Tengo hambre».

Me reí y le expliqué por qué. Le conté lo del jabón y las hojas de afeitar, y mientras hablaba vi la moneda.

Estaba entre las piedras, con el sol reflejándose de tal manera que yo podía verla, pero Richard no. Por su color, supe que era un chelín. Instintivamente, estiré el pie y cubrí la moneda con el dedo. Mientras Richard y yo hablábamos, me agaché y recogí la moneda junto con un puñado de piedras. Las tiré una a una, sin rumbo, hasta que finalmente solo tuve el chelín.

En mi mano. Pero justo cuando metí la moneda en el bolsillo, comenzó la batalla. Esa moneda significaba que podía seguir en la escuela. No le haría ningún favor a Richard dándosela; la gastaría en bebida y tendría sed como nunca en una hora.

Mientras seguía pensando en excelentes argumentos, supe

que no valía la pena. ¿Cómo podía juzgar a Richard cuando Cristo me dijo tan claramente que no debía hacerlo? Además, ¿esta no era la forma de proceder de los reyes! ¿Qué derecho tenía un embajador a guardar dinero cuando otro hijo del rey se le paraba delante diciendo que tenía hambre? Metí la mano en el bolsillo y saqué la moneda de plata.

—Mira, Richard —dije—, tengo esto. ¿Te serviría de algo?

Los ojos de Richard se iluminaron. "Sí, amigo". Lanzó la moneda al aire y salió corriendo colina abajo. Con la tranquilidad que me indicó que había hecho lo correcto, me di la vuelta para volver adentro.

Y antes de llegar a la puerta el cartero nos desvió del camino.

Por supuesto, en el correo había una carta para mí. Al ver la letra de Greetje, supe que sería del grupo de oración de Ringers y que habría dinero en efectivo. Y lo había. Mucho dinero: una libra y media, treinta chelines. Mucho más que suficiente para enviar mi carta, comprar una caja grande de jabón, darme el gusto de comprar mi pasta de dientes favorita y comprar Gillette Supers en lugar de Blues.

El juego había terminado. El Rey lo había hecho a su manera.

Era la primavera de 1955. Mis dos años en la Escuela de Capacitación Misional estaban a punto de terminar y estaba ansioso por empezar a trabajar. Kees se había graduado el año anterior y estaba en Corea. Sus cartas estaban llenas de información sobre las necesidades y oportunidades que había allí, y el director me preguntó si consideraría unirme a él.

Y entonces, una mañana, silenciosamente, sin fanfarrias, como suelen ocurrir en los momentos decisivos de Dios, tomé una revista y mi vida nunca volvió a ser la misma desde entonces.

La semana antes de la graduación, bajé al sótano del número 10 a buscar mi maleta. Allí, encima de una vieja caja de cartón, en el sótano mohoso, había una revista que ni yo ni nadie en la escuela recordaba haber visto antes. Nunca sabré cómo llegué allí.

La tomé y la hojeé distraídamente. Era una revista hermosa, impresa en papel satinado y llena de imágenes a todo color. La mayoría mostraba multitudes de jóvenes marchando por las calles de Pekín, Varsovia y Praga. Sus rostros estaban animados, sus pasos vigorosos. El texto, en inglés, me decía que estos jóvenes formaban parte de una organización mundial de 96 millones de personas. No se usaba la palabra "comunista" en ningún momento, y solo ocasionalmente aparecía la palabra "socialista". Se hablaba de un mundo mejor, de un futuro prometedor. Y luego, hacia el final de la revista, apareció un anuncio de un festival juvenil que se celebraría en Varsovia el próximo julio. Todos estaban invitados.

¿Todos?

En lugar de dejar la revista, me la puse bajo el brazo y la llevé con la maleta de vuelta a mi habitación. Esa noche, sin tener ni idea de adónde me llevaría, escribí a la dirección de Varsovia que mencionaba la revista. Les dije con franqueza que me estaba formando para ser misionero cristiano y que me interesaba ir al festival de la juventud para intercambiar ideas: yo hablaría de Cristo y ellos podrían hablar del socialismo. ¿Estarían dispuestos a que fuera en esas circunstancias? Envié la carta y recibí una respuesta. Sin duda, querían que fuera. Como era estudiante, había tarifas reducidas. Un tren especial saldría de Ámsterdam. Adjunté mi identificación. Estaban deseando verme en Varsovia.

La única persona en el mundo a la que le conté sobre este viaje fue al tío Hoppy. Me respondió: «Andrew, creo que deberías ir. Te adjunto cincuenta libras esterlinas para tus gastos».

Y en ese momento, justo cuando salía de Escocia para volver a Holanda, un sueño empezó a tomar forma. Había desfilado sin forma en mis pensamientos desde los días en Ringers', siempre vaporoso e impreciso, hasta ahora.

Comenzó mi último día en la fábrica. Había una sola comunista con carnet de trabajador en Ringers', una mujer bajita y robusta cuyo cabello canoso, corto y corto, se le erizaba como un cepillo. Tenía una opinión estándar sobre todo.

Desde nuestro salario (“esclavo”) hasta la Reina (una “opresora”). Mis esfuerzos evangelizadores, cuando ella los detectaba, la hacían reaccionar con palabras como:

“Dios es la invención de la clase explotadora”. Siendo ella misma una persona completamente carente de sentido del humor, nunca se dio cuenta de que la gente se reía de ella. En veinte años en la fábrica, no había logrado ni una sola conversión.

Me parecía una figura patética, más que ridícula, y a la hora del almuerzo solía ir a la mesa donde estaba sola. El día que salí de Ringers', me detuve en el banco donde trabajaba para despedirme.

“¡Por fin te deshaces de mí!” dije, esperando al menos que nuestra despedida fuera amistosa.

—¡Pero no de las mentiras que has dicho! —me espetó—. ¡Has hipnotizado a esta gente con tus palabras de salvación y tus castillos en el aire! Los has cegado con...

Suspiré y me preparé para el sermón del opio del pueblo. Pero, para mi sorpresa, la voz enfadada vaciló.

—Claro que te creyeron —continuó con menos seguridad—. No tienen formación. No les han enseñado argumentación dialéctica. Piensan solo lo que quieren.

“Después de todo”—su voz era tan baja que apenas podía oírla—“si pudieras elegir, ¿quién no elegiría? Bueno, Dios... y todo eso”.

La miré rápidamente y creí ver lo impensable: creí ver lágrimas en sus ojos.

Detrás de la Cortina de Hierro

Regresar a Witte después de dos años en Inglaterra fue como vivir una de esas experiencias que ya han ocurrido. Al igual que cuando regresé de Indonesia, todo en el pueblo aquella calurosa mañana de julio de 1955 estaba tan exactamente igual que cuando lo dejé, que al principio tuve la incómoda sensación de que no había transcurrido el tiempo. Geltje estaba en el jardín tendiendo ropa cuando crucé el pequeño puente hacia nuestra parcela. Aquí, sin embargo, había una diferencia: un niño pequeño jugaba en la entrada: el hijo de Geltje.

—¡Hola! —grité—. ¿Hay alguien en casa? ¡Soy Andy!

Y una vez más, todos aparecieron de repente. Hubo gritos y abrazos, conversaciones, el ataque al problema logístico: quién dormiría dónde cuando el tío Andrew estuviera en casa.

Los siguientes días los pasé visitando amigos. Fui a ver al Sr. Ringers en la fábrica. Visité a la Srta. Meekle, quien se emocionó con mi inglés, y a la familia de Kees. Visité a los Whetstras, donde descubrí, para mi sorpresa, que estaban a punto de mudarse a Ámsterdam. Les había ido bien en su negocio de exportación de flores y querían estar más cerca de las grandes oficinas de envío.

Por último, fui a Ermelo a visitar a mi hermano Ben y a

su esposa. Con total naturalidad, les pregunté si sabía algo de Thile.

—Sí —dijo, con la misma naturalidad—. Leí el año pasado que se había casado. Con Abaker, creo.

Y como no parecía que hubiera nada más que decir, ninguno de los dos dijo nada en absoluto.

El tren a Varsovia salió de Ámsterdam el 15 de julio de 1955. Me asombró la cantidad de estudiantes que se habían sentido atraídos por el festival. Cientos de jóvenes, hombres y mujeres, se arremolinaban en la estación. Por primera vez, empecé a creer en las cifras desorbitadas que había leído en la revista.

Mi maleta era pesada. Solo contenía algo de ropa: una muda de sábanas y unos calcetines extra. La mayor parte de la maleta estaba llena de pequeños folletos de 31 páginas titulados "El Camino de la Salvación". Si los comunistas me habían atraído a su país con literatura, yo iba a llevar mi propia literatura. Karl Marx había dicho: "Dadme veintiséis soldaditos de plomo y conquistaré el mundo", refiriéndose, por supuesto, a las veintiséis letras del alfabeto. Bueno, este juego podía jugarse en ambos sentidos: iba a Polonia con ediciones de este poderoso librito en todos los idiomas europeos.

Y así, con la maleta casi desprendiéndose del asa y mis nuevos pantalones de pana chirriando a cada paso, subí al tren. Unas horas después, estaba en la Estación Central de Varsovia, esperando mi asignación de hotel. Me sentía

muy solo. No conocía a nadie en toda Polonia, ni sabía una sola palabra del idioma. Miles y miles de jóvenes de todo el mundo convergían en Varsovia con propósitos opuestos a los míos. Mientras esperábamos, me puse a rezar, y me pregunté si mis oraciones serían las únicas que se ofrecían en aquella multitud entusiasta, risueña y segura de sí misma.

Mi "hotel" resultó ser un edificio escolar convertido en dormitorio especialmente para esta ocasión. Me registré y me asignaron un aula de matemáticas con treinta camas. Salí del hotel en cuanto pude y salí a las calles de Varsovia, preguntándome qué hacer. Sin rumbo fijo, subí a un autobús público y, de repente, mientras nos abríamos paso entre el tráfico, supe lo que tenía que hacer. Había aprendido algo de alemán durante la ocupación y sabía que había una gran minoría germanoparlante en Polonia. Así que, respirando hondo, dije en voz alta en alemán: "Soy cristiano de Holanda". Todos los que estaban a mi alrededor callaron. Me sentí terriblemente tonto. "Quiero conocer a algunos cristianos polacos. ¿Alguien puede ayudarme?"

Silencio. Pero entonces, cuando se levantó para bajar del autobús, una mujer gorda le apretó la cara contra... La mía y susurró una dirección en alemán. Luego dijo "Tienda de Biblias".

Se me aceleró el pulso. ¿Una tienda de biblias? ¿En un país comunista? Encontré la dirección, y efectivamente allí estaba: una tienda de biblias, claro como el agua. El escaparate estaba lleno de Biblias, ediciones en rojo, traducciones extranjeras, Testamentos de bolsillo. Pero la

tienda estaba cerrada con una reja gruesa y la puerta con candado. Había un aviso pegado en la puerta, que copié cuidadosamente palabra por palabra y llevé al hotel.

Mi líder de grupo sonrió. "Es un aviso de vacaciones", dijo. "Cerrado por vacaciones. Abrimos de nuevo el 21 de julio".

Así que tuve que esperar.

Nuestra rutina para las tres semanas se estableció con antelación. Debíamos hacer el recorrido turístico oficial por la mañana y escuchar discursos por la tarde y la noche.

Seguí la rutina durante unos días. Era evidente que nos estaban mostrando una Varsovia impecable. Escuelas nuevas, fábricas prósperas, rascacielos, tiendas abarrotadas. Todo era impresionante. Pero me preguntaba qué vería si lograba salir solo.

Una mañana decidí intentarlo. Me levanté temprano y, antes de que el resto del grupo bajara a desayunar, ya estaba fuera del edificio.

¡Qué día! Recorrí las amplias avenidas de Varsovia, entristecido por las señales de la violencia bélica por doquier. Manzanas enteras fueron bombardeadas, manzanas que los guías turísticos habían evitado. Abundaban los barrios marginales, las carnicerías con largas colas, hombres y mujeres con harapos como ropa.

Una escena en particular sobresale en mi memoria. Había una zona bombardeada de la ciudad donde las familias vivían como conejos en una madriguera. Estas personas se habían abierto camino hasta los sótanos y estaban construyendo allí sus hogares. Vi a una niña jugando. Descalza entre el polvo y los escombros. Llevaba un folleto en polaco, que le entregué junto con un billete pequeño. Me miró sorprendida y subió corriendo el montón de escombros. En un instante, apareció la cabeza de una mujer, sobresaliendo del suelo. Avanzó a trompicones, sosteniendo el folleto y el billete. Detrás de ella venía un hombre. Estaban sucios y ambos borrachos.

Intenté hablarles en alemán, inglés e incluso holandés, pero me miraban con la mirada perdida. Les dije con gestos que leyeran el folleto, pero por cómo lo sostenían me di cuenta de que no sabían leer. Simplemente negaban con la cabeza, y finalmente, con una sonrisa y un movimiento de cabeza, los dejé.

Llegó el domingo. Era un día importante en la agenda. Íbamos a participar en una manifestación en el estadio. En lugar de eso, fui a la iglesia.

Los periódicos holandeses habían publicado tantas historias sobre el arresto domiciliario de los líderes de la iglesia polaca y el cierre de seminarios que tuve la impresión de que toda la religión en Polonia se había vuelto clandestina. Obviamente, no era así. La tienda de biblias aparentemente seguía abierta. Había pasado por iglesias católicas con las puertas abiertas de par en par. Me pregunté si también habría iglesias protestantes en funcionamiento.

No quería preguntar en la escuela cómo llegar a una iglesia, ya que se suponía que debía estar en la manifestación. Así que me escabullí y busqué un taxi. "Buenos días", dije en polaco. El conductor me devolvió la sonrisa y recitó una frase larga y alegre. Pero "buenos días" era todo el polaco que había aprendido, y cuando le pedí en alemán que me llevara a una iglesia, su rostro se ensombreció. Intenté hablar en inglés y su expresión se tornó aún más inexpresiva.

Junté las manos como si rezara y luego las abrí como si leyera. Después me santigué y negué con la cabeza. No, no era un servicio católico. De nuevo hice como si leyera la Biblia. El conductor volvió a sonreír. Empezó a cruzar la ciudad y, efectivamente, lo había entendido: paramos en un edificio de ladrillo rojo con dos torres. Diez minutos después, estaba sentado en un servicio de la Iglesia Reformada tras el Telón de Acero.

Me sorprendió el tamaño de la congregación; la iglesia estaba llena a casi tres cuartas partes de su capacidad. También me sorprendió la cantidad de jóvenes. Los cantos eran entusiastas, el sermón parecía estar centrado en las Escrituras, ya que el predicador consultaba constantemente su Biblia. Al terminar el servicio, esperé en la parte trasera del santuario para ver si encontraba a alguien que hablara un idioma que yo hablara. Mi

La ropa debió marcarme como extranjero, pues al poco tiempo escuché la palabra:

"Bienvenido."

Me giré y me encontré frente al pastor. "¿Podría esperar un momento?", dijo en inglés. "Quisiera hablar con usted".

¡Y yo con él!

Después de que la mayor parte de la congregación se marchara, el pastor y un puñado de jóvenes se ofrecieron a responder a mis preguntas. Sí, celebraban sus cultos abiertamente y con bastante libertad, siempre y cuando se mantuvieran alejados de temas políticos. Sí, había miembros de la iglesia que también pertenecían al Partido Comunista. Bueno, el régimen había hecho tanto por la gente que uno simplemente hizo la vista gorda ante lo demás. "Es un acuerdo, sí", dijo el pastor encogiéndose de hombros, "¿pero qué se le va a hacer?".

“¿A qué iglesia pertenece usted en casa?”, preguntó uno de los jóvenes en excelente inglés.

"Bautista."

“¿Te gustaría ir a un servicio bautista?”

"Muchísimo."

Sacó lápiz y papel y me anotó una dirección. «Hay servicio esta noche», dijo.

Y esa tarde, después de enterarme por el resto de la delegación holandesa de lo aburridos que habían sido los interminables discursos del día, partí en taxi una vez más, esta vez armado con una dirección específica.

El servicio ya estaba en marcha cuando llegué. Había menos gente. La gente iba menos elegante y casi no había adolescentes. Pero ocurrió algo interesante. Le dijeron al ministro que había un extranjero en la congregación, y de inmediato me pidieron que subiera a la plataforma y les hablara. Me quedé atónito. ¿Tanta libertad tenían?

"¿Hay alguien aquí que hable alemán o inglés?", pregunté, sin darme cuenta de que había descubierto una técnica que usaría a menudo en el futuro. Dio la casualidad de que esa noche había una mujer en la congregación que hablaba alemán. Gracias a ella prediqué mi primer sermón tras el Telón de Acero. Fue breve e insignificante, salvo por un hecho ineludible: allí estaba yo, un cristiano del otro lado del Telón de Acero, de pie y predicando el Evangelio en un país comunista.

Al final de mi breve charla, el pastor dijo lo más interesante de todo: «Queremos agradecerle su presencia. Aunque no hubiera dicho ni una palabra, el solo hecho de verle habría significado mucho. A veces nos sentimos solos en nuestra lucha».

Esa noche, tumbado en mi catre en el aula de matemáticas, me puse a pensar en lo diferentes que habían sido estas dos iglesias. Una, al parecer, seguía el camino de la cooperación con el gobierno: atraía a más gente y era aceptable para los jóvenes. La otra, me pareció, recorría un camino más solitario. Cuando

pregunté si los miembros del Partido asistían a sus servicios, la respuesta fue: "¡Que sepamos, no!". Estaba aprendiendo tanto y tan rápido que me costaba asimilarlo todo.

¡Llevaba casi una semana en Polonia! Por fin llegó el 21 de julio, el día en que reabrió la tienda de Biblias. Salí temprano del hotel y caminé por las avenidas casi vacías hasta llegar a la dirección en la calle Nuevo Mundo.

Poco antes de las nueve, un hombre se apresuró por la calle, se detuvo frente a la tienda de Biblias, se inclinó e introdujo una llave en la cerradura.

“Buenos días”, dije en polaco.

El hombre se levantó y me miró. «Buenos días», dijo con cierta distancia.

“¿Hablas inglés o alemán?”, pregunté en inglés.
—Inglés. —Miró hacia la calle—. Pase.

El dueño encendió las luces y empezó a subir las persianas. Mientras trabajaba, me presenté. El dueño gruñó. Entonces le tocó el turno. Me enseñó su tienda: sus numerosas ediciones de la Biblia, la amplia gama de precios disponibles. Y mientras tanto, me sonsacaba fragmentos de información, intentando averiguar quién era yo en realidad.

“¿Por qué estás en Polonia?”, preguntó de repente.

“Si un miembro sufre, todos sufren con él”, cité 1 Corintios.

El dueño me miró fijamente. «No hemos estado hablando de sufrimiento», dijo. «Al contrario, le he estado contando la libertad que tenemos para publicar y distribuir Biblias». Y con eso empezó a contar una historia que ilustraría, dijo, lo bien que se llevaban los cristianos con el régimen. Incluso Stalin, antes de su reciente muerte, había sonreído al trabajo de la tienda de Biblias.

Un día, dijo, dos funcionarios entraron en la tienda y le entregaron una orden escrita. Para celebrar el cumpleaños de Stalin, cada tienda debía exhibir su retrato en el escaparate, rodeado de una selección de sus productos más selectos.

“Por supuesto”, dijo el propietario, “estaba deseando cooperar. Fui de compras ese mismo día y encontré justo lo que quería: una enorme imagen a color de Stalin, con los brazos cruzados, mirando hacia abajo y una sonrisa cariñosa en los labios. Coloqué la imagen en mi escaparate. Luego elegí mi Biblia más cara y la abrí por unas palabras de Cristo escritas en rojo, justo debajo de la mirada aprobatoria de Stalin. A todos pareció gustarles mi presentación, pues pronto se reunió una multitud y todos los rostros sonreían. Llegó la Policía Popular. “¡Quiten eso!”, ordenaron. “¡Oh, no, señor!”, dije. “No puedo hacerlo, porque aquí están mis órdenes del Gobierno escritas en blanco y negro”.

Me reía, pero el dueño no. Ni siquiera había un brillo en

sus ojos. Era mi primer encuentro con el seco doble sentido que tanto influye en la vida de la comunidad cristiana tras el Telón de Acero. Rápidamente, adapté mis rasgos para que coincidieran con la sobria expresión de él.

Mientras hablábamos, entraron varios clientes. Me interesaba ver lo concurrida que estaba la pequeña tienda. Cuando estuvimos solos de nuevo, le pregunté al dueño si había tiendas de Biblias en otros países comunistas. «Algunas sí, otras no», dijo.

Empezó a limpiar los estantes. «Tengo entendido que en Rusia las Biblias escasean. De hecho, me dicen que se están amasando fortunas allí. Un hombre introduce diez Biblias de contrabando en Rusia y las vende por lo suficiente como para comprarse una motocicleta. Conduce la motocicleta de vuelta a Polonia, Yugoslavia o Alemania Oriental y la vende por una buena ganancia, con la que compra más Biblias. Eso son solo rumores, claro».

Toda esa mañana estuve visitando al dueño de la tienda de Biblias, y cuando llegó la hora de despedirme, lo hice con pesar. De regreso a la escuela, intenté comprender la visita. Allí había una tienda que vendía Biblias abiertamente a cualquiera que quisiera una, lo cual no era precisamente un ejemplo de la persecución religiosa de la que tanto habíamos oído hablar en Holanda. Y, sin embargo, mi amigo era tan circunspecto al hablar como si se dedicara a un negocio ilegal. Había una inquietud, una tensión en el ambiente que me decía que no todo era lo que parecía.

Aún no había intentado lo principal que había venido a

hacer. Quería repartir mis "veintiséis soldaditos de plomo" abiertamente en la calle, a ver qué pasaba.

Así que durante varios días estuve en las esquinas, fui al mercado —iluminado con verduras frescas de verano—, tomé los tranvías y en todas partes repartí mis folletos.

Nunca había visto tranvías tan llenos como estos. Había pasajeros en los andenes, en los enganches, en los ejes. Recuerdo una vez que me apretujé en un andén trasero, sosteniendo mis panfletos sobre la cabeza para que no se aplastaran. Una campesina cerca de mí miró los panfletos y se santiguó.

—Sí, sí —dijo en alemán—. Esto es lo que necesitamos en Polonia.

Eso fue todo. Pero supe que realmente nos habíamos conocido: ella, la católica de Europa del Este, yo, el protestante de Occidente. Allí, en el abarrotado andén del tranvía, nos conocimos como cristianos.

A medida que pasaban los días y no se producían consecuencias negativas con la distribución de mis

Al poner folletos en público para que todos los vieran, comencé a sentirme entusiasmado por las posibilidades de este inesperado campo misionero. Y entonces, un día, descubrí cuán profundas eran mis actitudes derrotistas. Creía haber repartido literatura cristiana en todos los entornos imaginables. Pero una mañana, durante el Tiempo de Devocional diario que había observado desde mi época en Londres, pensé en el cuartel militar, muy cerca de la escuela. No solo nunca se me había ocurrido repartir folletos a los soldados, sino que la sola visión de sus uniformes me hizo apresurar el paso.

¡Qué ciego se puede llegar a estar! Yo, más que nadie, debería haber sabido que el uniforme no hace al hombre. El día antes de que terminara el festival, me acerqué al grupo de seis soldados rojos que montaban guardia y les entregué un folleto a cada uno. Los hombres miraron los folletos, me miraron a mí y luego se miraron entre sí. Les dije que era holandés y descubrí que uno de ellos hablaba alemán.

“La ocupación estadounidense debe ser muy amarga para ustedes”, dijo uno de ellos.

“¿El qué?”

“La ocupación de Holanda por la Fuerza Aérea Americana”.

Estaba intentando explicarles que no éramos un país ocupado cuando, de repente, todos los soldados se pusieron firmes. Un oficial se acercó, dando órdenes en polaco. Los seis soldados dieron media vuelta y se marcharon a paso ligero. Pero me di cuenta de que

llevaban sus folletos.

“¿Qué les diste a estos hombres?”, preguntó el oficial en alemán.

—Esto, señor. —Le entregué uno de los libritos. Lo miró con atención. Dos horas después, fui yo quien se escapó. Teníamos previsto partir al día siguiente, y tenía que rellenar una docena de formularios de viaje. Al despedirnos, el oficial, ortodoxo ruso de nacimiento, me deseó buena suerte y buen viaje.

La mañana siguiente fue nuestra última en Varsovia. Me levanté incluso más temprano de lo habitual y salí a la calle al amanecer. Encontré un banco en una de las amplias avenidas, me sequé el rocío y me senté con mi Testamento de bolsillo sobre la rodilla. Había un propósito especial al salir tan temprano. Quería orar por cada persona que había conocido en mi viaje. Durante mucho tiempo esa mañana imaginé los lugares y las personas que había visto. En tres domingos visité iglesias presbiterianas, bautistas, católicas romanas, ortodoxas, reformadas y metodistas. Cinco veces...Me pidieron que hablara durante un servicio. Visité una tienda de biblias, hablé con soldados y un oficial, con gente en las esquinas y en los tranvías. Oré por cada uno.

Y mientras estaba sentado orando escuché la música.

Venía hacia mí por la avenida. Marcial, elegante, con un sonido de voces cantando. Y entonces lo vi: el clímax perfecto de la visita: el Desfile del Triunfo que puso fin al festival.

Esta era la otra cara de la moneda. Porque frente a la pequeña tienda de Biblias y el ocasional cristiano que conocí, se encontraba esta gigantesca contradicción: la tremenda fuerza del régimen.

Aquí venían ahora, los jóvenes socialistas, marchando por la avenida. Ni por un instante creí que estuvieran allí bajo coacción. Marchaban porque creían. Marchaban de ocho en ocho: sanos, vitales, impecables. Marchaban cantando, y sus voces eran como gritos. Siguieron avanzando durante diez minutos, quince minutos, fila tras fila de jóvenes...

El efecto fue abrumador. Estos eran los evangelistas del siglo XX. Estas eran las personas que andaban por ahí pregonando sus buenas nuevas.

Y parte de la noticia era que las viejas ataduras y supersticiones de la religión, las viejas ideas inhibidoras sobre Dios, ya no servían. El hombre era dueño de sí mismo: el futuro estaba en sus manos.

¿Qué debemos hacer nosotros, los occidentales, con respecto a estos miles de jóvenes que siguen marchando a mi lado, aplaudiendo ahora con un ritmo aterrador?

¿Matarlos? Esa era la respuesta que ofrecían los nazis.

¿Dejarlos ganar por incomparecencia? Por mucho que quisiera y respetara al WEC y a su escuela de entrenamiento, nunca habían enviado a nadie tras el Telón de Acero.

¿Qué debemos hacer entonces? ¿Qué debo hacer?

La Biblia en mi regazo estaba abierta, sus páginas ondeaban con la brisa matutina. Bajé la mano para sujetarlas y descubrí que estaba mirando el libro del Apocalipsis. Mis dedos descansaban sobre la página casi como si estuvieran...

Señalando. «Despierta», decía el verso en la punta de mis dedos, «y fortalece lo que queda y está a punto de morir...».

De repente, me di cuenta de que veía las palabras a través de un mar de lágrimas. ¿Podría ser que Dios me las estuviera diciendo ahora mismo, diciéndome que la obra de mi vida estaba aquí, tras la Cortina de Hierro, donde su Iglesia remanente luchaba por su supervivencia? ¿Iba a contribuir yo a fortalecer esta preciada obra que aún quedaba?

¡Pero eso era ridículo! ¿Cómo podría? Que yo supiera, en 1955, no había ni un solo misionero trabajando en el más grande de todos los campos misioneros. ¿Qué podía hacer yo, una persona sin fondos ni organización, contra una fuerza abrumadora como la que ahora pasaba frente a mí?

La copa del sufrimiento

Nuestro tren llegó a Ámsterdam justo a tiempo. Bajé con el resto de la gente, con los pantalones de pana aún chirriando, pero con una maleta bastante más ligera que la que llevaba a Varsovia.

No fui directamente a Witte. En cambio, fui a ver a los Whetstras en su nuevo hogar en Ámsterdam.

Era una belleza: una bonita casa de ladrillo marrón en una agradable calle arbolada cerca del río. Aparcado enfrente había un Volkswagen nuevo y reluciente, azul claro, del que el Sr. Whetstra también me había hablado por escrito. Dejé la maleta en la acera y probé la puerta del cochecito.

—Bueno, hijo, ¿qué piensas de ella?

Me di la vuelta y vi al Sr. Whetstra sonriéndome. Me llevó a dar una vuelta rápida por el paseo marítimo.

—Pero basta de presumir —dijo—. Debes contarnos sobre tu visita a Polonia.

Así que, durante el resto de la tarde, les conté a los Whetstras sobre mi viaje. También les conté sobre el

versículo bíblico que, al parecer, me habían dado de una manera tan extraña.

"¿Pero cómo podría fortalecer algo?", pregunté. "¿Qué tipo de fuerza tengo?"

El Sr. Whetstra negó con la cabeza. Coincidió conmigo en que un solo holandés no era la solución para la necesidad que le había descrito. Fue la Sra. Whetstra quien lo comprendió.

—¡Nada de fuerza! —me respondió con alegría—. ¿Y no sabes que es justo cuando estamos más débiles que Dios más nos usa? Supón que no fueras tú, sino el Espíritu Santo, quien tenía planes tras la Cortina de Hierro. Hablas de fuerza...

Mi regreso a Witte estuvo acompañado de una agradable sorpresa.

Los vecinos pasaron toda la noche con preguntas, las básicas que todos nos hacíamos en 1955, cuando los viajes tras el Telón de Fondo apenas comenzaban y el mundo comunista aún estaba envuelto en misterio. Pero finalmente, el último huésped cruzó nuestro pequeño puente, y llegó la hora de dormir. Me estiré, cogí mi maleta casi vacía y empecé a seguir a Cornelius por la escalera hacia el desván.

—Espera un momento, Andy —dijo Geltje.

Me detuve.

¡Tenemos algo que mostrarte!

Bajé de la escalera y seguí a Geltje a la habitación contigua a la sala que una vez fue de mamá y papá. Cada centímetro estaba lleno de recuerdos: el cuerpo demacrado de Bas bajo la manta; mamá durante los últimos meses de la guerra, demasiado débil para levantar la cabeza de la almohada...

—Ahora que la nueva habitación para papá está terminada sobre el cobertizo, Andy —decía Geltje—, hemos decidido que esto será tu cuartel general.

Me faltaba el aliento. Ni en mis sueños más ilusorios me había imaginado una habitación propia. En esta pequeña casa, sabía con qué sacrificio Arie y Geltje me hacían este regalo.

"¡Hasta que te cases!", gritó papá desde la sala. Papá empezaba a hacer comentarios frecuentes sobre su hijo soltero de 27 años. "Solo hasta que estés...¡casado!"

De alguna manera encontré las palabras para decir: "¡Una habitación propia!". Esa noche, después de que el resto de la familia se acostara, cerré mi propia puerta y recorrí mi habitación tanteando los muebles.

"Gracias por una silla, Señor. Gracias por un escritorio..." Construiría un escritorio. Lo pondría allí y pasaría horas aquí en mi habitación, estudiando, trabajando y planeando.

No había llegado a casa ni una semana cuando empezaron a llegar las invitaciones. Iglesias, clubes, grupos cívicos, escuelas; todos querían saber sobre la vida detrás de la Cortina de Hierro.

Los acepté todos. En parte, necesitaba el pago que me ofrecían. Pero tenía una razón aún más fuerte. De alguna manera, estaba seguro de que a través de los discursos me mostrarían lo que debía hacer a continuación.

Y eso fue lo que pasó.

Una iglesia en Haarlem donde iba a hablar había publicado anuncios por toda la ciudad que decían que mi tema sería "Cómo viven los cristianos tras el Telón de Acero". Nunca se me habría ocurrido hablar sobre un tema así después de una visita de tres semanas a una ciudad. Pero al menos los anuncios atrajeron a una multitud; la sala estaba abarrotada. Y atrajeron a algo más: un grupo de comunistas.

Las reconocí enseguida —algunas habían estado en el viaje— y me pregunté qué abucheos me esperaban. Para mi sorpresa, no hicieron ningún movimiento ni durante el discurso ni durante el turno de preguntas que siguió. Pero después, una de las mujeres se me acercó. Había sido líder de la delegación holandesa en Varsovia.

“No me gustó tu charla”, dijo.

—Lo siento. No pensé que lo harías.

“Solo contaste una parte de la historia”, dijo.

“Obviamente no has visto lo suficiente. Necesitas viajar más, visitar más países, conocer a más líderes”.

No dije nada. ¿Adónde quería llegar?

En otras palabras, deberías hacer otro viaje, y eso es lo que te sugiero. —Contuve la respiración—. Estoy a cargo de seleccionar a quince personas de Holanda para un viaje a Checoslovaquia. Estarán fuera cuatro semanas. Habrá estudiantes, profesores y personal de comunicaciones, y nos gustaría que viniera alguien de las iglesias. ¿Te gustaría venir?

¿Era esta la mano de Dios? ¿Era esta la siguiente puerta que se abría en su plan para mí? Decidí plantearle la pregunta una vez más en términos de dinero. Sabía que no tenía fondos para semejante viaje. «Si quieres que vaya, Señor», dije en una breve oración en voz baja, «tendrás que proveer los medios».

—Gracias —dije en voz alta—, pero nunca podría permitirme un viaje así. Lo siento. Empecé a guardar las fotos de Varsovia que había traído.

Pude sentir a la dama mirándome.

“Bueno”, dijo finalmente, “podemos resolverlo”.

Levanté la vista. “¿Qué quieres decir?”

En cuanto a los gastos, no tendrás que pagar nada.

Y así comenzó mi segundo viaje tras el Telón de Acero. Fue muy parecido a mi visita a Polonia, solo que el grupo era más pequeño y me costó mucho más salir sola. No dejaba de preguntarme qué quería Dios que aprendiera en Checoslovaquia.

Y hacia el final de las cuatro semanas encontré la respuesta. En todas partes nos habían hablado de la libertad religiosa que disfrutaba la gente bajo el comunismo. Aquí en Checoslovaquia, nos dijo nuestro guía, había incluso un grupo de académicos, pagados por el Estado, que acababan de terminar una nueva traducción de la Biblia y estaban trabajando en un diccionario bíblico.

“Me gustaría mucho visitar a estos hombres”, dije.

Así que esa tarde me llevaron a un gran edificio de oficinas en el corazón de Praga. Era el Centro Intereclesial, la sede de todas las iglesias protestantes de Checoslovaquia. Mi primera impresión fue de asombro ante el tamaño de las instalaciones físicas que la Iglesia podía mantener. Me condujeron a una serie de oficinas donde unos caballeros con aspecto académico y abrigos negros se sentaban detrás de pesados tomos y montones de papeles. Me dijeron que estos eran los hombres que habían trabajado en la nueva traducción. Quedé muy impresionado. Pero poco a poco empezaron a surgir algunos datos curiosos. Pregunté si podía ver una copia de la nueva traducción y me mostraron un manuscrito voluminoso y muy manipulado.

—Ah. ¿Aún no se ha publicado la traducción? — pregunté.

—Bueno, no —dijo uno de los estudiantes. Su rostro parecía triste—. Lo teníamos listo desde la guerra, pero... —Miró al director de la gira y dejó que la frase se desvaneciera.

¿Y el diccionario bíblico? ¿Ya está listo?

"Casi."

Pero ¿de qué sirve tener un diccionario de la Biblia y no tener la Biblia? ¿Existen traducciones anteriores?

El erudito volvió a mirar al director de la gira como si estuviera tratando de decidir cuánto podía decir.

—No —dijo finalmente—. No. Es muy difícil. Es muy difícil encontrar Biblias aquí hoy en día.

El director de la gira dio por terminada la entrevista. Me sacaron sin tener oportunidad de hacer más preguntas. Pero el daño ya estaba hecho. Había vislumbrado el subterfugio. En lugar de atacar frontalmente la religión en esta nación devota, el nuevo régimen estaba jugando al juego de la Frustración. Estaba patrocinando una nueva traducción de la Biblia, una traducción que nunca llegó a publicarse. Estaba patrocinando un nuevo diccionario de la Biblia, solo que no había Biblias que lo acompañaran.

Al día siguiente le pedí a nuestro guía que me llevara a la Librería Interdenominacional en Jungmanova n.º 9. Estaba decidido a comprobar por mí mismo lo difícil que

era comprar una Biblia. La tienda estaba bien surtida de música, papelería, cuadros, estatuas,

Cruces, libros relacionados con la religión. En cualquier tienda similar de Holanda habría una sección entera dedicada a diferentes ediciones de las Escrituras.

"¿Podría ver una Biblia con letras rojas, por favor?", le pregunté a la vendedora. Para entonces, ya había descubierto que, entre el inglés y el alemán, rara vez tenía problemas para comunicarme.

La vendedora negó con la cabeza. «Lo siento, señor. Están agotados ahora mismo».

—Bueno, ¿qué tal una edición estándar en blanco y negro?

Pero éstos también parecían no estar disponibles temporalmente.

“Señora”, dije, “he venido desde Holanda para ver cómo le va a la Iglesia en Checoslovaquia. ¿Va a decirme que puedo entrar en la librería religiosa más grande del país y no comprar ni una sola Biblia?”

La vendedora se disculpó y desapareció en la trastienda. Se produjo una conversación rápida y algo animada tras la cortina, seguida del ruido de papel al sonar. Y entonces apareció el gerente en persona, con un paquete ya envuelto en papel marrón.

“Aquí tiene, señor.” Le di las gracias. “Es esa nueva traducción la que hace que las Biblias escaseen”, dijo el

gerente. “Hasta que salga, no se imprimen Biblias nuevas.”

Era nuestro último día. Teníamos grandes planes. Salir de Praga y recorrer comunidades modelo en el campo. Luego, regresar para cenar, asistir a una rueda de prensa y despedirnos.

Quizás hubiera soportado este horario por cortesía, excepto por una cosa: era domingo. Era mi última oportunidad de adorar con Creyentes checos sin “guía” cerca.

Había planeado mi escape durante días. Me di cuenta de que la puerta trasera de nuestro autobús turístico tenía un resorte defectuoso: incluso en posición "cerrada", había un espacio de más de 30 centímetros entre ella y el marco de la puerta. Conteniendo la respiración...

Mientras el autobús se alejaba del hotel ese último día, yo ocupaba el último asiento. En cada semáforo, sopesaba mis posibilidades de escabullirme por esa puerta sin ser visto. Pero demasiadas cabezas se giraban, admirando las vistas de la ciudad. Por fin llegó la oportunidad cuando todos se asomaron, contemplando la heroica figura de bronce de un hombre a caballo. Nunca supe quién era, pues mientras el guía turístico empezaba a describirla, contuve la respiración, me colé por la abertura y bajé a la calle. Los frenos neumáticos silbaron y el potente motor aceleró. Estaba solo en Praga.

Media hora después, estaba en el vestíbulo de una iglesia que había visto en un recorrido anterior por la ciudad, observando a la gente entrar. Tenía especial interés en ver cómo una iglesia podía funcionar sin Biblias. De vez en cuando alguien llevaba un himnario, y más raramente una Biblia. Pero algo que me desconcertó fue que mucha gente llevaba cuadernos de hojas sueltas. ¿Para qué servían?

El servicio comenzó. Me senté al fondo y de inmediato me llevé una sorpresa. ¡Casi todos parecían previsores! Los dueños de los himnarios los extendían con el brazo extendido, en alto. Quienes tenían cuadernos de hojas sueltas hicieron lo mismo. Y entonces me di cuenta: quienes tenían libros los compartían con quienes no tenían. En los cuadernos estaban copiados, nota por nota y palabra por palabra, los himnos favoritos de la congregación.

Lo mismo ocurría con las Biblias. Cuando el predicador anunciaba el texto, todos los que tenían una Biblia en la congregación buscaban la referencia y alzaban su libro para que los amigos cercanos pudieran seguir la lectura. Mientras observaba a esos hombres y mujeres luchando literalmente por acercarse a la Palabra, mi mano se cerró sobre la Biblia holandesa en mi abrigo. ¡Cuánto había dado por sentado siempre mi derecho a poseer este Libro! Pensé que nunca volvería a tomarlo sin recordar a la abuela que tenía delante, casi de puntillas, entrecerrando los ojos mientras se esforzaba por leer las palabras de la Biblia que su hijo sostenía en alto.

Después del servicio me presenté al predicador. Cuando

mentoné que había venido de Holanda principalmente para reunirme con cristianos en su país, pareció... abrumado.

—Había oído —dijo— que Checoslovaquia iba a abrir sus fronteras. No me lo podía creer. Hemos estado —miró a su alrededor— casi encarcelados desde la guerra. Tienes que venir a hablar conmigo.

Juntos fuimos a su apartamento. Solo más tarde supe lo peligroso que era para él esto en la Checoslovaquia de 1955. Me contó que el Gobierno intentaba controlar totalmente la Iglesia. Era el Gobierno quien seleccionaba a los estudiantes de teología, eligiendo solo a los candidatos que apoyaban al régimen. Además, cada dos meses un ministro tenía que renovar su licencia. A un amigo le habían denegado recientemente la renovación sin ninguna explicación. Cada sermón tenía que redactarse con antelación y ser aprobado por las autoridades. Cada iglesia tenía que presentar una lista de sus líderes ante el Estado. Esa misma semana, en Brno, cinco hermanos estaban siendo juzgados porque su iglesia no permitía el nombramiento de líderes.

Llegó el momento del segundo servicio en la iglesia.

“¿Podrías venir a hablar con nosotros?”, preguntó de repente.

¿Es posible? ¿De verdad puedo predicar aquí?

—No. No dije «predicar». Hay que tener cuidado con las palabras. Como extranjero no puedes predicar, pero puedes traernos «saludos» desde Holanda. Y —mi amigo

sonrió—, si quisieras, podrías traernos «saludos» del Señor.

Mi intérprete era un joven estudiante de medicina llamado Antonin. Primero, les traje saludos de Holanda y Occidente. Eso me llevó un par de minutos. Y luego, durante media hora, les traje saludos a la congregación «de parte de Jesucristo». Funcionó tan bien que Antonin sugirió que probáramos el dispositivo de nuevo en otra iglesia. En total, ese día prediqué cuatro veces y visité cinco iglesias diferentes. Cada una fue memorable a su manera, pero la última sobre todas. Porque fue allí donde recibí la Copa del Sufrimiento.

Eran las siete de la tarde, ya había anochecido aquel día de noviembre. Sabía que para entonces el grupo de turistas estaría muy preocupado por mí. Era hora de intentar encontrarlos.

Pero mientras pensaba esto, Antonin me preguntó si quería visitarlo solo una vez más.

Iglesia, “donde creo que especialmente necesitan conocer a alguien de afuera”.

Así que, una vez más, recorrimos Praga hasta llegar a una pequeña iglesia morava apartada. Me sorprendió la cantidad de gente, sobre todo jóvenes. Debía de haber unas cuarenta personas de entre 18 y 25 años. Saludé y luego respondí a preguntas. ¿Podían los cristianos en Holanda conseguir buenos trabajos? ¿Alguien te denunciaba al gobierno cuando ibas a la iglesia? ¿Se podía asistir a la iglesia y aun así entrar en una buena universidad?

"Verás", me dijo Antonin, "hoy en día es antipatriótico ser cristiano en Checoslovaquia. A algunas personas las han vetado en el trabajo. Muchas no han podido acceder a la educación. Y por eso", tomó una cajita de las manos de un joven que estaba a su lado, "quieren que tengas esto".

El joven me hablaba muy seriamente en checo.

"Llévate esto a Holanda", tradujo Antonin, "y cuando la gente te pregunte sobre ello, cuéntales sobre nosotros y recuérdales que también somos parte del Cuerpo y que sufrimos".

Tomé la caja y la abrí. Dentro había un adorno de solapa plateado con forma de tacita. Había visto a varios jóvenes usándolos y me preguntaba qué serían.

Antonin me lo prendió en la chaqueta. «Este es el símbolo de la Iglesia en Checoslovaquia. Lo llamamos la Copa del Sufrimiento».

Cuando Antonin me dejó en el hotel, volví a pensar en esas palabras. Me di cuenta de que en Holanda estábamos tan aislados de los hechos reales de la historia de la Iglesia moderna como los cristianos de Checoslovaquia. El Cáliz del Sufrimiento era el símbolo de una realidad que debíamos compartir.

En ese momento, sin embargo, tenía otra realidad que afrontar. ¿Dónde me encontraría con mi grupo? No estaban en el hotel, ni nadie sabía dónde.

La cena de despedida debía celebrarse. Fui a un restaurante donde habíamos comido varias veces. «No, señor, el grupo de Holanda no cenó aquí esta noche».

—Bueno, ¿es demasiado tarde para comerme un sándwich?

—Por supuesto que no, señor.

Había dado un mordisco al sándwich cuando la puerta del restaurante se abrió de golpe y entró la directora de la gira. Echó un vistazo rápido a su alrededor y me vio. Sus hombros se desplomaron en un suspiro de alivio involuntario. Pero al instante siguiente, su rostro se sonrojó de ira. Corrió a mi mesa, le lanzó la cuenta al camarero y señaló la puerta con un gesto de la cabeza. Era evidente que no se atrevía a hablar.

Afuera, en la acera, nos esperaba un coche del gobierno: una limusina larga y negra con el motor en marcha, conducida por un hombre de aspecto desagradable. Salió al acercarnos, abrió la puerta y la cerró con llave. ¿Adónde me llevaban? Recordando la versión hollywoodense de esas escenas, intenté recordar adónde íbamos.

Y mientras lo hacía, me di cuenta de lo gracioso de la situación. Porque íbamos al hotel.

Justo antes de que el coche se detuviera, la directora del tour pronunció sus primeras palabras: «Han retrasado al grupo medio día. Hemos llamado a todos los hospitales, a todas las comisarías. Finalmente, llamamos a la morgue.

¡Por desgracia, no estaban allí! ¿Dónde han estado?».

—Oh —dije—, me separé. Así que caminé. Lamento mucho las molestias que te causé.

Bueno, quiero informarle oficialmente, señor, que ya no es bienvenido aquí. Si intenta entrar de nuevo a este país, lo comprobará usted mismo.

Y así lo hice. Un año después, volví a solicitar un visado para Checoslovaquia, pero me lo denegaron. Lo intenté de nuevo dos años después, y también me lo denegaron. Pasaron cinco años antes de que me permitieran regresar a esa hermosa tierra. Y mientras tanto, había presenciado tal persecución de cristianos que, en contraste, Checoslovaquia parecía..Un lugar de libertad y libertad.

Los cimientos están puestos

Los siguientes meses parecieron ser pura frustración. Los viajes a Polonia y Checoslovaquia se habían producido casi sin que yo pensara en ellos. Pero ahora, cuando empecé a preguntar sobre posibles visitas a estos lugares y a otros países de la Cortina de Hierro, me topé mes tras mes con trámites burocráticos: cuestionarios, retrasos, formularios por triplicado, pero nunca un visado.

Incluso mi propia pequeña habitación me planteaba problemas. En Checoslovaquia había pensado muchas veces en esa habitación que me esperaba en casa y anhelaba volver a ella. Ahora descubrí un inconveniente que jamás podría haber previsto. Quizás fue precisamente el hecho de que fuera tan acogedora y cómoda; en cualquier caso, la habitación en sí misma llegó a simbolizar para mí la soledad.

Día tras día, sentado en esa habitación redactando cartas para los consulados, soñaba con una esposa que compartiera la habitación y la visión del trabajo tras la Cortina. En días más lúcidos, me reía de mí mismo: si el trabajo misionero era una vida miserable para una chica hermosa —la chica de mis sueños era guapísima—, ¿qué diría ella de este nuevo campo misionero que había

vislumbrado, donde la separación, el secreto y la incertidumbre serían lo mejor que podía ofrecer? Estas, como digo, eran objeciones que la razón planteaba; la chica misma, siendo una chica de ensueño, nunca las mencionó.

El dinero era otro problema. Aunque ni Geltje ni Arie mencionaron el tema, sabía que debía participar en los gastos de la casa. Poco después de regresar de mi viaje a Polonia, la revista holandesa *Kracht Van Omhoog* me pidió que escribiera una serie de artículos sobre mis experiencias tras el Telón de Acero. No era escritor, y no hice nada al respecto. Pero ahora, sentado en mi pequeño cuarto con mi billetera vacía sobre el escritorio casero frente a mí, me pareció oír a Dios decir: «Escribe esos artículos para *Kracht Van Omhoog*».

La orden me dejó perplejo. Seguramente no tenía nada que ver con...necesidad de dinero por la que había estado orando en ese momento: la revista no ofreció ningún pago.

Pero esa insistencia persistía, y por pura obediencia me senté a escribir sobre lo que había observado no solo en Polonia, sino también en Checoslovaquia. Envié los artículos al día siguiente, junto con algunas fotografías. El editor los agradeció —aunque sin dinero, como esperaba— y descarté el asunto.

Y entonces, una mañana, llegó otra carta de *Kracht Van Omhoog*. Sucedió algo extraño: aunque en ningún momento del artículo había mencionado dinero ni indicado que estuviera considerando otro viaje a esos

lugares, lectores de toda Holanda enviaban dinero. Nunca era mucho, solo unos pocos florines a la vez. Pero el editor quería saber adónde debía enviarlos.

Y así comenzó la historia más asombrosa de la provisión. Los primeros regalos de mis amigos desconocidos fueron pequeños porque mis necesidades eran escasas. Quería ayudar a Geltje con los gastos de la casa; mi vieja chaqueta estaba desgastada; le había prometido a Antonin que intentaría enviarle por correo un ejemplar de la Biblia en checo. Y para cubrir estas pequeñas necesidades, recibí un pequeño ingreso de los lectores de Kracht Van Omhoog. Más tarde, a medida que mi obra se expandía y la necesidad aumentaba, también aumentaron las contribuciones de los lectores. Solo cuando se necesitaron grandes sumas, años después, Dios recurrió a otros recursos para obtener nuestros fondos.

Pero algo mucho más importante que el dinero surgió del primer contacto con Kracht Van Omhoog. Una mañana, recibí por correo una carta del líder de un grupo de oración en el pueblo de Amersfoort. El Espíritu Santo, decía la carta, les había ordenado que se pusieran en contacto conmigo; no sabían por qué, pero ¿podría visitar Amersfoort?

Me intrigó de inmediato. Si el Espíritu Santo dirigía las acciones de la gente tan minuciosamente hoy, esto era precisamente lo que necesitaba saber. Fui a Amersfoort. El grupo, compuesto por una docena de hombres y mujeres, se reunía en casa de un hombre llamado Karl de Graaf, constructor de diques.

Nunca había conocido un grupo como este. En lugar de

un programa planificado para la noche, con un líder y un tema de estudio, como en los otros grupos de oración a los que había asistido, estas personas parecían dedicar la mayor parte del tiempo a escuchar. Había un De vez en cuando se rezaba en voz alta, sin ningún orden en particular, pero estas oraciones parecían más arrebatos de amor y alabanza a Dios que peticiones meditadas. Era como si cada persona en la sala sintiera que Dios estaba muy cerca, y en el deleite de su compañía no quisiera ni necesitara nada, salvo expresar ocasionalmente la alegría que bullía en su interior.

De vez en cuando, en la quietud expectante y atenta, alguien del grupo parecía oír algo más: alguna instrucción, alguna información ajena a su conocimiento. Esto también se decía en voz alta. «La madre de Joost, en Estados Unidos, necesita nuestras oraciones esta noche». «Te damos gracias, Señor, porque nuestra oración por Stephje acaba de ser respondida». Estaba tan absorto en esta nueva experiencia de oración que, cuando los demás se levantaron para irse y la Sra. de Graaf me condujo a mi habitación, apenas podía creer lo que decía el reloj de la cómoda: eran las cuatro y media de la mañana.

Varios días después, estaba trabajando en mi habitación en un nuevo artículo para Kracht Van Omhoog cuando Geltje llamó a la puerta.

Alguien quiere verte, Andrew. No lo conozco.

Salí a la entrada y allí estaba Karl de Graaf. "¡Hola!", dije sorprendido.

Hola, Andy. ¿Sabes conducir?

"¿Conducir?"

"Un automóvil."

—No —dije desconcertado—. No, no lo sé.

Porque anoche, en nuestras oraciones, recibimos una palabra del Señor sobre ti. Es importante que puedas conducir.

"¿Para qué demonios?", dije. "Nunca tendré coche, eso seguro".

—Andrew —dijo el Sr. de Graaf con paciencia, como si se tratara de un estudiante torpe—, no estoy discutiendo la lógica del caso. Solo estoy transmitiendo el mensaje. Y dicho esto, cruzó el puente a grandes zancadas hacia el coche que lo esperaba.

La idea de aprender a conducir me parecía tan descabellada que no hice nada al respecto. Pero una semana después, el constructor del dique volvió a pasar por la puerta.

¿Has estado tomando tus lecciones de conducir?

—Bueno... no exactamente...

¿Aún no has aprendido lo importante que es la obediencia? Supongo que tendré que enseñártelo yo mismo. Súbete.

Esa tarde me senté al volante de un vehículo por primera

vez desde aquella desastrosa mañana de once años atrás, cuando conduje el Bren a toda velocidad por la calle de la empresa. El Sr. de Graaf volvía una y otra vez, y era tan buen profesor que unas semanas después hice el examen de conducir y lo aprobé a la primera, algo raro en Holanda. Seguía sin ver por qué yo, que ya ni siquiera tenía bicicleta, debía llevar el carnet de conducir en el bolsillo. Pero el Sr. de Graaf se negó a especular. «Esa es la emoción de la obediencia», dijo. «Descubrir después lo que Dios tenía en mente».

Y entonces ocurrió el acontecimiento que, por un tiempo, nos olvidó de todo lo demás. En el otoño de 1956, llegó la Revuelta Húngara y, con ella, la huida a Occidente de cientos de miles de personas aterrorizadas y desilusionadas, no solo de Hungría, sino también de Yugoslavia, Alemania Oriental y todos los demás países comunistas. Estos refugiados fueron conducidos a enormes campos cerca de las fronteras, donde se decía que las condiciones eran inimaginables. Aman habló frente a la casa del burgomaestre en Witte, pidiendo voluntarios para ayudar en los campos. Fui en el primer autobús que salió de Holanda.

Los voluntarios ocuparon sólo la parte delantera del autobús; el resto del autobús estaba lleno de alimentos, ropa y medicinas que se dividirían equitativamente entre los campos de refugiados más grandes, ubicados en Alemania Occidental y Austria.

Nada de lo que había oído me preparó para lo que

encontramos. Diez familias en una habitación eran... algo común, algunos de ellos intentando preservar una forma de privacidad desaparecida colgando sus mantas en las paredes durante el día.

Nos sumergimos en este mar de necesidad como nadadores al borde del océano, repartiendo ropa y medicinas, escribiendo cartas, intentando localizar a familias separadas, tramitando visas. Y, por supuesto, siempre que podía, celebraba servicios de oración. Y fue allí donde hice un descubrimiento asombroso. La mayoría de estas personas no sabían prácticamente nada de la Biblia. Quienes habían crecido bajo los antiguos regímenes eran en su mayoría analfabetos. Los más jóvenes, criados bajo el comunismo, tenían una mejor educación, pero, por supuesto, no conocían la Biblia.

Así que comencé, trabajando principalmente con intérpretes, impartiendo algunas clases pequeñas sobre la educación bíblica más básica. Sabía por experiencia lo poderoso que puede ser este conocimiento, pero apenas estaba preparado para su efecto en vidas donde era totalmente nuevo. Personas que habían estado sumidas en la desesperación se convirtieron en pilares de fortaleza para todo un cuartel. Vi cómo la amargura se transformaba en esperanza, la vergüenza en orgullo.

Recuerdo a una pareja de ancianos, fugitivos de Yugoslavia. La esposa olía mal, estaba gorda y tenía pelos de dos centímetros y medio en la barbilla. Al menos intentaba mantener limpia y ordenada la zona alrededor de sus camas, pero su marido, inquieto por la mudanza de su granja ancestral, se sentaba en el borde de su catre,

meciéndose sin parar día tras día.

Empezaron a asistir a la clase de Biblia que impartía en su cuartel. Al principio, parecían estupefactos por lo que oían. El anciano lloró mientras escuchaba, dejando que las lágrimas cayeran sin control sobre su regazo. Hacia la cuarta clase, noté que a la mujer se le había ido el vello de la barbilla y que el marido había empezado a afeitarse.

Pequeños detalles, por supuesto, excepto lo que dijeron sobre dos personas que despertaron a un sentido de sí mismos como hijos amados de Dios.

“Si tan solo”, dijo el anciano un día después de la clase, y luego se detuvo.

“¿Si tan solo qué?”, insistió el intérprete.

“Si hubiera sabido todo esto hace años, cuando estaba en casa, cuando estaba en Yugoslavia”.

Eso también se estaba convirtiendo en mi sueño.

La ropa y demás suministros que habíamos llevado a los campos se habían agotado hacía tiempo, y regresamos a Holanda para intentar conseguir más. Mientras estaba en casa, fui una vez más al consulado yugoslavo para solicitar, como ya había hecho antes, un visado.

Una vez más, había formularios por triplicado que rellenar, fotografías (que ahora ordené por veintenas) que pegar, el poco prometedor «Esto tardará un tiempo en

procesarse». Solo dudé una vez al rellenar la solicitud. Ahí estaba, a mitad de la página, el espacio habitual para «ocupación». Tenía la sensación de que la mía ya me había perjudicado antes en estas solicitudes. Pero ¿cuál era la frase que nos habían enseñado en Glasgow? Caminar en la Luz, nada oculto, nada escondido, todo abierto y transparente para que todos lo vieran. Así que, como antes, escribí MISIONERO en mayúsculas y dejé los formularios completos sobre el escritorio.

Cuando nuestro autobús se llenó de nuevo de mantas, ropa, leche en polvo, café y chocolate, partimos de nuevo hacia los campos de refugiados. Yo estaba trabajando en Berlín Occidental cuando llegó el telegrama sobre papá. Había muerto en su jardín.

Tomé el siguiente tren a casa. El sencillo y breve funeral se celebró junto a la tumba. Como es costumbre en la Holanda sedienta de tierras, la tumba de mamá se reabrió y el ataúd de papá se bajó para reposar sobre el de ella.

Ahora la vieja casa estaba realmente vacía. Cómo extrañaba la voz retumbante que la llenaba desde el suelo hasta las vigas. Cómo extrañaba la figura de hombros redondeados inclinada con tanta paciencia sobre las hileras de lechugas y coles, cómo extrañaba su amor por las cosas que crecían.

Regresé a Alemania y me dediqué con más ahínco que nunca al trabajo con los refugiados. La Revuelta Húngara había traído la nueva oleada de fugitivos, pero en realidad

los campos de Berlín Occidental eran antiguos, olvidados por el mundo hasta...Este último suceso fue noticia. En estos campos habían vivido durante años los restos de la Segunda Guerra Mundial: las personas sin hogar, los desplazados, los miles de apátridas creados por la locura nazi. Para mí, estas personas eran las más tristes de todas, especialmente los niños. Conocí a niños de once y doce años que nunca habían visto el interior de una casa de verdad. Dos personas solteras recibían más espacio y ropa que una pareja casada, por lo que el matrimonio era poco común, y la mayoría de los hijos eran ilegítimos. Durante meses trabajé para que un grupo de estos jóvenes llegara a Holanda. Conocía a muchas familias dispuestas a acogerlos —Geltje y Maartje habrían acogido a algunos—, pero una y otra vez los niños no cumplían los requisitos sanitarios. En esos barracones fríos y húmedos, la tuberculosis era endémica. Los carteles en las paredes que ofrecían la entrada a Suecia o Estados Unidos a jóvenes adultos sin enfermedades eran una burla para los enfermos, que constituían el 90 % de cada campo.

Fue mientras me encontraba en medio de este trabajo desesperanzado y angustioso que una mañana, durante el Tiempo de Silencio que ahora era parte integral de cada día dondequiera que estuviera, tuve una impresión extraordinaria. Fue como si oyera una voz que me decía: «Hoy vas a obtener el visado para Yugoslavia».

Estaba incrédula. Casi me había olvidado de mis solicitudes pendientes para viajar allí y a otros lugares, tan absorta estaba con los campamentos. Aun así, me encontré mirando por la ventana del albergue de voluntarios, esperando el correo de la mañana. Cuando vi

venir a la cartero, corrí a su encuentro. "¡Una carta para ti desde Holanda!", dijo, y rebuscó en su bolso.

Le quité la carta. La dirección en Witte estaba tachada, y encima, con la letra de Geltje, aparecían la calle y el número del hostel en Berlín. En la esquina izquierda del sobre estaba el sello de la embajada yugoslava en La Haya. "¡Gracias!", dije, y ahí mismo, en la esquina, abrí la carta y me quedé mirando su contenido sin comprender. El gobierno yugoslavo lamentaba informarme de que mi solicitud de visado había sido denegada. Eso era todo. Ninguna explicación.

¿Qué significaba? Seguramente había recibido algún tipo de información previa sobre esta carta. Pero mi mensaje era que el visado había sido concedido. ¿Podría ser que tuviera que ir al consulado yugoslavo en Berlín y presentar una nueva solicitud? Corrí a mi habitación, tomé un juego de fotografías y me dirigí al tranvía. En menos de una hora estaba rellenando de nuevo esos largos formularios por triplicado. Y una vez más llegué a la línea «Ocupación». Sospeché que era esta,

Eso estaba causando todos los problemas.

“Señor”, dije en voz baja, “¿qué pongo aquí?”

Y de repente recordé las palabras de la Gran Comisión: «Id y haced discípulos a todas las naciones...». Entonces, ¿era maestro, no? En la solicitud escribí MAESTRO y entregué los formularios por encima del escritorio.

“Si tiene la amabilidad de sentarse allí, señor, examinaré su solicitud ahora mismo”.

El funcionario desapareció en otra habitación. Esperé con ansiedad veinte minutos, durante los cuales me pareció oír el ruido de una tecla de telégrafo. Pero debió de ser un error, porque el empleado regresó con una sonrisa para desearme un feliz viaje a su país.

Tenía que darles la buena noticia a alguien. ¿Mis padres? No teníamos teléfono, y era incómodo hablar con los vecinos. ¿Los Whetstras? ¡Eso era todo! Llamaría a los Whetstras.

Hice una llamada de estación a estación y me comuniqué con el propio Sr. Whetstra.

Soy Andrew. ¡Qué suerte encontrarte en casa a mediodía!

“Pensé que estabas en Berlín.”

"Soy."

“Sentimos mucho lo de tu padre”.

Gracias. Pero esta llamada es una buena noticia, Sr. Whetstra. Solo quería decírselo. Tengo en la mano dos papeles. Uno es una carta del consulado yugoslavo en Holanda rechazando mi solicitud de visa, y el otro es mi pasaporte, con la visa sellada por los yugoslavos de aquí. Lo tengo, Sr.

¡Whetstra! ¡Voy tras la cortina como misionera!

“Andrew, será mejor que vengas a casa a buscar tus llaves”.

Lo siento, Sr. Whetstra, hay una mala conexión. Creí que había dicho llaves.

—Sí. A tu Volkswagen. Lo hemos hablado todo, y no hay vuelta atrás. La Sra. Whetstra y yo decidimos hace meses que si conseguías la visa, también te quedarías con nuestro auto. Ven a casa y recoge las llaves.

Una vez en Ámsterdam, intenté convencerlos de que no lo hicieran. Era un regalo enorme. Simplemente no veía cómo podría aceptarlo.

“¿Y qué pasa con vuestro negocio?” les pregunté.

—¿Asuntos nuestros? —dijo el Sr. Whetstra con desdén—. ¡Andrew, estás en asuntos del Rey! No, ya hemos rezado al respecto, y estas son nuestras órdenes.

Y así, esa misma tarde, mientras mis dudas todavía luchaban con la alegría, fui con el Sr. Whetstra a firmar los papeles y me convertí en el todavía incrédulo propietario de un hermoso Volkswagen azul casi nuevo.

La única parte desagradable de la experiencia fue conducir hasta Witte.

Intenté entrar al pueblo sin que me vieran, pero es imposible entrar sin ser visto en un pequeño pueblo holandés como Witte con un Volkswagen azul brillante. Todo el pueblo se reunió de inmediato, queriendo saber de quién era el coche, y —como ya había imaginado— no les gustó que les dijera que era el mío. ¿Qué hacía el hijo de un herrero con un coche?

—La religión es un buen negocio, ¿verdad, Andy? —dijo un hombre, frotándose la tela de su abrigo entre los dedos. Me guiñó un ojo.

Todos se rieron, y aunque les repetí una y otra vez que era un regalo de los Whetstras, me di cuenta de que seguía sin gustarles: el hijo del herrero no debería conducir. Las familias de Witte a menudo me habían dado centavos de su dinero para la compra de comestibles por mi trabajo en los campos de refugiados. Ese dinero se acabó. Mi relación con mi ciudad natal nunca volvió a ser la misma.

Pero tenía trabajo que hacer. Pasé varios días planeando mi itinerario, recorriendo Ámsterdam en busca de cualquier tipo de material cristiano impreso en lenguas yugoslavas y revisando el coche en busca de lugares donde esconder lo que encontrara. También pasé un rato preguntándome cómo iba a conseguir Dios el dinero para este viaje.

Mi fecha límite era finales de marzo. Antes de eso, fui a ver a Karl de Graaf. Estaba deseando ver su cara cuando viera el coche: la prueba visible de lo que hasta entonces solo había sabido por fe.

Pero el Sr. de Graaf no mostró sorpresa alguna. «Sí», dijo, «pensé que ya lo tendría. Porque», continuó, sacando un sobre de su bolsillo, «Dios nos ha dicho que necesitará una suma adicional de dinero estos próximos dos meses. Y aquí está».

Me puso el sobre en la mano. Ni siquiera lo abrí. Para entonces, ya conocía lo suficiente a este extraordinario grupo como para estar seguro de que contenía exactamente la cantidad que necesitaría para el viaje. Así que, con el corazón lleno de agradecimiento, me despedí de él, de los Whetstras, de mi familia, y partí de Holanda rumbo a Yugoslavia, tras el Telón de Acero.

Linternas en la oscuridad

Justo delante estaba la frontera yugoslava. Por primera vez en mi vida, estaba a punto de entrar en un país comunista solo, en lugar de en un grupo invitado y patrocinado por el gobierno. Detuve el pequeño VW a las afueras del pequeño pueblo austriaco y evalué la situación.

En 1957, el gobierno yugoslavo permitía a los visitantes traer solo artículos para uso personal. Cualquier producto nuevo o en grandes cantidades era sospechoso debido al mercado negro que prosperaba en todo el país. El material impreso, en particular, podía ser confiscado en la frontera, por pequeña que fuera la cantidad, ya que, al provenir del extranjero, se consideraba propaganda extranjera. Allí estaba yo, con el coche y el equipaje literalmente abarrotados de folletos, Biblias y fragmentos de Biblias. ¿Cómo iba a pasarlos por la guardia fronteriza? Así que, por primera vez de muchas, recé la Oración del Contrabandista de Dios:

Señor, en mi equipaje tengo las Escrituras que quiero llevarles a tus hijos al otro lado de esta frontera. Cuando estabas en la tierra, hiciste que los ciegos vieran. Ahora,

te ruego, haz que los que ven sean ciegos. No dejes que los guardias vean lo que no quieres que vean.

Así que, armado con esta oración, arranqué el motor y me dirigí a la barrera. Los dos guardias parecían sorprendidos y contentos de verme. Me pregunté cuántos clientes les esperaban. Por la forma en que miraban mi pasaporte, podría haber sido el primer holandés que veían. Solo faltaban unas cuantas formalidades, me aseguraron en alemán, y podría irme.

Uno de los guardias empezó a hurgar en mi equipo de campamento. En las esquinas y pliegues de mi saco de dormir y de mi tienda de campaña había cajas de panfletos. «Señor, cega a los que ven».

"¿Tiene algo que declarar?"

"Bueno, tengo mi dinero y un reloj de pulsera y una cámara. . . ."

El otro guardia estaba mirando dentro del VW. Me pidió que sacara una maleta. Sabía que tenía panfletos esparcidos por mi ropa.

"Por supuesto, señor", dije. Adelanté el asiento delantero y saqué la maleta. La puse en el suelo y abrí la tapa. El guardia levantó las camisas que estaban encima. Debajo, y ahora a la vista, había un montón de panfletos en dos idiomas yugoslavos diferentes: croata y esloveno. ¿Cómo iba a manejar Dios esta situación?

"Parece seco para esta época del año", le dije al otro guardia, y sin mirar al tipo que inspeccionaba la maleta,

me puse a conversar sobre el tiempo. Le hablé de mi tierra natal y de cómo siempre llovía en los pólderes. Finalmente, cuando ya no pude aguantar más la incertidumbre, miré hacia atrás. El primer guardia ni siquiera miraba la maleta. Estaba escuchando nuestra conversación. Cuando me di la vuelta, se dio cuenta y levantó la vista.

—Bueno, entonces ¿tienes algo más que declarar?

—Solo cosas pequeñas —dije. Al fin y al cabo, los tratados eran pequeños.

"No nos molestaremos con ellos", dijo el guardia. Me indicó con la cabeza que cerrara la maleta y, con un pequeño saludo, me devolvió el pasaporte.

Mi primera parada fue Zagreb. Me habían dado el nombre de un líder cristiano de allí, a quien llamaré Jamil. El nombre provenía de la Sociedad Bíblica Holandesa, que lo mencionaba como un hombre que ocasionalmente encargaba Biblias en grandes cantidades. Sin embargo, no habían tenido noticias suyas desde que Tito asumió el cargo de primer ministro en 1945. Apenas me atrevía a albergar esperanzas de que aún viviera en la misma dirección, pero, sin otra opción, le había escrito una carta cuidadosamente redactada indicando que a finales de marzo un holandés podría visitar su país. Y ahora iba en coche hacia Zagreb buscando su dirección.

Para destacar las maravillas de aquel primer contacto cristiano en Yugoslavia, tendré que contar qué pasó con mi carta, aunque, por supuesto, no supe toda la historia hasta más tarde. Había sido entregada en la dirección, pero Jamil se había mudado hacía tiempo. El nuevo inquilino desconocía su paradero y devolvió la carta a la oficina de correos. Allí permaneció retenida durante dos semanas mientras buscaban la nueva dirección de Jamil. El mismo día que entré en Yugoslavia, finalmente fue entregada. Jamil la leyó, desconcertado. ¿Quién era ese misterioso holandés? ¿Sería seguro intentar contactarlo?

Con solo una vaga sensación de que debía hacer algo, Jamil se subió a un tranvía y se dirigió a su antiguo edificio de apartamentos. ¿Y luego qué? Jamil se quedó en la acera preguntándose qué hacer. ¿Ya había llegado el holandés y había ido a preguntar por cierto Jamil? ¿Se atrevería a ir a ver al nuevo inquilino con la sospechosa historia de que algún día un holandés desconocido podría llamar preguntando por él? ¿Qué demonios debía hacer?

Y fue en ese momento que me detuve junto a la acera y detuve el coche. Salí a menos de medio metro de Jamil, quien, por supuesto, me reconoció al instante por mis matrículas. Me tomó de las manos y pusimos en orden nuestras historias.

Jamil estaba encantado de tener a un cristiano extranjero en su país. Repitió lo que había escuchado por primera vez en Polonia: que mi presencia allí lo era todo. Se sentían tan aislados, tan solos. Por supuesto, me ayudaría a contactar con los creyentes de su país. Conocía al hombre perfecto para traducirme. Así que, unos días

después, con un joven estudiante de ingeniería llamado Nikola como guía e intérprete, partí en mi Volkswagen azul para llevar saludos a los cristianos yugoslavos.

En este primer viaje en coche tras la Cortina de Hierro, descubrí una energía que jamás soñé. Mi visado era válido por cincuenta días. Durante siete semanas seguidas, prediqué, enseñé, animé y distribuí las Escrituras. Celebré más de ochenta reuniones durante esos cincuenta días, llegando a hablar hasta seis veces un domingo. Prediqué en grandes ciudades, aldeas y granjas aisladas. Hablé abiertamente en el norte y en secreto en el sur, donde la influencia comunista era más fuerte.

A primera vista, no me pareció que la Iglesia en Yugoslavia estuviera sufriendo ninguna persecución en particular. Tuve que registrarme en la policía al mudarme a un nuevo distrito, pero tenía libertad para visitar a los creyentes incluso en sus casas. Iglesias Operaba abiertamente. Después de un tiempo, abandoné el pretexto de traer "saludos" y simplemente comencé a predicar. Nadie objetó. Salvo ciertas zonas restringidas, principalmente a lo largo de las fronteras, tenía libertad para viajar a cualquier lugar del país, sin guías gubernamentales que supervisaran mis actividades.

Esto equivalía a una verdadera libertad, mucho más de lo que esperaba. Pero poco a poco, a medida que conocía mejor Yugoslavia, me di cuenta del lento proceso de desgaste que el gobierno estaba ejerciendo sobre los cristianos. El esfuerzo parecía centrarse en los niños. Dejen a los ancianos en paz, pero desvinculen a los jóvenes de la Iglesia.

Una de las primeras iglesias que Nikola y yo visitamos fue una católica romana en un pequeño pueblo no muy lejos de Zagreb. Noté que no había ni una sola persona menor de veinte años en toda la congregación, y le pregunté a Nikola al respecto. En respuesta, me presentó a una campesina que tenía un hijo de diez años.

“Dile al hermano Andrew por qué Josif no está aquí”, dijo Nikola.

“¿Por qué mi Josif no está conmigo?”, preguntó. Su voz sonaba amarga. “Porque soy una campesina sin educación. La maestra le dice a mi hijo que Dios no existe. El gobierno le dice a mi hijo que Dios no existe. Le dicen a mi Josif: “Quizás tu mamá te diga otra cosa, pero nosotros sabemos que no es así, ¿verdad? Debes recordar que mamá no tiene educación. Le seguiremos la corriente”. ¿Y? Mi Josif no está conmigo. Me están siguiendo la corriente”.

Unos días después, en otro pueblo, estábamos visitando a una familia cristiana cuando vi a una niña jugando en el polvo afuera de la casa en pleno día.

"¿Por qué no está en la escuela?" Le pregunté a Nikola.

De la madre aprendió la historia. Marta solía bendecir las comidas en casa. Cuando llegó la hora del almuerzo escolar, Marta dio gracias en voz alta como siempre, sin siquiera pensarlo. La maestra se enojó. ¿Quién había proporcionado esa comida, Dios o el pueblo a través de su propio buen gobierno? "Eso fue una maldad, Marta. Les llenarás la mente de tonterías a los demás niños".

Pero al día siguiente, el hábito estaba tan arraigado que Marta lo volvió a hacer, y por eso fue expulsada.

Sin embargo, fue en Macedonia donde encontramos las primeras señales de verdadero temor entre los feligreses. Macedonia, el más pobre de los seis estados de Yugoslavia, es también la zona donde el Partido es más fuerte. Nuestra primera conferencia en esta parte del país estaba programada para las diez de la mañana. Sin embargo, cuando llegamos a la iglesia, no había ni un alma.

"No lo entiendo", dijo Nikola, sacando la carta que habíamos recibido del pastor. "Estoy seguro de que este es el lugar correcto".

A las once decidimos que era inútil esperar más. Salimos a donde habíamos aparcado el coche. Justo cuando subíamos, uno de los aldeanos pasó paseando, se detuvo un buen rato para estrecharme la mano con cariño, desearme buena suerte y siguió caminando. Me estaba girando para abrir la puerta del coche cuando otro aldeano pasó paseando, y la escena se repitió. Durante 45 minutos esa mañana, todo el pueblo salió a pasear, y por pura casualidad, todos pasaron junto al coche del predicador visitante para saludarlo y estrecharle la mano.

Incluso Nikola estaba desconcertado sobre cómo interpretar esto. Unos días después, teníamos una reunión vespertina programada en otro pueblo de Macedonia. El pastor nos invitó a cenar antes del servicio de las ocho. Cinco minutos antes de las ocho, le sugerí al pastor que partiéramos hacia la iglesia.

—No —dijo, mirando hacia afuera—. Aún no es la hora.

A las 8:15 volví a sacar el tema. "¿No crees que habrá gente esperando?"

—No, aún no es el momento. —Nuevamente noté que miró hacia afuera antes de responder.

A las 8:30 el pastor finalmente se acercó a la ventana, miró hacia afuera y asintió.

"Ya podemos irnos", dijo. "La gente no vendrá a la iglesia, ¿sabes?, hasta que oscurezca. No es que estemos haciendo nada ilegal. Pero, bueno, conviene ser precavidos".

Y entonces vi la escena con la que me familiarizaría por toda Macedonia. Del campo oscuro empezaron a aparecer lámparas de queroseno. Los campesinos cruzaban lentamente los campos, de dos en dos, de tres en tres, nunca más, cada uno con una lámpara. Luego llegaron los habitantes del pueblo desde las casitas de barro que bordeaban el...

Sólo camino, linternas bajas para que sus rostros quedaran en sombras.

A nadie parecía importarle ser reconocido una vez dentro de la iglesia; después de todo, todos allí corrían el mismo riesgo.

Las lámparas estaban colgadas de ganchos a un lado de la sala, creando una luz cálida y agradable para la reunión. Hablé sobre Nicodemo, quien llegó tarde en la noche para indagar en Cristo. Él también, dije, había considerado

conveniente buscar al Señor al amparo de la oscuridad. No importaba. El tiempo y el lugar siempre dictarían cómo dábamos nuestros primeros pasos hacia Dios. Más de doscientas personas habían acudido esa noche para escuchar al extranjero. Ochenta y cinco de ellas aprovecharon la ocasión para consagrar sus vidas de nuevo al camino cristiano, incluso cuando este camino los conducía, por el momento, a la oscuridad.

Fue en otro pueblo de Macedonia donde tuvimos nuestro único encuentro serio con la policía.

Le había dicho a Nikola que quería visitar a los cristianos tanto en las grandes ciudades como en los pueblos pequeños. Nosaki era un pueblo pequeño, sí. Tan solo llegar allí fue todo un reto.

Habíamos contratado a un segundo guía para que nos guiara por Macedonia, que Nikola apenas conocía, un cristiano maravilloso al que todos llamaban "Tío Pequeño". Ahora, el tío nos señaló dos huellas que cruzaban un campo y nos aseguró que ese era el camino a Nosaki. Las huellas se hicieron más tenues y los surcos más profundos hasta que la parte inferior del coche rozó la tierra blanda, y por fin nos encontramos conduciendo por un campo recién arado.

—Hasta aquí llega tu camino —dije—. ¿Cuánto falta, tío?

“¡Pero estamos aquí!” dijo, señalando un grupo de árboles en la distancia.

Así que salimos del coche y caminamos por el campo hasta llegar a un pequeño grupo de chozas de barro llamado Nosaki. Se suponía que aquí había una iglesia, Pero no vimos rastro de ninguna. Nikola indagó y descubrió que, de hecho, había una iglesia en el pueblo, pero solo tenía una feligresa. Era la viuda Anna, quien había convertido su casa en una iglesia, a la que nadie asistía.

Fuimos a visitar a Anna. Estaba asombrada de que un misionero hubiera llegado a su pequeño pueblo.

—Pero no debería sorprenderme —se corrigió—. ¿Acaso no he estado rezando para pedir ayuda?

Anna nos enseñó su iglesia. Estaba prohibido celebrar servicios religiosos en casas particulares, así que Anna simplemente cerró una habitación y puso un letrero que decía "Molitven Dom" ("Casa de Oración"). Cuando colocó el letrero, los pocos miembros del Partido del pueblo se sorprendieron, pero nadie protestó. Al fin y al cabo, Anna era la única con esta tonta superstición, y no perjudicaba a nadie.

Ahora, sin embargo, había un predicador. El rumor corría de casa en casa. Casi nadie en el pueblo había visto nunca a alguien de fuera de Macedonia, y mucho menos de un país extranjero.

No sé si esto era lo que nos atraía o si había razones más religiosas. Pero esa noche, al anochecer, era como si los campos estuvieran llenos de luciérnagas que zigzagueaban y parpadeaban hasta llegar a la casa de

Anna. Empezamos enseñándoles un himno y luego les contamos el Evangelio, pues Anna nos aseguró que los jóvenes nunca lo habían oído. Estábamos cantando un segundo himno cuando, de repente, llamaron a la puerta con fuerza.

Todos dejaron de cantar.

Anna abrió la puerta y allí estaban dos policías uniformados. Caminaron hacia el frente de la sala. Durante un largo rato se quedaron allí, observando a la congregación. Luego se apartaron para ver mejor los rostros. Finalmente, sacaron sus cuadernos y empezaron a anotar nombres. Al terminar, hicieron algunas preguntas sobre Nikola y sobre mí y se marcharon tan bruscamente como habían llegado.

Pero la reunión no fue la misma después de eso. Varios aldeanos se fueron a casa inmediatamente. Los que se quedaron cantaron sin entusiasmo. Cuando llegó el momento del llamado al altar, me sorprendió que alguien levantara la mano, y aun así varios lo hicieron.

—Ya vieron esta noche lo que significa seguir a Cristo —dije—. ¿Están seguros de querer ser sus hombres?

Y algunos insistieron. Así nació una pequeña iglesia esa noche, pero nunca tuvo oportunidad de crecer. Nikola me escribió un año después diciéndome que el gobierno la había erradicado. Por ayudarnos, deportaron al "Tío Pequeño" del país. Ahora vive en California, Estados Unidos. El Molitven Dom de Anna fue clausurado.

En cuanto a él, Nikola escribió que lo habían citado a

comparecer ante el tribunal en Zagreb para rendir cuentas por su participación en la noche. El juez lo había reprendido y le habían impuesto una multa equivalente a cincuenta dólares, pero nada más. Creía que ser estudiante lo había salvado de un trato más severo.

Ni Nikola ni yo hemos entendido jamás por qué el gobierno eligió esta iglesia aislada para atacarla mientras dejó a las demás en paz.

Las carreteras yugoslavas eran extremadamente duras para los coches. Cuando no estábamos subiendo por escarpados senderos de montaña, vadeábamos arroyos en el fondo de valles escarpados.

Pero la peor amenaza para el pequeño VW era el polvo. El polvo cubría los caminos sin pavimentar como un sudario; se filtraba incluso a través de las ventanas cerradas, y me daba pena pensar en lo que le estaba haciendo al motor. Todas las mañanas, en nuestro Tiempo de Devocional, Nikola y yo incluíamos una oración por el coche. «Señor, no tenemos tiempo ni dinero para reparar el coche, así que, por favor, ¿podrías dejarlo funcionando?».

Una de las peculiaridades de viajar por Yugoslavia en 1957 eran las paradas amistosas en las carreteras. Los coches, sobre todo los extranjeros, eran tan raros que, cuando dos conductores se cruzaban, casi siempre se detenían a intercambiar algunas palabras sobre el estado de la carretera, el tiempo, el abastecimiento de gasolina y los puentes. Un día, mientras conducíamos por una

carretera de montaña, vimos un pequeño camión que venía hacia nosotros. Al acercarse, también nos detuvimos.

“Hola”, dijo el conductor. “Creo saber quién es usted. Es el misionero holandés que predicará en Terna esta noche”.

"Así es."

“¿Y este es el auto milagroso?”

“¿El coche milagroso?”

“Me refiero al coche por el que rezas cada mañana”.

Me dio risa. Había mencionado la oración en una reunión anterior; obviamente, la palabra se había extendido antes. «Sí», admití, «este es el coche».

¿Te importa si la miro? Soy mecánico.

"Te lo agradecería." Le había echado gasolina al motor, y eso era prácticamente todo desde que crucé la frontera. El mecánico fue a la parte trasera y levantó el capó sobre el motor. Se quedó allí un buen rato, mirando fijamente.

“Hermano Andrew”, dijo por fin, “acabo de creer. Es mecánicamente imposible que este motor funcione. Mire. El filtro de aire. El carburador. Las bujías. No, lo siento. Este coche no puede funcionar”.

“Y aun así, nos ha llevado miles de millas”.

El mecánico solo negó con la cabeza. «Hermano», dijo, «¿me permite limpiarle el motor y hacerle un cambio de aceite? Me duele ver que abusa de un milagro».

Agradecidos, seguimos al hombre hasta su aldea, a pocos kilómetros de Terna. Nos detuvimos detrás de él en un pequeño patio lleno de cerdos y gansos. Esa noche, mientras predicábamos, desarmó el motor, lo limpió pieza por pieza, le cambió el aceite y, para cuando estábamos listos para partir a la mañana siguiente, nos regaló un automóvil nuevo y radiante. Dios había respondido a nuestra oración.

Llegamos a Belgrado el 1 de mayo de 1957. Primero de Mayo, la gran festividad del comunismo. No había ni una cama ni un asiento en ningún restaurante en toda la ciudad.

Nikola y yo habríamos dormido en el coche esa noche si el pastor de la iglesia donde íbamos a hablar no nos hubiera llevado a su casa. Y fue en esta iglesia donde tuvimos la experiencia que ha moldeado mi ministerio hasta el día de hoy.

Nikola y yo estábamos en la plataforma frente a una sala abarrotada. Estaba tan llena que ni siquiera teníamos espacio para colocar el franelógrafo con el que ilustraba mis relatos de los evangelios. A mitad del servicio, alguien empezó a martillar. De repente, habían arrancado una puerta de sus goznes para que la multitud que llenaba el coro pudiera oír. No se trataba de la gente de campo de mirada solemne que había llegado a adorar, sino de una congregación urbana sofisticada y bastante bien vestida.

Bueno, después de la charla, Nikola y yo hicimos un llamado al altar. Pedimos que todos los que quisieran comprometer su vida con Cristo, o reafirmar un compromiso previo, levantarán la mano.

Todas las manos en la sala se levantaron.

¡Seguro que no lo habían entendido! Volví a explicarles lo grave que era este paso. Expliqué con dolorosa claridad las condiciones del discipulado bajo un gobierno hostil. Y luego hice un segundo llamamiento, esta vez pidiendo a la gente que se pusiera de pie.

Toda la congregación se puso de pie.

Me quedé asombrado. Nunca había visto tanta disposición. Impulsado por su espíritu, me lancé a una entusiasta descripción de las disciplinas diarias de oración y lectura de la Biblia que convierten a los recién nacidos en Cristo en soldados maduros en sus filas.

Estaba explicando el plan de estudio bíblico que nos habían enseñado en la Escuela de Capacitación Misional cuando noté un cambio en la sala. Por primera vez, la gente de esta congregación receptiva no me miraba a los ojos. Miraban sus manos, los respaldos de las bancas, a cualquier parte menos a mí.

Desconcertado, me volví hacia el pastor. Él también parecía avergonzado al decirme por medio de Nikola: «Orar, sí, eso podemos hacer todos los días. Me gusta lo que has dicho al respecto. Pero leer la Biblia... Hermano Andrew, la mayoría de esta gente no tiene Biblia».

Lo miré con incredulidad. Me había acostumbrado a la idea en las iglesias rurales. ¿Pero en la educada y cosmopolita Belgrado?

Me volví hacia la congregación. "¿Cuántos de ustedes tienen Biblias?", pregunté.

En toda la sala, siete manos, incluyendo la del pastor, se alzaron. Me quedé atónito. Hacía tiempo que había repartido las que había traído. ¿Qué iba a dejar ahora a estas personas tan ansiosas por aprender, tan necesitadas de guía en el duro camino que habían elegido para sí mismas frente a los millones que marchaban en dirección contraria?

Con el pastor, elaboramos un sistema para compartir la Biblia: un horario de estudio en grupo combinado con el uso individual, con tantas horas en tal y tal día para cada miembro. Pero esa misma noche nació en mí una determinación, una determinación que ha brillado con más fuerza con cada año que pasa. Esa noche le prometí a Dios que, siempre que pudiera tener una Biblia en mis manos, la llevaría a estos hijos suyos tras el muro que los hombres habían construido. Cómo compraría las Biblias, cómo las haría entrar, no lo sabía. Solo sabía que las traería aquí, a Yugoslavia, a Checoslovaquia y a cualquier otro país donde Dios me abriera la puerta el tiempo suficiente para colarme.

La tercera oración

Conduciendo por la campiña de Europa Occidental de regreso a Holanda, intenté evaluar el viaje que acababa de terminar. Había estado fuera más de siete semanas. Había recorrido casi 9.600 kilómetros, había celebrado casi cien reuniones y había establecido numerosos contactos para futuros trabajos.

Lo más importante fueron las conversiones, cientos de ellas. Nuevos cristianos, hombres, mujeres y niños que vivían en el Reino de Dios, aunque al mismo tiempo vivían bajo un gobierno que decía que Dios no existía. ¿Cómo sería su vida ahora? Fue duro dejar a estos amigos con presiones y sacrificios que solo podía imaginar.

En cuanto a mi determinación de llevarles Biblias, a la clara luz de aquella mañana de mayo parecía mucho más difícil que bajo la intensa convicción de aquella noche en Belgrado. En 1957 no había ni una sola frontera comunista por la que se pudieran llevar libros de ningún tipo, ¡y mucho menos libros religiosos! ¿Cómo iba a introducirlos? ¿Y cómo iba a distribuirlos una vez dentro sin poner en peligro a quienes me ayudaban? ¿Qué país los necesitaba más? ¿Cuál debería intentar primero? Todas estas preguntas me daban vueltas en la cabeza mientras recorría kilómetros y kilómetros por Europa,

cada vez más cerca de casa.

No, me corregí. No estaba en casa. A Witte, sin duda, pero en uno de esos extraños destellos de autoconocimiento, me di cuenta de repente de que Witte ya no era mi hogar. Por eso había conducido tan despacio, parando tan a menudo para consultar los mapas, hablando de cultivos con cada granjero que encontraba.

Con un sobresalto, me di cuenta de que desde que me fui de Yugoslavia, había estado perdiendo el tiempo, ganando tiempo hasta el inevitable momento en que volvería a estar solo en mi cuarto de soltero. Tras la muerte de papá, me mudé de la casa a su pequeño cuarto encima del cobertizo de herramientas. Me pareció una idea muy práctica: la habitación tenía una entrada independiente y podía entrar y salir sin molestar a la familia. Pero el efecto de la mudanza fue enfatizar lo mucho que...Solo estaba.

Era una soledad, además, que ahora sabía que sería parte permanente de mi vida. En una parada en Alemania, saqué mi Biblia y la abrí por la contraportada, donde había anotado la dura respuesta de Dios a una oración que había hecho. Di un sorbo a mi café y recordé la noche en Yugoslavia cuando la hice. Yo también me había sentido solo esa noche. «Señor», dije, «dentro de un año tendré treinta. Hiciste una ayuda idónea para el hombre, y por alguna razón no he encontrado la mía. Señor, te voy a pedir algo. Esta noche te pido una esposa».

Había anotado la petición específica de oración en mi Biblia: «12 de abril de 1957, Nosaki. Oré por una esposa». Junto a la anotación, había dejado un espacio

para la respuesta.

Y cinco días después, la respuesta llegó. En mi Tiempo de Devocional, supe de repente, con una certeza asombrosa, que Isaías 54:1 era la respuesta de Dios. Hojeé con entusiasmo las páginas del Antiguo Testamento y leí: «Los hijos de la desolada son más que los hijos de la casada».

Leí las palabras una y otra vez, intentando aplicarlas a mí mismo, intentando regocijarme en la voluntad de Dios. Quizá me sintiera desolado, pero Él me daría más hijos, hijos espirituales, de los que jamás podría tener como padre de carne y hueso. Había escrito la respuesta junto a la petición.

Pero ahora, mientras apuraba mi taza de café junto a un campo de flores primaverales, supe que los hijos espirituales no eran para nada lo que tenía en mente. Quería hijos reales, vivos, ruidosos, corriendo y saltando, con caras pegajosas y zuecos que remendar después de las peleas. Sobre todo, quería una esposa, un ser humano vivo y amoroso que hiciera de mi vida una sola tela, en lugar de este mosaico de lugares y personas sin base en ninguna parte, en lugar de este regreso a casa sin nadie.

¿Y si le volviera a preguntar ahora mismo? ¿Y si simplemente abriera mi Biblia en cualquier lugar, dejara caer mi dedo donde quisiera y tomara este nuevo versículo como su verdadera respuesta? Siempre me había reído de quienes buscaban guía de esa manera. Pero era un glorioso día de primavera en el que cualquier cosa podía pasar, así que cerré los ojos, abrí la Biblia al azar y hundí el dedo en la página. Al bajar la vista, apenas podía

creer lo que veía. Mi dedo señalaba Isaías 54:1: «Más son los hijos de la desolada que los hijos de la casada».

Me dije a mí mismo que debí haber abierto la Biblia en esa página al leerla tan...Antes lo había hecho con mucha atención. Pero no sirvió de nada. Completamente escarmentado, registré al final de la Biblia la pregunta repetida y la respuesta reiterada.

“No me gusta el mensaje, Señor, pero al menos está claro”.

Volví a cargar la estufa portátil en el coche y encendí el motor. Era un largo camino de vuelta a Witte, de vuelta a la pequeña habitación y al confinamiento solitario.

El regreso a casa no fue mejor de lo que había imaginado. Me quedé en la sala hasta bien entrada la noche, contándole a la familia sobre Yugoslavia. Luego, cuando ya no pude aguantar más, salí y subí la escalera. La pequeña habitación parecía húmeda y pegajosa. Había moho en las sábanas, mi escritorio estaba blanco y tiza, el papel pintado nuevo se estaba despegando. Pero claro, siempre había estado mojado allí, en los pólderres. Nunca antes me había molestado. ¿Por qué me disgustaba ahora?

Durante las siguientes seis semanas me dediqué a hablar, escribir y orar por la visión de mi siguiente paso tras el Telón de Acero. Visité a los Whetstras para contarles la heroica labor que había realizado el pequeño VW. Escribí una nueva serie de artículos para Kracht Van Omhoog. Visité a Karl de Graaf y al grupo de oración de Amersfoort. En general, me mantuve ocupado. Tan ocupado, me decía a mí mismo, que no me daría cuenta

de lo solo que estaba.

En julio lo dejé.

“Señor”, dije una mañana, sentado en la pequeña cama plegable de hierro de mi habitación sobre el cobertizo, “tengo que orar una vez más por esta vida de soltero que planeas para mí. Ahora sé de esos hijos que prometes a los desolados, ¡pero Señor, también les prometes a los desolados un hogar!”. Rápidamente encontré el versículo en el Salmo 68, como para refrescarle la memoria: “Dios da a los desolados un hogar donde morar’. No es que no te agradezca por esta habitación sobre el cobertizo, Señor. Solo porque sea oscura, húmeda y mohosa y... no significa que no esté agradecido. Pero, querido Dios, no es un hogar. En realidad no. Un hogar es donde hay una esposa e hijos, hijos de verdad.

Señor, Pablo oró tres veces para liberarse de la espina en la carne que lo atormentaba. Y tú lo rechazaste. Yo heorado dos veces por una esposa. Voy a orar una vez más. Quizás me rechaces una tercera vez también, Señor, y si lo haces, nunca más volveré a plantear el tema. Lo escribiré aquí en mi Biblia. Abrí la Biblia por la contraportada y garabateé una última anotación:

“Oré... por... mi esposa... por tercera vez... Witte, 7 de julio... de 1957.” Entonces cerré la Biblia de golpe. “Hay personas, Señor, que están hechas para la soledad. Pero yo no, por favor. Yo no.”

No fue hasta septiembre que ocurrió algo que pudiera interpretar como una respuesta. Y entonces, una mañana, en medio de mi oración, un rostro apareció repentinamente frente a mí. Cabello largo y rubio. Una

sonrisa que hacía brillar el sol. Ojos que nunca eran dos veces del mismo color.

Corry.

Corry van Dam.

El pensamiento sobre ella me había llegado de manera tan inesperada, de manera tan completamente independiente de lo que estaba pensando en ese momento, que me pregunté con un salto en el corazón si el pensamiento era de Dios, si Él me estaba mostrando la respuesta más allá de los sueños más locos a mis oraciones.

Pero ¿cómo era posible? Aunque habíamos sido amigos y compañeros de equipo, nunca había considerado a Corry como una candidata válida para una cita. Era una niña. Todavía adolescente.

Pero eso fue, ¿cuántos años atrás?, cuatro años desde que yo dejé la fábrica para irme a Inglaterra y ella a la escuela de enfermería. ¡Pero si ya era una adulta! Sin duda, ya había terminado la escuela y se había casado. De niña, Corry, que apenas se había quitado el delantal, se convirtió de repente para mí en una mujer muy adulta que, si no estaba ya casada, estaba eligiendo ese mismo momento entre una multitud de pretendientes insistentes y vociferantes.

En menos de una hora llegué a Alkmaar, conduciendo por la calle donde vivían los padres de Corry. Habíamos ido allí a menudo después de los fines de semana de jóvenes. La Sra. van Dam servía café y galletas, mientras el Sr. van Dam cubría el techo con el humo de una enorme pipa

de espuma de mar.

No sabía exactamente qué haría al llegar a la casa. Solo mirarla, supuse. Asegurarme de que seguía allí. ¿O ir a la puerta? «Señora van Dam, me gustaría saber si me puede dar la dirección de Corry».

Pero supongamos que fuera la propia Corry quien abriera la puerta. «Hola, Corry, ¿estás casada? Si no, ¿te casarías conmigo?»

Llegué a la casa antes de decidirme por un plan. Y enseguida vi que no lo necesitaría. Las persianas estaban cerradas, el jardín estaba invadido por la maleza. Con un bulto en el estómago, seguí conduciendo hacia la fábrica.

No, el Sr. Ringers no sabía adónde habían ido los Van Dam. ¿Corry? Pues, si se había formado en el Hospital Santa Isabel de Haarlem. Quizá aún estuviera allí, por lo que él sabía. No. Si estaba casada, él no sabía nada. Sus ojos brillaban al responder a mis preguntas.

“¡Será un hombre afortunado, Andy, quien se case con esa joven!”

Fue maravilloso ver cuántos asuntos urgentes descubrí de repente en Haarlem: tiendas de Biblias que visitar, invitaciones a iglesias que había descuidado inexcusablemente, gente que ver... ¡Una ciudad maravillosa!

Desde una gasolinera justo afuera, llamé a Saint Elizabeth's y contuve la respiración mientras la recepcionista consultaba el expediente de Corry. "Sí",

respondió la voz, "es una estudiante de último año. La señorita van Dam...", mi suspiro de alivio la interrumpió por un momento. "La señorita van Dam vive este año en una casa particular, lejos de la residencia".

Me dio la dirección y me dijo que el apartamento estaba en el último piso de una casa particular en la mejor zona de la ciudad; la dueña era una anciana adinerada, según dijo la señora del hospital, que cedió el apartamento a cambio de tener una enfermera en casa. Tras buscar, encontré la calle y enseguida vi las ventanas de Corry, en lo alto, bajo el alero. Toda la casa parecía un castillo en miniatura. La habitación de Corry daba a un balcón coronado por una pequeña torreta puntiaguda.

Aparqué el coche calle abajo y me entregué a mis ensoñaciones. Ella era la reina del castillo, y yo, un caballero con armadura. Ella era Julieta, y cuando aparecía en su balcón, yo daba un paso al frente...

Pero no apareció, ni en el balcón ni en ningún otro lugar. Pasó la tarde. Oscureció, pero no había luz en las habitaciones de Corry. Dejando de lado cualquier pretensión de sutileza, me acerqué a la puerta y toqué el timbre. Abrió una criada. ¿La señorita van Dam? Sí, vivía allí. Pero en ese momento estaba con su familia en Alkmaar.

"¿Alkmaar?" Toda mi estudiada informalidad me abandonó. "Pero no hay nadie en la casa

¡En Alkmaar! Las ventanas están tapiadas, y el jardín ha sido abandonado y...

Atraída por los sonidos de angustia, una señora de pelo blanco apareció en el pasillo detrás de la criada. Con dulzura, me dijo que el padre de Corry estaba gravemente enfermo y que había ido a cuidarlo. La familia se había mudado de su casa a un apartamento sin escaleras. Me dio la dirección.

Durante los siguientes días, sufrí mis citas en la aburrida ciudad de Haarlem. ¡Cuánto me alegraba ahora de haber dedicado siempre unos minutos a hablar con el Sr. van Dam las noches que pasábamos en su casa! ¿Qué más natural que visitarlo?

Y así, unas cuantas noches después, me encontraba frente al apartamento de van Dam en Alkmaar, llamando a la puerta.

Corry lo abrió.

La luz tras ella tiñó su cabello de dorado. "Vengo a preguntar por tu padre", dije débilmente.

El pretexto no habría engañado a una niña de tres años. Pero Corry me condujo con gravedad de vuelta a la habitación de su padre. El Sr. van Dam estaba muy enfermo; lo notaba incluso desde la puerta. Pero parecía encantado de tener una visita. Así que, durante una hora, me senté en una silla junto a su cama y le conté sobre mis viajes tras el Telón de Acero y mis esperanzas para el futuro, mientras Corry iba y venía con biberones y

bandejas, y yo intentaba evitar seguirla con la mirada. Llevaba un uniforme blanco de enfermera y me pareció aún más celestial e inalcanzable que en mis sueños.

Y así comenzó un cortejo curioso y torpe. Dos veces por semana visitaba al Sr. van Dam; dos veces por semana, Corry y yo manteníamos conversaciones en voz baja, en la puerta principal, en la habitación del enfermo. Sentía que con más frecuencia sería inmiscuirme en esta casa, absorta en su problema.

Entre visitas, a menudo intentaba imaginarme proponiéndole matrimonio a Corry, y sonaba tan horrible que sabía de antemano que era inútil. «Por favor, cástate conmigo». Estaré fuera la mayor parte del tiempo y no podré darte una dirección donde puedas escribirme, y pasarán semanas sin poder enviarte cartas, y aunque estaremos en la obra misional, nunca podrás hablar de los lugares.

Y la gente con la que trabajamos, y si alguna vez no regreso, probablemente nunca sabrás qué pasó. Además, sin ingresos previsibles, una habitación sobre un cobertizo de herramientas como vivienda... Corry era demasiado inteligente, además de demasiado guapa, para conformarse con una vida así.

El 20 de octubre, durante mis visitas quincenales, recibí la carta del consulado húngaro. Mi solicitud de visa, fechada una semana después de la revuelta, había sido aprobada.

Y de repente supe cómo le pediría matrimonio a Corry. Se lo pediría entonces, esa misma semana, ese mismo día, pero no la dejaría responder hasta que volviera de

Hungría. Así —suponiendo que siquiera considerara la propuesta— tendría la oportunidad de experimentar este tipo de matrimonio con antelación: la separación, el secretismo, la incertidumbre. «Acéptalo, Andy», me dije, «la pura miseria».

Pero ahora que tenía un plan, mi corazón no pudo evitar un vuelco de esperanza. Subí al coche y recorrí la distancia hasta Alkmaar en tiempo récord. Golpeé la puerta, olvidándome por un momento del enfermo que había dentro. Tardaban muchísimo en abrir. Estaba levantando la mano para volver a tocar cuando la puerta se abrió. Una mirada a la cara de Corry lo supe.

“¿Tu padre—?”

Ella asintió. «Hace media hora». Hablar era obviamente una lucha. «El doctor ya está aquí».

Así que conduje de vuelta a Witte con mi propuesta aún ardiendo en mi interior. Salvo en el funeral, no vi a Corry durante tres semanas. Pasé el tiempo comprando o mendigando todas las Biblias en húngaro que había en Holanda (que no eran muchas) y guardándolas, junto con un montón de tratados en húngaro, en el coche.

Por fin, una hermosa noche de luna, le pedí a Corry que me acompañara. Dimos vueltas junto a un amplio dique hasta que las luces de nuestros faros iluminaron un camino más pequeño que salía a la derecha. Bajé por él y me detuve. La luna nos iluminaba desde el canal a nuestros pies. El escenario era perfecto.

Y lo dije todo mal: «Corry», comencé, «quiero que te

cases conmigo, pero no digas que no hasta que te diga lo difícil que será. Difícil para mí y aún más difícil para ti». Y luego le expliqué el trabajo que creía que Dios me había encomendado.

Le dije que el próximo mes sería una buena muestra de la vida que me esperaba, y también de ella si así lo decidía. "Estaría loco, Corry", terminé con tristeza. "¡Pero quiero tanto que lo hagas!"

Los enormes ojos de Corry se abrieron aún más cuando terminé. Abrió la boca para hablar, pero le puse la mano encima. Cuando la dejé en su apartamento, le hice prometer que me daría la respuesta al regresar de Hungría.

¡Qué diferencia en el viaje por Europa! Pensé que esta separación le enseñaría algo a Corry; no sabía cuánto me enseñaría a mí. Los kilómetros que antes se habían deslizado con tanta facilidad bajo mis neumáticos ahora me llamaban, cada uno a un kilómetro y medio de ella.

Cruzar la frontera también fue más duro de lo habitual para mí. No sé si fue porque por primera vez deseaba desesperadamente que no me atraparan, que no me detuvieran, que nada me impidiera llegar a esa cita en Alkmaar, o si las historias en los campos de refugiados me habían hecho sentir un miedo especial hacia Hungría.

Sin embargo, una vez más, Dios volvió a cegar a los que veían, y por fin me encontraba rodando por la campiña

húngara. El camino que seguía serpenteaba junto al Danubio. Era hermoso, tal como decía la canción, aunque su color, en lugar de azul, era un marrón chocolate con leche intenso. Empecé a tener hambre y decidí parar junto al río a comer. Así que me desvié del camino, conduje por un camino arenoso, me detuve en un pequeño claro a la orilla del agua y saqué los ingredientes para mi picnic. Para sacar el hornillo, tuve que mover varias cajas de folletos que los guardias fronterizos acababan de pasar por alto.

Apenas abrí una lata de guisantes y zanahorias, oí un rugido. Miré hacia arriba. Una lancha rápida se dirigía hacia mí a toda velocidad, dejando una estela más alta que la propia embarcación. En la proa había un soldado con una ametralladora desenfundada. En el último instante, la lancha viró bruscamente y se deslizó hasta un desembarco limpio en la orilla del río. Entonces vi que había otros dos soldados en la lancha. El hombre de delante saltó a tierra, seguido de otro.

“Señor”, dije muy suavemente mientras se acercaban, “ayúdame a no ceder al miedo”.

El primer soldado me apuntaba con la ametralladora mientras el otro corría hacia el coche. Seguí removiendo los guisantes y las zanahorias mientras oía abrirse la puerta del coche.

Comencé a hablar, hablando holandés, que estaba seguro que estos hombres no entenderían.

—Bueno, señor —dije, revolviéndome—, sin duda es agradable tenerlo por aquí.

El soldado se quedó mirando fijamente.

“Como puedes ver”, continué, “me estoy preparando para comer”.

Detrás de mí oí que se abría la otra puerta del coche. Metí la mano en mi fiambarrera y saqué dos platos extra. "¿Te gustaría acompañarme?". Arqueeé las cejas e hice un gesto de invitación con la mano. El soldado negó con la cabeza bruscamente, como diciendo que no iba a dejarse sobornar. "Al menos no por un lío de guisantes y zanahorias, ¿eh?", pensé.

Podía oír al otro soldado husmeando. En cualquier momento preguntaría por esas cajas.

"Bueno", dije en voz alta, "si no les importa, voy a comer mientras la comida está caliente". Me serví las verduras con una cuchara y me enfrenté a un dilema. ¿Debería rezar? En los campos me habían dicho que los cristianos eran especialmente sospechosos en Hungría ahora, ya que muchos habían asumido papeles importantes en la revuelta.

Pero no, aquí tenía la oportunidad de dar testimonio a tres hombres. Con un gesto mucho más deliberado de lo habitual, incliné la cabeza, junté las manos y di un largo y sincero agradecimiento por la comida que estaba a punto de comer.

Ocurrió algo asombroso. Mientras rezaba, no se oyó ningún sonido del soldado que inspeccionaba mi coche. Apenas terminé, la puerta se cerró de golpe y oí el ruido

de botas que se acercaban rápidamente. Tomé mi tenedor y mordí unos guisantes. Por un instante, ambos soldados se quedaron de pie sobre mí. De repente, se dieron la vuelta. Sin mirar atrás, corrieron hacia su bote, subieron de un salto y se alejaron rugiendo entre una nube blanca. Budapest era la ciudad más hermosa que había visto en mis viajes: dos ciudades antiguas, Buda y Pest, construidas a ambas orillas del Danubio. Pero las señales de la revuelta estaban por todas partes. Los edificios estaban llenos de agujeros de bala, los árboles arrancados, las vías del tranvía retorcidas.

Me habían dado la dirección de un tal Profesor B, un hombre que ocupaba un puesto excelente en una prestigiosa escuela de Budapest. Cuando le pregunté si serviría como mi intérprete, no aprecié la terrible trascendencia de su respuesta. «Por supuesto, hermano», dijo. «Estamos juntos en esto». Esa decisión le costó el sustento a mi amigo.

El profesor B estaba encantado con el regalo de las Biblias. Dijo que eran casi inalcanzables. Me contó que había muchísimas iglesias abiertas y funcionando como podían. Yo podía estar tan ocupado como quisiera, dando charlas y distribuyendo los libros, siempre que no me importara correr algunos riesgos.

“¿Algunos riesgos?”, dije.

“Bueno, verás, la revuelta es tan reciente. Las autoridades creen que cada cena en la iglesia es una conspiración”. Quienes más habían sufrido, dijo, eran los pastores. La mayoría de los habitantes de Budapest habían tenido serios problemas con el régimen: aproximadamente un

tercio había pasado tiempo en prisión, algunos hasta seis años. Cada predicador debía renovar su permiso cada dos meses, y esta era una norma que los mantenía en constante tensión.

El profesor B me llevó a visitar a un amigo suyo, un pastor reformado, quien nos abrió la puerta con cautela y miró a ambos lados del pasillo antes de dejarnos entrar. ¡Su apartamento estaba lleno de pantallas de lámparas! Algunas estaban terminadas, otras solo cubrían los marcos, otras estaban siendo pintadas de forma bastante rudimentaria con escenas callejeras de Budapest.

Me enteré de que este hombre había sido despedido sumariamente de su púlpito, sin explicación alguna. Ni siquiera se le permitía sentarse en la plataforma durante los servicios. Temerosos de que su sola presencia causara problemas a otros, él y su esposa se habían retirado de la congregación por completo. Para evitar que su familia muriera de hambre, pintaba pantallas de lámparas. Trabajaba desde temprano en la mañana hasta tarde en la noche para cubrir sus necesidades más básicas.

Después de irnos le pregunté al Profesor B qué tan típica era la situación de este pastor.

“Es bastante típico entre las iglesias que no ceden”, dijo. “Pero muchas sí ceden. Se 'adaptan' al régimen no solo en política, sino también en los fundamentos de la fe, de modo que se convierten en poco más que brazos del gobierno”.

Le pedí al Profesor B que me llevara a una de esas iglesias, y me dijo que el pastor de una de ellas oficiaba

en un festival escolar público esa tarde. Efectivamente, el pastor estaba en el estrado de revisión. A los pocos minutos se acercó a hablar con nosotros.

“Quizás un tercio de ese grupo”, dijo, señalando una fila de jóvenes formados en el césped de la escuela, “pertenecen a nuestra iglesia”. Cada niño llevaba un pañuelo rojo brillante, símbolo, explicó, de buena ciudadanía. Uno de los requisitos para el pañuelo era una “actitud apropiada” hacia las supersticiones religiosas de sus padres.

“¿Qué supersticiones?” pregunté.

—Ah, milagros. Y la historia de la creación. El pecado original. El hombre caído. Ese tipo de cosas.

“¿Qué pasa con el hecho de que Jesús era Dios?”

“Lo pondrían en lo más alto de la lista”.

¿Cómo te sientes tú mismo?

El pastor bajó la mirada. “¿Qué puedes hacer...?” Se encogió de hombros.

Los niños se lo estaban pasando de maravilla. Volví a oír esos aplausos impresionantes que había oído tanto en Polonia como en Checoslovaquia. Como antes, empezaron de forma espontánea; pero en veinte segundos adquirieron un ritmo colectivo que se convirtió en un martillazo sobre un yunque sobrenatural. Aplausos. Aplausos. Aplausos. Todos al unísono, todos unidos, todos uno. El director de la escuela dejó que los aplausos

continuaran hasta que me llegaron a los huesos. Pude ver que estaban teniendo el mismo efecto en el pastor. Lo vi levantar las manos, casi temblando, como si quisiera desesperadamente taparse los oídos con los dedos, pero no se atreviera.

Al terminar la ceremonia escolar, el pastor nos llevó a ver su iglesia. Estaba hablando de la calefacción mejorada, las ventanas nuevas y el campo de juego más grande en la parte trasera, cuando de repente me dijo: «Hermano Andrew, ¿Qué tengo que hacer?»

No respondí de inmediato. ¿Cómo podía aconsejarle si nunca había estado en su lugar? Era fácil decirle: «Sé fuerte». Pero este hombre sabía que su licencia, y por lo tanto el sustento de su familia, dependía semana tras semana del capricho del gobierno.

No podía aconsejarle, pero sí contarle las historias de cristianos en Polonia, Checoslovaquia y Yugoslavia, que enfrentaban presiones y problemas similares a los suyos, pero que nunca dejaban de predicar el amor redentor de Cristo. Con este amor en sus corazones, me parecía, se podía confiar en que las personas descubrirían por sí mismas la verdad de estos otros asuntos de fe.

El profesor B me aseguró que también había iglesias en Hungría que estaban encontrando maneras de eludir sus restricciones. Una de las más interesantes era la evangelización en funerales y bodas.

Una mañana el profesor B me pidió que participara en una boda húngara.

“Esta será como ninguna boda a la que hayan asistido”, prometió. “Ahora escuchen atentamente, porque les voy a pedir que hagan algo peculiar. Tendrán la oportunidad de hablar, y cuando lo hagan, deberán felicitar brevemente a los novios, y luego predicar el sermón de salvación más contundente y sangriento por el que podamos orar”.

Tuve que sonreír.

“No se rían”, dijo el profesor B. “Así es como predicamos a la mayoría de la gente hoy en día. La gente hoy tiene miedo de entrar a una iglesia, excepto para funerales y bodas. ¡Así que les predicamos entonces! Un funcionario del gobierno me dijo la semana pasada: “Apuesto a que todas las noches rezas para que tus amigos mueran para poder dar tu sermón”.

Así que prediqué en la boda y después le conté al Profesor B sobre el otro truco que había descubierto: el de traer "saludos" desde Holanda. Quedó fascinado con la idea. Quería empezar una campaña de inmediato. Así que llamó por teléfono y empezó a hacer llamadas. Esa misma noche celebramos una reunión de avivamiento apenas disimulada en una de las iglesias más grandes de la ciudad.

La noche siguiente tuvimos otra reunión, pero en una iglesia diferente. Y así sucesivamente.

Noche tras noche. Nunca anunciamos hasta el final de la reunión dónde sería la siguiente. Aun así, la gente hacía fila en la acera para escuchar la charla del holandés visitante. Esto atraía demasiado la atención, y pronto ideamos la técnica de simplemente decir que habría una

reunión la noche siguiente sin decir dónde. Luego, todo el día siguiente, la gente estaría al teléfono, pasando noticias sobre dónde nos reuniríamos.

Mientras estábamos sentados en la plataforma esperando que comenzara el servicio, vi a los pastores observando los rostros de la congregación.

“Buscan a la policía secreta”, explicó el profesor B. “Conocemos a muchos de vista. Tras la revuelta, ha sido peligroso atraer grandes multitudes por cualquier motivo”.

El nerviosismo y la ansiedad eran contagiosos, tanto que a mitad de la campaña yo también empecé a soñar por las noches con problemas con la policía.

Y entonces, una noche, llegó la policía.

Lo supe por la expresión del rostro del profesor B.

"Ya están aquí", susurró, y no necesité preguntar quiénes eran. Me indicó que lo siguiera de vuelta a la sacristía. Dos agentes de paisano me esperaban. Me hicieron muchas preguntas y luego me citaron para que compareciera a la mañana siguiente, junto con el profesor B, en la sede.

“La última vez que esto ocurrió”, me dijo el profesor B cuando se fueron, “dos hombres fueron arrestados. Estuvieron mucho tiempo en prisión”.

Después del servicio, todos los pastores se reunieron en la sacristía para decidir qué hacer. El profesor B sugirió que

fuéramos a su casa a orar. Era la primera vez que visitaba su casa. Había olvidado el lugar prominente que ocupa un profesor en la sociedad de Europa del Este. Su casa era inmensa y lujosa. ¡Y esta era la posición que estaba arriesgando!

El profesor B me presentó a su hijo, Janos. Me cayó bien al instante. Se había casado recientemente y le iba bien como joven abogado, pero él también estaba dispuesto a arriesgar su carrera participando en estas reuniones de cristianos tan mal vistas. Éramos siete esa noche, siete cristianos reunidos de la misma manera que se habían reunido los cristianos desde los inicios de la Iglesia.

—en secreto, en problemas—orando juntos para que mediante la intervención milagrosa de Dios mismo nos libremos de un enfrentamiento con las autoridades.

Oramos allí, en la sala del Profesor B, todos arrodillados alrededor de una mesa baja y redonda en el centro de la habitación. Durante una hora, mantuvimos una ferviente intercesión, rogándole a Dios que nos ayudara en nuestro momento de necesidad. Y de repente, cesaron las oraciones. En ese mismo instante, todos tuvimos la inexplicable certeza de que Dios había escuchado, de que nuestra oración había sido respondida.

Nos levantamos de rodillas, parpadeando sorprendidos. Miré mi reloj. Eran las 11:35 de la noche. A esa hora supimos que mañana todo estaría bien.

A la mañana siguiente, a las nueve en punto, el profesor B y yo estábamos en la sede. Mientras esperábamos, el profesor B me susurró que conocía bien al personal. El jefe del departamento era implacable en sus ataques

contra la Iglesia; su adjunto era mucho más propenso a ser indulgente.

—Tenemos cita —dijo, ocultando la mano— con el jefe de departamento. ¡Qué lástima!

Llegaron las nueve y media, y luego las diez. Las once. Ambos estábamos acostumbrados a las largas esperas en países burocráticos, pero esta era una larga demora desde cualquier punto de vista. Finalmente, justo antes del mediodía, apareció un empleado.

“Ven por aquí”, dijo.

El profesor B y yo recorrimos un largo pasillo detrás del secretario. Pasamos por la oficina del jefe de departamento y seguimos adelante. El profesor B me miró y arqueó ambas cejas con esperanza. Por fin nos detuvimos. El jefe de departamento, explicó el secretario, había enfermado la noche anterior. En su lugar, el delegado escucharía nuestro caso.

El profesor B me echó un vistazo rápido. Veinte minutos después, salíamos de la oficina, libres. Anhelaba preguntarle al empleado a qué hora se había enfermado el jefe de departamento. A día de hoy, estoy seguro de que su respuesta habría sido: 23:35.

El encuentro con las autoridades canceló por el momento la posibilidad de nuevas reuniones en Budapest. El profesor B organizó una gira de conferencias de diez días

para mí por el este de Hungría y me consiguió un intérprete.

Al regresar, fui a informarles del viaje a Janos y al profesor B. Enseguida presentí que algo andaba mal. Para empezar, tanto el hijo como el padre estaban en casa a mediodía. Sin embargo, ninguno de los dos dejó entrever que no todo iba como debía. Insistieron en que volviera a la mañana siguiente para desayunar con ellos antes de partir a casa.

A la mañana siguiente, volví a sentir esa persistente sensación de desastre. Al apartar las sillas de la mesa y levantarnos, Janos sacó un pequeño paquete de su bolsillo. Solo más tarde, cuando supe qué noticias traían en secreto, comprendí el verdadero impacto de sus palabras.

—No tenemos muchas maneras de agradecerte —dijo Janos—. Te arriesgas mucho al venir a nuestro país. Queremos que le lleves esto a esa chica que espera en Holanda.

Les había hablado de Corry. Dentro de la caja había un broche antiguo de oro con rubíes engastados. Todos rieron al ver mi expresión. Janos rodeó los hombros de su joven esposa con el brazo.

“Estamos orando contigo, Andy, para que la respuesta sea sí”.

Estaba a mitad de camino de Austria, de camino a casa,

acampando junto a la carretera en mi pequeña tienda de campaña, cuando me desperté en plena noche con una pesadilla aterradora. Me perseguía un escuadrón entero de policías con pañuelos rojos que aplaudían, aplaudían, aplaudían. De alguna manera, supe que tenía algo que ver con el Profesor B: estaba seguro de que corría algún tipo de peligro. Al día siguiente, desde el primer pueblo al que llegué, le envié una carta.

En Holanda no fui a Witte, sino que conduje directamente a Haarlem. En el hospital me dijeron que Corry trabajaba en el turno de noche de tres a once. La estaba esperando cuando salió por la gran puerta principal. Bajo la luz de la farola, su cabello era cobrizo en lugar de dorado.

—He vuelto, Corry —dije—. Y te quiero. Te quiero, sea sí o no.

Corry parecía cansada por las horas que llevaba de pie. Pero al reír, el cansancio pareció desaparecer. "¡Ay, Andy!", dijo. "¡Yo también te quiero! ¿No ves que ese es precisamente el problema? Voy a preocuparme por ti, a extrañarte y a rezar por ti, pase lo que pase. Así que, ¿no sería mejor ser una esposa preocupada que una simple amiga gruñona?"

Juntos, la semana siguiente, fuimos a una joyería en Haarlem y compramos dos anillos de boda. En Holanda, la costumbre es llevar el anillo en la mano izquierda durante el compromiso y pasarlo a la derecha en la ceremonia nupcial. Corry y yo llevamos los anillos a su salita en la azotea del castillo. Allí abrimos las cajas y

cada uno le puso un anillo al otro.

—Corry —empecé, sin saber que era la primera vez que pronunciaba unas palabras que se convertirían en una especie de lema para nosotros—. Corry, no sabemos adónde lleva el camino, ¿verdad?

—Pero, Andy —terminó por mí—, vayamos juntos allí.

Cuando regresé a Witte, me esperaba una carta del profesor B. Me agradeció una vez más mi visita a Hungría. Dijo que la Iglesia se había fortalecido enormemente con esta prueba tangible del interés mutuo de los miembros. Esperaba que volviera y que otros siguieran mis pasos.

“Pero”, dijo, restándole importancia a la noticia de una forma típica, “creo que debo compartir con ustedes algo que ha sucedido. No piensen que es el resultado de su visita; de todos modos, ya estaba ocurriendo. Me he visto obligado a renunciar a la universidad. No se sientan tristes: muchos han renunciado a mucho más por su Salvador.

En especial, no debes distraerte de esta importantísima labor de ánimo. Esa es tu tarea, Andrew, como la nuestra. Oramos a diario por ti, aunque ya no tendrás noticias nuestras. Un amigo nos trae esto desde el campo. Nuestro correo está censurado. Oramos para que tu ministerio se mantenga firme.

Una vez más, no se desanimen. Alabamos al Señor.

Iglesia falsa

Corry y yo nos casamos en Alkmaar el 27 de junio de 1958. Estuvieron presentes Greetje, el Sr. Ringers y muchos otros de la fábrica, además de un autobús lleno de enfermeras de Haarlem. El tío Hoppy vino de Londres con saludos de su esposa, que no se encontraba lo suficientemente fuerte para el viaje. Estuvieron presentes amigos de la sede de WEC, compañeros de trabajo de los campos de refugiados y, por supuesto, la madre de Corry, mis hermanos y hermanas con sus familias. Para mí, faltaban rostros: Antonin, el estudiante de medicina en Checoslovaquia; Jamil y Nikola en Yugoslavia; Janos y el profesor B.

Ya oscurecía antes de que pudiéramos separarnos de tantos amigos y recuerdos. Para la luna de miel, habíamos tomado prestada la caravana de Karl de Graaf. Habíamos hablado románticamente de ir a Francia en coche. Pero al partir, nos dimos cuenta de repente de lo cansados que estábamos: Corry por sus exámenes finales, que acababan de terminar, y yo por trabajar en los campos de refugiados, donde había pasado la mayor parte del tiempo desde nuestro compromiso. A pocos kilómetros de Alkmaar llegamos a un restaurante en esa rareza holandesa: una arboleda. Aparcamos bajo ella y entramos

a tomar un café. El dueño y su esposa fueron tan cordiales, tan insistentes en que la caravana no suponía ninguna molestia, que no llegamos más lejos. La estacionamos un poco más bajo los árboles y pasamos nuestra luna de miel allí mismo.

¡El cuartito oscuro y húmedo sobre el cobertizo no era oscuro ni húmedo en absoluto! ¡Cómo pude haberlo pensado! Con Corry, el sol y el calor entraron y lo convirtieron en mi hogar.

Así que no teníamos cocina. No había plomería en nuestra casa. El techo...Se filtraba un poco aquí y allá, y nunca dos noches en el mismo sitio. ¿Qué importaba mientras estuviéramos juntos?

El único problema, aunque considerable, eran los fardos de ropa. Había hablado en iglesias de toda Holanda sobre la necesidad de ropa en los campos de refugiados y sugerí mi dirección como lugar para enviarla. ¡Nunca imaginé cuánto llegaría! Llegaba por correo, por tren, por camión, carga tras carga depositada en el pequeño patio delantero de Witte. Ese primer año se entregaron ocho toneladas, y el problema del almacenamiento era acuciante. Maartje ya estaba casada y vivía con la familia de su marido, pero Arie y Geltje tenían un segundo hijo, y Cornelius y su nueva esposa vivían en el desván. No había lugar para la ropa más que nuestra propia habitación. Corry y yo teníamos que literalmente trepar por encima de fardos de ropa cada vez que entrábamos o salíamos de casa.

Lo peor era que gran parte venía sin lavar. Fregábamos lo más sucio en una tina en el patio trasero y cepillábamos y

fumigamos el resto, pero nuestra habitación siempre tenía pulgas.

Transportar tanta carga era otro problema. Llenaba el coche al máximo cada vez que salía para los campamentos, pero a pesar de todas sus ventajas, el Volkswagen no era una buena camioneta.

Tenía muchas ganas de volver, esta vez con Corry a mi lado. Quería que viera los campos con sus propios ojos, no solo para que pudiera conocer a estas personas para quienes lavaba y preparaba sus maletas constantemente, sino porque sabía lo que una enfermera podía significar en lugares como esos. Así que, ese otoño, llenamos el asiento trasero hasta el techo con suéteres, abrigos y zapatos, y partimos hacia los campos de Berlín Occidental.

Entregamos el primer cargamento en el búnker Fichter. Era un antiguo cuartel militar circular usado por los nazis durante la guerra y ahora convertido en "hogares" para refugiados. Fue la primera vez que Corry vio la miseria de los campos, y esa noche no pudo comer.

Guardé a propósito el campamento de Volksmarstrasse para el segundo día, porque era Peor aún. Esta vieja fábrica debía de albergar a cinco mil personas. Las condiciones eran tan desesperadas que una chica vendía su cuerpo por 50 pfennings, unos 15 centavos. Mientras llevábamos nuestros fardos de ropa al centro de distribución, un grupo de jóvenes se asomó a una ventana y nos arrojó basura encima.

—No te enfades con ellos —le dije a Corry mientras le quitaba las hojas de lechuga podridas del pelaje—. Literalmente no tienen nada que hacer aquí más que inventar travesuras.

Pero para mí, el más triste de todos los campos fue el Henry Dunant. Corry y yo fuimos los últimos. Este campo, llamado así en honor al fundador de la Cruz Roja, era el lugar al que enviaban a tantos profesionales, especialmente profesores. El campo me entristeció no porque fuera físicamente peor que los demás, sino porque sus habitantes se esforzaban más por mantener sus tradiciones, y esto hacía que los inevitables fracasos fueran aún más dolorosos.

Salí de la oficina del director esa tarde y encontré a Corry hablando con una señora canosa de Alemania del Este que dijo llamarse Henrietta. Había algo en su actitud que me recordó a la señorita Meekle. Encontramos a...

Un rincón relativamente despejado y charlamos durante una hora. Henrietta nos contó que había sido profesora de niños de trece y catorce años en Sajonia, y que ahí radicaba el problema.

«Si hubiera estado enseñando a niños de seis o siete años, quizá habría podido cerrar los ojos», dijo. «Pero no, los tenía justo en la época de la Jugend Weihe».

“¿La Jugend Weihe?”

—Sí. Verás —dijo Henrietta—, soy luterana. En nuestra iglesia, la confirmación es algo muy importante en la vida de un niño, quizás el día más importante. Hay regalos,

discursos, felicitaciones y nuevos privilegios, como pantalones largos para los niños. Es un día religioso, sobre todo. Se hacen votos, promesas.

Y entonces Henrietta nos habló de la Jugend Weihe, la Consagración de la Juventud. Enseguida me di cuenta de que era un ataque extremadamente astuto contra la Iglesia. El gobierno sustituyó la confirmación cristiana por una ceremonia propia.

“En la Jugend Weihe, es al Estado, y no a Dios, a quien se hacen los votos”, dijo Henrietta. “Y el Estado da mucha importancia a la solemnidad y el carácter vinculante de estas promesas. Se espera que los profesores dediquen un año “Preparando a los estudiantes para participar en él”.

Pude ver lo que había sucedido antes de que Henrietta hablara. "Y te negaste", dije.

“Me negué.”

“Fue algo valiente de hacer”.

Henrietta se rió. «No», dijo. «Desde luego que no soy valiente. Solo era una maestra a punto de jubilarme. No soy una mártir. Pero simplemente no me atreví a enseñarles a estos maravillosos jóvenes que el Estado era Dios».

Se esperaba que el 100% de los estudiantes elegibles participaran en el ritual de falsificación. De la clase de Henrietta, el 30%.

Al principio, dijo, la presión para que se adaptara era

discreta. Los funcionarios del partido empezaron a hacerle visitas amistosas aproximadamente una vez por semana. Naturalmente, se esperaba que cada profesor hiciera todo lo posible por traer a todos sus alumnos a la Jugend Weihe. El año que viene, estaban seguros, las cosas serían diferentes.

Bueno, al año siguiente, las cosas no fueron diferentes. "Y entonces me sentí muy presionada", dijo Henrietta. "Las visitas semanales se convirtieron en visitas nocturnas. Personas diferentes cada noche durante una semana, semana tras semana. Una y otra vez repasábamos el mismo tema de siempre. ¿Dónde estaba mi lealtad? ¿Me daba cuenta de que podían acusarme de frenar el progreso? Eso era un delito grave en la República Popular".

Noche tras noche se quedaban en el apartamento hasta tarde, alterándola, asustándola hasta que no podía dormir. Henrietta se enfadaba cada vez más. Su trabajo se resintió. Y mientras tanto, los niños también se sentían presionados, de modo que empezaron a preguntarse por qué no estaban preparados para la Jugend Weihe como todos los demás.

"Y ya ven", dijo Henrietta, y ahora lloraba, "hui. No pude soportarlo. Me escapé. Y eso", dijo, extendiendo el brazo para abarcar a todo el campamento lleno de maestros que, como ella, habían huido, "es por eso que no deben pensar que soy valiente. Quizás empezamos siendo valientes, pero nos dimos por vencidos. Todos".

Hablando con Henrietta y otros refugiados, me fui formando una imagen de la Iglesia en su conjunto, tal como existía bajo el comunismo. Empecé a pensar en una Periferia Exterior, países donde, según mi propia experiencia y los informes de otros, aún existía cierto grado de libertad religiosa: Polonia, Checoslovaquia, Yugoslavia, Hungría y Alemania Oriental. Más allá de estos, según quienes habían escapado, había un Círculo Interior, donde el ataque contra la Iglesia era realmente fuerte: Rumania, Bulgaria, Albania y la propia Rusia. Había visitado todos los países de la Periferia Exterior menos uno. Ahora, sabía que tenía que visitar Alemania Oriental.

Berlín Occidental era el punto de partida obvio para semejante visita. Pero cuando le propuse ir a Corry, me miró con ojos afligidos.

—¡Ay, Andy! —dijo—. ¿Cómo puedo irme de los campamentos? ¡Hay tanto que hacer y nadie que lo haga! ¿Cómo puedo irme?

La observé con más atención: tenía las mejillas sonrojadas, la mirada vidriosa. Me pregunté si no me habría equivocado al sumergirla en tanta necesidad y privación. Ya era bastante duro para mí ver el sufrimiento, pero para una enfermera —entrenada para ver qué se debía hacer, pero sin las instalaciones para hacerlo— debía ser una auténtica tortura. Iba de campamento en campamento como una mujer fuera de sí: organizando una clase para madres por aquí, un tanque de agua hervida por allá, en un lugar simplemente intentando que los platos de quienes no tenían tuberculosis se lavaran

por separado de los de quienes sí la tenían. Por las tardes, organizaba una clínica improvisada dondequiera que estuviera, pintando gargantas con fiebre, limpiando llagas antiguas, lavando ojos infectados e incluso, en ocasiones, sacando muelas.

Por su propio bien, empecé a querer alejarla de ese entorno. Pero se negó. «Vete», dijo cuando los visados para Alemania del Este llegaron sin demora. «¿De qué me serviría allí? No sé predicar. No hablo alemán. Ni siquiera sé conducir. Pero puedo reconocer un retrete lleno de gérmenes cuando lo veo». Cogió el kit de desinfectante que siempre llevaba a mano en aquellos días. «Cuéntamelo todo cuando vuelvas», dijo.

Y así ocurrió la primera separación de nuestra vida matrimonial, no por culpa de mi ministerio, sino del de Corry.

Pasé de Berlín Occidental a Berlín Oriental por un puesto de control cerca de la Puerta de Brandeburgo.

La diferencia entre las dos mitades de la ciudad era perceptible incluso mientras conducía por las calles. Estaba preparado para la ropa un poco raída, para las tiendas donde grandes jarrones de flores llenaban el espacio donde deberían colgar los trajes, para el retraso en la reconstrucción tras la guerra.

Para lo que no estaba preparado era el silencio. Nadie hablaba en las calles. Había algo inquietante en ello, como si la tierra estuviera de luto.

O con miedo. Con el paso del tiempo, llegué a sentir ese miedo yo mismo. Había policías por todas partes. Estaban en los puentes, en las entradas de las fábricas, en los edificios públicos, deteniendo a la gente al azar, registrando maletines, bolsas de la compra, carteras. Y nadie se quejó de este trato arbitrario. Nadie protestó. La falta de protestas formaba parte del terrible silencio que se cernía sobre la ciudad como una niebla tóxica.

En marcado contraste con el silencio popular, se oía la voz potente del gobierno. Se oía por todas partes. En la radio, en los altavoces, en las vallas publicitarias. Se pintaban lemas en paredes, tejados y postes de teléfono; había carteles en los quioscos, en las tiendas, en los hoteles y en las estaciones de tren. Propaganda por doquier.

Me asombró la crudeza de la línea. Alemania Oriental atravesaba entonces una devastadora escasez de alimentos. Los emprendedores agricultores alemanes no habían acogido con agrado la idea colectiva; habían abandonado la tierra en tal cantidad que ese otoño no había nadie para cosechar. El gobierno había impulsado la producción con cosechadoras mecánicas, acompañado de una masiva campaña de propaganda. Iba a haber pan de sobra porque el socialismo era superior a la iniciativa de los agricultores individuales.

Solo había un problema. Para cosecharlo a máquina, el trigo tenía que estar seco; se necesitaban un par de días más de sol que para la cosecha manual. Y, por supuesto, ese año llovió. Llovió todos los días, justo en el momento de
la cosecha.

Y de repente, por todo el país aparecieron carteles con este pequeño verso:

Ohne Gott und Sonnen schein

Holen Wir Die Ernte ein

Sin Dios y sin sol

Haremos la cosecha

Pude ver que este eslogan realmente había conmocionado a la gente. Era un duelo descarado entre el nuevo régimen y Dios mismo. Las lluvias continuaron, y la cosecha no llegó. De la noche a la mañana, tan repentinamente como habían aparecido, los carteles desaparecieron, todos excepto unos pocos empapados que aún se podían ver colgados de las farolas.

¿Y ahora qué hizo el gobierno? Aparecieron nuevos carteles, junto con anuncios en la radio y en el periódico. «Que nadie les diga que hay escasez de pan. Hay pan de sobra. Este es otro ejemplo de la victoria del socialismo sobre las fuerzas de la naturaleza».

Sólo que no había pan.

Yo mismo fui a supermercados y no encontré ninguno. Ni siquiera los restaurantes tenían.

Lo más triste de la historia para mí es que nadie habló de la duplicidad. Nunca se mencionó el pan perdido. La gente guardó silencio.

La parte de Alemania Oriental que más me interesaba se centraba en la franja sur de Sajonia, porque había oído de Henrietta y otros refugiados que allí la Iglesia estaba viva. No estaba preparado para tanta vida. Alemania era una tierra de contradicciones. Por un lado, era, con diferencia, el país más duro en el que había penetrado; el adoctrinamiento y la coerción policial eran atroces. Y, sin embargo, al mismo tiempo, había más libertad religiosa en Alemania Oriental que en cualquier otro país comunista.

El hombre cuyo nombre me habían dado en Sajonia, Wilhelm, era un trabajador juvenil a tiempo completo de la Comunidad Luterana. El pueblo donde vivían él y su esposa, Mar, se encontraba en una zona montañosa y boscosa del estado. Su jardín delantero dominaba una vista envidiable para cualquier holandés de las tierras bajas. Afuera había una pequeña motocicleta; una bicicleta, descubrí más tarde, que transportaba a Wilhelm por toda Alemania Oriental bajo el sol, la nieve y la lluvia.

Wilhelm me recibió en la puerta y sin dudarlo me invitó a pasar. Nos sentamos alrededor de la mesa de porcelana de la cocina de Mar a tomar café mientras le explicaba mi misión detrás de la Cortina.

—Bueno, me alegra que hayas venido —dijo Wilhelm. Se detuvo a toser, una tos seca y profunda que le retorció el cuerpo—. Necesitamos todo el ánimo posible.

"¿Necesitas Biblias, por ejemplo?", le pregunté. "Tengo algunas Biblias en alemán".

“Oh, tenemos muchas Biblias”.

Ya había oído esto antes y esperaba la lenta admisión de que, de hecho, había muy pocas Biblias. Pero Mar me llevó al pequeño estudio, y pensé que estaba en casa. Había una docena de Biblias en los estantes. Tomé una y miré el sello de Alemania Oriental: «Impreso en la República Democrática Alemana».

“Déjenme hablarles de otras libertades”, dijo Wilhelm. “Aquí tenemos seminarios que no forman políticos, sino cristianos. Tenemos campañas evangélicas que atraen a miles. Tenemos un movimiento dentro de la Iglesia Luterana tan enérgico, me atrevería a decir, como cualquier otro que se pueda encontrar en Holanda”.

—Pero dijiste que necesitabas ánimo.

De repente, los puños de Wilhelm se apretaron. Vi cómo sus nudillos se ponían blancos.

Estamos librando una de las batallas más importantes de Europa. Aquí en Alemania, los comunistas están probando un nuevo tipo de "persuasión", en mi opinión mucho más peligroso que la persecución directa. ¿Podrías acompañarme a la reunión de hoy de nuestro sínodo? Verás por ti mismo de qué hablo.

Le sugerí que viniera conmigo en coche, y Mar me sonrió agradecida. "Es esa moto horrible", dijo. "Eso es lo que le hace toser. Miles de kilómetros en todo tipo de clima. ¡Y el médico le dijo hace dos años que se mantuviera alejado de las corrientes de aire!"

Wilhelm le dio una palmadita en la mano. «Mar se preocupa», me dijo disculpándose. «Pero si quieres llegar a los jóvenes de todo el país, ¿qué puedes hacer?».

En el coche, volvió al tema. «Seríamos los alemanes quienes nos daríamos cuenta primero», dijo Wilhelm. «No se pueden usar tácticas de mano dura contra la Iglesia sin fortalecerla. Siempre ha sido así. Bajo persecución, uno examina su fe para ver si vale la pena luchar por ella, y este es un escrutinio que el cristianismo siempre puede soportar. El verdadero peligro viene con un ataque indirecto, donde una persona es alejada de la Iglesia antes de que tenga la oportunidad de fortalecerse. Tengan esto presente mientras escuchan hoy».

Esta reunión sinodal se había convocado para considerar el problema que llamaban la iglesia falsa. Pastor tras pastor se levantaron y leyeron estadísticas que al principio no entendí. «Servicio de bienvenida, 35 %. Consagración de jóvenes, 55 %. Matrimonio, 45 %. Funeral, 50 %».

Pero mientras Guillermo susurraba la explicación de estas cifras, la enormidad del plan empezó a hacerse evidente. Al darse cuenta de que su ataque frontal contra la Iglesia no conseguía nada, el régimen adoptó un nuevo rumbo. En lugar de Dios y el instinto religioso, intentaba sustituir al Estado y la emoción del patriotismo. Valiéndose de la antigua sabiduría de la Iglesia, ofrecía ceremonias de estado que imitaban abiertamente los ritos cristianos.

Existía, por ejemplo, una alternativa al bautismo, bajo el atractivo nombre de Servicio de Bienvenida. Al registrar oficialmente el nombre de un bebé, se invitaba a

familiares y amigos a una celebración. Los padres llevaban al bebé ante un funcionario del gobierno, quien lo recibía con la debida ceremonia como nuevo miembro del estado. Y existía el estado.

Servicio matrimonial. En el continente es costumbre celebrar dos matrimonios: uno legal, oficiado por un funcionario del gobierno, y otro sacramental, celebrado en una iglesia. El nuevo régimen asumía ambos roles. Tras el matrimonio legal, el Estado ofrecía un segundo servicio, gratuito, al que todos estaban invitados, con flores, comida y una ceremonia solemne de bienvenida a la pareja a la sociedad socialista, con la esperanza de que fuera feliz y fructífera.

Lo mismo ocurrió con el funeral. El Estado celebró una ceremonia sencilla, digna y gratuita, y nuevamente se imitó el servicio religioso. Se pronunció un panegírico en honor a este valiente soldado de la Democracia Popular por su participación en la lucha por la libertad humana.

Y, por supuesto, la más abiertamente competitiva de todas era la Consagración Juvenil, la Jugend Weihe, de la que había oído hablar Henrietta. Esta había resultado especialmente efectiva porque estaba dirigida a personas en una edad en la que la aceptación era fundamental. En ese momento tan delicado de su vida, al joven se le decía que decidiera qué seguir: su país o su iglesia. Se le presionaba intensamente para que siguiera el ejemplo de sus compañeros de clase y recibiera la bendición del estado.

Las estadísticas seguían y seguían: «Jugend Weihe, 70 %. Entierro, 30 %». No comprendí la verdadera importancia

de estas cifras hasta que Wilhelm me explicó que representaban a los feligreses de la iglesia, y que este era el porcentaje de quienes habían realizado los ritos estatales en lugar de, no además, la ceremonia religiosa.

“Al principio”, me dijo Wilhelm, “las iglesias adoptaron una postura inflexible frente a los servicios estatales. Si un niño participaba en la Consagración Juvenil, no podía recibir el sacramento de la Confirmación”.

Esto, por supuesto, puso al joven en una situación desesperada, y era precisamente esta tensión la que el régimen buscaba. El primer año del experimento gubernamental se registró una caída del 40 % en las confirmaciones. Al año siguiente, la cifra fue del 50 %, y desde entonces, la situación ha ido empeorando. Poco a poco, muchas iglesias protestantes litúrgicas fueron suavizando su postura, afirmando que un año después de participar en la Jugend Weihe, un niño podía recibir el sacramento de la Iglesia. Sin embargo, los católicos romanos aún no habían cedido, y por ello contaban con la admiración de los protestantes más fervientes.

"Es una lucha abierta por la lealtad", dijo Wilhelm, "y las iglesias están perdiendo.

Es difícil decir no cuando tus compañeros dicen que sí”.

La defensa de las iglesias contra este astuto ataque había sido replegarse y retirarse, me dijo Wilhelm. En lugar de pasar a la ofensiva, se estaban retrayendo cada vez más hacia una actitud de piedad privada y aislamiento.

“Por eso me alegra tanto que hayas venido con nosotros”,

dijo. “Puedes ayudarnos a recordar que la Iglesia es más grande que cualquier nación o cualquier escenario político. Hemos olvidado que con Dios de nuestro lado venceremos”.

Estaba a punto de partir, dijo, en su gira quincenal por grupos juveniles. Me invitó a acompañarlo. «Me gustaría tu compañía. Y —con una sonrisa—, a Mar le gustará ese coche».

Y así, durante casi dos semanas viajé con él por el sur de Alemania Oriental, predicando con una libertad sorprendente a iglesias que tenían muchísima Biblia, muchísima literatura, reuniones evangélicas abiertas, y que estaban más desmoralizadas que cualquier otra iglesia que hubiera conocido hasta entonces detrás de la Cortina.

Básicamente, durante esos doce días, prediqué un solo sermón una y otra vez en cien versiones diferentes. Insté a los cristianos alemanes a convertirse en misioneros, porque, según mi experiencia, una iglesia misionera es una iglesia viva.

En la primera iglesia donde hice esta sugerencia, el pastor se puso de pie y dijo con vehemencia: «Hermano Andrew, para usted es bastante fácil hablar de obra misionera, porque puede viajar a donde quiera. Pero ¿y nosotros aquí en Alemania del Este? Ni siquiera podemos salir del país».

—¡Espera! —dije—. Piensa en lo que acabas de decir. Debo hacer un viaje largo y costoso para llegar a Europa del Este. ¡Pero ya estás aquí! ¿Cuántos soldados rusos hay ahora en tu país? Medio millón, creo. ¡Piensa en eso!

¿Cuántos compatriotas alemanes no convertidos hay en estas colinas? ¡No te quejes de no poder ir al campo misionero! ¡Gracias a Dios por traerte el campo misionero!

Y luego les conté la historia bíblica de un hombre que hizo precisamente lo que les estaba instando a hacer.

Les conté acerca del tiempo en que Pablo estuvo en prisión en Roma encadenado entre dos Soldados. “Había dos posibilidades”, dije. “O podía quedarse allí quejándose de que no podía salir, o podía aprovechar la situación. Bueno, Pablo empezó a agradecer a Dios por tener un público cautivo. Empezó a predicar el Evangelio. Después de un rato, cambiaron de guardia; entraron dos soldados más. Pablo dio gracias a Dios por los dos nuevos y empezó de nuevo. Y el resultado fue que convirtió a estos hombres en cristianos. Fundó una iglesia allí mismo, en la casa de César. Y esta, creo, es la incomparable misión de los cristianos tras el telón”.



El hogar de la infancia del hermano Andrew en Witte, Países Bajos



Andrew (centro) con el uniforme del ejército holandés en 1947



Andrew (extrema derecha) se recupera de su lesión en el Hospital St. Elizabeth en Semarang en 1949.



Oficinas gubernamentales en Varsovia en 1955. La fotografía fue tomada por Andrew con la cámara del tío Hoppy en su viaje al congreso mundial de la juventud.



jeres yendo al mercado temprano por la mañana en las afueras de Varsovia: una de las escenas que el hermano Andrew presenci3 en sus viajes a Europa del Este.



Aboy anuncia la llegada de un equipo holandés a un campo de refugiados en Austria en 1958.



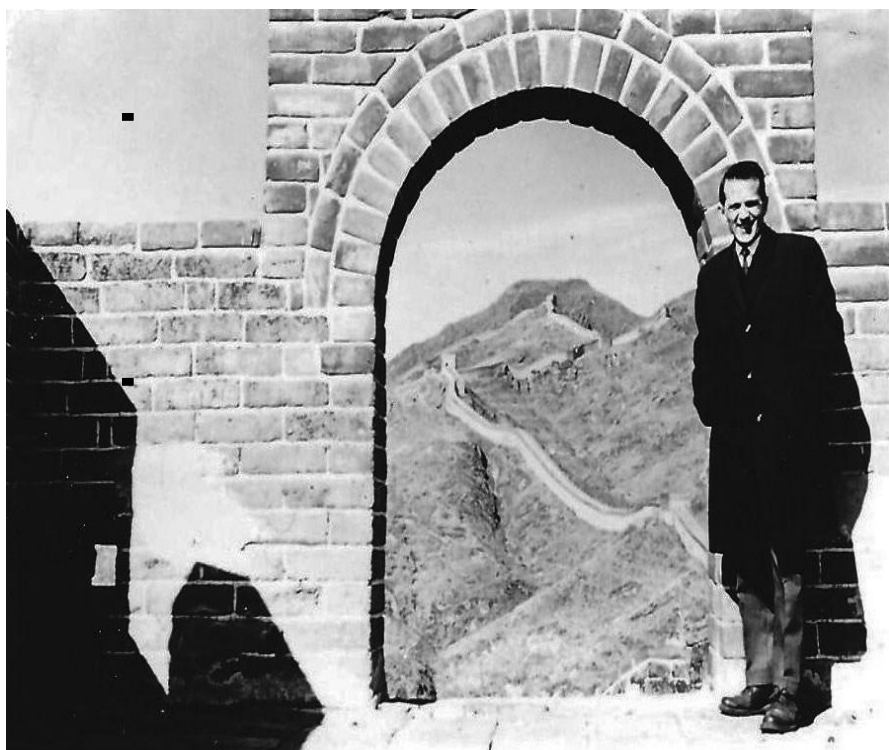
El hermano Andrew espera para hablar en una iglesia en Europa del Este en la década de 1950.



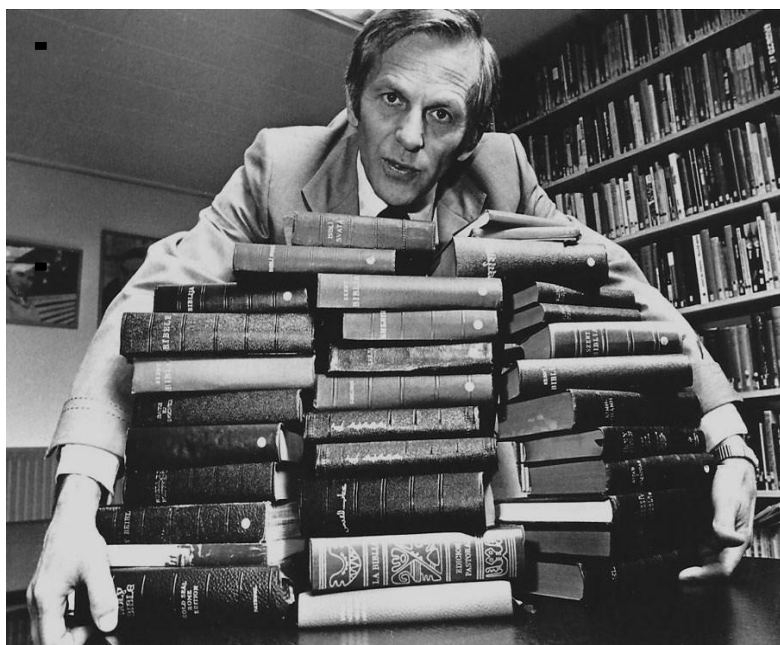
Visita a creyentes húngaros a principios de la década de 1960



Corrie ten Boom y el hermano Andrew en una reunión en Holanda en 1969



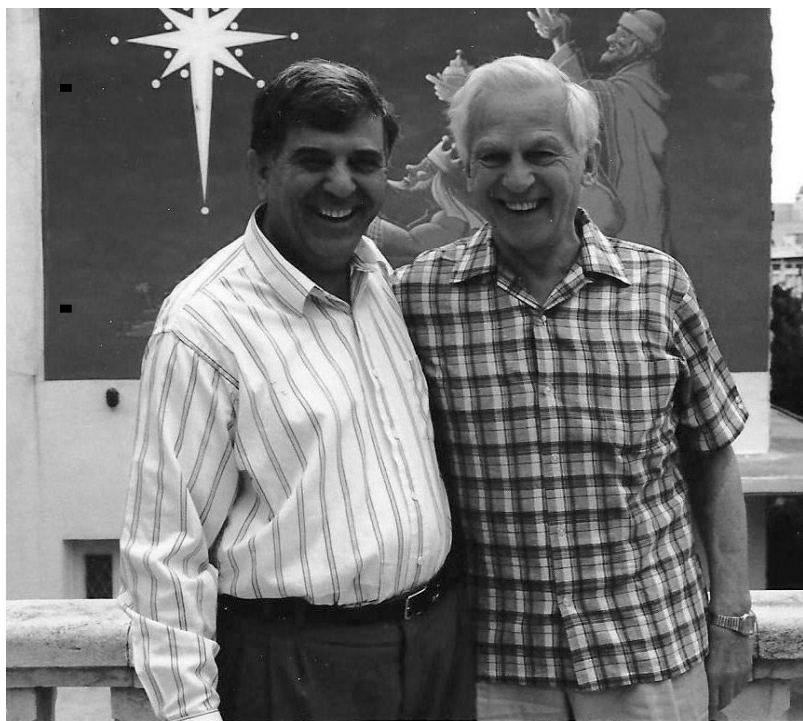
En la Gran Muralla China en 1965, justo antes del inicio de la Gran Revolución Cultural



Sólo algunas de las Biblias de la colección de Andrew



Proyecto Perla: carga de un millón de Biblias en
una barcaza
para su envío a
China en 1981



Con Bishara Awad frente al Colegio Bíblico de Belén



Andrew se reúne con Abu Nassar, uno de los líderes de Hamás en Gaza.



Encuentro con el Ayatolá Fadlallah en Beirut, 2003



El hermano Andrew habla en el Día Nacional de Puertas Abiertas en los Países Bajos, 2005.

Hasta el borde del círculo interior

De vuelta en Berlín Occidental, corrí de campamento en campamento buscando a Corry. Cuando por fin la encontré, inspeccionando las cabezas de una fila de niños de cinco y seis años, me horroricé por el cambio que había experimentado en menos de tres semanas. Había perdido peso, su piel tenía una extraña palidez amarillenta y tenía ojeras.

Me acusé una vez más de haberla traído allí, y sobre todo de haberla dejado sola. Una de las cosas que había querido intentar, desde Berlín, era llevar un valioso cargamento de Biblias a Yugoslavia, a la iglesia de Belgrado, entre otras, que solo contaba con siete miembros. Sabía por experiencia previa que el consulado en Berlín era el lugar para solicitar el visado, y no en La Haya.

Ahora, al contemplar el rostro surcado y los ojos atormentados de mi joven esposa, comprendí que un viaje a Yugoslavia tendría un doble propósito. ¿Qué mejor lugar para olvidar los horrores de los campos de concentración que esa hermosa tierra, la más hermosa que jamás había visto? Así que llevé nuestros pasaportes al consulado yugoslavo y pasé el resto del día comprando

Biblias.

Corry volvió a discutir conmigo. Había tanto que hacer en los campos que no podía hacer nada en Yugoslavia; las mismas objeciones de antes. Pero esta vez le rendí la razón alegando su propia salud, y por primera vez partimos juntos tras el Telón de Acero.

De no haber sido por la enfermedad de Corry, que parecía empeorar en lugar de mejorar, esa primera semana de viaje habría sido perfecta. Esta vez, el guardia fronterizo apenas miró nuestro equipaje. Nos identificaron como recién casados y nos sugirieron resorts costeros y rutas panorámicas. Para futuras operaciones de contrabando, archivé este nuevo conocimiento: un hombre y una mujer formaban un equipo de viaje natural y despertaban muchas menos sospechas que un hombre viajando solo.

Jamil y Nikola nos recibieron con lágrimas de alegría. Cuando trajimos las Biblias nuevas, iglesia tras iglesia, los feligreses apenas podían creer lo que veían. Y entonces todos tuvieron que conocer a Corry; las mujeres la besaron, los hombres me dieron palmaditas en la espalda.

Durante seis días, las cosas no pudieron haber ido mejor. Con Nikola como intérprete de nuevo —a pesar de la multa y la advertencia que le habían impuesto por su ayuda anterior—, compartí con las iglesias yugoslavas la visión que había tenido en Alemania Oriental. Una visión de las iglesias de la Cortina de Hierro no en retirada, sino en avance.

Y entonces, al anoecer del séptimo día, mientras cenábamos en casa de unos amigos en un pueblo cerca de

Sawaweho, llegó la policía. Fue tan repentino que por un momento no supe por quién venían. Estábamos sentados alrededor de la mesa de la cocina comiendo arroz y cordero —todos menos Corry, que no se sentía bien y se había ido a acostar— cuando llamaron a la puerta y entraron dos policías uniformados de gris.

“Ven con nosotros”, me dijeron.

¿Ven? ¿Adónde?

No hables. No termines tu comida. Solo ven.

Miré a mis amigos, que estaban sentados con los tenedores en alto y la boca abierta por el miedo. Corry apareció en la puerta, pálido y desaliñado.

“¿Ella está contigo?”

"Sí."

“Ella también.”

Pronto se hizo evidente que la policía sabía todo sobre mi anterior viaje a Yugoslavia. Fueron bastante corteses, pero nos informaron que tendríamos que abandonar el país inmediatamente. Mi visa había sido cancelada. No había ninguna reparación. Por favor, ¿podría entregar mi pasaporte en ese mismo momento?

A regañadientes, porque no quería un sello negativo en mi pasaporte que otros consulados cuestionaran, entregué mis documentos. Los oficiales los examinaron cuidadosamente, los cotejaron con sus propias órdenes y

luego sacaron un...Un enorme sello rojo, que entintaron con cuidado y pegaron sobre mi visa. Era persona non grata en Yugoslavia.

Ya en un punto bajo de ánimo, Corry estaba conmocionada por el arresto. "¡Andy, me morí de miedo!", repetía mientras cruzábamos Austria en dirección a Alemania. "¡Y esos hombres se portaron bien!"

Pensábamos detenernos en Berlín solo el tiempo suficiente para recoger a dos pasajeros, refugiados a quienes apadrinábamos en Holanda. Mi principal preocupación era llevar a Corry a casa y ver a un médico. Algo andaba mal, algo más que solo fatiga y tensión. Cada vez con más frecuencia tenía que parar el coche y dejarla salir para que se estirara en el césped hasta que se le pasaran las náuseas.

Pero al llegar a Berlín, nos esperaba una sorpresa. Al ver que el consulado yugoslavo allí era más indulgente que el de Holanda, recorrí las oficinas berlinesas de todos los demás países que quería visitar. Y ahora, a nuestro regreso, me encontré no con una, sino con dos cartas esperándome en el hostel. Tanto Bulgaria como Rumanía habían considerado mi solicitud y se alegraron de decirme que solo tenía que presentarme en su sede berlinesa para que validaran mis documentos de viaje.

¡Bulgaria y Rumania! Según todo, dos de los países donde la persecución de la Iglesia fue más intensa. ¡Por fin, el Círculo Interno! Sin duda, la mano de Dios estaba en la puerta, lista para abrirla de par en par.

Y con la misma seguridad, Corry necesitaba su propia casa y su propia cama. Además, estaba el asunto del sello inculpativo en mi pasaporte. Seguramente los demás gobiernos querían saber por qué me habían expulsado de Yugoslavia.

Así que, en lugar de ir a los consulados, volvimos a casa, a Witte. Corry se acostó casi enseguida y llamé al médico. Estuvo con ella un buen rato mientras yo me sentaba, desdichado, en la escalera de afuera.

Por fin emergió, bajando con cuidado peldaño a peldaño. «Tu esposa está bien», me dijo al llegar a tierra firme. «Le he dado unas pastillas para las náuseas y debería venir a verme el mes que viene».

«¿Pero qué le pasa?», pregunté con ansiedad.

—¡Asunto! —Por fin, el hombre se dio cuenta de que no entendía. Con un gesto formal, se quitó el sombrero y me extendió la mano—. ¡Felicidades! Vas a ser padre.

—Pero, por el amor de Dios —añadió, volviéndose a poner el sombrero—, dejen de arrastrar a esa pobre muchacha por toda Europa y déjenla descansar un poco.

—Y otra cosa —dijo, deteniéndose en el pequeño puente—: ¡Deshazte de esos montones de ropa! Va a ser madre, no alpinista.

Era noviembre cuando regresamos de Berlín y Yugoslavia, y el bebé debía nacer en junio. Para enero, Corry se sentía tan bien que empecé a pensar seriamente en ese viaje al Círculo Interno; sola, por supuesto, dadas

las circunstancias, dejando a Corry bajo la atenta mirada de Geltje. Con tres o cuatro semanas en cada uno de los dos países, regresaría con tiempo de sobra para el nacimiento del bebé.

Pero aún quedaba el asunto del pasaporte. ¿Qué podía hacer con la página defectuosa? ¿Arrancarla? Era imposible, ya que todas las páginas estaban numeradas. ¿Tirlarla entera, fingir que la había perdido y reclamar una nueva? Pero ese no era el camino real; los sirvientes del Rey no tenían que rebajarse.

Fui a La Haya, a la oficina de control de pasaportes, y le expliqué mi problema al funcionario revisor. Fue muy comprensivo. «Me compadezco de usted», dijo, «pero no podemos hacer nada».

"Verá", dije, "soy misionero. Quiero ir a estos países para contactar a los cristianos de allí".

Lo consideró un momento. Luego negó con la cabeza. «Ni siquiera podemos darte consejos sobre cómo conseguir un pasaporte nuevo rápidamente. Como, por ejemplo, viajar mucho a países cercanos e insistir siempre en que te sellen los papeles para que tu pasaporte se llene antes. Ni siquiera pudimos darte consejos como ese, ¿no lo entiendes? Lo siento mucho».

En pocas semanas tuve un nuevo pasaporte.

Corry se resistía a dejarme ir. Aún no había superado el impacto de nuestro arresto en Yugoslavia. Pero cuando llegó el envío de Biblias en búlgaro y rumano de la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera de Londres, me

ayudó.

Los guardó ella misma en el coche. "Una ganga es una ganga", dijo. "Después de todo, firmé como esposa de un misionero".

Cuando llegó el día de la partida, ninguno de los dos nos sentíamos muy valientes. Estábamos llenando el espacio libre del Volkswagen con ropa para los campamentos en Austria que visitaría de camino. Habíamos trasladado el almacén de ropa de nuestra habitación, por orden médica, al pequeño pasillo de la casa principal, donde nos estaba haciendo la vida imposible a todos.

—Bulgaria y Rumanía —dijo Corry en voz baja—. ¡Eso no es Yugoslavia! Si te arrestan en esos países, puede que no te vuelva a ver. Queremos que vuelvas, Andrew, tu bebé y yo.

Y, por supuesto, intenté tranquilizarla, pero yo mismo no me sentía nada contento. Subí al coche cargado y arranqué el motor.

"¿Tienes tu dinero?" preguntó Corry.

Palpé mi cartera. Por una vez, iba con más que suficiente. No entendía por qué últimamente me habían llegado tantos regalos de los lectores de Kracht van Omhoog. Viajar me costaba muy poco; dormía en la tienda de campaña siempre que podía y me preparaba la comida. Había intentado dejarle el dinero extra a Corry, pero, como si tuviera una extraña premonición, insistió en que lo llevara. Sí, el dinero estaba a salvo.

Y así, con un último beso, me fui.

Me incomodó un poco, mientras me dirigía del campamento austriaco hacia Yugoslavia, tener que regresar a un país del que me habían expulsado hacía tan poco. Pero no había ninguna otra ruta práctica para entrar en Bulgaria. La única alternativa sería un largo y costoso viaje a lo largo de Italia, en barco hasta Grecia, y luego el largo viaje en coche a través de la Macedonia griega. Como había previsto, no tuve ningún problema para conseguir un nuevo visado: la documentación yugoslava era notoriamente ineficaz, y el hecho de que yo fuera persona non grata aún no se había remitido a los consulados occidentales. El único lugar donde podría haber problemas, pensé, era en la propia frontera.

Con el corazón latiéndome con fuerza, llegué a la frontera. Pero el guardia solo miró mi pasaporte. Charlamos un rato sobre el estado de la carretera y en veinte minutos ya había cruzado.

Según mis cálculos, tenía cuatro días de gracia en Yugoslavia antes de que la información sobre mi llegada a la frontera se comparara con el expediente de personas no deseadas de Belgrado. Me detuve para una breve visita a Jamil y luego seguí hacia el sur y el este, con la firme intención de cruzar la frontera con Bulgaria la mañana del quinto día. Pero, como siempre en Yugoslavia, ¡había muchísimo que hacer! Jamil me había proporcionado suficientes nombres e iglesias a lo largo de mi ruta como para mantenerme ocupado durante un mes. No había habido ni un asomo de problemas por parte de las autoridades. Decidí alargar mi suerte veinticuatro horas

más.

La quinta noche me registré en un hotel después de medianoche, entregué mi pasaporte en recepción y subí a mi habitación. Había dormido unas cinco horas cuando llamaron bruscamente a la puerta. La abrí y me encontré con dos hombres con trajes de negocios comunes en el pasillo.

«Vístete y síguenos», dijeron en alemán, sujetando la puerta. «No traigas nada».

No me quitaron la vista de encima mientras me ponía los pantalones y la camisa con dificultad. Cruzamos el vestíbulo, vacío a esa hora salvo por una mujer que fregaba las escaleras. Afuera, caminamos unos cientos de metros hasta un gran edificio de piedra. Me guiaron por un pasillo de mármol, que resonaba en su vacío, hasta llegar a una oficina.

El hombre detrás del mostrador tenía mi pasaporte en su mano.

"¿Por qué estás aquí?", preguntó. "¿Por qué has vuelto a Yugoslavia?". No esperó mi respuesta, sino que continuó, alzando la voz al hablar. "¿Cómo conseguiste cambiar este pasaporte? ¿Es esto lo que hace Holanda, facilitándoles las cosas a conspiradores y delincuentes?"

Metió la mano en su escritorio y vi con consternación que había sacado el enorme sello de tinta roja. Lo estampó tres veces sobre la visa yugoslava antes de parecer satisfecho.

«Saldrá del país en veinticuatro horas», dijo. «No tendrá más contacto con nadie en Yugoslavia. Llamaremos a la guardia fronteriza de Trieste para informarle sobre su llegada».

¡Trieste! ¡Seguro que no insistiría en eso! Trieste estaba en el extremo noroeste del país, justo por donde yo había venido, mientras que aquí estábamos a ochenta kilómetros de la frontera búlgara.

—¡Pero voy de camino a Bulgaria! —supliqué—. ¿No podría irme del país así? ¡Está mucho más cerca!

Pero él se mantuvo firme. Trieste, había dicho, y Trieste tenía que ser, y lo más rápido posible.

Y así, con el corazón encogido, me dirigí de nuevo al norte, a Trieste, y emprendí el largo viaje circular a través de Italia y Grecia, mil quinientas millas fuera de mi camino, cuando ya casi había alcanzado mi objetivo.

Una depresión como nunca antes había conocido se apoderó de mí mientras avanzaba lentamente por la bota de Italia. Las carreteras eran enloquecedoras: una interminable sucesión de pueblos a lo largo de la costa —camiones, bicicletas, carros tirados por caballos—; rara vez conseguía sacar el Volkswagen de segunda.

Llegó el 31 de marzo; el cumpleaños de Corry. Le envié un telegrama, pero en lugar de animarme, solo sirvió para recordarme lo lejos que estaba. Su primer cumpleaños desde que nos casamos, y allí estaba yo, sin siquiera salir de Italia, más lejos que nunca de mi objetivo, y alejándome cada vez más de Corry. Supongamos que

pasara algo. Supongamos que también hubiera problemas con la policía en Bulgaria. Supongamos que no volviera para el nacimiento del bebé. Al menos ahora entendía el motivo del dinero extra. Tendría suerte si conseguía ir y volver por esta ruta, incluso con todo lo que tenía.

Para empeorar las cosas, en la página de Yugoslavia apareció nuevamente ese sello que despertaba sospechas.

Y entonces, justo cuando creía haber tocado fondo, la espalda empezó a dolerme. Durante tres o cuatro años había tenido problemas intermitentes con una hernia discal. Parecía molestarme más cuando conducía largas distancias. A mitad de camino por Italia, los problemas volvieron a empezar, peores de lo que jamás había sentido. Para cuando llegué a Brindisi, de donde partía el barco hacia Grecia, estaba literalmente encorvado, caminando con una extraña forma de andar, agazapado sobre las puntas de los pies.

No había tiempo para detenerme a recibir tratamiento; simplemente tenía que dejar que la gente me mirara. Cuando bajé el coche del barco en Grecia, no me encontraba mejor; después de un par de días en las carreteras griegas, literalmente lloraba a gritos de dolor. Si las carreteras italianas habían estado congestionadas, las griegas eran solo piedras y baches. No podía leer las señales con sus extraños caracteres griegos y, a menudo, después de treinta kilómetros escalofriantes, descubría que había tomado un giro equivocado y tenía que rendirme.

Toda esa distancia duramente ganada.

Y mientras tanto, esa insidiosa depresión me envenenaba. «Bueno, Andrew», comenzaba mi susurro interior, «te saliste con la tuya esa vez... Fueron indulgentes contigo. Te expulsaron del país... Podrías haber ido a la cárcel. ¿Cuántos años, Andrew? ¿Cinco? ¿Diez? Ya lo sabrás en Bulgaria. Allí encierran a la gente. A veces no salen nunca... Ni siquiera una carta. Corry nunca lo sabrá...».

Y así continuó, hora tras hora, día tras día, hasta que me puse los nervios de punta. Y entonces llegó el golpe final. En la ciudad griega de Serrai descubrí que el cruce fronterizo al que me había estado dirigiendo todo este tiempo estaba abierto solo para diplomáticos. Para los viajeros comunes no había ninguna entrada a Bulgaria desde Grecia. La única vía era a través de Turquía, muchos kilómetros y muchos días más adelante.

A la mañana siguiente de este descubrimiento, avanzaba a trompicones por un camino pedregoso hacia lo que parecía un horizonte de frustraciones sin fin, cuando más adelante vi un pequeño cartel azul. Las letras superiores estaban en griego. Pero debajo, en caracteres latinos, leí una sola palabra:

FILIPPI

Detuve el coche de golpe. ¿Filipos? ¿Los Filipos de la Biblia? ¿El pueblo donde Pablo y Silas habían estado en prisión, donde Dios había enviado el terremoto para abrir la puerta?

¡Claro! ¡Era el lugar! Salí del coche y, a través de una alta valla metálica, miré un campo de ruinas. Allí estaban las

calles antiguas, lo que quedaba de un templo. Una hilera de casas, de las que solo quedaban las paredes. ¿Sería la casa de Lydia, donde se había alojado Paul, una de estas?

Había una puerta en la cerca, pero estaba cerrada y no había nadie alrededor. Un silencio inmenso se cernía sobre la escena; la actual ciudad de Filipos estaba a tres kilómetros al norte y al oeste.

Aquí no se oía ni un sonido. Solo Pablo gritaba a lo largo de los siglos: "¡Cristiano! ¿Dónde está tu fe?"

Pablo había estado preso en ese lugar, igual que yo: una prisión de dolor y desánimo. Pablo y Silas habían estado haciendo lo mismo que yo: predicar el Evangelio donde no se permitía. Dios había obrado un milagro para sacar a sus hombres de la cárcel en ese momento, y en ese instante supe que ahora mismo estaba obrando otro para sacarme de la mía.

Las ataduras de la depresión que me habían envuelto se rompieron, al igual que las cadenas en las muñecas de Paul. La pesadez se disipó, y al hacerlo, me di cuenta, sobresaltado, de que estaba erguido, con la espalda erguida y la cabeza en alto. La alegría me invadió, tanto física como mental.

Volví corriendo al coche, deteniéndome de vez en cuando para saltar varios centímetros del suelo. Arranqué el motor, metí la primera y, con un rugido, partí de nuevo hacia mi cita con los desconocidos creyentes del Círculo Íntimo.

Abraham el asesino de gigantes

Después de toda mi aprensión, cruzar la frontera de Turquía a Bulgaria resultó ser una grata sorpresa. El inspector de aduanas apenas echó un vistazo a la parte trasera del coche y no me pidió que abriera ninguna de mis maletas. Anotó la fecha y el punto de entrada en mi visado búlgaro, pero no pasó las demás páginas del pasaporte. Luego me dio la bienvenida al país con un breve discurso en inglés.

Es más, después de las carreteras turcas, que habían sido tan pésimas como las griegas, la carretera búlgara estaba recién pavimentada y bien diseñada. A lo largo de ella me encontré con la misma bienvenida que en la frontera. Los niños gritaban y corrían por el borde de la carretera mientras podían mantener el coche a la vista. Hombres y mujeres que trabajaban en el campo se enderezaban para sonreír y saludar, algo que no había visto en ningún otro lugar de Europa.

Las carreteras búlgaras estaban bien, siempre y cuando me mantuviera en las rutas principales. Esa primera tarde, tomé un pequeño sendero que subía por la ladera de una montaña en busca de un sitio para acampar. Encontré un lugar apartado y por la mañana pasé un rato

desempacando Biblias de los diversos sitios donde las había guardado. Luego, guardé las rumanas y conduje montaña abajo, resbalando y patinando en el peligroso camino de grava, con la intención de retomar el pavimento principal.

En cambio, pronto me encontré siguiendo un sendero que serpenteaba por los patios traseros de un pequeño pueblo. El camino se enlodaba cada vez más. Crucé un pequeño arroyo y, unos metros más adelante, me quedé atascado.

Allí estaba, irremediablemente atascado en el barro, en un pueblo de montaña apartado donde no tenía nada que hacer. ¿Qué iba a hacer? Apenas hice la pregunta, cuando me pareció oír un canto fuerte y bastante estridente. Venía de un edificio a las afueras del pueblo. Abrí la puerta del coche y salté. Cuando el barro me llegó a los tobillos, dejé de hundirme. Bueno,

No había nada que hacer... Caminé con dificultad por el barro hasta que llegué a la puerta del edificio.

Era un pub, y aunque solo eran las diez de la mañana, los sonidos eran de hombres bien ebrios. Entré y al instante los cánticos cesaron.

Veinte rostros me miraban fijamente, visiblemente asombrados por la presencia de un extranjero en su pueblo. El aire estaba cargado de humo, más denso y penetrante que el olor a humo de los pubs occidentales.

"¿Alguien aquí habla inglés?", pregunté. Nadie respondió. "¿Alemán?". No. "¿Holandés?".

"Bueno, hola de todos modos", dije sonriendo y tocándome la frente a modo de saludo. Y entonces, mientras esas caras redondas de ojos marrones me miraban, me puse a hacer una pantomima. Hice un ruido que pretendía sonar como un VW atascado en el barro. Humm, humm. Balbuceo, balbuceo. Para.

Nadie dio señal de reconocer mi farsa.

Extendí mis manos en lo que pensé que parecía un hombre sosteniendo un volante con ambas manos.

¡Ah! ¡Oh! El hombre tras la alta barra de madera asintió con complicidad. En un instante, corrió hacia él con dos vasos de cerveza, uno en cada mano extendida.

—No, no —dije riendo—. Auto. Coche. Huum. Huum. Brrr. Brrr. Para. —Bajé los vasos y les hice una señal con el brazo—. ¡Ven!

Por fin, varios hombres captaron la idea y se levantaron de sus mesas, disfrutando del juego y animando a gritos a sus compañeros. Me sentí como el flautista de Hamelín al frente del desfile. Al fondo del pub estaba la respuesta a todo esto, sentada expectante en el barro: mi pequeño VW azul.

¡Ahh! Asentimientos, aplausos. ¡Ahora entendían! Se alegraron de ayudar. Llevaban botas hasta la rodilla y, sin dudar, se metieron en el barro, indicándome que me pusiera al volante. Arranqué el motor y, mientras estos hombres de hombros anchos levantaban el coche, puse la marcha con cuidado y en cuestión de segundos estábamos en la calle principal, frente al pub.

Salí del coche y les di las gracias, un poco preocupado por la curiosidad que mostraban por el coche y su contenido. No sería bueno que una historia empezara con un holandés con un cargamento de libros en su coche. Rápidamente, tomé una mano enorme y curtida por el trabajo, la estreché con fuerza y seguí adelante.

—De verdad, te lo agradezco —dije—. Holland te lo agradece. El Señor te lo agradece...

Y mientras hablaba, un hombre simplemente no me soltó la mano. En cambio, me arrastró consigo al pub. Incluso antes de llegar a la barra, supe lo que iba a pasar. Me invitarían a una cerveza, quisiera o no.

No había bebido desde aquella tormentosa noche de enero de hacía más de nueve años, cuando le entregué mi voluntad a Dios. En mi vida, al menos, el alcohol siempre había sido claramente algo destructivo.

"¿Pero qué hago ahora, Señor?", pregunté en voz alta en holandés. Y de repente supe que tenía que beberme esa cerveza, que rechazarla sería rechazarlos a ellos, que su amabilidad y hospitalidad eran más importantes ante Dios que la simple observancia de una regla. Veinte minutos después, con los ojos llorosos por la potente cerveza casera, volví a estrechar veinte manos, reí, les deseé la salvación más rápida posible y seguí mi camino. Me tomó cuarenta minutos de viaje a toda velocidad por la autopista antes de que el barro atrapado en las ruedas de mi pequeño coche dejara de golpear los guardabarros.

Mi última noche en Yugoslavia, la noche en la que me habían enviado de regreso al otro lado de la frontera, conocí a un hombre cuyo amigo más cercano vivía en Sofía.

«Petroff es uno de los santos de la iglesia», me había dicho. «¿Irás a verlo?»

Y, por supuesto, me alegré mucho. Había memorizado la dirección de Petrov para no tenerla escrita en mi equipaje por si me metía en problemas con las autoridades. Ahora, sentado en una ladera mirando Sofía, me maravillé de cómo Dios me había usado.

la última persona con la que hablé en un país para darme el primer contacto que necesitaba en otro.

Sofía era una vista hermosa, extendida ante mí, con las montañas elevándose al fondo, las cúpulas redondas de sus iglesias ortodoxas brillando bajo el sol del atardecer. Pero ¿cómo iba a encontrar la calle donde vivía Petroff en esa vasta metrópolis? Mi amigo yugoslavo me había advertido que podría ser peligroso para él si un extranjero la buscaba. Así que, al registrarme en el hotel, lo primero que hice fue pedir un plano de la ciudad.

Lo siento, señor, pero no queda nada. Podría probar en la librería de la esquina.

Pero la librería también estaba cerrada. Regresé al hotel y le pregunté al dependiente si estaba seguro de no tener ningún mapa. Me miró con recelo.

—¿Para qué quieres tanto un mapa? —preguntó—. Los

extranjeros no deberían andar vagando por ahí.

—Ah —dije—, solo para orientarme. No quiero perderme, no hablo búlgaro.

El empleado parecía satisfecho. «Solo tenemos», dijo, «este pequeño». Señaló un pequeño plano de calles pintado a mano bajo el cristal de su escritorio. Nunca me serviría de nada; solo se mostraban los nombres de los bulevares más grandes. Pero me incliné sobre el mapa para complacerlo, y al hacerlo vi algo asombroso. El cartógrafo, efectivamente, solo había escrito los nombres de las avenidas principales, con una excepción importantísima. Había una sola calle diminuta a pocas cuadras del hotel que tenía nombre. ¡Y era el nombre que buscaba! Ninguna otra calle de tamaño similar en todo el mapa tenía nombre. Volví a sentir la increíble sensación de que este viaje se había preparado con mucha antelación.

A la mañana siguiente, temprano, salí del hotel y me dirigí de inmediato a la calle donde vivía Petroff. La encontré sin dificultad, justo donde indicaba el mapa. Ahora solo era cuestión de encontrar el número.

Mientras caminaba por la acera, un hombre bajó por la calle en dirección contraria. Nos encontramos justo cuando llegué al número que buscaba. Era un gran edificio de apartamentos dúplex. Subí por la acera, ¡y el desconocido también!

Al acercarnos a la puerta principal, miré por una fracción de segundo el rostro del hombre que había llegado justo cuando yo lo hacía. Y en ese instante experimenté uno de

los milagros comunes de la vida cristiana: nuestros espíritus se reconocieron.

Sin decir palabra, subimos las escaleras uno al lado del otro. Otras familias también vivían en la casa. Si me equivocaba, sería muy vergonzoso. El desconocido llegó a su apartamento, sacó la llave y abrió la puerta de golpe. Sin invitación, entré en su casa. Con la misma rapidez, cerró la puerta tras él. Nos quedamos uno frente al otro en la oscuridad de la única habitación que era su hogar.

“Soy Andrew de Holanda”, dije en inglés.

“Y yo”, dijo Petroff, “soy Petroff”.

Petroff y su esposa vivían en esta habitación individual. Ambos tenían más de 65 años, y sus pensiones estatales combinadas cubrían la habitación, la comida y alguna que otra compra de ropa. Los tres pasamos nuestros primeros momentos juntos de rodillas, agradeciendo a Dios por habernos unido de esta manera maravillosa, para que no perdiéramos ni un minuto y el riesgo fuera mínimo.

Luego hablamos. «He oído», dije, «que tanto Bulgaria como Rumanía necesitan Biblias con urgencia. ¿Es así?»

En respuesta, Petroff me llevó a su escritorio. Sobre él había una máquina de escribir antigua con una hoja de papel, y junto a ella una Biblia abierta por el Éxodo.

“Hace tres semanas tuve muchísima suerte”, dijo Petroff. “Conseguí esta Biblia”. Me mostró un segundo volumen

sobre la mesita del comedor. “La conseguí a buen precio. Solo la pensión de un mes. La razón por la que salió tan barata es que los libros de Génesis, Éxodo y Apocalipsis han sido recortados y...”

“¿Por qué?” interrumpí.

¿Quién sabe? Quizás para vender. O quizás para hacer cigarrillos con el papel fino.

“En cualquier caso”, continuó Petroff, “tuve la suerte de encontrarlo y tener el dinero para comprarlo. Ahora solo me queda completar las partes que faltan en mi propia Biblia, ¡y tendré otro libro completo! Debería terminarlo en cuatro semanas”.

“¿Y qué harás entonces con la segunda Biblia?”

“Oh, regálalo.”

“A una pequeña iglesia en Plovdiv”, dijo su esposa, “donde no hay Biblia”.

No estaba seguro de entender. ¿No había Biblia en toda la iglesia?

“Claro”, dijo Petroff. “Y hay muchas iglesias así en este país. Encontrarás lo mismo en Rumania y en Rusia. Antiguamente, solo los sacerdotes las tenían; la gente común no sabía leer. Y desde el comunismo, ha sido imposible comprarlas. No suelo tener una suerte como esta.”

Mi emoción crecía. Estaba deseando mostrarle a Petroff

el tesoro que le esperaba en mi coche.

Esa noche llegué al apartamento, revisé la calle para asegurarme de que estuviera vacía y luego llevé dentro la primera de las muchas cajas de Biblias que le entregaría a este hombre a lo largo de los años. Petroff y su esposa me vieron colocar la caja en su única mesa, con los ojos abiertos y una curiosidad franca.

"¿Qué es eso?" preguntó Petroff.

Levanté la tapa y saqué una Biblia. La puse en las manos temblorosas de Petroff y otra en las de su esposa.

"¿Y...y en la caja?", preguntó Petroff.

"Más. Y aún más afuera."

Petroff cerró los ojos. Su boca se esforzaba por controlar la emoción que...

Estaba sintiendo. Pero dos lágrimas rodaron lentamente entre sus párpados cerrados y cayeron sobre el volumen que tenía en las manos.

Petroff y yo emprendimos de inmediato un largo viaje por Bulgaria, entregando Biblias a las iglesias donde él sabía que más las necesitaban. "¿Sabes la razón oficial que da el gobierno para prohibir las Biblias aquí?", me preguntó Petroff mientras atravesábamos a toda velocidad un campo repleto de rosas para la industria del perfume. "Es

porque las Biblias se imprimen con la ortografía antigua. Según el gobierno, frenan la educación. Encadenan a la gente a ortografías y usos antiguos".

La Iglesia visible en Bulgaria, continuó, había sido purgada de todo elemento contrario al nuevo régimen. La Iglesia Ortodoxa Búlgara —la iglesia estatal del país— era ahora poco más que un brazo del gobierno. El actual patriarca elogiaba al régimen en todas sus declaraciones oficiales: sus discursos tenían tanto que ver con las glorias de la Narodna Republika Bulgaria como con las del Reino de Dios.

“En efecto, ahora hay dos iglesias aquí”, me dijo Petroff: “una Iglesia Títere, que se hace eco de la voz del estado, y una Iglesia Clandestina. Verás una de estas iglesias clandestinas esta noche”.

Fue mi primer servicio religioso en Bulgaria. Doce de nosotros tardamos más de una hora esa noche en reunirnos para la reunión, llegando a intervalos para que en ningún momento pareciera que se estaba reuniendo un grupo.

A las siete y media llegó nuestra hora. Pasamos por delante de un edificio de apartamentos, entramos juntos por casualidad, nos detuvimos en la parte trasera del tercer piso, echamos un vistazo rápido y entramos sin llamar. No pude evitar recordar los domingos en Witte, cuando todo el pueblo salía a pasear hacia la iglesia.

Había ocho hombres y mujeres reunidos cuando llegamos, dos más a las 7:45 y 7:55. La sala estaba muy oscura. Solo una pequeña bombilla colgaba del...

El techo estaba cubierto de mantas y la ventana estaba cubierta para bloquear las miradas indiscretas. Me pregunté si estas personas serían demasiado pobres para permitirse unas persianas. Nadie habló. Cada nuevo adorador ocupaba su lugar alrededor de la mesa central, inclinaba la cabeza y oraba en silencio por la seguridad de la próxima reunión. Precisamente a las ocho, Petroff se levantó y habló en voz baja, traduciéndome a medida que avanzaba.

“Tenemos la bendición de tener esta noche a un hermano de Holanda que nos visita”, susurró Petroff. “Le pediré que comparta con ustedes un mensaje del Señor”.

Petroff se sentó y yo esperé el himno, y entonces me di cuenta de que, por supuesto, cantar era imposible en esta iglesia clandestina. Hablé durante unos veinte minutos y luego le hice un gesto a Petroff. Se levantó de un salto y, con un gesto, desenvolvió el paquete que había traído y levantó... ¡una Biblia!

Se oyeron exclamaciones que amenazaron con ser demasiado fuertes antes de que los allí reunidos se contuvieran y se taparan la boca con las manos. Luego, hubo fuertes abrazos de oso por parte de los hombres y cálidos toques de frente por parte de las mujeres, antes de pasarse el Libro de una mano a otra, abriéndolo y cerrándolo con ternura.

Uno de los hombres en la reunión de esa noche me intrigó especialmente. Después de permanecer juntos todo el tiempo que pudimos, nos separamos como habíamos llegado, de uno en uno y de dos en dos, a intervalos, durante más de una hora. El último en levantarse fue un hombre enorme, con la barba patriarcal, el rostro cuadrado y moreno, y los ojos azules más bondadosos e inocentes que jamás había visto. Este, me dijo Petroff, era Abraham.

Abraham había hablado poco durante la reunión, pero había una inocencia y pureza infantil en el anciano que se transmitía sin palabras. Al igual que Petroff, había superado la edad máxima para ejercer un trabajo. Así que, durante varios años, ambos se dedicaron a buscar iglesias que tuvieran dos Biblias para poder pedir o comprar una y donarla a una iglesia que no tuviera ninguna.

Abraham, me dijo Petroff, vivía en una tienda de campaña en los montes Ródope. Tenía una Recibía cinco dólares semanales del gobierno, y con esto vivían él y su esposa. En un tiempo, había sido propietario de tierras, pero las perdió debido a sus actividades "subversivas".

“Algún día debes intentar visitarlo en su casa”, dijo Petroff, “porque te dará una idea de lo que un hombre sacrifica en nombre de su Dios”. La mayor parte del año, dijo, Abraham y su esposa vivían de bayas silvestres, frutas y un poco de pan.

Petroff llamaba al anciano Abraham el Matagigantes, porque siempre andaba en busca de su "Goliat": algún alto funcionario del Partido o militar a quien llevar su testimonio. "Abraham siempre busca un nuevo Goliat",

dijo Petroff. "Lo encuentra también, y entonces se desata la lucha. Solo Goliath vence, y Abraham acaba en la cárcel. Pero en muchas ocasiones Abraham vence, y una nueva alma se une a la Iglesia de Cristo".

Antes de que se fuera, fui a mi coche y le llevé a Abraham el Matagigantes el resto de las Biblias búlgaras que había traído. Él sabía qué hacer con ellas.

Abraham sostuvo las Biblias como si fuera un bebé. No dio las gracias, pero sus palabras me han quedado grabadas hasta el día de hoy. Sus ojos azules se clavaron en los míos mientras Petroff le traducía.

El frente es largo, hermano. Aquí debemos ceder un poco, allá podemos avanzar. Hoy, Andrew de Holanda, hemos avanzado.

El resto de ese primer viaje a Bulgaria lo pasé visitando las pequeñas iglesias clandestinas, no registradas. «Fortalece lo que queda» se convirtió, más que nunca, en una orden que me atormentaba el sueño. Qué valientes eran, este remanente de la Iglesia, qué despreocupados de sí mismos, qué completamente solos. Tres ministros sobresalen especialmente en mi memoria de aquellas semanas: Constantino, Arminn y Basilio.

Constantino llevaba dieciocho meses en prisión por bautizar a conversos menores de 21 años. Acababa de ser liberado. Constantino me contó que la noche después de su liberación se llevó a 27 adolescentes fuera de la ciudad y los bautizó en secreto en un río del campo.

Arminn sabía que había observadores del gobierno en su

congregación.

Era Navidad, así que se cuidó de no transgredir la ley que prohibía la evangelización de niños. Hablar solo con adultos. Mantenerse alejado de la política. Pero en un momento de descuido, Arminn miró a los niños sentados bajo el árbol de Navidad de la iglesia y preguntó: "¿Saben por qué nos damos regalos en esta época del año? Es para simbolizar el mayor regalo de todos". Por esas dos frases fue llevado a juicio y destituido de su púlpito.

Basil era conocido por su estrecha colaboración con la policía secreta. Petroff me había llevado a su servicio un domingo para que pudiera ver la Iglesia Títere en acción. La congregación de la iglesia había disminuido constantemente desde la guerra. Basil se quejaba de esto con nosotros antes del servicio cuando, de repente, sin cambiar de expresión, me dijo: "¿Le gustaría tener una reunión aquí esta tarde?".

No estaba seguro de haber oído bien. Basil sabía tan bien como yo que a los predicadores no registrados no se les permitía celebrar reuniones. ¿Qué le había pasado a ese hombre?

—Tendré que orar por eso —le dije.

Y recé con furia durante todo el servicio. ¿Era una trampa? ¿Y si lo había preparado con la policía para sacarme del país? Y, sin embargo, la respuesta que recibía con gran claridad era un rotundo "¡Adelante!".

Al final del servicio, Basil anunció a los pocos presentes en la congregación que el hermano de Holanda celebraría

una reunión especial esa tarde. Invitó a todos a venir y a traer a un amigo.

Esa tarde nos sorprendió a todos ver a unas doscientas personas allí. Tuvimos una reunión maravillosa. Al final, cuando hice el llamado al altar, decenas de personas se acercaron.

Entonces Basil me sorprendió de nuevo al sugerirnos otra reunión esa noche. Estuve más que dispuesto, y Petroff también. Aun así, no entendíamos qué le había pasado a este hombre con fama de marioneta.

Esa noche, la iglesia estaba abarrotada. Todos sentimos la presencia del Espíritu Santo. Esa noche, decenas de personas expresaron su disposición a seguir a Cristo, cueste lo que cueste. Y, una vez más, Basilio invitó a todos a volver la noche siguiente.

El lunes por la noche, la iglesia estaba abarrotada; la gente estaba de pie a ambos lados y muchos sentados en el pasillo central. Pero esta vez, Basil vio a media docena de sus amigos de la policía secreta entre la congregación. Seguimos adelante con la reunión, pero omitimos el llamado al altar. Ni siquiera nos atrevimos a pedir que levantaran la mano, por miedo a que se anotaran los nombres.

Tras la reunión, Petroff, Basil y yo nos sentamos en la sacristía y nos preguntamos qué hacer. Obviamente, no podíamos celebrar más reuniones. ¿Y qué pasaría con Basil? ¿Estaría en problemas ahora? Me quedó claro que estaba actuando de una manera que ni él mismo comprendía. ¿Qué iba a pasar ahora? ¿Qué haría la

policía?

Y con el paso de los días, se hizo evidente por qué Cristo había elegido a Basil en lugar de a otro pastor para tocar con su espíritu. Porque la policía no hizo nada en absoluto. Ni a mí, ni a Petroff, ni a Basil. Basil era uno de sus colaboradores más valiosos, pensaban. Seguramente lo que hacía debía tener algún motivo ortodoxo. Ocupaba un puesto demasiado alto en la Nueva Perspectiva de la iglesia como para despertar sospechas. Lo mejor, debieron haber concluido, era dejar que la llama se apagara con la partida del evangelista holandés.

Pero cuando me fui, la llama no se apagó. Aquella pequeña iglesia, que había tenido unas cincuenta personas asistiendo esporádicamente, se convirtió en una congregación activa de casi cuatrocientas. Finalmente, el gobierno intentó sofocar el incendio. Basil viajó a Suiza ese otoño para una operación que se retrasó mucho; cuando intentó regresar a su país, fue rechazado en la frontera. Se eligió un nuevo pastor "seguro" para ocupar su lugar, y en tres años logró apagar las llamas en este único edificio, pues la asistencia había vuelto a los cincuenta originales. Pero los trescientos nuevos conversos abandonaron Stara Zagora y se dispersaron por la península de Balkin, dispersos como la iglesia de Jerusalén, para encender hogueras dondequiera que aterrizaran.

Ninguno de estos acontecimientos, por supuesto, podíamos prever en aquel momento. Pero Petroff y yo aprendimos algo desde el principio: nunca es prudente llamar a una iglesia una marioneta, por muy muerta,

servil y contemporizadora que parezca en la superficie. Lleva el nombre de Dios, tiene la mirada de Dios sobre ella, y en cualquier momento Él puede barrer la superficie con el viento purificador de su Espíritu.

Antes de irme de Bulgaria, Petroff y yo nos adentramos en los montes Ródope con la esperanza de encontrar a Abraham. No teníamos ni idea de cómo localizar su tienda, solo el nombre del pueblo más cercano. Menos mal, pues en el pueblo el camino, que amenazaba con desaparecer desde hacía varios kilómetros, desapareció por completo, y bajamos y nos quedamos, indecisos, junto al pozo artesiano del pueblo. Sobre nosotros, el bosque se extendía hasta donde alcanzaba la vista. ¿Dónde, en medio de aquella vasta naturaleza, estaba el hombre que buscábamos?

La gente que estaba en la fila del pozo nos miraba con curiosidad mientras esperaban llenar sus cántaros. Y entonces el primer hombre terminó de beber, se enderezó y se dio la vuelta. ¡Era Abraham en persona!

Sus ojos azules, al vernos, brillaron como el cielo a mediodía. De repente, me ahogaba en un abrazo enorme y húmedo, con el agua helada en su gran barba calándome hasta los huesos. Abraham estaba aún más asombrado que nosotros ante este encuentro inesperado, pues nos dijo que venía al pueblo solo cada cuatro días, y solo el tiempo justo para comprar pan. Cogió media docena de panes redondos y planos del muro de piedra junto al pozo y empezó a guiarnos montaña arriba.

Una y otra vez, Petroff y yo tuvimos que rogarle a este hombre de 75 años que parara para poder recuperar el aliento. Acababa de regresar la semana anterior, nos dijo, de regalar las últimas Biblias que había traído al país. Describió con lujo de detalles cómo las habían recibido, y Petroff, jadeante, prometió que me lo repetiría todo en cuanto nos sentáramos.

Pasaron dos horas, incluyendo las paradas de descanso, antes de que rodeáramos una cornisa rocosa, nos traspusiéramos a una pantalla de pinos retorcidos por el viento y estuviéramos de pie frente a la tienda de piel de cabra donde vivía Abraham. Se parecía más que nunca al patriarca bíblico al darnos la bienvenida a su hogar. En un instante, su esposa salió, tan serena como si recibiera visitas a diario en su refugio de montaña. Era tan diminuta como grande era su esposo, una mujercita esbelta y erguida, con la piel como un pergamino arrugado. Solo sus ojos se parecían, azules, infantiles, confiados. Miré a esta mujer que una vez tuvo una casa repleta de alfombras, armarios, ropa de cama; sirvientes, probablemente, porque habían sido bien...por hacer—y pensé que nunca había visto un rostro más contento con lo que la vida me había traído.

Nos ofreció frutas que parecían pequeñas moras azules y miel silvestre. Comimos poco, sin saber cuánta tenían, y nos quedamos solo un rato porque no nos apetecía bajar la montaña al anochecer. Una visita brevísima, apenas un vistazo, y sin embargo, en esos momentos se forjó una amistad que es uno de los baluartes de mi vida.

Así que la visita a Bulgaria me trajo ánimo y un profundo amor. Y, al mismo tiempo, terminó con una nota de derrota. Justo cuando me iba a Rumanía, un grupo de personas que habían asistido a la reunión en la iglesia de Basilio vino a pedirme que organizara una campaña similar en su ciudad.

“Llevamos años esperando este mensaje”, suplicaron. “No nos importan las consecuencias. Solo nos importa la voluntad de Dios”.

Y tuve que mirar esos rostros queridos y amorosos y decir que no. Era solo una persona. No podía acompañarlos y al mismo tiempo seguir adelante, donde también sentía el llamado del espíritu de Dios.

«Ojalá fuera diez personas», les dije. «Ojalá pudiera dividirme en doce partes y responder a cada llamada. Algún día encontraré la manera de hacerlo».

El invernadero en el jardín

Tardé cuatro horas en cruzar la frontera rumana. Al llegar al puesto de control al otro lado del Danubio, me dije: «Bueno, tengo suerte. Solo hay media docena de coches. Esto irá rápido».

Cuando habían pasado cuarenta minutos y el primer coche todavía estaba en inspección, pensé: “Pobre hombre, algo deben tener encima para tardar tanto”.

Pero cuando ese coche por fin se fue y la siguiente inspección también duró media hora, empecé a preocuparme. Tuvieron que sacar literalmente todo lo que llevaba la familia y extenderlo en el suelo. Todos los coches de la fila pasaron por la misma rutina. La cuarta inspección duró más de una hora. Los guardias llevaron al conductor adentro y lo mantuvieron allí mientras quitaban tapacubos, desarmaban el motor y quitaban los asientos.

—Dios mío —dije, cuando por fin solo quedaba un coche delante—, ¿qué voy a hacer? Cualquier inspección sería revelar esas Biblias rumanas enseguida.

“Señor”, continué, “sé que por mucha astucia que tenga no me ayudará a pasar esta búsqueda en la frontera. ¿Me

atrevo a pedir un milagro? Déjame sacar algunas Biblias y dejarlas a la vista. Entonces, Señor, no puedo depender de mis propias estratagemas, ¿verdad? Dependeré completamente de ti”.

Mientras el último coche pasaba por su escalofriante inspección, logré sacar varias Biblias de sus escondites y apilarlas en el asiento a mi lado.

Era mi turno. Puse la pequeña VW en marcha corta, me acerqué al agente que estaba a la izquierda de la carretera, le entregué mis papeles y empecé a bajar. Pero su rodilla estaba contra la puerta, manteniéndola cerrada. Miró mi foto en el pasaporte, garabateó algo, me devolvió los papeles bajo la nariz y...

De repente me hizo señas para que siguiera adelante.

Seguramente no habían pasado treinta segundos. Arranqué el motor y avancé lentamente. ¿Se suponía que debía apartarme, apartarme, para que pudieran desmontar el coche? ¿Lo estaba...? Seguramente no... Avancé sin hacer ruido, con el pie apoyado sobre el freno. No pasó nada. Miré por el retrovisor. El guardia le hacía señas al coche de al lado para que se detuviera, indicándole al conductor que tenía que bajarse. Seguí conduciendo unos metros más. El guardia le estaba haciendo abrir el capó al conductor que iba detrás de mí. Y entonces estaba demasiado lejos para dudar de que, efectivamente, había pasado ese increíble control en treinta segundos.

Mi corazón latía con fuerza. No por la emoción de cruzar, sino por la de haber vislumbrado tan espectacularmente a Dios obrando.

Al emprender este viaje, solía confundir Bulgaria y Rumanía. Ahora, por supuesto, sabía que eran dos lugares muy diferentes. Rumanía era conocida entre los propios cristianos de la Cortina de Hierro como el "invernadero del ateísmo". Seguía siendo el laboratorio de Rusia donde se ensayaban experimentos antirreligiosos: un control férreo de la Iglesia por parte del Estado, presiones económicas contra los creyentes, sembrar la sospecha entre los líderes religiosos, confiscación de propiedades, restricción de los servicios religiosos, prohibición de la evangelización. Esto, me dijeron, era lo que podía esperar encontrar en Rumanía.

En cuanto crucé la frontera, percibí un nuevo grado de control policial. Parecía haber un control policial en cada pueblo. Los agentes detenían a todo campesino que entraba en bicicleta. ¿Adónde iba? ¿Qué hacía? Incluso yo, con la relativa libertad de un turista con divisas, tenía el visado sellado con las ciudades que visitaría y las fechas en las que debía presentarme en cada punto de mi itinerario. Descubrí la magnitud de este control cuando llegué a un encantador pueblecito a unos ochenta kilómetros de Cluj y decidí, como ya se hacía tarde, que quería pasar la noche allí. Las autoridades locales se sorprendieron de que siquiera lo preguntara.

“Pero, señor”, dijeron, mirando mi tarjeta de turista, “se le espera para cenar en

Cluj. Apenas puedes llegar con prisas.

Como no quería meterme en líos por un detalle tan

insignificante, hice lo que me pidieron. Llegué a Cluj a toda velocidad, justo cuando cerraba el comedor del hotel, y me encontré con la mesa puesta, los aperitivos listos e incluso una banderita holandesa ondeando en el centro de los vasos de agua.

Sin embargo, dentro de las distintas ciudades, tenía libertad para ir y venir a mi antojo. Era domingo por la mañana. Me desperté muy temprano, con un día radiante y alegre, ansioso por unirme a mis hermanos cristianos en este hermoso jardín. El recepcionista del hotel me miró con cierta recelo cuando pregunté por una iglesia. «No tenemos muchas de esas, ¿sabe?», dijo. «Además, no podrías entender el idioma».

—¿No lo sabías? —dije—. Los cristianos hablan una especie de idioma universal.

—Oh. ¿Qué es eso?

“Se llama ágape”.

¿Ágape? Nunca había oído hablar de eso.

Qué lástima. Es el idioma más bonito del mundo. Pero bueno, ¿cómo llego a la iglesia?

Mientras que el principal arma contra la Iglesia en Bulgaria era el requisito de registro, en Rumania la técnica era la consolidación. Consolidar denominaciones, consolidar instalaciones físicas, consolidar los horarios de culto. Dondequiera que hubiera iglesias con bancos vacíos, las congregaciones se fusionaban con otras en pueblos cercanos, y el Estado confiscaba las instalaciones

restantes. En teoría, parecía razonable e incluso ventajoso para la Iglesia: una gran congregación unida en lugar de varias pequeñas con dificultades. En la práctica, significó que muchos miembros de las iglesias clausuradas simplemente dejaron de asistir. La mayoría eran campesinos, apegados a sus antiguos lugares de culto, y el desplazamiento entre pueblos era lento y difícil.

Se permitían dos servicios religiosos por semana, uno el sábado y otro el domingo. Pero el sábado era día laborable en Rumania; los servicios del sábado por la noche tenían poca asistencia, por lo que, en efecto, el culto se había concentrado en una sola reunión.

¡Pero qué encuentro!

Llegué a las diez de la mañana, y el servicio ya llevaba una hora en marcha. No habría encontrado sitio para sentarme, de no ser porque me reconocieron como extranjero y me invitaron a subir al estrado. Así, con las rodillas apretadas contra el órgano, pasé las siguientes tres horas con este grupo de cristianos en el corazón del Círculo Íntimo del comunismo.

Cuando llegó la hora de la colecta, puse en el plato aproximadamente la misma cantidad —en rumano— que tendría en casa. Quiso la suerte que yo fuera el primero en recibir el plato: allí estaba mi cuenta, a la vista de todos, en el fondo de la palangana.

A medida que continuaba la colecta, me di cuenta, cada vez con más vergüenza, de que había aportado veinte o treinta veces más de lo que cualquier otro donaba. Noté algo más. A menudo, uno de los fieles ponía una moneda en la palangana y la sostenía mientras daba el cambio.

Había visto esto en iglesias católicas y ortodoxas donde se cobraba entrada, pero nunca en una protestante. La moneda entera era, obviamente, más de lo que la mayoría de la gente podía dar. Probablemente un billete tan grande como el que había puesto en el plato representaba los ingresos de un mes para gastar. Me sentí mal por lo que debió de parecer la ostentación de un extranjero rico, y eso me hizo sonreír, recordando que siempre habíamos sido la familia más pobre de Witte. Para colmo, al final del himno de ofertorio, el ujier principal, en lugar de llevar el plato al altar, ¡me lo trajo a mí!

Me puso el plato en las manos, repitiendo algunas palabras en rumano. Por fin lo entendí. Debía aceptar mi cambio. Nadie pondría un billete tan grande en la ofrenda sin esperar algo a cambio. ¿Qué debía hacer? ¿Aceptar el cambio por pura gracia? ¿O aceptar la pena y dejar que la iglesia se quedara con el dinero que yo quería?

Mientras debatía, con todas las miradas puestas en mí, me di cuenta con gran alegría de que ese dinero no era mío. «Ese no fue mi regalo», comencé en alemán, y afortunadamente un hombre salió de la congregación para traducir. «Eso no fue mío», repetí, recordando a los cientos de lectores de Kracht van Omhoog cuyas donaciones anónimas estaban representadas en ese billete. «Es de los creyentes de Holanda para los creyentes de Rumania. Es una muestra de unidad en el Cuerpo de Cristo».

Observé los rostros en la sala mientras el hombre traducía, y una vez más vi esa pregunta incrédula, esa esperanza naciente: ¿No estamos solos, entonces?

¿Tenemos hermanos en otros lugares? ¿Tenemos amigos que nunca conocimos?

Cuando por fin terminó ese largo servicio, me acerqué al hombre que hablaba alemán y le dije que me gustaría hablar con él. Resultó ser el secretario de toda la denominación en Rumania. Pero era evidente que no le agradó mi sugerencia de charlas privadas. Dio respuestas evasivas y, en cuanto pudo, se excusó.

Desconcertado, lo seguí fuera de la iglesia. Caminaba por la calle a grandes zancadas, pues era un hombre corpulento. Quizás le da miedo hablar conmigo en público, pensé. Así que lo seguí, pero a una distancia prudencial, hasta que, para mi deleite, entró en una casa particular.

¡Qué suerte!, pensé. Ahora tendré la oportunidad de hablar con él sin que nadie me vea.

Me quedé allí otros quince minutos hasta asegurarme de que la calle estaba vacía. Luego me acerqué a la puerta y llamé. Sentí miradas observándome. Entonces la puerta se abrió de golpe y me jalaron dentro de la casa.

¿Qué quieres?, dijo la secretaria.

Intenté disimular mi sorpresa ante su brusquedad con una sonrisa amable. Solo quería hablar un poco más con él, le dije. Preguntarle si podía hacer algo por él.

"¿Hacer?"

—Bueno, Biblias, por ejemplo. ¿Tienen suficientes Biblias rumanas?

La secretaria me miró fijamente. "¿Tiene Biblias rumanas? ¿Las trajo al otro lado de la frontera?" "Tengo Biblias, sí."

Hizo una pausa. Luego, con decisión: "¡No necesitamos Biblias! Y bajo ninguna circunstancia vuelvas a venir a mi casa ni a la de ningún creyente de esta manera. Espero que lo entiendas".

¿Me equivoqué o escuché un grito de auxilio entre tanta sospecha y brusquedad? «Bueno, ¿puedo verte en tu oficina entonces? ¿Sería seguro?»

—No es cuestión de seguridad, no he dicho eso. —Y luego—: Pero sí, si viene a nuestra oficina mañana, me aseguraré de que el presidente esté allí para una breve charla con usted.

Al día siguiente entré en la sede de esta denominación con seis Biblias en mi maletín. El secretario estaba allí, con el mismo aspecto incómodo de siempre. Gruesas gotas de sudor le cubrían la frente. No podía quitarme la impresión de que estaba aterrorizado por algo o alguien.

Me llevaron a la oficina del presidente. "¿Qué puedo hacer por usted?", preguntó en alemán.

Le estreché la mano y comencé a responder que quizás podría hacer algo por él. Pero entonces recordé aquella conversación anterior con el secretario: aparentemente, admitir una necesidad rayaba en una declaración política.

Así que simplemente dije que estaba de visita en su país como cristiano y quería llevar a mi gente cualquier saludo que quisiera ofrecer.

El rostro del presidente se relajó. Era terreno seguro. ¡Un saludo a los pueblos explotados de Holanda de parte del pueblo de la gran República Popular de Romina! El secretario sonrió y dejó de secarse la frente.

"¿No quieren sentarse?", preguntó, acercando una silla. Durante un cuarto de hora, los tres conversamos, evitando cuidadosamente cualquier intercambio real. Hablamos de tomates rumanos, los más grandes que jamás había visto, y de sandía, que probé por primera vez en este país. Hablamos del agradable clima, templado, según explicó el presidente, gracias al Mar Negro.

Mientras hablábamos, tuve la oportunidad de echar un vistazo a la sala. Me fascinó una observación: cada silla, cada mesa, cada cuadro de la pared tenía un número. Me pregunté si el gobierno los habría inventariado para... evitar que se desvíen al uso personal.

Tras agotar el clima y los tomates locales, la conversación se desvaneció. Respirando hondo, decidí que había llegado el momento de que me rechazaran de nuevo o de establecer un contacto real con estos dos hombres asustados.

Abrí mi maletín y saqué una de las Biblias. "¿Me permiten...? No, no es eso lo que quiero decir. ¿Permitirán que los holandeses regalen estas copias de la Biblia a los rumanos?"

De inmediato, los dos hombres se pusieron rígidos. Fue asombroso lo rápido que el secretario empezó a sudar de nuevo. El presidente tomó la Biblia en la mano, y por un instante capté la ternura con la que la sostenía.

Pero no, no iba a ceder. Me devolvió la Biblia bruscamente a las manos.

—No quiero esto —dijo—. Ya hemos pasado demasiado tiempo. Tengo cosas que hacer esta mañana...

Así que salí del edificio con las seis Biblias que había traído. La recepcionista, noté, tachó mi nombre de una lista al salir, casi como si estuviera de guardia en un centro militar. Quién sabe; quizá ella misma fuera miembro de la policía secreta. ¿Cómo podía condenar el miedo y la desconfianza del presidente y la secretaria si nunca había experimentado las condiciones en las que tenían que trabajar?

Y aun así, esta no fue toda la historia en Rumania. Durante la semana siguiente conocí a cristianos que vivían bajo la misma persecución, pero que aún conservaban algo de esperanza y confianza divinas.

Las circunstancias eran lo suficientemente similares como para hacer una comparación muy acertada. En ambos casos, me reuní con los líderes declarados de las denominaciones protestantes establecidas en sus sedes oficiales. En ambos casos, había dos...

Los hombres presentes a mi lado constituyen un elemento importante en la comparación, ya que la sospecha hacia los hermanos cristianos jugó un papel muy importante en el lento desgaste de la Iglesia.

Esta vez también me fijé en los números. En las paredes de la oficina había tres cuadros. Mostraban al presidente del país, al secretario del Partido Comunista Nacional y la famosa concepción del Camino Recto y Angosto del artista. ¿Cómo, me pregunté, habría descrito el funcionario esa pintura?

Me preocupé por el presidente de esta denominación, Gheorghe, desde el momento en que entró en la sala. Este hombrecito frágil estaba tan cansado por el esfuerzo de caminar que tardó varios minutos en recuperar el aliento.

Cuando lo hizo, descubrimos un problema. Ni él ni Ion, el secretario del grupo, hablaban una palabra de mis idiomas, ni yo de los suyos. Nos sentamos uno frente al otro en la habitación vacía y llena de números, incapaces de comunicarnos.

Entonces vi algo. Sobre el escritorio de Gheorghe había una Biblia muy desgastada, con los bordes de las páginas carcomidos por el constante pasar las páginas. ¿Qué pasaría, me pregunté, si conversáramos a través de las Escrituras? Saqué mi Biblia holandesa del bolsillo de mi abrigo y la abrí en 1 Corintios 16:20.

Todos los hermanos os saludan. Saludaos unos a otros con un beso santo.

Levanté la Biblia y señalé el nombre del libro, reconocible en cualquier idioma, y el número del capítulo y del versículo.

Al instante sus rostros se iluminaron.

Rápidamente encontraron el pasaje en su propia Biblia, lo leyeron y me sonrieron radiantes. Entonces Gheorghe hojeó las páginas, buscando una referencia, que me ofreció.

Proverbios 25:25: “Como aguas frías para el alma sedienta, Así son las buenas nuevas de lejanas tierras.”

Ahora los tres nos reíamos. Pasé a la epístola de Pablo a Filemón.

“Doy gracias a mi Dios cuando me acuerdo de vosotros en mis oraciones, porque oigo de vuestro amor y de la fe que tenéis hacia el Señor. . . .”

Era el turno de Ion, y no tuvo que buscar mucho. Su mirada recorrió las siguientes líneas y me acercó la Biblia, señalándome con el dedo:

“Porque he recibido mucho gozo y consuelo de tu amor, hermano mío, pues por medio de ti han sido confortados los corazones de los santos.”

¡Oh, pasamos una media hora maravillosa conversando sobre la Biblia! Nos reímos hasta las lágrimas. Y cuando al final de la conversación saqué mis Biblias rumanas, las acerqué al escritorio e insistí con gestos y reprimendas que sí, que debían guardarlas y que no (a la mano en el

bolsillo y la ceja levantada), no había que pagar nada, ambos hombres me abrazaron una y otra vez.

Más tarde ese día, cuando por fin conseguimos un intérprete y nuestra conversación se volvió más rutinaria, hice arreglos con Ion para llevarme todas las Biblias que había traído. Él sabría mejor que yo dónde colocarlas en este país tan duro, y me aseguró que era mejor tener un solo contacto que varios.

Esa noche, de vuelta en mi hotel, el empleado me llamó.

—Oye —dijo—, busqué esa palabra en el diccionario. No existe ningún idioma con ese nombre. Es solo una palabra griega para amor.

—Eso es —dije—. Estuve hablando en él toda la tarde.

El dique de las comunicaciones finalmente se había roto. Durante la siguiente semana y media viajé por toda Rumanía con un excelente intérprete, siguiendo las pistas que me dieron Gheorghe e Ion.

Me encontré con todo tipo de actitudes, desde el extremo de la derrota hasta el extremo de la Coraje. Era fácil simpatizar con los derrotados. "¿Qué podemos hacer?" era una reacción natural. Muchos solo tenían una ambición: salir de Rumania para siempre.

Curiosamente, cuanto más devoto era un cristiano, más probable era que se quedara. En Transilvania visitamos a una familia así. Estos cristianos tenían una granja avícola

que aún era, al menos parcialmente, de su propiedad. Sin embargo, el estado les había asignado una cuota de producción que superaba su capacidad. Al no alcanzarla, tenían que comprar suficientes huevos en el mercado para compensar la diferencia. Año tras año esto sucedía, y el sufrimiento económico era enorme.

—¿Por qué te quedas entonces? ¿Para conservar tu granja? —pregunté.

El granjero y su esposa quedaron estupefactos. «Claro que no», dijo. «De hecho, perderemos la granja. Nos quedamos porque —recorrió el valle con la mirada—, porque si nos vamos, ¿quién quedará para rezar?».

Pero también conocí a cristianos menos convencidos. Me enteré de una pequeña iglesia apartada que trabajaba con gitanos. Incluso al llegar en coche, me di cuenta de que estaba en apuros. La hierba estaba alta en el cementerio, varias ventanas del santuario estaban rotas y las colmenas de la parte trasera se estaban cayendo. Mi intérprete y yo fuimos por detrás de la iglesia, donde se encontraba la vivienda del pastor, y llamamos a la puerta. El pastor no estaba en casa, pero su esposa nos recibió, y al poco rato estábamos comiendo platillos llenos de miel, tan dulce que me dolían los dientes.

La esposa del pastor nos contó que su esposo había ido a Bucarest para defender su caso ante el gobierno central. El jefe local del partido exigía el edificio de la iglesia, argumentando que era necesario para un club.

Ella y su esposo, dijo, habían trabajado entre los gitanos durante casi treinta años. Había visto a muchos de ellos llegando por el camino, en pequeños grupos, sentados junto a sus carros, siempre acompañados por un caballo flaco y algunos gansos graznando. Recientemente, continuó, el gobierno finalmente había decidido hacer...

Les ofrecieron trabajos mejor pagados. Ella y su esposo estaban encantados, por supuesto; llevaban años insistiendo en ello. Pero había una condición: ningún gitano que asistiera a la iglesia podía solicitar uno de los nuevos empleos.

“Y así”, dijo la esposa del pastor, “estamos en medio de este fuego cruzado. Nuestros miembros nos están abandonando, y a medida que nuestra congregación disminuye, el Partido tiene cada vez más argumentos para quitarnos el edificio. No creo que estemos aquí el año que viene”.

Y de repente, empezó a llorar, en silencio, para sus adentros, delatada solo por sus hombros. Sugerí que quizás los tres podríamos rezar por lo que nos había contado. Así que inclinamos la cabeza y recé por ella, por su marido, por los gitanos, por toda la desesperada situación en aquella pequeña aldea. Cuando por fin levantamos la cabeza, sus ojos volvieron a humedecerse mientras decía: «Sabes, hace años supe que en Occidente rezaban por nosotros, pero hace ya muchos años que no sabemos nada de ellos. Nunca hemos podido escribir cartas, y hace trece años que no recibimos ninguna. Nos hemos dado cuenta de que nos han olvidado, de que nadie piensa en nosotros, de que nadie conoce nuestra necesidad, de que nadie reza».

Al menos pude asegurarle desde lo más profundo de mi corazón que, tan pronto como regresara, suficientes personas sabrían de ellos y nunca más tendrían que sentir que llevaban su carga solos.

Una vez más se acercaba el momento de partir. Mi visa casi había expirado. Y lo más importante, sabía que el tiempo de Corry estaba a punto de llegar.

Mis últimas horas en Rumanía las pasé con Gheorghe e Ion. Quedé en irme un lunes para poder asistir al servicio dominical con ellos. Fue una reunión inolvidable. Ya estaba acostumbrado a que los servicios duraran de nueve a una, pero este duró desde las nueve de la mañana hasta las cinco de la tarde, con un descanso para una comida copiosa.

Gheorghe fue el orador del último sermón del día. Fue uno muy personal. Habló de la dificultad para respirar que lo había atormentado durante años. "Pero ¿Sabes? —dijo—, cuando tuvimos esa maravillosa conversación con nuestras Biblias, algo le pasó no solo a mi espíritu, sino también a mi cuerpo. Desde entonces respiro mejor.

Y entonces Gheorghe abrió su Biblia. «Tengo un último pasaje que me gustaría compartir contigo, Andrew», me dijo a través del intérprete. «¿Podrías abrir tu Biblia en Hechos 20:36-38?».

Encontré el lugar.

“Este”, dijo Gheorghe, “es el pasaje que dice la despedida como me gustaría. “Y cuando hablamos así, se arrodilló y oró con todos ellos. Y todos lloraron, abrazaron a Pablo y lo besaron, afligidos sobre todo por las palabras que había dicho: no volverían a ver su rostro. Y lo llevaron al barco.”

Me dio risa que me aplicara palabras sobre Pablo. «Eso va de lo más alto a lo más bajo», dije.

Pero aunque nuestra fe pudiera ser pequeña comparada con la de aquellos cristianos del primer siglo, al menos podíamos seguir su ejemplo. Así que, después de cenar, me arrodillé y oré una vez más con ellos. Y entonces, estos cristianos en el centro del mundo comunista lloraron, me abrazaron y me acompañaron a mi pequeño barco azul.

La obra comienza a expandirse

Cuando por fin volví a cruzar la frontera holandesa, llevaba fuera de casa más de dos meses, bastante más de lo que esperaba debido al largo desvío de ida y vuelta. Llegué a Witte tarde por la noche, exhausto, pero eufórico. Subí corriendo la escalera gritando: "¡Corry! ¡Corry, ya estoy en casa!".

Corry se tambaleó hacia la puerta, parpadeando, feliz, rebosante de una maravillosa charla que no podía mantenerse relacionada con el tema por más de treinta segundos.

Sí, todo está bien. La gotera del techo ha empeorado. La familia está bien. El médico dice que será a principios de junio, pero con los primeros bebés a veces es difícil saberlo. ¿Seguro que no quieres más café?

Joppie llegó el 4 de junio de 1959. Nació en casa, como yo, y estuve con Corry todo el tiempo, tal como papá nos había visto venir al mundo.

Y con su llegada, quedó más claro que nunca que Corry y yo necesitábamos un hogar propio. El tercer hijo de Geltje estaba en camino, y Cornelius y su esposa esperaban el primero. Incluso para los estándares holandeses, la casita estaba a reventar.

El problema era adónde ir. Aunque era 1959, los efectos de la guerra aún se sentían en todas partes en Holanda. La vivienda en nuestro pequeño país nunca había sido abundante, y desde 1945 cada ladrillo disponible se había destinado a reconstruir casas bombardeadas o inundadas durante la guerra. Aunque la población de Witte era... estaba en plena expansión y no había habido allí ningún edificio nuevo desde los años 30.

Cuando fui a ver al burgomaestre para hablar del alquiler de casas, él meneó la cabeza.

—Tendré que añadir tu nombre al final de la lista, Andrew —dijo—, y puedo decírtelo ahora: esa lista no ha cambiado ni un solo nombre en casi tres años.

—Bueno, señor, por algún sitio tenemos que empezar. Bájenos.

Si pudieras encontrar una casa para comprar, sería diferente, claro. La lista de espera solo aplica para alquileres.

Gracias por el cumplido, señor. ¿De dónde sacaría el dinero para comprar una casa?

El burgomaestre asintió. «No solo eso», dijo. «Que yo sepa, no hay casas en venta».

A medida que el verano se prolongaba y la ropa que seguía llegando inundaba el pequeño cuarto sobre el cobertizo, comenzamos por primera vez una campaña de oración seria por nuestra necesidad. Todas las noches, durante una semana, le presentamos nuestra situación a Dios, con confianza y esperanza.

Y en la mañana del octavo día tuve una idea. Iba camino a la oficina de correos, pero apenas había cruzado el canal frente a nuestra casa cuando recordé algo. El maestro que se mudaba a Haarlem, ¿no estaba alquilando la casa del viejo Wim en el pueblo? ¡Esa casa estaba disponible entonces!

Pero ¿de qué nos sirvió eso? Éramos los últimos en una larga lista de solicitantes. Aun así, me impresionó cómo se me había ocurrido la idea: repentina y soberana, de una forma que ya conocía. ¿Y si, de nuevo, fuera idea de Dios? ¿Y si Wim estuviera dispuesto a vender la casa? Hacía muchos años que no vivía en ella. Por el momento, ni siquiera iba a pensar en los veinte mil florines que costaría. Simplemente daría un paso al frente y vería qué pasaba.

Olvidándome por completo de mi recado, me dirigí a través de los pólderes hacia la granja de Wim. Lo encontré ordeñando.

“¡Hola, Wim!”

—¡Hola, Andrew! —dijo Wim, girando la cabeza contra

el flanco de la vaca—. Me han dicho que estás viajando bastante. ¿Por Dios?

"Sí, señor."

"¿Qué puedo hacer por ti?"

Bueno, he oído que tu casa en el pueblo va a estar vacía. ¿Has pensado en venderla?

El viejo Wim se quedó boquiabierto. "¡Cómo lo supiste!", dijo. "¡Anoche mismo decidí vender, pero aún no se lo había dicho a nadie!"

Respiré hondo y me lancé. "¿Entonces considerarías vendérmelo?"

Wim me miró largo rato, sin decir nada. «La casa ha pertenecido a la familia durante muchas generaciones», dijo finalmente. «Nada me gustaría más que se usara para la obra del Señor, ahora que ya no quedamos».

Solo entonces, con el corazón acelerado, le pregunté a Wim el precio. "Bueno", dijo, "¿podrías darme diez mil?"

Esta vez fui yo el sorprendido. Era la mitad de lo que pensé que me pediría. «De acuerdo, Wim. Tenemos un acuerdo. Te compro la casa», dije yo, que aún no tenía ni un céntimo, «por diez mil florines».

Antes de irme a casa, llamé a Philip Whetstra. Nunca en mi vida había pedido dinero prestado, pero ahora me parecía que era lo correcto. El Sr. Whetstra me dijo que si iba a su oficina al día siguiente, podría tener el dinero allí

mismo.

Así que para cuando regresé a nuestra habitación encima del cobertizo, Corry y yo éramos prácticamente los dueños de una casa. Fuimos a verla enseguida. Hasta ese momento, creo que nunca me di cuenta de lo que significaba para Corry vivir en un espacio prestado en la casa de otra persona. Corría de habitación en habitación, tocando, planeando, viendo en la casa abandonada el hogar que iba a ser. "Joppie aquí, Andy. ¡Y mira, una habitación entera para la ropa, con el lavadero ahí mismo!"

"¿Ves la habitación de arriba donde cabría tu escritorio?" Ella siguió adelante, con el rostro enrojecido y los ojos brillantes, y supe que por fin ella y yo habíamos llegado a casa.

Al día siguiente fui a Ámsterdam y recogí el dinero. El Sr. Whetstra me lo entregó en billetes. No firmamos ningún documento ni hicimos ningún arreglo para devolverlo. Tampoco mencioné el préstamo a nadie. Y, sin embargo, durante los tres años siguientes, recibimos suficiente dinero, superando las necesidades de la obra, como para que pudiéramos pagar el préstamo en tan poco tiempo. Inmediatamente, misteriosamente, en cuanto pagué la casa, el flujo de fondos sobrantes se detuvo, y permaneció seco hasta que volvió a necesitarse. En los años que llevo viviendo esta vida de fe, nunca he conocido que el cuidado de Dios me haya fallado.

Tenemos una frase en holandés para describir las condiciones en las que se encontraba la casa del viejo Wim cuando Corry y yo nos mudamos. A ese lugar lo

llamamos "desgastado". Los suelos estaban hundidos, el yeso se estaba descascarando, el techo se estaba pudriendo: todos los males propios de la zona de pólder. Pero Corry y yo la amábamos aún más. A medida que la reparábamos y reconstruíamos, la casa se convirtió en nuestra.

Al principio, la única habitación lo suficientemente seca para dormir era la sala. Así que allí vivimos mientras lijábamos paredes, pintábamos y reemplazábamos tablas podridas, y, por supuesto, empezamos un jardín. Hicimos todo el trabajo nosotros mismos, así que fue un proceso lento. Pasaron cinco años antes de que la casa que Corry había visto en aquella primera visita fuera visible también en su totalidad para otros.

Y mientras tanto, el trabajo se hacía cada vez más grande. Ese primer año después del nacimiento de Joppie, volví a visitar todos los países a los que pude volver, varios de ellos más de una vez. Y a medida que el trabajo crecía, también lo hacían los problemas. La correspondencia era lo primero. Cada vez que llegaba a casa, en lugar de echar mano del martillo y la brocha,... Subía a mi pequeño estudio —Corry tenía razón, el escritorio cabía a la perfección— y pasaba días miserables escribiendo respuestas, con dos dedos en un viejo portátil, a una montaña de correo. Nunca llegaba al final de la pila antes de que fuera hora de volver a salir.

El anonimato también se estaba convirtiendo en un problema. Si seguía usando mi nombre real al hablar, ¿no pondría en peligro mi libertad de ir y venir a través de las fronteras? Finalmente llegué a una solución práctica que todavía es solo parcialmente satisfactoria. Dejé de usar mi

nombre completo y comencé a usar el nombre por el que se me conocía tras la Cortina, donde los apellidos casi han desaparecido entre los cristianos: «Hermano Andrew». Como dirección, anoté el número de un apartado postal en el pueblo natal de mi hermano Ben, que servía para consultas sobre la obra.*

Fue un compromiso: sabía que cualquiera que quisiera podría saber quién era yo.

Pero de todas las dificultades que planteaba la expansión del trabajo, la que parecía ofrecer menos solución era el tiempo cada vez mayor fuera de casa. Viajar era una cosa para un soltero, otra muy distinta para un hombre casado con un hijo. De los primeros doce meses de Joppie, me perdí ocho. El primer diente, la primera palabra, el primer paso: oí hablar de ellos más que verlos. Poco después de que naciera Joppie, el Sr. Ringers me recordó su oferta de trabajo en la fábrica, con un salario que nos sonaba a rey. Más tarde ese mismo año me ofrecieron el pastorado de una iglesia en La Haya. Estuve realmente tentado, en ambas ocasiones.

Pero nunca me sentí tentado por mucho tiempo. Justo cuando la presión para quedarme en casa se intensificaba, llegaba una carta. No tenía remitente, a menudo se había enviado semanas antes y, a veces, mostraba señales de haber sido abierta. Era de algún creyente de Bulgaria, Hungría, Polonia o de algún otro lugar, contándome los nuevos problemas que enfrentaban, las nuevas necesidades que habían surgido. Cualquiera que fuera el mensaje, estas cartas siempre parecían llegar justo cuando más las necesitaba, para obligarme a hacer las maletas de

nuevo y solicitar un visado para viajar a algún país del mundo comunista.

Fue en uno de estos viajes de aquel año cuando el valiente motor del coche exhaló su último suspiro.

Ocurrió en Alemania Occidental. Volvía a casa después de un viaje a Alemania Oriental y Polonia. En el coche iban conmigo dos chicos holandeses que había recogido en Berlín, estudiantes que habían pasado sus vacaciones de Semana Santa trabajando en campos de refugiados. A las cinco de la tarde, íbamos dando vueltas cuando, de repente, se oyó un crujido en la parte trasera del coche y el motor se apagó.

Nos detuvimos y abrimos la pequeña puerta trasera, pero no pudimos hacer nada para que volviera a arrancar.

Entonces me enderecé y vi que junto a la carretera, donde nos había dejado el coche por la propia inercia, había una cabina de emergencias. Levanté el auricular y pedí una grúa. En veinte minutos estábamos todos inclinados sobre el motor con el encargado del taller.

Inspeccionó las distintas piezas en silencio durante algunos minutos, luego avanzó y miró el odómetro.

«Noventa y siete mil kilómetros», leyó en voz alta. Su ceño fruncido de desconcierto no lo había abandonado. «Es un buen kilometraje, por supuesto, y aun así, a menos que hayas recorrido un terreno inusualmente accidentado...».

Ahora entendí lo que le preocupaba. Un poco

avergonzado, admití que el odómetro hacía tiempo que había alcanzado su lectura máxima de 99.999 y había vuelto a pasar la marca de cero; era la segunda vez que marcaba 97.000.

—Entonces —dijo el gerente, limpiándose el aceite de las manos—, le diré que ha aprovechado su inversión. Ese motor ya no da más.

¿Cuánto tiempo tomaría poner uno nuevo?

Se detuvo a pensar. «Mi equipo sale en diez minutos. Podrían traerte un motor nuevo en una hora, pero tendrías que darles una buena propina por quedarte horas extras».

“¿Cuánto costaría todo, incluida la propina?”

“Quinientos marcos.”

Sin dudarle, dije: «Adelante. Voy a cambiar más dinero a la estación de tren».

Fue en el tranvía camino a la estación que conté mi dinero y me di cuenta de que con todo lo que llevaba no alcanzaría para quinientos marcos. No recibiría ayuda de los dos estudiantes del taller mecánico; ellos viajaban conmigo porque estaban en la ruina.

¿Debería volver atrás y cancelar la orden de trabajo? No. Veía la mano de Dios con demasiada claridad en todo esto. Detenerse precisamente en el teléfono de emergencia, dejar que el motor se desgastara aquí en Alemania, de donde provenía, en lugar de en un lugar lejano y hostil donde reemplazarlo habría sido imposible

y las preguntas incómodas. Estaba demasiado familiarizado con la forma en que Cristo se ocupa del aspecto práctico del ministerio como para pasar por alto estas señales. Todo esto era Su tiempo, y el asunto del dinero también estaba en Sus manos. No estaba preocupado, solo fascinado por ver cómo lo resolvería todo.

Cuando cambié hasta el último florín, me quedaron —con el dinero alemán en el bolsillo— 470 marcos. Cincuenta menos de lo que necesitaba para pagar la cuenta y comprar gasolina de camino a casa.

“Bueno”, me dije, “algo pasará en el tranvía de regreso”.

Pero no pasó nada. Llegué al taller y encontré a los obreros terminando y a mis dos pasajeros desaparecidos. Habían salido a dar un paseo, dijo uno de los hombres, guardando sus herramientas. Los demás también estaban limpiando. No podía retrasar más el momento de la verdad.

Y en ese instante, los dos jóvenes holandeses entraron corriendo por la puerta, uno de ellos agitando algo en la mano. “¡Andy!”, gritó. “¡Qué locura! Estábamos caminando por la calle cuando una señora se nos acercó y nos preguntó si éramos holandeses. Cuando dije que sí, ¡me dio este billete! ¡Dijo que Dios quería que lo tuviéramos!”

La cuenta era de cincuenta marcos.

Y, sin embargo, a pesar de esta experiencia —y otras

similares que ocurrían casi a diario—, seguía siendo un novato en todo esto del generoso cuidado de Dios. Aún dependía de algún milagro aislado, de la dispensación de emergencia que me sacara de un apuro, en lugar de recostarme en los brazos de un Padre que tenía de sobra.

En casa, surgieron varios gastos nuevos, el mayor de los cuales fue la llegada de nuestro segundo bebé. Apenas un año después del nacimiento de Joppie, Mark Peter se unió a nuestra familia. Empezamos a comprar menos carne en el mercado y a depender más de las verduras de nuestro huerto.

Esto no era una dificultad, pues nos encantaban las verduras. Sin embargo, lo que no nos dimos cuenta era que formaba parte de toda una mentalidad, una "actitud de carencia", en la que habíamos caído.

El error llegó a mi conocimiento a través de las palabras de una señora que nunca he conocido.

Un día recibimos, a través de nuestro apartado postal en Ermelo, una donación bastante grande, equivalente a unos cuarenta dólares. Adjunto al cheque había una nota del donante que decía: «Querido hermano Andrew: Esto debe usarse para sus necesidades personales. ¡No para dedicarse a la obra! Úselo en el amor de Cristo».

Me conmovió esta idea. Habíamos recibido regalos personales de amigos de vez en cuando, pero esta era la primera vez que una completa desconocida nos ponía semejante condición. En lugar de dejar su nota al final de la pila de correo sin responder —debía de tener tres meses para entonces—, me senté y escribí un agradecimiento

ese mismo día. Le dije que agradecíamos especialmente la nota, porque era algo con lo que éramos muy escrupulosos: todas las donaciones se destinaban a la obra a menos que se indicara específicamente lo contrario. Incluso nuestra ropa, le dije, salía de los contenedores para refugiados para ahorrar dinero.

Bueno, a menudo he deseado haber guardado la carta que esta buena señora me respondió. Empezó recordándome el mandato bíblico de que al buey que muele el maíz no se le debe impedir disfrutar del grano. ¿Acaso pensé que Dios se preocupaba menos por sus trabajadores humanos? ¿No debería examinarme mejor para asegurarme de que no albergaba un espíritu de sacrificio? ¿No afirmaba depender de Dios, pero vivía como si mis propias economías satisficieran mis necesidades? La recuerdo de cerca. «Dios te enviará lo que tu familia necesita y también lo que tu trabajo necesita. Tú...»

Eres un cristiano maduro, hermano Andrew. Actúa como tal.

Leí esa carta larga y devotamente. ¿Tendría razón? ¿De verdad vivía en un ambiente de necesidad tan poco cristiano?

Por esa época, Corry y yo fuimos invitados a cenar. Llegó la hora de irnos, y Corry no había aparecido. Subí a nuestra habitación y la encontré todavía en bata.

—No tengo nada que ponerme —dijo en voz muy baja.

Empecé a reír: ¿no era esto lo que siempre decían las mujeres?

Y entonces vi lágrimas en sus ojos. En silencio, comencé a revisar su armario. Vestidos abrigados. Vestidos prácticos; al menos, gracias a los meticulosos remiendos de Corry, se habían vuelto prácticos. Pero, por alguna razón, la ropa que había rescatado de la habitación de refugiados no había logrado incluir nada bonito. Nada femenino ni alegre...

Y de repente vi que esto era parte de todo un patrón de pobreza en el que habíamos caído, una actitud oscura, melancólica y limitada que difícilmente iba con el Cristo del corazón abierto que estábamos predicando a los demás.

Así que decidimos cambiar. Seguimos viviendo frugalmente, y siempre lo haremos, en parte porque ambos fuimos criados así y no sabríamos cómo comportarnos de otra manera. Pero al mismo tiempo, estamos aprendiendo a disfrutar de las cosas materiales que Dios nos da. Corry compró algunos vestidos. Derribamos una pared para que pudiera caminar directamente de la casa a la cocina.

Y cuando llegó nuestro tercer bebé, Paul Denis, también justo un año después del segundo, salimos a comprarle ropa. Y no puedo decir que le haya ido peor por haber pasado sus primeros días con ropa que aún conservaba las etiquetas de la tienda.

Es curioso cuánto tiempo nos llevó aprender el simple hecho de que Dios realmente es un Padre, tan disgustado con una actitud avara y estrecha de carencia como con su defecto opuesto, la adquisitividad.

Fundamentalmente, esta fue una lección de abundancia. Y, tras haberla aprendido en mi vida personal, con el tiempo pude aplicarla en el trabajo.

Durante años trabajé solo. Eso significaba viajar más de ochenta mil kilómetros al año; estar fuera de casa dos tercios del tiempo. Estaba dispuesto a hacerlo mientras pareciera que era lo que Dios quería. Pero ¡cuántas veces, últimamente, el trabajo mismo se había resentido simplemente por no poder estar en dos lugares a la vez! Nunca olvidé a aquellas personas en Bulgaria que me pidieron que fuera a su ciudad justo cuando salía del país. Para cuando regresé a Bulgaria, casi un año después, mucho había cambiado. Las reuniones que creían que les cambiarían la vida ya no eran posibles.

Pero supongamos... ¡supongamos que hubiera tenido un compañero de viaje! Supongamos que fuéramos dos... tres... ¡diez! Alguien que estuviera donde otro no podía, que se sustituyera en el viaje, en las conversaciones, ¡incluso en la escritura de cartas!

La posibilidad empezó a rondarme día y noche. Tendría que ser una comunidad inusual, un organismo, en realidad, más que una organización. Cuanto menos formalmente estuviéramos organizados, mejor, pues si nos arrestaban no nos involucraríamos. Seríamos un pequeño grupo de hombres —y mujeres también, ¿por qué no?— cautivados por la misma visión de llevar esperanza a la Iglesia en su necesidad. Cada uno de nosotros sería un pionero, probablemente sin siquiera compartir procedimientos y técnicas, porque entonces caeríamos en un patrón que sería demasiado fácil de

reconocer y controlar.

Cuando compartí mi sueño con Corry, ella prácticamente gritó de alegría.

Para ser sincero, Andrew, mi reacción es completamente egoísta. ¿Te das cuenta de que los cuatro podríamos verte de vez en cuando?

Inmediatamente se arrepintió de haberlo dicho. Pero yo no. Claro que mis largas ausencias nos afectaron a todos. De hecho, vi crecer a Joppie, Mark, Peter y Paul Denis entre mi partida y mi regreso. Seguramente, si hubiera tenido ayuda, estos viajes tan largos no serían necesarios.

Pero ¿cómo encontrar a la gente? No era que otros no se hubieran ofrecido.

De vez en cuando. De hecho, con bastante frecuencia, al final de una charla, encontraba a tres o cuatro jóvenes entusiasmados de pie alrededor del podio. «Hermano Andrew, ¿puedo acompañarlo en su trabajo tras la Cortina de Hierro? Dios también me ha dicho que predique el Evangelio allí». Otros probablemente eran un poco más sinceros. «¡Suena tan emocionante!», decían. «¡Me gustaría ir solo a llevarle las maletas!».

Pero nunca me había sentido libre de continuar estas conversaciones. No era como si tuviera un truco o sistema para cruzar estas fronteras una y otra vez, que pudiera compartir con otros para garantizar su seguridad también. No era mi astucia ni mi experiencia lo que había evitado el desastre hasta ahora, sino el hecho de que cada mañana de cada viaje me ponía conscientemente en las manos de

Dios y trataba, en la medida de lo posible, de no dar un paso fuera de su voluntad. Pero estas no son acciones que una persona pueda tomar por otra. Así que solía decir: «Bueno, si nos vemos tras el Telón de Acero, entonces, por supuesto, hablemos un poco más».

Y esa sería la última vez que oiría hablar de ellos.

“Aun así”, le dije a Corry una noche, “si Dios quiere que amplíemos la obra, sin duda ha preparado a la gente. ¿Cómo la encuentro?”

“Prueba la oración.”

Me reí. Ese era mi Corry. Lo único que aún no había hecho era pedirle a Dios que me guiara directamente hacia la persona adecuada. Así que oramos en ese mismo momento. Y de inmediato me vino a la mente un nombre.

Hans Gruber.

Conocí a Hans en Austria, trabajando en un campo de refugiados. Era holandés, un gigante, de 1,90 metros, corpulento incluso para su altura, y increíblemente torpe. Parecía tener seis codos, diez pulgares y una docena de rodillas. Y hablaba el alemán más atroz que jamás había oído.

Todo en Hans, individualmente, estaba mal. Pero en conjunto, era la personalidad más perfecta que jamás había conocido. Podía estar de pie en el área de recreo del campamento y mantener a quinientas personas fascinadas hora tras hora, simplemente con palabras. Había visto llover mientras Hans hablaba, en ese alemán

indescriptible, sin que ninguno de sus oyentes mirara al cielo. Incluso en el recinto de los niños huérfanos, era el amo. Este grupo de 240 niños aburridos e inquietos era el terror de todos los demás oradores.

Visitaron el campamento. Para Hans, se sentaron como estatuas y luego lo siguieron por el campamento como ovejas de compañía.

Esa misma tarde le escribí a Hans preguntándole si alguna vez se había sentido impulsado a llevar este ministerio de predicación tras el Telón de Acero. Le escribí que sabía adónde sería mi próximo viaje. Durante semanas, los periódicos habían estado llenos de noticias sobre la nueva flexibilización de las restricciones de viaje en Rusia. Ahora los extranjeros podían viajar por la Unión Soviética por su cuenta, sin guía turístico. Era la noticia que tanto había esperado. Había llegado el momento de mi tan anhelada penetración en el corazón del comunismo.

A vuelta de correo, Hans recibió la respuesta. Estaba eufórico. Mi sugerencia fue para él el cumplimiento de una vieja profecía. Cuando cursaba sexto grado —el último año de escuela—, tenía una extraña sensación cada vez que miraba el mapa de Rusia. Era como si una voz le dijera: «Algún día trabajarás para mí en esa tierra».

«Y desde entonces», escribió, «he estudiado ruso para estar listo cuando llegara el momento. Ahora mi ruso es muy bueno, casi tan bueno como mi alemán. ¿Cuándo nos vamos?»

Con la carta de Hans se produjo un nuevo e importante

paso en mi ministerio: aceptar un socio y duplicar la obra que Cristo estaba haciendo a través de este canal.

Había algunos detalles importantes que resolver antes de poder irnos. Para empezar, necesitábamos un coche nuevo. Incluso con el motor nuevo, el VW ya no ofrecía la seguridad que necesitábamos. En cuanto a que Hans se plegara en el asiento delantero, era completamente imposible. Así que compramos una camioneta Opel nueva. Podríamos dormir en ella y llevar muchas más Biblias.

Un problema de naturaleza más desconcertante resultó ser la forma de conducir de Hans.

“Nunca aprenderé”, gimió mientras le mostraba por milésima vez el Movimiento coordinado del embrague y la palanca de cambios. Una de las grandes ventajas de tener un compañero de equipo, pensé, sería compartir la conducción. Sabía que Hans no sabía conducir, pero supuse que sería fácil enseñarle. Seis horas después, reconocí que podría tardar un poco más de lo que pensaba.

Llegó el día de nuestra partida, y aún no tenía licencia. Sin embargo, en la mayor parte de Europa Occidental se permite que un aprendiz conduzca sin licencia, siempre que se siente junto a un conductor cualificado y haya un freno entre ambos. Planeamos salir a tiempo...

Así que subimos nuestro equipo a bordo, abracé a los chicos uno por uno, besé a Corry de nuevo y partimos. El

Opel se manejaba bien a pesar de su carga. Además de las Biblias, muchas más de las que jamás había llevado, llevaba todo el equipo de camping y cocina para dos personas. El peso extra hacía que el coche se tambaleara un poco, y pensé que debía dejar que Hans se acostumbrara a la nueva situación antes de cruzar la frontera oeste-este. Así que, en Alemania, le cedí el volante. Cinco kilómetros después, volví a cogerlo. Detrás de nosotros había una hilera de coches y camiones de varios kilómetros de longitud.

—Bueno, estuvo bien, Hans. La verdad es que vas un poco lento para esta autopista, pero no importa. Ya te acostumbrarás con el tiempo.

"Nunca lo voy a entender. Lo sé."

—Tonterías. Deberías haberme visto cuando empecé a conducir. Y para tranquilizarlo, le conté mi experiencia en el ejército conduciendo el Bren. Y así, entre risas, llegamos a Berlín.

Si Hans era lento aprendiendo habilidades mecánicas, me llevaba mucha ventaja en otros aspectos. Uno de ellos era su audacia. Los amigos con los que nos quedamos en Berlín estaban fascinados con la idea de llevar Biblias a la Unión Soviética.

—¿En nuestra iglesia hay Biblias en ruso, Andrew! ¿No podrías llevártelas?

No estaba tan seguro. Nuestro equipo ya estaba tan lleno de nudos que parecía sospechoso.

"Claro que las aceptaremos", dijo Hans. Y luego se volvió hacia mí. "Si nos van a arrestar por traer Biblias, mejor que nos arresten por traer muchas".

Así que metimos los libros extra. Justo cuando nos íbamos, llegaron otros amigos con una caja llena de Biblias en ucraniano. Miré a Hans suplicante, pero ya sabía que esa caja se la llevaríamos. Esta vez, simplemente, no había espacio para guardarlas.

—Bueno —dijo Hans—, me dijiste que siempre dejas algunas Biblias a la vista, para que Dios haga el trabajo y no tú. Las llevaré en mi regazo.

Nuestro visado de tránsito nos permitió 72 horas en Polonia. Hubo muchos cambios en Varsovia desde mi primera visita a esa ciudad seis años antes. Pasamos por la escuela donde estaba mi hotel y el cuartel donde hablé con los soldados rojos. Pero el montón de escombros donde había visto a la niña había sido despejado, y en el lugar había un parque.

Le presenté a Hans a amigos tanto en Varsovia como en otras ciudades del país mientras aprovechábamos al máximo nuestros tres días. Y entonces, a menos de 48 kilómetros de la frontera rusa, me di cuenta de que había cometido un grave error al cambiar dinero, allá en Varsovia.

—¡Sabes lo que he hecho! —le dije a Hans—. ¡He cambiado demasiados florines por zlotys!

“¿No puedes cambiarlos nuevamente en la frontera?”

No, Varsovia es el único lugar donde se puede conseguir moneda extranjera. Y si volvemos ahora, se nos vencerá el visado.

Estábamos en plena naturaleza, y Hans estaba al volante. Había accedido a conducir solo si no había otro coche a la vista, y había muchas ocasiones así en Polonia, incluso en 1961. Me senté en el asiento del copiloto a su lado, intentando calcular cuánto dinero habíamos perdido y cómo había podido ser tan idiota, cuando de repente, más adelante, vi que nos encontrábamos ante un tramo complicado. Había un puente sin salida, y la carretera de circunvalación descendía abruptamente desde la autopista, cruzaba el arroyo por un puente provisional endeble y ascendía directamente por el...El terraplén estaba al otro lado. La Varsovia polaca ya nos precedía, bajando por el barranco, avanzando lentamente por el pequeño puente.

Miré a Hans para ver cómo se estaba tomando la situación. Tenía el sudor en el labio mientras agarraba el volante, pero había determinación en sus ojos. ¡Bien!, pensé. Unas cuantas maniobras difíciles como esta le harán ganar confianza.

Hans salió de la acera y empezó a bajar la cuesta. Para mi deleite, parecía tener el coche perfectamente controlado. No íbamos ni más rápido ni más lento que antes. A sus incesantes quince millas por hora, bajó la cuesta lentamente hasta el puente. Ya habíamos cruzado. Pero ahora también el otro coche estaba justo delante de nosotros, subiendo trabajosamente por el lado opuesto.

Demasiado tarde me di cuenta de que Hans no iba a detenerse. Como en una película a cámara lenta, se estrelló implacablemente contra la parte trasera del Warszawa.

El conductor regresó balbuceando. Su ancha cara eslava estaba roja y tenía los puños apretados.

“Reza mientras yo intento hablar con él”, le dije a Hans.

"Buenos días, amigo. ¡Qué día tan bonito!", dije en alemán. Juntos nos acercamos a la parte trasera de su coche e inspeccionamos los daños. Gracias al paso de tortuga de Hans, no eran nada del otro mundo: la luz trasera y un guardabarros trasero estaban dañados. Nuestro parachoques y un guardabarros delantero estaban abollados.

«Policía», dijo el hombre. «Policía. Policía». Conocía bien esa palabra alemana.

¡Pero eso era lo único que no debía pasar! Allí estábamos, cargados de Biblias en un país comunista, y allí estaba Hans sin carnet de conducir al volante.

Y entonces recordé mi billetera, llena de zlotys. ¿Sería por eso que Dios me había permitido hacer ese estúpido cambio excesivo? "Bueno", dije, "¿cuánto crees que costará?"

El rostro del polaco permaneció inmutable. «¡Policía, policía!», dijo. Volví a colocar un trozo de vidrio contra la luz trasera y me encogí de hombros, con la esperanza

de indicar que no creía que los daños fueran demasiado graves.

“¿Seis mil zlotys?”

El hombre lo entendió perfectamente. Aflojó los puños, pero repitió una vez más la palabra «Policía».

¿Ocho mil zlotys? ¿Nueve mil? Seguro que las reparaciones no costarán más de nueve mil. Con un gesto dramático, metí la mano en mi cartera y saqué otro billete de mil zlotys. «Diez mil, y es una buena cantidad», dije, extendiendo el dinero.

Lo cogió. Mientras corría de vuelta a su coche, gritó por encima del hombro: «¡No a la policía!». Arrancó la Warszawa y nos dejó en un círculo de polvo.

“¿Puedo respirar ahora?” dijo Hans.

“Puedes respirar.”

Y allí, en la polvorienta carretera de circunvalación, dimos gracias al Señor por habernos permitido cometer un error para sacarnos de otro.

Cruzamos la frontera en Brest. Hans apenas podía contener la emoción cuando se abrió la barrera. Insistió en usar su ruso con los agentes de aduanas. Dudo que pudieran entender una palabra de cada diez, pero se sintieron enormemente halagados por su esfuerzo.

Debimos haber sido de los primeros coches en entrar sin guía de Intourist. Los guardias estaban interesados en su

novedosa tarea de inspeccionar ellos mismos nuestros papeles y efectos personales, y se alegraron mucho cuando les ofrecimos dólares estadounidenses para cambiarlos.

“Rusia y Estados Unidos se insultan”, dijo uno de los guardias en inglés con un guiño. “Pero por esto, perdonamos”. Tomó los billetes. “Un rublo por un dólar. Eso lo hace fácil”.

Por fin llegó la hora de la inspección del coche. Hans y yo habíamos acordado de antemano la técnica que usaríamos siempre que dos personas cruzaran la frontera juntas. Solo uno de nosotros hablaría a la vez; el otro estaría constantemente en oración, rezando para que se cumpliera la voluntad de Dios en cada detalle de la inspección, rezando por el país al que entrábamos, empezando por estos empleados en la frontera.

En este caso, el guardia nos pidió que abriéramos un par de maletas, pero apenas echó un vistazo al interior. Lo que quería ver era el motor Opel. Me hizo algunas preguntas técnicas, luego, al parecer, se sintió avergonzado por haber mostrado una curiosidad informal y cerró el capó de golpe. Nos acompañó de vuelta por el pequeño jardín frente a la caseta de aduanas, selló nuestros documentos y se despidió.

Estábamos al otro lado.

*Hermano Andrew, Apartado Postal 47, Ermelo, Holanda.

Rusia a primera vista

Fue el primer viaje de Hans a Rusia, pero no el mío. El año en que nació Mark Peter, acompañé a un grupo de jóvenes de Holanda, Alemania y Dinamarca a un Congreso de la Juventud en Moscú, muy similar al de Varsovia años antes. Estuvimos fuera solo dos semanas, viajando en tren y, por supuesto, siguiendo un horario oficial. Sin embargo, como viaje de exploración, fue de enorme valor. Varias escenas me impresionaron especialmente.

Volvieron a mí mientras Hans y yo atravesábamos en coche el vasto paisaje ruso. El trayecto de Brest a Moscú era de 1120 kilómetros. Pasé el tiempo recordándole a Hans aquellos recuerdos de mi viaje anterior.

El hotel donde me habían asignado, en realidad un cuartel gigantesco, estaba en un pueblo a ocho millas de Moscú. En nuestra primera tarde libre, caminé hacia el pueblo en busca de la iglesia.

Era una estructura ortodoxa rusa con cúpula de cebolla, que obviamente había sido el corazón del pueblo, situada frente al único pozo del pueblo. Ahora estaba en

completo deterioro. Crecían malezas donde antes el camino estaba despejado y abarrotado de gente. Las ventanas estaban tapiadas. Afuera, se apilaban cajas de embalaje como si el edificio se usara como almacén.

Recorrí toda la estructura buscando la cruz, pero ya no estaba. Y entonces, al rodear la iglesia por segunda vez, vi la pequeña imagen que jamás olvidé. Porque allí, escondido en la cerradura de la puerta principal, ¡había un pequeño ramo de flores amarillas frescas!

Al acercarme, vi que cientos de flores marchitas yacían en el suelo, como si Estos ramos se cambiaban con regularidad. En mi mente, podía ver a una campesina, vestida de negro, llegando a la iglesia a altas horas de la noche con su acto de amor y recuerdo.

Ese domingo me dirigí a la única iglesia protestante de todo Moscú que aún estaba abierta. Por lo que había leído en la prensa holandesa, esperaba encontrarme con una congregación pequeña y desmoralizada.

Al principio no estaba seguro de tener la dirección correcta. ¿Por qué había tanta gente esperando afuera? Me senté, inseguro, al final, cuando de repente un hombre se me acercó y me habló en alemán.

“¿Has venido a la iglesia?” preguntó.

“¿Esto es una iglesia entonces?”

—Claro. Ven conmigo. Hay un balcón reservado para visitantes extranjeros.

Así que cruzamos una pequeña puerta, recorrimos un pasillo, subimos una escalera de acero y salimos al balcón. Y allí vi por primera vez la imagen con la que me familiarizaría años después: la Iglesia Protestante de Moscú durante el culto. El salón era rectangular, estrecho y largo, con dos balcones a cada lado, una plataforma con capacidad para doce personas al frente, un magnífico órgano y una vidriera orientada al este con unas palabras que mi amigo tradujo como «Dios es Amor». La iglesia tenía una capacidad de unas mil personas, y esa mañana había cerca de dos mil.

Nunca en todos mis viajes había visto tanta gente apiñada en un solo edificio. Todos los asientos estaban ocupados. Los pasillos estaban abarrotados de gente de pie, tanto en el centro como a ambos lados. Los balcones estaban a rebosar.

Entonces empezó el canto. Dos mil profundas voces esclavas en perfecta armonía. Ahogaban el sonido del órgano. Ricas, guturales, plenas, vigorosas, masculinas. Cerré los ojos y me fue fácil imaginar que estaba escuchando coros celestiales. Cantaron sin parar hasta que se me saltaron las lágrimas.

Cuando llegó la hora de la colecta, los acomodadores no tenían forma de pasar entre tanta gente, así que los billetes se repartieron de mano en mano hasta el frente. En cuanto se hizo la colecta, comenzaron los sermones. Sí, sermones.

Había dos de ellos, cada uno de longitud estándar, uno detrás del otro.

Mientras se pronunciaban los sermones, me pareció que algunos feligreses se comportaban de forma muy extraña. Hacían aviones de papel y los lanzaban desde la parte trasera de la iglesia y desde los balcones, sobre las cabezas de los feligreses de abajo. Nadie parecía perturbado por este extraño comportamiento. Los aviones fueron capturados y distribuidos hasta que finalmente fueron recogidos por uno de los hombres en la plataforma.

Finalmente mi curiosidad no pudo soportarlo más y me volví hacia el hombre que me condujo escaleras arriba.

“Esas son las peticiones de oración”, explicó. “El pastor las está dividiendo en dos grupos. Uno es para peticiones individuales y el otro para visitantes de toda la Unión que desean que esta congregación ore por sus iglesias locales. Ya lo verán cuando llegue el momento”.

Efectivamente, en cuanto el segundo orador se sentó, el pastor se levantó y levantó la primera pila. Luego leyó los nombres de las iglesias visitantes y dijo, según me enteré por mi intérprete, “¿Nos alegra recibir a estas visitas?”.

“¡Amén!”

“¿Y los tenemos en cuenta en nuestras oraciones?”

“¡Amén!”

“Y estas peticiones” —leyó dos o tres de las notas individuales— “¿Oramos por estas necesidades?”

"¡Amén!"

"Entonces oremos."

Y sin más preámbulos, toda la congregación de dos mil personas comenzó a orar en voz alta simultáneamente. De vez en cuando, una sola voz se alzaba sobre el murmullo, clara y suplicante, mientras las demás se desvanecían en un murmullo de fondo. Luego, la marea sonora volvía a crecer, hasta que de nuevo una persona se alzaba para expresar los pensamientos de todos. Fue una experiencia que conmovió.

A mí, a lo más profundo de mi espíritu.

Después del servicio, se anunció que los pastores estarían encantados de recibir a los visitantes del Congreso de Jóvenes en el vestíbulo de la planta baja y responder a sus preguntas. Una docena de nosotros aceptamos la invitación. Las preguntas se sucedieron rápidamente. "¿Dónde está la iglesia protestante más cercana?"

Oh, hay muchas iglesias protestantes en Rusia. Hay otras muy cerca.

"¿Pero qué tan cerca?"

"Ciento ochenta kilómetros."

¿Existe libertad religiosa en Rusia?

"Tenemos completa libertad religiosa aquí, sí".

“¿Qué pasa con los pastores que han sido encarcelados?”

“No sabemos de ningún pastor que esté en la cárcel, salvo, quizás, subversivos políticos”.

Y entonces hice mi pregunta: “¿Y qué hay de las Biblias? ¿Tienen suficientes?”

“Hay muchísimas Biblias, sí.” Como prueba, pasaron un ejemplar por la sala. “Esta excelente nueva edición acaba de imprimirse aquí en Rusia.” Eso fue una novedad para mí.

“¿Cuántas copias?”

—Oh, montones. Muchas copias.

Y así seguían las preguntas y las respuestas suaves que no decían nada. Al día siguiente, por si acaso podía ver a alguno de los pastores a solas, regresé a la iglesia. Era lunes por la mañana, pero incluso a esa hora y día, el lugar estaba lleno de gente. Entonces me enteré de que la iglesia también servía como sede de la Unión Bautista para todos los soviéticos.

“¿Puedo ayudarle?”, preguntó una voz. Me giré y reconocí el rostro. Era uno de los hombres que habían estado en el andén la mañana anterior y... Después de responder preguntas, se presentó como Ivanhoff y me invitó a su despacho. Me preguntaba cómo iba a refutar sus declaraciones del día anterior. Quizás lo mejor sería decirle de inmediato que había traído Biblias y ver cuál sería su reacción.

“He traído algo de los bautistas de Holanda a los bautistas de Rusia”, comencé, colocando un paquete atado con papel marrón sobre su mesa.

“¿Qué tienes ahí?”

“Biblias.”

“¿Biblias rusas?”

De la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera. Me he tomado la libertad de arrancar la página impresa.

Me pareció que mantenía la compostura con dificultad mientras decía: “¿Puedo verlos, por favor?”

Así que desaté la cuerda y le mostré el pequeño y lamentable montón de tres Biblias que había podido traer en el tren. El problema, como con tantas Biblias de Europa del Este, era el tamaño de cada volumen. El ruso, al igual que el serbio, el ucraniano y el macedonio, está escrito en alfabeto cirílico, lo que produce libros más voluminosos que el latino. En el mismo espacio podría haber traído diez o doce Biblias holandesas o inglesas. Pero lo que me interesó fue la reacción del pastor ante esta pequeña ofrenda. Era evidente que estaba conteniendo su entusiasmo con gran esfuerzo.

¿Dijiste que estos eran un regalo?

—Sí. —Y entonces no pude resistirme a bromear un poco—. Pero dices que hay una nueva edición soviética. Quizás no fuera necesario haber traído Biblias.

—Bueno... —El pastor recordó la charla del día anterior—. De hecho, esa edición se envió en gran parte fuera del país. A la Feria de Bruselas y alrededores, ¿sabe?

"Veo."

Luego, inclinándose hacia adelante, hizo otra pregunta: «Dime, amigo mío, ¿por qué viniste realmente a Rusia?».

En la cuerda floja por la que caminaba, me pareció que quizás una respuesta bíblica sería lo más diplomático. Lo pensé un momento y finalmente se me ocurrió una.

¿Recuerdas en la Biblia cuando José vagaba entre los siquemitas? Uno de ellos lo vio y le hizo una pregunta. ¿Recuerdas qué era?

El pastor reflexionó. «Preguntó: '¿A quién buscan?'»

“¿Y la respuesta de José?”

“Él dijo: 'Busco a mis hermanos'”.

“Bueno”, dije, “eso también es mi respuesta a tu pregunta”.

Para Rusia con amor

Hans había escuchado con gran interés estos recuerdos, interrumpiéndolos ocasionalmente con preguntas. Al terminarlos, ofreció una de sus oraciones francas y llenas de fe para que nos guiaran de nuevo hacia Ivanhoff, ya que el contacto se había establecido y la relación había comenzado.

—Creo que es hora de un descanso, Andy —añadió—. Me gustaría tomar un café.

“Yo también lo haría.”

Más adelante había un claro en un seto alto, por el que nos adentramos sin darnos cuenta de que ya había un automóvil estacionado al costado del camino, cuyos ocupantes disfrutaban de un almuerzo tipo picnic.

Nos detuvimos y empezamos a sacar nuestras cosas. Me pareció que los rusos del otro coche se comportaban de forma muy hostil. No paraban de mirarnos con enojo y murmurar. El hombre tiró media taza de té al suelo, quejándose, mientras las dos mujeres apilaban platos, fruta y panes a medio comer en una cesta de paja.

Todavía nos preguntábamos qué era todo esto cuando, de

repente, se oyó un chirrido de frenos al otro lado del seto. Las puertas de los coches se cerraron de golpe. Y de repente nos encontramos con dos policías uniformados. Estaban de pie en el hueco del seto, con las manos en las caderas, mirando rápidamente a ambos grupos. Entonces, un agente se acercó a nosotros mientras el otro se dirigía al coche ruso.

"¿Cómo estás?" dijo Hans sonriendo alegremente ante esta oportunidad de usar su ruso.

El oficial no respondió, y el rostro de Hans se ensombreció. "Simplemente no quiere ser sociable", dijo Hans, volviendo a su café. Conociendo a Hans, sin embargo, sabía que estaba rezando con todas sus fuerzas. Este hombre no debe empezar a husmear en su interior.

Nuestro automóvil. Mientras orábamos, el oficial nos dejó abruptamente y se acercó a su compañero en el otro auto. Hubo un intercambio de palabras acaloradas, un encogimiento de hombros, y luego los rusos comenzaron a descargar su automóvil.

Observamos durante veinte minutos cómo esa pobre gente sacaba todo lo que se podía sacar del coche y lo esparcía por el suelo. Luego, los agentes revisaron el interior del motor, el maletero y debajo del coche. Sabíamos que, de alguna manera, éramos responsables de las molestias que les estaban causando, pero no sabíamos qué hacer. Así que simplemente revolvimos el café hasta que se enfrió.

Después de media hora, cuando los agentes ni siquiera nos habían mirado, decidimos que era hora de intentar

irnos. Así que nos tomamos el café asqueroso, guardamos la hornilla y hicimos todo el ruido posible cerrando las puertas y finalmente arrancando el motor. Aun así, los agentes no nos hicieron caso. Nos deslizamos por el seto y volvimos a la carretera rodeando el coche patrulla.

“¿Qué fue todo esto?”, preguntó Hans mientras estábamos en camino.

No sé, a menos que pensarán que éramos contrabandistas haciendo un intercambio ahí junto al camino. Hans, tenemos que rezar por esa familia, para que no se metan en problemas por nuestra torpeza. Y es algo que debemos recordar cuando llegue el momento de deshacernos de nuestro cargamento.

Las avenidas de Moscú eran enormes, tan anchas que cabían diez coches en fila, y estaban más concurridas de lo que recordaba. Pasamos la enorme tienda GUM, atravesamos la inmensa Plaza Roja, pasamos por el Mausoleo y finalmente llegamos al campamento que nos habían asignado. Enseguida montamos nuestra tienda de campaña con forma de iglú y nos preparamos para sacar al menos algunas de nuestras Biblias.

—No mires ahora —dijo Hans—, pero tenemos miradas indiscretas.

Sin levantar la vista, arrojé un mapa de carreteras sobre las dos Biblias que había sacado. Entonces, casualmente, miré a mi alrededor y vi al hombre. Llevaba una camisa verde.

Vestía uniforme de faena y se quedó a pocos metros del coche observándonos. Saqué la cafetera, y Hans y yo nos pusimos a preparar un café que no nos gustó nada. En cuanto terminamos de desempacar las Biblias, las miradas indiscretas se alejaron.

“¿Qué opinas de esto?”, le pregunté a Hans.

No me gusta. Ojalá pudiéramos deshacernos de este cargamento.

Tomamos solo una de las Biblias, cerramos el coche y salimos del campamento. Era jueves por la noche: la noche del servicio de entre semana en la iglesia bautista a la que nos dirigíamos.

¡Asistieron unas mil doscientas personas a la reunión de oración del jueves por la noche! El formato del servicio fue muy similar al que había asistido dos años antes, pero no vi a Ivanhoff ni en la plataforma ni en la parte de la congregación que pude ver.

Al terminar la reunión, Hans y yo salimos al vestíbulo y nos pusimos a deambular entre la multitud. El objetivo principal de la noche era contactar a quienes pudiéramos entregar nuestras Biblias. Me abrí paso lentamente por el amplio vestíbulo, mirando rostro tras rostro, pidiéndole a Dios que me diera, como tantas otras veces, ese momento de reconocimiento que, para los cristianos, puede ser el fruto de muchos años de conocimiento y una confianza creciente.

Y al poco tiempo lo vi: un hombre delgado y calvo, de unos cuarenta y tantos años, de pie contra la pared,

mirando fijamente a la multitud. Tenía una orden tan clara de hablar con él que casi me olvidé de Hans. Pero en una verdadera sociedad cristiana, la guía de un miembro siempre se somete a la del otro para su corrección y confirmación. Así que esperé a que Hans se acercara lentamente a mi lado.

"¡He visto a nuestro hombre!", dijo antes de que pudiera hablar. Y entre los cientos de personas en el vestíbulo, saludó con la cabeza al hombre que yo también había elegido. Con el corazón en alto, nos abrimos paso hacia él.

"Kak vi po zhi vayete", empezó Hans.

"Kak vi po zhi vayete", respondió el hombre, instantáneamente alerta.

Sin embargo, cuando Hans empezó a describirnos quiénes éramos y de dónde veníamos, el rostro del hombre se tornó cada vez más perplejo. Pero cuando Hans volvió en sí...Al oír la palabra «holandés», se echó a reír. Nos contó que él mismo era alemán; era un inmigrante de segunda generación que vivía en Siberia, y que su familia aún hablaba alemán en casa.

Enseguida los tres nos pusimos a conversar. Y mientras hablábamos, Hans y yo nos sentíamos cada vez más incrédulos. Este hombre provenía de una pequeña iglesia en Siberia, a tres mil kilómetros de distancia, donde había 150 feligreses pero ni una sola Biblia. Un día, en un sueño, le dijeron que fuera a Moscú, donde encontraría una Biblia para su iglesia. Al principio se resistió, dijo, pues sabía mejor que nadie que había muy pocas Biblias

en Moscú.

Y ese fue el final de su historia.

Hans y yo nos miramos con incredulidad. Asentí con la cabeza, y ahora era su turno de compartir la buena noticia con nuestro amigo siberiano.

A ustedes se les dijo que viajaran tres mil kilómetros al este para conseguir una Biblia, y a nosotros se nos dijo que recorriéramos tres mil kilómetros al oeste llevando Biblias a iglesias en Rusia. Y aquí estamos esta noche, reconociéndonos en el mismo instante en que nos encontramos.

Y dicho esto, Hans extendió la gran Biblia rusa que habíamos traído. El siberiano se quedó sin palabras. La sostuvo con el brazo extendido y la miró fijamente, luego a nosotros dos, y luego a la Biblia de nuevo. De repente, la barrera se desbordó, y una lluvia de agradecimientos y abrazos fuertes siguió hasta que atrajimos a un grupo de curiosos. Lo lamenté; no quería llamar la atención. En voz baja, le conté al tipo el resto de la noticia: que teníamos más Biblias y que si volvía a vernos allí a las diez de la mañana siguiente, le dejaríamos media docena para que se las llevara a casa.

El siberiano de repente sospechó. "¿Son gratis?"

"Claro", respondimos. "Esto es simplemente una rama de la Iglesia que atiende las necesidades de otra".

A la mañana siguiente, a las nueve, Hans montó guardia mientras yo intentaba sacar las Biblias de su escondite en

el coche. Apenas iba por la mitad cuando Hans silbó el himno nacional holandés, y supe que nuestro amigo del uniforme verde había vuelto. Con un suspiro, me puse a preparar café.

“¡El café está listo!” le grité a Hans.

Se acercó y me quitó de las manos un vaso de líquido helado. “¿Ha vuelto?”, pregunté.

—Igual de curioso que ayer. Sospecha algo. ¿Cuántos sacaste?

"Cuatro."

“Bueno, con eso basta. Métanlas en las maletas del vuelo y vámonos”. Tener una Biblia para uso personal no era un delito; pero el comercio de Biblias de contrabando sí lo era, y era peligroso parecer que se trataba de contrabando. Así que metimos solo cuatro Biblias en nuestras maletas de KLM y caminamos por el callejón hasta la parada del autobús. A las diez en punto entramos en la iglesia y nos sentamos en un banco cerca de la puerta. A las 10:30 estábamos ansiosos y llamamos mucho la atención. Y entonces, a las 10:45, una voz me habló a mi lado. “Hola, hermano”.

Me di la vuelta. No era el siberiano. Era Ivanhoff, el pastor que había conocido en mi anterior visita a Moscú.

“¿Estás esperando a alguien?” preguntó Ivanhoff.

—Sí. Alguien que conocimos aquí anoche.

Ivanhoff guardó silencio un momento. Luego, dijo en voz baja: «Sí. Eso es lo que me temía. Tu amigo siberiano no puede venir».

¿Cómo es que no puedes venir?

Ivanhoff miró a su alrededor. «Amigos míos», dijo, «en cada servicio hay policía secreta. Contamos con ello. Los vieron a ustedes y a este hombre hablando, así que no puede venir. Le han hablado. ¿Pero le han traído algo?»

Miré a Hans. ¿Se podía confiar en Ivanhoff? Hans se encogió de hombros y luego asintió apenas perceptiblemente.

—Sí —dije brevemente—. Cuatro Biblias. En estas bolsas.

“Déjamelos; yo me encargaré de que los consiga”.

Hans y yo volvimos a mirarnos. Pero terminamos llevándonos las Biblias.

Envuelto en papel de periódico, lo saqué de las bolsas y lo entregué. Luego, pidiéndole a Dios protección, me lancé: no parecía haber otra opción.

“¿Hay algún lugar donde podamos hablar?” pregunté.

"¿Hablar?"

“Bueno, francamente, estas no son las únicas Biblias que tenemos”.

Ivanhoff contuvo el aliento. "¿Qué quieres decir? Habla en voz baja. ¿Cuántas Biblias tienes?"

"Más de cien."

"Estás bromeando."

"Están en nuestro coche en el campamento".

Ivanhoff reflexionó un momento. Luego, sin decir palabra, nos condujo por un largo pasillo. Al doblar una esquina, se detuvo de repente, dejó las Biblias en el suelo y extendió las manos con las palmas hacia abajo.

"¿Ven esas uñas?", dijo. Nos quedamos mirando las uñas, estriadas y engrosadas como cuando se dañan profundamente en la raíz. "He pasado mi tiempo en prisión por la fe", dijo Ivanhoff. ¡Y este era el hombre que le había dicho a la delegación juvenil visitante que no había persecución religiosa en Rusia! "Les seré franco. No puedo volver a pasar por eso. No puedo ayudarlos con esas Biblias".

Sentí compasión por este hombre. "Lo sé", dije. "No te culpamos. Quizás conozcas a alguien más que esté dispuesto".

—Markov —dijo Ivanhoff—. Le arreglaré el alquiler de un coche. Te esperará frente a la tienda GUM a la una en punto. —Y luego, como si se le hubiera ocurrido—: Pero ten cuidado.

Hans señaló la pequeña pila de Biblias en el suelo. "¿Qué pasa con estas? ¿No te arriesgas a que algo se las lleve?"

Ivanhoff sonrió, pero su mirada seguía triste como siempre. «Cuatro Biblias», dijo.

Eso no es un delito económico muy grave. Valen cuatrocientos rublos. ¿Cuánto tiempo se va a la cárcel por cuatrocientos rublos? ¿Cuatro meses como máximo? ¡Pero cien Biblias! Eso vale diez mil rublos aquí en Moscú, más en provincias. ¡Diez mil rublos en literatura pornográfica! Vaya, un hombre podría...

—¿Pornografía? —dijimos Hans y yo a la vez—. ¿Y qué tiene que ver eso con nosotros?

—Nada —dijo Ivanhoff—. Salvo que si te pillan, te acusarán de vender eso. Y entonces, como si recibiera una señal, giró sobre sus talones, agarró los libros del suelo y se alejó rápidamente, haciendo resonar sus zapatos por el pasillo vacío mientras desaparecía de la vista.

Esa tarde, a la una, nos detuvimos frente a la tienda de chicles. Aman salió de un coche aparcado a cien metros y pasó junto a nosotros, mirándonos con cautela por la ventanilla. Luego regresó.

“¿Hermano Andrés?”

—Eres Markov —dije—. Saludos en el nombre del Señor.

“Haremos algo muy audaz”, dijo Markov, hablando rápidamente. “Intercambiaremos las Biblias a dos minutos de la Plaza Roja. Nadie sospechará jamás de nosotros en un lugar así. Es una genialidad”.

Claramente, este hermano era más genio que yo. No me gustó cómo sonaba. Nos condujo a una calle que, efectivamente, estaba a menos de dos minutos de la Plaza Roja. Había un gran muro ciego a un lado de la calle, pero al otro lado había casas. En cualquier ventana podía haber un par de ojos curiosos.

“Será mejor que reces”, le dije a Hans mientras aparcaba detrás del coche de Markov.

Hans oró en voz alta mientras yo me ocupaba de las Biblias y las guardaba, una a una, en cajas y sacos. Markov abrió la puerta trasera de su coche e hicimos el traslado al aire libre, viaje tras viaje por la concurrida acera. Cuando terminamos, Markov solo se dio tiempo para un rápido apretón de manos antes de volver a su coche y arrancar el motor.

“Para la próxima semana”, dijo, “estas Biblias estarán en manos de pastores de todo el mundo”.

Rusia."

Mientras Markov se alejaba, miré a Hans. Seguía rezando, pero también sonreía. Esta parte de nuestra misión estaba cumplida. Salvo por esa caja de Biblias ucranianas, nuestro amigo del uniforme verde podía mirar con atención. El coche estaba vacío.

Regresamos a casa por Ucrania, entregando nosotros mismos las últimas Biblias a las iglesias. Y fue en una de estas paradas que un sueño me atrapó y que durante los tres años siguientes no me abandonó. Porque fue allí, en Ucrania, cuando solo nos quedaban dos Biblias, que un feligrés nos trajo algo para que lo viéramos, un tesoro de su familia: una Biblia ucraniana de bolsillo.

Sostuve el pequeño volumen en la mano, incrédulo. Sí, me aseguró el hombre, era una Biblia completa. ¡Pero era una cuarta parte del tamaño de las Biblias que habíamos traído! Pasé las páginas de papel de China, maravillándome con la letra diminuta, tan pequeña y, sin embargo, tan nítida. Cada palabra era clara y bien espaciada. Lo bombardeé a preguntas: dónde se había impreso, quién lo publicó, dónde lo habían comprado, pero no tenía respuesta a ninguna.

No podía soltar el librito. Lo sopesé en la mano. Lo guardé en el bolsillo. Lo saqué y lo sostuve junto a una de las Biblias estándar. ¡Si fueran de este tamaño, podríamos traer tres o cuatro veces más en cada viaje! Y una vez dentro, serían mucho más fáciles de trasladar y ocultar. Y si se pudiera hacer con el ucraniano, también se podría imprimir en este formato el ruso, y los demás idiomas de Europa del Este...

Al ver lo intrigada que me parecía la Biblia, el dueño me sugirió algo: si podía quedarse con las dos nuevas que habíamos traído, ¿nos quedaríamos con esta? La iglesia seguiría teniendo una Biblia más.

Para mi deleite, el ministro y el resto de la congregación

estuvieron de acuerdo, y me fui de aquel pueblo con el sueño en el bolsillo. Estaba deseando mostrárselo a nuestras sociedades bíblicas de Occidente.

Nuestro último domingo en Rusia, asistimos a una iglesia bautista en un pueblo ucraniano, no lejos de la frontera con Hungría. Los cantos eran conmovedores, las oraciones fervientes. Pero cuando llegó la hora del sermón, el pastor hizo algo extraño. Bajó de la plataforma, tomó prestado un libro de un miembro de la congregación y lo llevó al púlpito. ¡Era la Biblia! Habíamos oído que había ministros en Rusia que no tenían Biblias propias. Pero esta era la primera vez que lo veíamos con nuestros propios ojos.

Después del servicio, el pastor nos invitó a visitarlo brevemente con él y sus ancianos en su estudio. La visita comenzó, como solía ocurrir en Rusia, con un ataque. Nos enteramos de que se trataba de una medida de seguridad, ya que todos los pastores sabían que sus acciones eran observadas. En esta ocasión, el ataque fue contra mi automóvil.

“Dígame”, dijo el pastor a través de un feligrés que hablaba alemán, “¿de qué complejo industrial es usted el jefe?”

“Pero no estoy en ninguna empresa”.

Nuestro intérprete tradujo, pero el pastor no dejó de hablar del tema. «Sé que no dice la verdad», dijo, «porque tiene un coche aparcado justo afuera. Solo los capitalistas

tienen coches; los trabajadores caminan».

¿Qué podía hacer? Era imposible convencerlo de que yo era un ex obrero de fábrica, hijo de un herrero de pueblo, con muchas menos garantías de ingresos que él. Simplemente no podía comprender estos hechos y dejó el tema solo por cortesía, ¡o quizás porque sentía que había consolidado su antipatía por las clases ociosas y adineradas!

En cualquier caso, nos pusimos a hablar de la Segunda Venida de Cristo —sin duda el tema teológico más popular en Rusia— y el tono de nuestra conversación cambió de inmediato. Saqué mi Biblia holandesa del bolsillo para seguir las referencias que hacía y, cuando terminó, la dejé sobre el escritorio.

Me di cuenta casi de inmediato de que había perdido el interés en la conversación. Su mente...

¡Estaba absorto con la Biblia! La tomó, la sopesó, la abrió, se quedó mirando las palabras en holandés que no podía leer y la volvió a cerrar.

Luego la volvió a colocar sobre el escritorio. No como yo la había dejado, sino con gran precisión. La colocó en la esquina y lentamente pasó el dedo por el borde hasta alinearla con el escritorio. Y entonces, con voz distante, hablando más para sí mismo que para nosotros, dijo: «Sabes, hermano, no tengo Biblia».

Se me partió el corazón. Allí estaba este hombre importante, el líder espiritual de mil almas, que no tenía una copia de la Biblia.

Todas las que habíamos traído se habían ido, y entonces recordé. ¡La pequeña Biblia de bolsillo ucraniana! "¡Espera!", grité. Salté de la silla. Las sociedades bíblicas tendrían que creerme. Salí corriendo a mi coche, abrí la puerta de golpe, saqué la pequeña Biblia de debajo del asiento y volví corriendo al estudio.

—Toma. —Le di la Biblia al pastor—. Es para ti. Para que la conserves.

El traductor repitió las palabras, pero el pastor aún no entendió.

¿De quién es?, dijo.

¡Es tuyo! Para conservarlo, para poseerlo.

Cuando Hans y yo nos fuimos ese día, nos dolía el pecho por los abrazos de aquel grupo de ancianos. Porque ahora su pastor tenía su propia Biblia. Una Biblia que no tenía que devolver al final del servicio. Una Biblia que podía recoger cuando quisiera. Una Biblia que podía leer y amar.

Y al salir de Rusia, supe que me esperaba una tarea más grande que cualquier otra que hubiera emprendido tras el Telón de Acero. Tenía que convencer a alguna organización para que imprimiera Biblias en eslavo en ediciones de bolsillo. Y tenía que traer estos libros a Rusia no por cientos, sino por miles.

Biblias para los pastores rusos

Lo único que me preocupaba ahora era la necesidad de una Biblia de bolsillo en ruso. Se convirtió en una obsesión. Recorrí las sociedades bíblicas, pero incluso cuando una sociedad coincidía en que tal edición era posible en teoría, surgían problemas prácticos. La Sociedad Bíblica Americana, que me había estado proporcionando Biblias en ruso gratuitamente, aunque comprensiva, no veía la manera de imprimir una edición especial solo para esta operación. La Sociedad Bíblica Británica y Extranjera se encontraba en la misma situación; la Sociedad Bíblica Holandesa estaba comprometida con el trabajo en África e Indonesia y no se ocupaba de los idiomas de Europa del Este.

“¿Por qué no imprimes tu propia Biblia de bolsillo?”, me preguntó Philip Whetstra una noche mientras estaba hablando con él sobre mi problema.

"Muy divertido."

Lo digo en serio. Sabes exactamente lo que quieres. Imprímelo tú mismo.

—Debe estar soñando, Sr. Whetstra. Eso costaría al

menos cinco mil dólares. ¿De dónde sacaría cinco mil dólares?

El Sr. Whetstra me miró con tristeza. "¿Después de tanto tiempo, me preguntas eso?", dijo.

Por supuesto que tenía razón. No sería yo quien aportaría los fondos para semejante proyecto; sería el Señor. Antes de dejar a los Whetstras esa noche, supe que me embarcaba en otro gran experimento, el más grande hasta la fecha. Esta vez, sin embargo, el sueño tardó más de lo habitual en hacerse realidad. Y mientras tanto, tenía que hacer el trabajo habitual. Contar con Hans en este trabajo fue incluso mejor de lo que había imaginado. Formamos un equipo, uno fuerte donde el otro era débil. Fue durante una calurosa noche de verano de 1962, cuando Hans dijo de repente: «Andrew, es hora de orar por un nuevo miembro del equipo».

Estaba sentado en la cama, con el sudor secándose, intentando escribir una carta a casa. "Sí. Así es", dije distraídamente.

¿Recuerdas cuando finalmente llegó el visado para ir a Checoslovaquia, solo que tú estabas en Alemania Oriental y yo en Rusia? Si fuéramos más, no tendríamos que tomar estas decisiones.

"Sí. Así es."

"No estás escuchando."

Dejé la nota. Se me pegó en la palma de la mano. «Claro que te escucho». Intenté recordar lo que había dicho.

«Tenemos más oportunidades de las que podemos satisfacer. Es cierto, Hans. Pero ya sabes cómo es cuando te expandes demasiado rápido...»

Hans lo interrumpió. "No diría que un nuevo miembro en siete años se está expandiendo demasiado rápido, oremos".

Miré a Hans con atención. Había pronunciado el «oremos» al final de la frase con tanta precisión que no estaba seguro de haberlo oído bien. Pero ya estaba enfrascado en la oración. Yo también incliné la cabeza, y mientras Hans hablaba, empecé a comprender su urgencia por encontrar a otro hombre que se entregara a nosotros, a tiempo completo, sin sueldo, sin reservas.

Casi al mismo tiempo, Hans y yo pensamos en la misma persona.

“¿Y qué pasa con Rolf?”, dijimos juntos y luego nos reímos.

“Podría ser una orientación”, dijo Hans.

“Podría, en efecto.”

Rolf era un joven seminarista holandés que terminaba su posgrado en teología sistemática. Teólogo abrigantiano, Rolf seguía siendo un hombre de acción. Esa misma noche le escribí una carta preguntándole si consideraría unirse a nosotros. Y, efectivamente, a nuestro regreso a Holanda nos esperaba una respuesta. Había leído mi carta con fastidio, escribió Rolf. Convertirse en un misionero de voz pegajosa y agitando la Biblia era lo último que

quería hacer. ¿Para qué creía que había ido a la escuela todos estos años, si lo único que necesitaba saber era «Adelante»?

¿Soldados cristianos”?

Pero desde que llegó mi carta, continuó, no había pegado ojo. Dios se lo había puesto delante de las narices día y noche, comiendo o trabajando, sentado o caminando, hasta que por fin cedió, ¿y cuándo podría empezar?

Y así, entre protestas y patadas, un tercer miembro se unió a nosotros. Hans lo llevó de inmediato a un viaje de orientación a Rumania. Lo pasaron de maravilla allí, viendo una verdadera ruptura con la reserva de la Iglesia en esa hermosa tierra. Fueron espiados por dos hombres que casi nunca los perdían de vista, pero a pesar de ello lograron deshacerse de sus Biblias e incluso predicar en casas particulares.

Rolf regresó con la boca abierta y completamente convencido.

Compartimos con Rolf nuestro anhelo por una Biblia rusa de pequeño formato. Apenas habíamos terminado nuestra historia de dificultades cuando Rolf se hizo eco de la idea de Philip Whetstra de que deberíamos imprimir las Biblias nosotros mismos.

“¿Cuánto costaría imprimir cinco mil Biblias?”, preguntó Rolf.

Y tuve que admitir que nunca había pedido presupuesto. Rolf no me lo permitió. Juntos, contactamos con imprentas en Holanda, Alemania e Inglaterra. El mejor presupuesto que obtuvimos fue de un impresor inglés que dijo que con una tirada de cinco mil ejemplares imprimiría las Biblias a tres dólares cada una.

"¿Lo ven?", les dije a Rolf, Hans y Corry el día que recibimos la oferta por correo. "¡Vaya, eso suma quince mil dólares!"

Rolf y Hans se divirtieron conmigo. "¡Te quedas ahí paralizado por una nimiedad como el dinero!"

Y por supuesto, una vez más tenían razón. Había aprendido a contar con el Señor para... pasta de dientes y crema de afeitar. Pero cuando se trataba de una suma tan asombrosa como quince mil dólares, me costaba creer que se aplicara el mismo principio.

Esa noche me senté a la mesa de la cocina con una libreta de ahorros abierta delante. Estaba etiquetada como "Biblias rusas". Las entradas, que comenzaban en 1961, justo después de nuestro regreso de Rusia, ya se extendían hasta bien entrado 1963. Con todo nuestro acaparamiento, el total aún ascendía a menos de dos mil dólares.

Corry se sentó. "¿En qué estás pensando, Andy?"

Le di el libro de cuentas. "En dos años, ese es todo el dinero que hemos ahorrado". Respiré hondo, odiando decir lo que tenía que decir a continuación. "¿Cuánto crees que vale nuestra casa?"

Corry no me respondió. Solo me miró fijamente.

Lo conseguimos a precio de ganga, y con el trabajo que le hemos dedicado, su valor se ha multiplicado por cien. ¿Cuánto crees que vale? ¿Diez mil dólares? ¿Doce mil? Necesitamos esa cantidad.

¿Nuestra casa, Andy? ¿Justo cuando estamos esperando un bebé?

“Necesitamos hacer algo para salir del punto muerto”.

La cara de Corry palideció. «Quizás Dios no quiere que tengamos esas Biblias de bolsillo», dijo en voz baja. «Quizás la lentitud sea una guía».

—Lo sé —dije—. Lo sé.

Eso fue todo lo que dijimos esa noche sobre la venta de la casa. Pero Corry me contó la semana siguiente que había empezado a orar para poder pensar en la casa no como nuestra, sino como de Dios.

“Debería ser tuyo para que hagas con él lo que quieras”, comenzamos a orar juntos cada Noche. Y aun así, sabemos que no lo sentimos así, Señor. Si quieres que vendamos la casa por las Biblias, tendrás que obrar un pequeño milagro en nuestros corazones para que estemos dispuestos.

Llegó el bebé, la niña que habíamos esperado tanto tiempo. La llamamos Stephanie. Todos los regalos que

recibíamos para ella iban al fondo bíblico. Pero veinte años ahorrando así nunca serían suficientes. Dejamos de pedirle a Dios que nos diera la disposición para vender la casa.

Y por fin Él respondió a nuestra oración. Una mañana, Corry y yo supimos de repente que no necesitábamos esa casa ni nada más en la tierra para ser felices.

—No sé dónde viviremos —empezó Corry, y luego se rió—. ¿Recuerdas, Andy? «No sabemos adónde vamos...»

Y yo añadí el final de la frase que habíamos dicho tantas veces: “—pero vamos allí juntos”.

Ese mismo día nos hicieron una tasación de la casa y el terreno. El total, sumado a nuestros ahorros, ¡ascendía a poco más de quince mil dólares!

Fue la confirmación que necesitábamos. Pusimos la casa a la venta y le escribí al impresor en Inglaterra pidiéndole que empezara a fabricar las planchas, tal como las habíamos conversado. Esa noche, Corry y yo dormimos con un estado de ánimo más feliz y positivo del que habíamos disfrutado en meses.

¡Qué fiel es Dios, qué completamente confiable, qué bondad inimaginable! Pide tan poco para darnos tanto. Porque aunque la escasez de viviendas en Witte seguía siendo grave, nadie vino a ver nuestra casa en toda esa semana. Y el viernes, Corry llamó: "¡Teléfono, Andy!".

Como Hans y Rolf viajaban tanto, nos vimos obligados a instalar un teléfono en casa. A menudo me molestaban las

interrupciones que causaba. Pero ese día no. Era de la Sociedad Bíblica Holandesa, preguntándome si podía verlos esa misma tarde.

En pocas horas me senté frente a la junta directiva. Estaban comprometidos, me explicaron de nuevo, con su propio trabajo. Pero no habían podido quitarse de la cabeza mi necesidad. Si pudiera hacer arreglos para...hacer la impresión en otro lugar...

¿Lo tenía? ¿En Inglaterra? Bueno, esto era lo que proponían. Pagarían la mitad del costo. Si imprimir las Biblias costaba \$3 cada una, yo podía comprarlas por \$1.50. Y aunque la Sociedad pagaría toda la impresión tan pronto como estuviera lista, yo solo tendría que pagar los materiales a medida que los usara. Si esto era satisfactorio...

¡Si fuera satisfactorio! Apenas podía creer lo que había oído. Podría comprar más de seiscientas Biblias —todas las que podíamos llevar a la vez— de inmediato con nuestro fondo para la "Biblia Rusa". Y no tendríamos que salir de casa, y Corry podría seguir cosiendo las cortinas rosas para la habitación de Steffie, y yo podría preparar mis lechugas y... ¡qué ganas tenía de contarle a Corry lo que Dios había hecho con el dedal de nuestra generosidad!

Las Biblias de bolsillo por fin eran una realidad. Al salir de las oficinas de la Sociedad Bíblica Holandesa, supe que en seis meses, a principios de 1964, podríamos empezar a suministrar a los pastores rusos las Biblias que tanto necesitaban.

Rolf se iba a casar.

Corry y yo le habíamos contado diligentemente las desventajas y separaciones que conllevaba este tipo de trabajo. Pero, como señaló Rolf, nuestra propia felicidad era el mejor argumento del mundo contra la soltería. Elena podría acompañarlo en sus viajes. Sería un miembro del equipo tan eficaz como los hombres.

Así que los defendimos en su boda y les asignamos una tarea de luna de miel muy especial para nosotros. El primer pedido de Biblias impresas estaba listo. Rolf y Elena debían ir a recogerlas a Inglaterra.

Ya teníamos un segundo vehículo, una furgoneta especialmente diseñada para viajes de larga distancia. Tenía la parte trasera sin ventanas y podía llevar más que el Opel. Rolf y su esposa transportaron la furgoneta a Inglaterra y recogieron nuestro primer pedido de Biblias de bolsillo. ¡Qué día tan especial fue cuando Rolf y Elena irrumpieron en casa con una de las Biblias nuevas, nuestra propia edición! La sostenía en la mano izquierda, y en Mi mano derecha, una copia estándar. ¡Qué diferencia! Sabía que debíamos partir cuanto antes.

El 16 de mayo de 1964 fue nuestra fecha de partida. Sabía que necesitaría todo el apoyo posible de los socios para esta aventura, y Hans estaba en Hungría; así que elegimos a Rolf, recién casado.

Era domingo por la mañana en Moscú, hora de ir al centro a la iglesia. Rolf y yo bajamos de la furgoneta con bastante inquietud. ¿Cuánto valía nuestra mercancía no declarada? ABible podía comprar una vaca en los distritos

rurales. Seiscientas cincuenta vacas: este cargamento representaba una operación de contrabando considerable solo en efectivo. Planeábamos regalar las Biblias, pero eso no importaría si nos pillaban con ellas. Aman estaba siendo juzgado por un "delito económico" contra el Estado. Aman, condenado por el mismo cargo, había sido fusilado recientemente. Si nos pillaban... bueno, no era el momento de pensar en eso.

Ivanhoff estaba en la plataforma de la iglesia esa mañana. Al echar un vistazo al balcón de las visitas, estuve seguro de que me reconoció, aunque no dio señales de ello. Unos minutos después, se levantó y salió del santuario. No regresó, ni estaba en el vestíbulo después del servicio. Pero de repente, una voz cordial detrás de mí dijo: "¡Bienvenido a Rusia!".

Era Markov. Se lo presenté a Rolf. «Trajimos regalos», dije.

—¡Maravilloso! —exclamó—. ¡Qué gran noticia! —Su voz sonó más fuerte de lo necesario, y supe que se estaba defendiendo. Nadie se molestaría en escucharnos si hablábamos abiertamente.

"Me pregunto a dónde podríamos ir a visitar un hechizo".

“¿Qué tal el mismo lugar que antes?”

¡El mismo lugar! ¡A dos minutos de la Plaza Roja! Markov podría tener nervios de acero acero, pero no lo hice.

“Preferiría ver nuevos paisajes”.

Por primera vez, Markov bajó la voz. «En el camino a Smolensk hay un gran cartel azul que dice 'Moscú'. Nos vemos allí a las cinco. Te llevaré a otro lugar. Desempaqueta los regalos para que podamos irnos rápido».

Esto sonaba mejor, pero Rolf y yo seguíamos con el problema de dónde desempacar esas Biblias. Necesitaríamos al menos media hora de privacidad ininterrumpida para hacerlo.

De vuelta en el campamento, se me ocurrió una idea. "Vamos a dar una vuelta", dije. "Sigue haciendo turismo, y yo me subiré a la parte de atrás y empezaré a desempacar. Hagas lo que hagas, sigue adelante".

Pero apenas había empezado cuando la furgoneta se detuvo bruscamente. Me acerqué sigilosamente y miré por encima de los asientos. Un policía se acercaba al coche.

—¡Reza! —susurró Rolf, y luego asomó la cabeza por la ventana.

“¿Qué pasa, oficial?” preguntó en holandés.

El policía repitió una larga y furiosa frase en ruso, y luego pronunció algunas palabras en inglés. "¡No girar! ¡No girar! ¡La señal dice!".

—¿Hubo algún problema con ese giro, agente? —preguntó Rolf, todavía en holandés—. Lo siento mucho. No estoy acostumbrado a conducir en una ciudad tan

grande y hermosa como Moscú.

El policía volvía a desatar su furia en ruso. Apoyé la espalda contra el lateral de la furgoneta, rezando para que el agente no mirara dentro. Al final de una vida, lo oí decir algo más en ruso, con más calma. «Lo mismo digo, agente», respondió Rolf en holandés. «Y les deseo a usted y a su gente lo mejor del amor de Dios».

Rolf puso la furgoneta en marcha y se adentró lentamente en el tráfico. No fue hasta varias manzanas más adelante que respiré hondo.

—No lo intentemos más. ¡Es demasiado para mí!
Pasamos el resto de la tarde buscando un lugar para terminar nuestro trabajo. Finalmente, a las cuatro supimos que, listos o no, teníamos que ir a la cita. Así que, con el corazón desanimado por el cielo soleado, tomamos la carretera de Smolensk.

—¡Por qué nos preocupamos! —dijo Rolf de repente—. ¡Esto es obra de Dios! Él nos abrirá un camino. Y como para demostrar su convicción, empezó a cantar.

Curiosamente, a medida que el ambiente dentro de la furgoneta mejoraba, el cielo se oscurecía. Primero, un cielo nublado ocultó el sol, luego, una densa nube se extendió rápidamente por el cielo, oscura y amenazante. Relámpagos brillaron en la distancia. Truenos respondieron. Y Rolf y yo seguimos conduciendo, cantando.

Entonces empezó a llover.

En todos mis viajes, nunca había visto una lluvia como esta. Fue como si un depósito celestial se hubiera roto, dejando caer una sólida lámina de agua a la tierra. No tuvimos más remedio que detenernos a un lado de la acera. Otros coches también tuvieron que abandonar la carretera. Las ventanas se empañaron. Apenas podíamos distinguir nuestros propios limpiaparabrisas...

"Decir-"

"Lo sé-"

“¡Dios nos ha hecho invisibles!” dijo Rolf.

Alabando a Dios, nos subimos a la camioneta, despreocupadamente sacamos el resto de las Biblias y las guardamos en cajas. Nos acomodamos en nuestros asientos justo cuando la lluvia amainó y el cielo volvió a aclararse.

A las cinco en punto pasamos el cartel de Moscú. Markov nos adelantó, con las luces encendidas después de la tormenta. Las parpadeó una vez. A las cinco y diez nos detuvimos frente a una especie de centro comercial donde la gente a nuestro alrededor descargaba cajas o las apilaba en camiones. Tardamos cinco minutos en hacer el cambio. Después de tres años, se había realizado el primer pago de una promesa a unos pastores.

El dragón que despierta

Bajo mi avión se extendía la gran roca llamada Hong Kong, capital de la colonia de la corona británica, que se yergue como una frágil mariposa en la cola del dragón no tan dormido que es la China comunista. Más allá se extendía la China continental hasta donde alcanzaba la vista.

Por una fracción de segundo me sobresaltó no ver un muro alto a su alrededor. Así era como la China Roja se veía en mi mente: aislada, cerrada, inexpugnable. Incluso cuando estaba aprendiendo a distinguir entre los países del Círculo Exterior y del Círculo Interior en la Europa comunista, nunca había intentado siquiera clasificar a China. Para mí, se encontraba en un mundo aislado y hermético, más inaccesible para una iniciativa cristiana que el régimen europeo más totalitario.

Y entonces, un día en Moscú, me senté en un autobús junto a un chino. Había cientos de chinos en Moscú en aquella época, pero este hombre llevaba una cruz en la solapa. Empezamos a hablar, en inglés, y me dijo que era el secretario de la YMCA de Shanghái. Me quedé atónito. ¿Sigue abierta la YMCA en Shanghái? Sí, me aseguró, abierta y concurrida. Me dio su tarjeta y me invitó a

visitarlo.

Y desde ese día, una esperanza más allá de toda esperanza comenzó a crecer dentro de mí de algún día ministrar a los cristianos aislados de China.

Pero había tantas preguntas que responder antes de poder empezar. ¿Cuántos cristianos había en China? Sabía que la gran mayoría de la población nunca había sido cristiana. Por otro lado, China probablemente había sido escenario de más esfuerzo misionero que cualquier otro país. ¿Qué había sido de la devoción de tantos hombres y mujeres? ¿Seguían funcionando las congregaciones que habían fundado? ¿Sufrían persecución? ¿Se reunían en secreto? Si aún existían, ¿tenían tanta hambre de Biblias como las iglesias de Europa del Este?

Estas eran las preguntas a las que necesitábamos respuestas. Y así, cuando en 1965... La gira de conferencias me llevó a California, así que decidí simplemente seguir adelante, visitar Taiwán para hablar con gente que conocía China y luego intentar llegar al continente. Contaba con mi pasaporte holandés; en ciertas circunstancias, los holandeses aún podían viajar tras esa cortina de hierro.

Pero ahora, incluso en el avión a Hong Kong, descubrí que había empezado mal. El hombre a mi lado, un banquero de Hong Kong, me miró con extrañeza cuando le dije que iba a China. "¿No embarcaste en Taiwán?", me preguntó.

“Sí, pasé diez días allí”.

—Déjame ver tu pasaporte. —Hojeó las páginas buscando el sello de Taiwán, pero se detuvo en seco al ver la visa estadounidense—. ¡Estados Unidos! —dijo.

—Sí. Acabo de llegar de allí.

“Hombre, con ese pasaporte nunca entrarás a la China Roja”.

Normalmente disfruto cuando me dicen que una aventura misionera es imposible, porque esto me permite experimentar la manera en que Dios aborda las imposibilidades. Pero tan pronto como me registré en la "Y" de Hong Kong, comencé a escuchar datos más desalentadores. Todo Hong Kong, al parecer, estaba lleno de misioneros que habían intentado sin éxito entrar en China continental. Entre ellos había médicos y maestros con una larga trayectoria de servicio al pueblo. Hoy en día, nada de eso contaba; el hecho de que hubieran sido acreditados bajo el régimen precomunista les impedía automáticamente la entrada al país.

Tras oír estas cosas por centésima vez, mi confianza flaqueó. Quizás podría conseguir un pasaporte nuevo sin el sello de mis viajes anteriores.

Tomé el ferry desde Kowloon, donde se encuentra la "Y" de Hong Kong, hasta la parte principal de la ciudad, en su isla rocosa, y fui al consulado holandés. Encontré al cónsul tras una cortina de humo denso y acre, fumando una pipa de arcilla de boquilla larga, lo que me hizo añorar Holanda. Cuando le dije que quería ir a China continental, se quitó la pipa de la boca y sonrió. Cuando le expliqué que era misionero, su sonrisa se ensanchó.

Cuando le dije con franqueza que quería buscar cristianos allí y explorar las posibilidades de conseguirles Biblias, se echó a reír.

"¿Puedo ver su pasaporte?", dijo. Hojeó las páginas, negando con la cabeza. "Imposible", dijo, pinchando las visas dañadas con la boquilla de la pipa.

—Señor —dije—, por eso estoy aquí. Quiero un pasaporte nuevo.

"Imposible", repitió. El consulado en Hong Kong no tenía autoridad para emitir pasaportes. Si enviaba mi solicitud a Indonesia, tendría que demostrar una causa legal, y no la había. Lanzó una nube de humo que ascendía hasta el techo. Y supe que la entrevista había terminado.

Al principio me decepcionó el fracaso de mi estratagema; luego, de repente, supe que estaba contento. Ya no había posibilidad de entrar en China por mi propia astucia. Creía que el deseo de ir a China provenía de Dios; también le dejaría los medios a Él. A la mañana siguiente, simplemente iría al consulado chino y solicitaría una visa, sabiendo que si Dios realmente quería que fuera, me entregaría los documentos necesarios.

Primero, sin embargo, tenía que hacer algunos deberes. Pensé en Josué preparándose para invadir la tierra de los cananeos y en cómo había enviado espías para explorarla. Quizás esto era lo que debía hacer: espiar la tierra de la burocracia china. Ya estaba oscuro —las tiendas y oficinas estaban cerradas—, pero salí en busca de la «agencia de viajes» china, como se llamaba el departamento de turismo de ese gobierno.

Como esperaba, estaba cerrado. En un gran pilar fuera de la puerta, un cartel anunciaba en inglés: "Servicio de Viajes Chino". En la acera oscura, frente a la puerta enrejada, comencé a rezar la Oración de la Victoria, atando cualquier fuerza que pudiera impedirme ir adonde Dios quería, proclamando que Cristo había triunfado de una vez por todas sobre cualquier poder opuesto al gobierno de Dios. Caminé de un lado a otro frente al edificio. Oré durante dos horas allí, en la oscuridad.

A la mañana siguiente volví. Esta vez la puerta estaba abierta. En lo alto de un tramo de escaleras estaba sentado un soldado chino. Detrás de él había una gran sala abarrotada de gente. Elegí una fila y, mientras esperaba, oré por los funcionarios y empleados al otro lado del mostrador, pidiendo que Dios abriera canales para llegar a estos ciudadanos de China.

Y entonces fue mi turno. Di un paso adelante, y el hombre de azul pálido... "El uniforme del pueblo" me miró inquisitivamente.

"Señor", dije en inglés, "quiero solicitar una visa para China".

El hombre apartó la vista de mí y empezó a sellar papeles. "¿Ha estado alguna vez en Estados Unidos o Taiwán?", preguntó.

Sí, señor. Acabo de llegar de Taiwán y antes estuve en California.

"Entonces", dijo con una sonrisa, "no es posible que vayas a China, porque esos países son nuestros

enemigos”.

—Pero —dije, sonriéndole—, no son mis enemigos, porque yo no tengo enemigos. ¿Me darías los formularios?

Nos miramos a los ojos. No sé qué hacía el otro hombre, pero yo rezaba. Me miró fijamente, sin expresión alguna, durante un buen rato. Finalmente, su mirada se desvió. «No servirá de nada», dijo encogiéndose de hombros. Pero me entregó los formularios de solicitud.

Cuando los llené, me dijo que no podría tener la respuesta antes de tres días. La solicitud, con el pasaporte incriminatorio, tendría que viajar hasta Cantón.

Esa noche cené con un viejo misionero chino. «¡Dijeron que podría tener noticias en tres días!», le dije con júbilo.

Mi anfitrión echó la cabeza hacia atrás y rugió. "¡Eso demuestra lo poco que conoces la mentalidad oriental!", dijo. "Siempre te dicen 'tres días'. Tres días significa nunca en chino".

Resueltamente, cerré los ojos a su alegría. Durante esos tres días ayuné y oré casi sin parar. Hice más que eso. Fui a la tienda de Biblias local y compré material de Escrituras chinas para llevarme tras la Cortina de Bambú. Me encargué de guardar algo de ropa, ya que tendría muy poco espacio en una maleta llena principalmente de Biblias. Y esperé.

Al tercer día, regresé a mi habitación en el "Y" y encontré una nota que me indicaba que llamara a la agencia de

viajes china. En lugar de devolver la llamada, fui directamente a la oficina. Intenté interpretar la expresión del funcionario chino cuando levantó la vista y...

Me vio. Pero era tan inescrutable como la reputación de sus compatriotas. Por fin llegué al mostrador. Sin decir palabra, me entregó mi pasaporte; junto a él había un papel sellado con la visa, tan importante para viajar a su país.

A las ocho de la mañana siguiente, estaba a bordo de un tren que salía de la estación de Tsim Sha Tsui. Para llegar a la frontera, había que hacer un viaje de dos horas en tren a través de la Colonia de la Corona Británica hasta el pequeño pueblo de Lo Wu. Allí, cruzando un puente ferroviario sobre un pequeño arroyo, se encontraba la entrada a la tierra del dragón que despertaba.

Del lado británico solo había un pequeño restaurante y la estación y la aduana. Me cansé de esperar y salí a pasear, donde un soldado británico estaba de guardia en el puente. Un tren de carga cruzaba traqueteando, con destino a Hong Kong, transportando cerdos y pollos vivos y productos agrícolas para los millones de habitantes de la ciudad británica. El soldado me contó que el lugar era conocido localmente como el Puente del Llanto. Cada día era necesario reunir a los refugiados que habían cruzado el arroyo a escondidas y conducirlos de vuelta al otro lado del puente. Me contó cómo lloraban, suplicaban y se aferraban a la superestructura del puente, sin querer regresar.

«Señor», oré en silencio, «que algún día no haya más

puentes de llanto. Ven pronto al día en que toda la humanidad pertenezca al único reino de tu amor».

Mi trabajo ahora consistía en explorar ese reino. Por fin, el aduanero británico nos dijo que podíamos cruzar el puente. Avanzamos en fila india, pisando con cuidado las traviesas. Éramos media docena de europeos en el grupo; los demás eran en su mayoría empresarios de Inglaterra, Francia y Canadá. A mitad de camino, el tono de verde de las vigas cambió. Estábamos en la China comunista.

De este lado de la frontera había un complejo de edificios mucho más grande, ordenado y monótono, con una profusión de geranios plantados por doquier que rompía la monotonía. La inspectora de aduanas era una chica, muy joven, muy elegante. Con la misma sonrisa amable que me había dedicado el funcionario de la agencia de viajes, me dijo: "¿Podría abrir...?"

¿Tu maleta?

Mi corazón latía con fuerza. Dentro, sin ningún esfuerzo por ocultarlas, había guardado las Biblias chinas con las que probaría la reacción de China ante la presencia de un misionero. ¿Cómo iba a reaccionar este joven funcionario?

Abrí la maleta, dejando al descubierto las pilas de Biblias. Y al hacerlo, tuve mi primera experiencia desconcertante con los comunistas chinos.

La aduanera no tocó nada de mi maleta. Miró las Biblias un momento y luego levantó la vista: «Gracias, señor», dijo con su sonrisa infalible. «¿Lleva reloj? ¿Tiene

cámara?»

Ninguna reacción a lo que había visto en la maleta. Tenía 20, quizá 25 años. ¿Era posible que nunca hubiera visto una Biblia? ¿Que no tuviera ni idea de lo que era...?

El tren a Cantón nos esperaba. El antiguo vagón de pasajeros estaba impecablemente limpio, con flores frescas en pequeños jarrones entre los asientos, y una azafata nos sirvió té caliente. Al arrancar el tren, miré mi reloj: Íbamos a tiempo al minuto. La azafata, tras buscar un momento las palabras en inglés, me sonrió radiante.

“Nuestro tren llega a tiempo”, dijo.

Fue mi primer encuentro con el "nuestro" de la China moderna. Por todas partes oía hablar de "nuestro" tren, "nuestra" revolución, "nuestro" primer automóvil de fabricación china. Y en la estación de ferrocarril de Cantón vislumbré cómo se crea y se mantiene ese sentimiento nacional. Por todas partes había estanterías con material de lectura, bellamente impreso e ilustrado, y gratuito. Lo mismo ocurría en el hotel donde me alojé: montones y montones de literatura me esperaban en el vestíbulo, el comedor, en cada rellano de escalera. La del hotel estaba en idiomas europeos (alemán, inglés, francés) y, obviamente, dirigida al viajero. Pero en otros lugares, la literatura era para el consumo doméstico. Cada revista, periódico, película y obra de teatro tenía un... Doble mensaje: Agradece la Revolución. Odia a Estados Unidos.

Una noche fui a un teatro donde actuaba una compañía de niños acróbatas. El comediante era un niño pequeño, parecido a Puck, que siempre intentaba encender un petardo. Cada vez, justo cuando la mecha estaba a punto de encender la pólvora, el héroe de la obra lo apagaba. Con cada episodio, el petardo se hacía más grande hasta convertirse en una bomba atómica, envuelta en una enorme bandera estadounidense. De nuevo, en el último momento, el héroe salvó la situación y destruyó la bomba. Ante esto, el público enloqueció, saltando de sus asientos en un frenesí de alegría y patriotismo.

El otro tema de toda propaganda —el entusiasmo por la revolución— era igualmente implacable y, a su manera, igual de deprimente. Durante mi estancia en Cantón, visité una residencia de ancianos. Para los estándares europeos, era extremadamente primitiva, pero los hombres y mujeres allí parecían bastante satisfechos: algunos tejían, otros limpiaban el recinto, todos dedicados a algún tipo de trabajo productivo.

La líder de la comunidad, una anciana de unos ochenta años, me recibió a través de un intérprete y pronunció un breve discurso. El tema parecía ser lo felices y útiles que se sentían los ancianos desde la revolución. «Antes de la liberación», dijo, los ancianos eran abandonados a su suerte en los campos. «Después de la liberación», sin embargo, todo había sido maravilloso.

El resto de los ancianos apenas levantaron la vista mientras su líder hablaba. Sin embargo, cada vez que pronunciaba las palabras «después de la liberación», era como si alguien hubiera pulsado un botón. Cada rostro

envejecido se animaba. Cada par de manos comenzó a aplaudir. Y luego, mientras la líder continuaba, volvieron a sumirse en las ensoñaciones de la vejez.

Pero si el entusiasmo de los mayores parecía poco espontáneo, no ocurría lo mismo con los jóvenes. Mi joven intérprete en Shanghái una semana después tenía claramente el fervor de un evangelista. «Antes», Shanghái era conocida por su prostitución; «Después», las prostitutas eran llevadas a campos de entrenamiento donde adquirirían habilidades útiles. «Antes», China tenía una de las tasas de alfabetización más bajas del mundo; «Después», había alcanzado una de las más altas. Y así sucesivamente.

Este tipo de conversación me daba aún más ganas de visitar una comuna. Al fin y al cabo, los guías eran empleados del gobierno, seleccionados y adoctrinados para su trabajo. Seguramente el trabajador promedio no estaba tan ilusionado con el maravilloso mundo de After.

En total, durante mi estancia en China, pude visitar seis comunas. La primera contaba con más de diez mil habitantes. Y fue aquí donde tuve la primera oportunidad de visitar informalmente un hogar chino.

Elegí la casa yo mismo —una casita con techo de paja en una calle lateral— y me permitieron entrar sin avisar. Un anciano nos abrió la puerta. Él y su esposa nos la mostraron con risas alegres y sonrisas constantes. El orgullo era evidente. Señalaron varias veces su granero, un silo cilíndrico de bambú lleno de trigo. Pregunté por medio del intérprete si los ratones no eran un problema.

El anciano se rió.

“Tenemos ratones”, dijo, “pero ahora no nos importa porque hay suficiente para nosotros y para ellos también. Antes no era así”.

Antes. Mi gran desventaja, por supuesto, era que no tenía una imagen mental de antes. Era un completo recién llegado a esta compleja tierra, sin puntos de comparación reales. En otra comuna, por ejemplo, me mostraron un hospital que, de haber estado en Holanda, habría sido el último lugar del país que habríamos mostrado a los visitantes. El quirófano no tenía iluminación cenital ni bandeja de esterilización, la farmacia era una hilera de estanterías vacías, y en algunas salas las camas no solo carecían de sábanas, sino también de colchones. Y, sin embargo, en una visita claramente destinada a impresionarme, me mostraban este lugar, como si, para ellos, representara un avance.

¿Esto me dio una idea de lo que era antes?

Mi principal objetivo en Shanghái era reencontrarme con la secretaria de la YMCA con la que había viajado en autobús en Moscú. Al preguntar en el hotel, me enteré, para mi alegría, de que la YMCA seguía abierta. Sin embargo, al llegar al edificio, mi... El deleite se desvaneció: Dentro vi principalmente a ancianas jugando juegos de mesa. Este centro no era para jóvenes ni para hombres, ni parecía muy cristiano. Casi todo lo que quedaba de esta YMCA era una asociación.

A través de mi intérprete pregunté por mi amigo. Para mi sorpresa, nadie sabía nada de él. "¿Le importaría confirmarlo?", pregunté. La recepcionista desapareció un rato y regresó con la noticia de que nadie conocía el nombre. "¡Cómo es posible!", insistí. "Este hombre era su secretario. Seguro que alguien reconoce su nombre. ¿Le importaría preguntar una vez más?"

Esta vez, la recepcionista se ausentó un buen rato. Cuando regresó, sonreía. «Lo siento», dijo, y luego usó una frase que solía oír en China cuando buscaba a alguien en particular: «Su amigo no está. Está fuera de la ciudad».

Y eso fue todo lo que pude descubrir. Me quedé imaginando por qué este líder cristiano simplemente había desaparecido. "Permanentemente" fuera de la ciudad, supuse. ¿Cuántos cristianos en China hoy en día estaban permanentemente fuera de la ciudad?

De vuelta en Moscú, la secretaria me había dicho que había una tienda de Biblias aún abierta en Shanghái. Y efectivamente, la encontré: una pequeña tienda en una calle apartada, pero abierta y bien surtida de Biblias de todos los tamaños. Cualquiera en Shanghái podía comprar los libros, ¡libros que tenían que contrabandear a gran parte de Europa del Este!

El gerente me recibió en inglés y me mostró la tienda con orgullo. En la pared colgaba una lámina de Cristo rodeado de niños pequeños, todos rubios y de ojos azules.

Tomé una Biblia de una mesa. Para mi sorpresa, leí en

inglés que el libro se había impreso en Shanghái.

"¿Impreso aquí?", pregunté. "¿No en Hong Kong?"
El gerente se irguió con orgullo. «En China», dijo, «lo hacemos todo nosotros mismos».

Solo cuando le pregunté cuánto había hecho, su rostro se ensombreció un poco. Llevaba una hora en la tienda y no había entrado nadie más.

“No hay muchos clientes”, dijo con tristeza.

¿Cuántas Biblias vendió en un mes?

“No muchos.”

Pocas Biblias. Poca clientela. El gobierno permitió que esta curiosa tiendecita vendiera sus antigüedades porque no representaba ningún peligro. A nadie le importaba.

Recordé mis experiencias intentando repartir Biblias en China. Le había ofrecido la primera a mi intérprete en Cantón. Me la devolvió; no tenía tiempo para leer. Pensando que quizás era peligroso que me vieran aceptando una Biblia, intenté dejar varias "accidentalmente" en habitaciones de hotel al registrarme. Nunca lo logré. Siempre, antes de que me levantara del suelo, la camarera corría tras mí, Biblia en mano, "¿De quién es usted?".

Desesperado, intenté regalar Biblias en la calle. Mis guías no pusieron objeción. De hecho, parecían compadecerse de mí cuando una persona tras otra se detenía a ver lo que ofrecía y luego me devolvían el libro.

Y ahora esta tienda. «Poca clientela». Curiosamente, salí de aquella tienda de Biblias, abierta de par en par y bien surtida, más desanimada que nunca desde que estuve en China. La persecución es un enemigo al que la Iglesia se ha enfrentado y vencido muchas veces. La indiferencia podría ser un enemigo mucho más peligroso.

Aún tenía una esperanza. Por todas partes me aseguraban que los seminarios teológicos seguían abiertos. Al principio, me pareció una noticia increíble. Pero después de visitar uno, ya no estaba tan seguro.

La escuela que visité estaba a las afueras de Nankín. Pasé un rato con el rector y uno de los profesores en una situación ideal: ambos hablaban inglés. Pensé que era una oportunidad para visitar a cristianos sin la mirada crítica de un intérprete.

Sin embargo, una vez solos, nos sentamos en un silencio incómodo, roto solo por el ruidoso sorbo del té. Cuando llegamos al fondo de nuestras tazas y nadie había dicho nada, decidí empezar explicando que era misionero. Pero al oír la palabra "misionero", ambos hombres parecieron tan sorprendidos como si hubiera dicho una palabrota dentro de aquellos muros sagrados.

“Los misioneros que conocimos”, dijo el presidente, “eran espías”.

Se volvió hacia el profesor y le dijo algo en chino. El profesor salió de la sala y regresó corriendo un minuto

después con un libro enorme, abierto por una página bien marcada de correspondencia entre un misionero y algunos funcionarios del gobierno sobre recursos naturales, abastecimiento de alimentos y descontento popular.

Durante el siguiente cuarto de hora, este pequeño profesor de uniforme azul iba y venía de la biblioteca, trayendo cada vez un nuevo volumen, siempre abierto por un pasaje subrayado. Todos los libros eran de reconocidas editoriales occidentales. Y, efectivamente, parecía que algunos misioneros habían suministrado información regularmente a sus embajadas. En Occidente nunca habíamos visto un conflicto entre la lealtad a Cristo y la lealtad a la patria. ¿Habíamos dejado tras de nosotros un testimonio confuso por esa razón?

Sea cual sea la verdad, mi visita al seminario de Nankín iba a ser un asunto puramente político. El presidente era miembro del parlamento local y estaba profundamente involucrado en el movimiento comunista internacional. Había carteles antiestadounidenses pegados en las paredes, con los inevitables chinos persiguiendo al inevitable estadounidense que portaba la inevitable bomba atómica.

No aprendí nada sobre el cristianismo que se enseña en este seminario. Sea cual sea su forma, una cosa es segura: se viste con el atuendo militar antioccidental que viste hoy toda la educación en China.

¿Cuánto se puede aprender de un país en una sola visita superficial, obstaculizada por la barrera del idioma y por

intérpretes que, ya sabes, solo quieren que veas lo mejor? Quizás solo te lleves impresiones. Muchas fueron positivas. La limpieza. La ausencia de mendigos y conductores de rickshaw. La honestidad. Algunas fueron tristes. Los enormes comedores llenos de gente donde yo era el único cliente. Las calles vacías donde mi taxi era el único vehículo a la vista y la policía de tránsito detenía a los peatones a cuerdas de distancia, preparándose para la inusual llegada de un automóvil.

Y algunos eran aterradores. Recuerdo la mañana en que salía de Nankín en el vuelo temprano. Me vestía en mi habitación de hotel cuando oí gritos en la calle. Corrí a la ventana. En la plaza, cientos de hombres, mujeres y niños realizaban un ejercicio militar en formación cerrada. A esa hora, antes de que abrieran las fábricas y las escuelas, toda la población salió a marchar, a gritar, a arremeter y a realizar toda una serie de maniobras de alta precisión.

Mi taxi me llevó a través de los ejercicios. Al llegar a la esquina, se dio la orden de "¡Quieto!", una maniobra en la que cada persona se quedó inmóvil en la posición en la que se encontraba, con las piernas a medio paso y los brazos extendidos. Todos esos brazos parecían estirados hacia mí, con los dedos apuntando y la mirada acusadora.

En el avión intenté deshacerme de esa impresión. Pero las miradas me habían seguido. ¿Era yo culpable, junto con mis compatriotas occidentales, de esas miradas acusadoras? ¿Qué clase de representantes de Cristo habíamos sido? Si nuestro trato a los chinos los había vuelto antioccidentales, era trágico; pero si los había vuelto anti-Dios, esa era la pérdida eterna. No dejaba de

recordar las palabras de un líder comunal cuando le pregunté si podía visitar su iglesia.

«En las comunas, señor», había dicho con orgullo, «no encontrará iglesias. Verá, la religión es para los desamparados. Aquí en China ya no estamos desamparados».

Eran las ocho de la mañana de un domingo y estaba sentado en la cama de mi habitación de hotel.

En Pekín, esperando. Una hora antes le había dicho al guía: «Hoy me gustaría ir a la iglesia».

"¡Iglesia!", dijo el guía. Prometió intentarlo, pero me aseguró que quedaban muy pocas iglesias, sobre todo protestantes, abiertas en Pekín. Pasó media hora. Si no hubiera llegado pronto, la hora del servicio matutino, las nueve, habría pasado. Pero justo antes de las nueve regresó, con su rostro habitualmente solemne radiante.

—¡Señor! —dijo, como si hubiera descubierto algo extremadamente peculiar y raro para mí—. He encontrado su iglesia. Acompañeme.

La pequeña iglesia estaba descuidada y poco acogedora, y no me sorprendió que mi guía se negara a entrar. Así que crucé solo la puerta de hierro oxidada y me encontré en una habitación grande y vacía, tan opaca a la vista como lo había sido el exterior. En toda la habitación solo había dos toques de color: una mujer llevaba un cárdigan rojo, y junto al púlpito ondeaba una bandera roja china.

Me senté al fondo justo cuando una abuela se tambaleaba hacia un pequeño piano desafinado y comenzaba a tocar. La melodía era un himno inglés del siglo XIX, cuyo tono y mensaje no eran para nada apropiados para China. Conté 56 en la congregación, y creo que era el único menor de sesenta años. Un anciano de barba rala y ojos llorosos y vagos se levantó y comenzó a predicar. La mayor parte de la congregación se durmió.

Me conmovió profundamente la situación de estos pobres ancianos, aferrándose al tenue hilo de la fe que les habían traído los misioneros hacía tanto tiempo. Pero ¿qué posibilidades tenía el Evangelio si solo lo creían los ancianos? ¿Qué posibilidades tenía si se asociaba constantemente con los imperios del pasado? Me alegré de que mi guía se hubiera quedado afuera. Había intentado convencerlo de que el cristianismo era una gran aventura. ¿Pero esto? Al reunirme con él afuera después del servicio, me encontré pensando que si este era un buen ejemplo del cristianismo chino, al gobierno le sería fácil extinguirlo. Solo necesitaba un pequeño puf.

Así que salí de China profundamente angustiado. Encontré un rayo de esperanza en la indiferencia con la que el gobierno trataba las Escrituras. Aparentemente, no hicieron ningún esfuerzo por impedir que entraran al país, se vendieran e incluso se imprimieran. Claramente, subestimaron la Biblia, y esta podría ser la oportunidad de Dios. Sabía por experiencia propia lo poderosa que podía ser la Biblia en manos del Espíritu Santo. ¿Acaso no me había convertido yo mismo simplemente leyendo este libro?

Pero además, el Espíritu Santo necesitaba hombres en

China. Hombres dedicados, apasionados y visionarios. Incluso una visita superficial me había revelado que estos hombres, en la segunda mitad del siglo XX, no podían ser occidentales. Para ministrar a los chinos de hoy, Dios necesitaba manos y voces chinas.

Y así, de vuelta en Holanda, a las oraciones que Corry, Hans, Rolf, Elena y yo decíamos diariamente por nuestro trabajo se sumó una nueva: que desde algún lugar vinieran cristianos chinos a unirse a nosotros para realizar en su patria el trabajo de estímulo y cuidado que la historia nos había encomendado.

Doce Apóstoles de la Esperanza

No solo para China, sino también para todo el mundo, era evidente que necesitábamos más miembros del equipo. De poco serviría aparecer en un país con muestras de cariño y preocupación y no volver a saber de nosotros. Nuestro objetivo era visitar cada país comunista al menos una vez al año, e idealmente con mucha más frecuencia. Idealmente, también iríamos en parejas, ya que descubrimos que esto era mucho mejor que un solo ministerio. Pero ¿dónde íbamos a encontrar suficientes colaboradores para hacer posible este programa?

No era que no pudiéramos encontrar voluntarios; casi cada vez que uno de nosotros hablaba, alguien se ofrecía para nuestro trabajo. El problema era saber si estas eran las personas que Dios nos enviaba. Para descartar a los que buscaban novedades y a los que simplemente sentían curiosidad, solía decir: «En cuanto comience su propio ministerio de ánimo tras la Cortina, contáctenos y veamos si podemos trabajar juntos».

Y una vez esto sucedió. Un día recibí una carta de un joven holandés llamado Marcus. «Me pregunto si recuerdas el discurso que diste en el Swansea Bible College de Gales», escribió. «Dijiste: 'Cuando empieces a

trabajar tras la Cortina de Hierro, podremos hablar de trabajar juntos'. Pues aquí estoy. Así que hablemos». La carta tenía matasellos de Yugoslavia.

"¡Mira esto!", le dije a Corry. Ella también leyó la carta. ¿Se suponía que este hombre se uniría a nosotros? Si volvía a contactarnos, decidimos que deberíamos tomarnos en serio su sugerencia.

Y varios meses después volvimos a saber de Marcus. Estaba de vuelta en Yugoslavia en un segundo viaje. Cuando nos escribió por tercera vez desde Yugoslavia, dijo que había cumplido las condiciones. Ahora quería vernos.

Un día, Joppie se topó con el estudio donde yo estaba luchando con el perpetuo problema de la correspondencia. "Marcus está aquí, papá."

Salté de mi escritorio y bajé corriendo las escaleras. Marcus me cayó bien desde el primer momento. Mientras tomábamos un café, nos contó sus experiencias en Yugoslavia. Había entrado con un suministro de literatura, que había colocado en mostradores de tiendas o en bancos de parques. Luego se quedó cerca mientras la gente se acercaba y se servía. Fue una evangelización bastante suave, admitió, pero estaba aprendiendo.

—Creo que te dejaré ir de viaje con Rolf —dije—. Te presentará a algunos pastores y miembros de la iglesia. Haz que hablen, Marcus. Luego regresa y dime si todavía quieres trabajar con nosotros.

Durante tres semanas, Rolf y Marcus viajaron por

Yugoslavia y Bulgaria. Al regresar, no necesité preguntarle a Marcus si quería formar parte de este ministerio. Pude ver la respuesta en su rostro.

“No tenía idea”, fue todo lo que dijo.

Y así fue como Marcus se unió a nuestra pequeña banda.

Pero con su llegada parecía como si la obra casi explotara, tan rápido se expandía, y pronto todos estábamos viajando más que nunca.

Dos meses después de que Marcus se uniera a nosotros, Hans y yo salimos de Europa para visitar el único país comunista del Nuevo Mundo. Estábamos trabajando en Checoslovaquia cuando nos tramitaron las visas para Cuba, y volamos directamente desde allí. Era el primer viaje de Hans a Estados Unidos, y, salvo la breve gira de conferencias por ese país, el mío también. ¡Qué contraste con la fría y gris Praga! En La Habana, el cálido sol brillaba entre los edificios blancos y centelleaba sobre las olas bajo el Malecón. La gente estaba feliz y bien vestida. En el autobús desde el aeropuerto, completos desconocidos cantaban juntos después de media docena de cuadras.

Hans fue directamente a la provincia de Oriente, al este de la isla, mientras que yo me quedé en la capital y sus alrededores. Mi hotel era el Havana Libre, el antiguo Hilton.

No me sorprendió la orden habitual de presentarse en la comisaría. Tampoco me sorprendió la larga espera en una oficina exterior. Los países burocráticos son iguales, tanto bajo el sol como fuera de él.

El policía que finalmente me vio se erizó de recelo. "¿Cómo está aquí?", preguntó en un inglés muy vacilante.

"He venido a predicar el Evangelio", dije. Tenía en la mano mi pasaporte, que atestiguaba mis visitas a Rusia, Estados Unidos y otros países. Claramente, sospechaba un motivo más complejo. Me hizo muchas más preguntas, tomó muchas notas y finalmente me dejó regresar al hotel. Hubo otros cuatro días de interrogatorio, pero mientras tanto, como le había dicho, comencé a predicar. La iglesia donde celebraba mis reuniones era relativamente grande, un edificio atractivo con un órgano, un pastor y exactamente dos miembros en su congregación oficial. En su día tuvo una gran feligresía, pero eso fue antes de que comenzara la campaña antirreligiosa: las turbas afuera, los gritos y el estruendo de los altavoces durante los servicios, los destrozos en el pavimento de la calle, la policía infiltrada.

Sin embargo, 35 cubanos vinieron a la iglesia a escucharme la primera noche. La segunda noche, los 35 regresaron; la tercera y la cuarta noche vinieron 60, y luego más de cien. Sin duda, algunos de estos "creyentes" eran policías, pero me alegré de que me escucharan. Procuré concentrarme en el Evangelio y evitar la política. Pero dentro de estos límites, que son los mismos para cualquier estado policial, me impresionaron las libertades —de reunión, de viaje, de autoexpresión— que existen en

Cuba en comparación con los antiguos países comunistas.

Durante las semanas siguientes, viajé por los alrededores de La Habana, hablando en varias iglesias varias veces al día a un número cada vez mayor de personas, a veces hasta seiscientas. Hablé en inglés, para el cual nunca tuve problemas para encontrar un intérprete. Hans y yo nos mantuvimos en contacto telefónico regularmente; me informó que el control policial era más estricto y que la gente tenía más miedo en Oriente, donde se encuentra la base militar estadounidense, que en La Habana.

Tanto Hans como yo aprendimos a anunciar desde el principio que éramos holandeses. Esto marcó la diferencia. La campaña de odio contra Estados Unidos es una ofensiva total en Cuba, y los ánimos, incluso en las iglesias, están confusos. El gobierno ha exagerado el hecho de que la mayoría de las iglesias protestantes en Cuba fueron originalmente misiones estadounidenses.

Sin embargo, todas las iglesias, tanto católicas como protestantes, han sufrido por igual bajo El nuevo régimen, y el grupo que más ha sufrido, es el clero. Sacerdotes y ministros son clasificados como miembros improductivos de la sociedad. No reciben cupones de comida ni ropa y con frecuencia son obligados a unirse a batallones de trabajo compuestos por hombres considerados no aptos para el servicio militar. Drogadictos, homosexuales, convictos y clérigos son agrupados y enviados a los campos a cortar caña de azúcar.

Y, sin embargo, la mayoría de estos valientes hombres permanecen en sus puestos. Las iglesias permanecen

abiertas; el hambre espiritual es enorme. Dondequiera que Hans o yo hablábamos, corría la voz y la gente se reunía, a menudo asomando la cabeza por las ventanas y puertas para escuchar, al principio, desde afuera. A veces parecía prudente no usar ninguna iglesia. Recuerdo estar sentado una tarde en un acantilado sobre una bahía oceánica hablando con un grupo de unos cincuenta estudiantes universitarios, mientras un jeep lleno de soldados armados iba y venía por la carretera detrás de nosotros.

Allá donde íbamos, la gente nos preguntaba sobre arrestos y encarcelamientos en los países comunistas que habíamos visitado. También nos hacían preguntas que nos asombraban por el conocimiento que demostraban del mundo religioso actual: ¿Qué había del Centro para Adolescentes de Dave Wilkerson en Nueva York? ¿Dónde estaba Billy Graham ahora? ¿Qué era esa locura sobre la "muerte de Dios"? Así fue como supimos que las publicaciones religiosas, incluso de Estados Unidos, seguían llegando al país por correo postal.

Varios meses antes de nuestra llegada, Castro anunció su plan para permitir la salida del país. Cientos de miles de personas se inscribieron en la lista. Sin embargo, solo dos aviones salían de Cuba al día. Pasarían diez años antes de que incluso las 900.000 personas de la lista original pudieran salir. Mientras tanto, quienes esperaron perdieron sus empleos, sus casas y sus propiedades. Sin embargo, 190 personas al día sí se marchaban, y otras creían firmemente que pronto les llegaría su turno. Fue entre estas personas que querían salir de Cuba entre quienes sentimos que nuestro viaje tuvo el mayor impacto.

Al igual que en Europa del Este, instamos a nuestros oyentes a reconsiderar el papel de un cristiano cuando su país atraviesa dificultades. ¿Es huir o resistir? La vida en Cuba en 1965 no era fácil. Pero quizás Dios tenía sus razones para ponerlos en ese lugar y en ese momento. Quizás iban a ser sus brazos, piernas y manos sanadoras en esta situación, sin las cuales no tendría ningún representante en esta tierra.

Una noche, después de haber dicho algo así, un hombre corpulento y bien vestido, con un espeso bigote negro, se puso de pie en la congregación. «Soy ministro metodista», le dijo al grupo. «Llevo dos años trabajando como barbero. Pero Dios me ha hablado esta noche. Voy a volver al ministerio. Soy un pastor que ha dejado a sus ovejas, pero voy a volver con ellas».

Se armó un caos. Todos en la iglesia tuvieron que estrecharle la mano. Escuché gritos de alegría, exclamaciones de "¡Gracias, pastor!".

Vimos muchas decisiones similares. Una pareja tenía sus tan esperados boletos de avión para dos semanas desde la noche en que los conocimos. Decidieron regresarlos. "De ahora en adelante", nos dijeron, "Cuba es nuestro campo de misión".

Y al abordar el avión de regreso en La Habana, Hans y yo supimos que Cuba también era nuestra. Aquí había un país abierto a la Biblia, a los libros religiosos y a la literatura de todo tipo, y a visitantes de casi todos los países. Un país donde la más mínima chispa de aliento, al caer en el generoso y emotivo corazón latino, encendía hogueras de amor, consagración y autosacrificio.

Menos mal que el viaje a Cuba llegó en el momento justo, pues al año siguiente entramos por fin en el país comunista más controlado de todos. Era tan difícil entrar, y lograr algo una vez allí, que necesitábamos todo el optimismo posible para no abandonarlo del todo. Me refiero, por supuesto, a la pequeña Albania.

Estaba lejos, en Siberia, cuando nuestro grupo por fin tuvo la oportunidad de entrar en este país. Una agencia de turismo francesa se anotó un hito histórico al organizar un tour de dos semanas por Albania. Rolf y Marcus se unieron al tour como "profesores" desde Holanda.

No llevaban Biblias, pues años antes habíamos descubierto que no existía ninguna Biblia en albanés. Peor aún, no había idioma albanés para imprimir una Biblia. En este pequeño país de un millón y medio de habitantes, se hablaban al menos tres dialectos mutuamente incomprensibles: skchip, gheg y tosko.

Solo había Biblias en el país en latín, en las iglesias católicas romanas, y en griego, en las iglesias ortodoxas. El resto del país era musulmán.

La Sociedad Bíblica Americana escribió que tenía un Nuevo Testamento en skchip, traducido en 1824, en su biblioteca, pero que no parecía existir ninguna otra copia. Solo desde la revolución se había avanzado en el desarrollo de un idioma albanés unificado, y difícilmente podíamos esperar que esto incluyera una nueva Biblia.

Sin embargo, Rolf y Marcus sí llevaban tratados y pasajes de las Escrituras en los tres idiomas albaneses. Y cuando los agentes de aduanas del aeropuerto ni siquiera abrieron

sus maletas, sintieron que habían tenido muchísima suerte. En Albania existía una ley estricta que prohibía la importación de cualquier material impreso, por breve y apolítico que fuera, por considerarlo "propaganda". Marcus y Rolf habían empacado su literatura por costumbre, esperando verla confiscada en la frontera. Así que, al registrarse en su hotel en Tirana con todo intacto, se sintieron muy animados.

Habían contado con la ayuda de los albaneses, bien entrenados y obedientes. Durante las dos semanas de viaje, intentaron regalar esos fragmentos de las Escrituras. La reacción general fue la de apretar las manos a la espalda. No solo no aceptaban los tratados, sino que ni siquiera los tocaban. Incluso un obispo católico, a quien Rolf intentó regalarle un Evangelio de San Juan en Gheg, se dio la vuelta y se alejó por el pasillo de su catedral como si le hubieran ofrecido veneno.

Finalmente, desesperados, dejaron un montón de panfletos en el alféizar de una ventana en una calle de oficinas, pensando que quizás los transeúntes los recogerían cuando nadie los viera. Para su horror, un día después, y noventa kilómetros más adelante en su recorrido, dos policías llegaron a donde el grupo almorzaba y exigieron saber quién había dejado esos panfletos en esa calle. La investigación dejó de parecer tan inquietante cuando se dieron cuenta de que su grupo era el único de extranjeros en todo el país. Para evitar que expulsaran a todos, Marcus y Rolf tuvieron que confesar lo que habían hecho y jurar que cesarían toda actividad "política". Ninguno de los panfletos que habían dejado en la calle fue retirado.

Así pues, desde el punto de vista de cualquier trabajo literario futuro en Albania, el viaje fue extremadamente desalentador. En cuanto a otros aspectos del país, ambos regresaron.

Con una mezcla de emociones. Los propios albaneses se encontraban entre las personas más cálidas y afectuosas que jamás habían visto, en cuanto a sus relaciones mutuas. El mismo afecto se prodigaba al líder del país, Enver Hodscha. Porque Hodscha estaba logrando cosas, de eso no había duda. Esta pequeña nación, desde tiempos inmemoriales campo de batalla de las disputas entre otros países, dominada ahora por Turquía, ahora por Italia, tenía —probablemente por primera vez en su historia— un gobierno preocupado por los propios intereses de Albania.

Pero si el idioma de la tierra hubiera sido el chino, Rolf y Marcus no podrían haberse sentido más frustrados en su intento de establecer algún tipo de contacto real con la gente. Marcus hablaba un poco de italiano y esperaba, de vez en cuando, charlar con un albanés italo parlante, sin el filtro omnipresente del traductor del gobierno. Pero incluso cuando la situación parecía ideal, la comunicación estaba prácticamente bloqueada. Era una tierra donde nadie conocía a nadie, nadie tenía información, nadie recordaba.

—¡Oye, amigo! —saludaba Marcus a un trabajador de fábrica en un pasillo desierto—. ¿Llevas mucho tiempo trabajando aquí?

Una sonrisa y un encogimiento de hombros. "Es difícil decirlo, signore".

"¿Qué tipo de horario trabajas?"

¡Ah! ¡Varía! Cada día es diferente.

—Bueno... ¿cuánta gente trabaja en la fábrica aquí?

La sonrisa se ensancha, el encogimiento de hombros es enorme. "¿Quién sabe? ¿Quién ha contado?"

Marcus y Rolf sintieron que había una especie de obtusidad voluntaria en ello, una especie de censura por consentimiento mutuo de todos los que tenían que ver con Albania contra toda curiosidad por parte de extranjeros.

La única vez que la barrera se derrumbó un poco fue al conversar con algunos clérigos. E incluso en esos casos, la comunicación se basaba en palabras delicadas, cuando lo que no se decía cobraba mayor importancia que lo que se decía. Un joven sacerdote católico en particular, según sentían, se alegró genuinamente de verlos, deseoso de saber de Occidente y de contarles su propia situación. Su iglesia había sido católica romana hasta que la línea dura de Mao la obligó a romper todos los vínculos con el exterior el país. Ahora se autodenominaba Iglesia Católica Nacional.

"¿Y dentro del país?", preguntó Marcus. "¿El gobierno los deja bastante tranquilos?"

"El gobierno no interfiere oficialmente con la religión".

"¿Entonces tienes libertad religiosa?"

“Por ley, lo hacemos”.

“¿Puedes decir lo que quieras desde tu púlpito, por ejemplo?”

“La respuesta correcta es sí”.

Y así continuó, el largo y tedioso circunloquio que aparentemente no decía nada y, en realidad, lo decía todo. Fue de este joven sacerdote de quien recibieron noticias que apenas podían creer: ¡En una de las iglesias ortodoxas griegas se decía que había una Biblia en el nuevo idioma albanés!

Marcus y Rolf solicitaron de inmediato una visita a esta iglesia. El sacerdote ortodoxo los recibió amablemente, junto con su guía. Sí, había una traducción completamente nueva de los evangelios en el altar mayor de la iglesia. ¿Les gustaría verla? ¡Claro que sí!

Los condujo por la nave de la antigua basílica. Incluso desde lejos podían ver el Libro sobre el altar, un enorme volumen adornado con joyas. De repente, a cuatro metros del altar, el sacerdote se detuvo, tan bruscamente que Rolf chocó contra él. Durante varios instantes, los cuatro permanecieron en silencio, contemplando el tesoro que tenían ante sí. Cuando el sacerdote se giró para irse, Rolf exclamó: «¡Pero quiero acercarme! ¿No puedo mirarlo? Es decir, abrirlo. Ver las páginas».

Mientras el guía traducía, los ojos del sacerdote se abrieron de par en par, horrorizado. ¡Más cerca! ¡Pero ninguna persona sin orden se acercaba jamás a menos de cuatro metros de las Sagradas Escrituras!

Entonces, titubeó Rolf, ¿qué sentido tenía la nueva traducción? Dado que los sacerdotes leían griego, ¿para qué se usaba esta Biblia?

Pues, para ser llevada en solemne procesión. Para recibir el homenaje y la adulación del pueblo. ¿Para qué otra cosa se usaría una Biblia? Y piensen en el consuelo que... Los fieles deben ganar sabiendo que Dios mismo ha hablado en la nueva lengua del gran pueblo de Albania.

Y así, Marcus y Rolf regresaron a casa habiendo visto sólo el exterior de un libro, con la sensación de haber visto sólo el exterior de un pueblo y de una nación.

Mientras tanto, nuestro trabajo en el resto de Europa cobraba impulso: cada mes realizábamos más viajes que el anterior. Con la nueva frecuencia, por supuesto, el riesgo de ser reconocidos también aumentaba. Intentábamos no enviar nunca a las mismas parejas al mismo país en viajes consecutivos. Si la primera vez habían ido dos hombres, en el siguiente viaje intentábamos enviar a un hombre y una mujer.

Y fueron Rolf y Elena, en un viaje a Rusia en 1966, quienes más nos han robado la vida. Con el aumento de los viajes a Rusia, el contrabando de todo tipo también aumentaba, y se había triplicado la guardia fronteriza. Los periódicos estaban llenos de historias de arrestos, multas y encarcelamientos. Esta vez, Rolf y Elena llevaban un cargamento de Biblias especialmente grande en la camioneta Opel. Corry y yo oramos con ellos toda la noche antes de que se fueran.

“Recuerden”, dije, “que estas personas que están siendo atrapadas dependen de su propia astucia. Sus motivos probablemente sean otra desventaja. El odio y la codicia son cargas pesadas. Su motivo, en cambio, es el amor. Y en lugar de enorgullecerse de su astucia, reconozcan lo débiles que son... tan débiles que deben depender totalmente del Espíritu de Dios...”

Como nos contó Rolf más tarde, nuestros presentimientos de problemas eran ciertos. Al acercarse a la frontera, vieron no a uno, sino a seis agentes de seguridad esperándolos. Le dijo a Elena que empezara a orar para que Dios confundiera a estos hombres. «Y no pares hasta que hayan pasado, Elena».

Se detuvieron en la línea de parada. "¡Dah zvi dahnya!", exclamó Rolf con entusiasmo. Saltó del coche y rodeó el coche para sujetarle la puerta a Elena.

En la mano, uno de los oficiales sostenía un papel. Rolf y Elena charlaban distendidamente sobre la inusual luna de miel que estaban pasando, visitando varios países de Europa del Este.

"Esta tampoco es la primera vez", dijo el oficial que sostenía el papel. Y luego leyó una por una las ciudades que Rolf y yo habíamos visitado en nuestro último viaje a Rusia.

Esto realmente sacudió a Rolf.

La inspección pareció durar horas. Dos agentes hurgaron en cada rincón de la camioneta por dentro, mientras otros tres se dedicaban a revisar el exterior... el motor, las

llantas, los tapacubos. Subieron y bajaron las ventanillas para ver si se atascaban a medias. Golpearon los paneles.

“Confundir su pensamiento. . . .”

Y mientras tanto, un oficial no participó en la inspección, sino que se dedicó a escrutar los rostros de Rolf y Elena. Era un juego magistral de guerra psicológica. El oficial dependía de esa risa despreocupada, de esa mirada fugaz, de esa gota de sudor, para saber lo que necesitaba saber.

"Déjame ayudarte", le dijo Rolf a uno de los hombres mientras este se esforzaba por sacar la tienda de campaña de la carreta. Se ofreció a abrir las guanteras, sacar las llantas de repuesto y levantar las tapas de los filtros de aire y aceite. Y mientras tanto, Elena rezaba.

Al cabo de un tiempo interminable, la inspección se detuvo por falta de otro lugar donde mirar. El hombre que sostenía el papel se acercó a Rolf. «Estuvo en Rusia hace apenas unas semanas. Dígame, ¿por qué viaja tan frecuentemente a nuestro país?»

Rolf se inclinaba hacia la parte trasera del carro, plegando la tienda. Le dio un sonoro golpe a la lona. «Bueno», dijo, «mi amigo y yo lo pasamos tan bien en su país que decidí traer también a mi novia. Pero hay otra razón. Sentimos un gran amor por el pueblo ruso. Un amor especial».

El agente miró a Rolf como si quisiera penetrar en su mente. Pero no encontraron nada en el coche. Así que le devolvió sus papeles y, con evidente reticencia, indicó que abrieran la barrera.

Rolf y Elena apenas podían creer lo que había sucedido. Mientras se alejaban de la frontera, reían y lloraban a la vez. Porque en su carromato, a salvo y seguras, había cientos de Biblias. Los oficiales habían estado a milímetros de ellos. Ciertamente, no estaban mejor escondidas de lo que un aventurero aficionado podría haberlo hecho. ¿Cuál era la diferencia?

Rolf y Elena lo sabían.

Un año después de unirse a nosotros, Marcus también se casó. Así que éramos siete: Corry y yo, Rolf y Elena, Marcus y Paula, y el soltero Hans. Luego, Klaas, Eduard y sus esposas se unieron a nuestro trabajo.

Klaas y Eduard eran profesores en una escuela pública del sur de Holanda; Klaas enseñaba francés y Eduard, matemáticas. Un día, después de escuchar una charla sobre la obra, vinieron a casa con sus esposas e hicieron muchas preguntas. No nos dijeron que querían unirse a nosotros. Mantuvieron sus motivos en secreto, queriendo darle al Señor la oportunidad de abrirles la puerta de forma inequívoca.

Y al mismo tiempo, yo también pensaba lo mismo. En cuanto conocí a estos cuatro, supe que pertenecían a nosotros. Sin embargo, ¿cómo podía pedirles que dejaran sus buenos puestos para aceptar un trabajo sin sueldo, peligroso y con largas separaciones, a menos que estuviera absolutamente seguro de que el Señor mismo

había hecho que nuestros caminos se cruzaran? Así que yo también le mencioné mi esperanza a nadie más que a Corry.

Allí estábamos todos, orando por exactamente lo mismo pero sin compartir nuestros deseos para que uno no influyera en el otro.

La respuesta de Dios llegó, varios meses después, de una manera tan inesperada que al principio casi nos perdimos la guía. Un día, Klaas y Eduard descubrieron una carta certificada en su correo de la escuela. Los directores les informaron que, a menos que dejaran de usar sus clases de francés y matemáticas para la evangelización de los estudiantes y aceptaran dejar de realizar reuniones de oración por ellos, en sus casas por las noches, se les pediría que se fueran al final del período actual.

Al principio, Klaas y Eduard estaban molestos, al igual que casi todos los padres de la comunidad, pues su reputación era excelente tanto entre alumnos como entre padres. Cuando nos escribieron la noticia, yo también me sentí molesto y me preguntaba cómo los cristianos podrían oponerse a tal decisión. Su "evangelización" durante el horario escolar había consistido únicamente en mencionar las reuniones vespertinas que se celebrarían fuera del recinto escolar. ¡Y de repente, lo entendí!

—¡Corry! —grité—. ¡Corry, mira qué gran noticia!

Corry salió corriendo de la cocina. "¿Qué pasa?"

¡Klaas y Ed podrían perder sus trabajos!

Corry me miró como si bromeara. Y entonces ella también lo entendió. ¡Claro! ¿No sería esta la forma en que Dios nos decía que Klaas y Ed estaban destinados a unirse a nosotros? Esa misma semana fuimos en coche a la escuela y compartimos con las dos parejas nuestras largas oraciones para que pudieran formar parte de nuestro equipo.

Klaas y Ed se miraron y empezaron a reír. Luego nos contaron que llevaban meses pidiéndole a Dios que les mostrara si debían dejar la escuela para unirse a nuestros equipos. Entonces, para mí, llegó la mejor noticia de todas.

“Sólo hay una cosa que me gustaría preguntarte”, dijo Eduard.

"¿Qué es eso, Ed?"

Lo que más me gustaría es ayudar con la correspondencia y la administración. Y luego, hablando rápido, como para persuadirme: «Soy preciso y exacto, y es el tipo de trabajo que me encanta hacer. ¿Crees que hay alguna posibilidad de que pueda ayudarte en la oficina?».

Miré a Corry. Le costaba mantener la compostura. Incluso en ese momento, las cartas estaban tan apiladas que hacía semanas que faltaba una de sus tazas de café. Y aquí, entregada sin que la pidiéramos, estaba la solución divina.

—Eduard —dije—, creo que quizá podríamos arreglarlo.

El duodécimo miembro de nuestro equipo es un tipo peculiar: está compuesto por muchos segmentos

diferentes. Mientras dábamos charlas a diversos grupos en Europa y América, nos preguntaban constantemente: "¿Podría acompañarlos solo un viaje?".

Empezamos a orar sobre estas peticiones. Nos preguntábamos si habría alguna manera de incorporar a nuestros equipos a trabajadores a tiempo parcial.

Como experimento, comenzamos a decir que sí ocasionalmente y descubrimos una de las aplicaciones más dinámicas y de mayor alcance de nuestro trabajo hasta la fecha. El sistema nos da la oportunidad de dedicar tiempo concentrado a una persona, enseñándole lo que hemos aprendido sobre la vida de fe. Nos proporciona un nuevo compañero de oración, tras interrumpirse la conexión física. Pero el mayor e inesperado beneficio ha sido el surgimiento de grupos similares al nuestro en otros países.

Creemos que nuestro grupo ha crecido tanto como debería. No llegamos a ser una organización; somos, en cambio, un organismo, una asociación viva y espontánea de personas que se conocen íntimamente, se cuidan profundamente y sienten un respeto mutuo que hace innecesarias las reglas y los estatutos. Un grupo tiene el tamaño adecuado, supongo, cuando cada miembro puede orar a diario por todos los demás, individualmente y por su nombre, intercediendo por sus necesidades personales y por el éxito de una misión específica. Pero ¿qué impide que surjan veinte, cincuenta o cien grupos así dondequiera que se escuche el llamado, cada uno obediente a su propio genio, cada uno trabajando a su manera por la venida del Reino único?

Y este es el papel que desempeñan los estudiantes a tiempo parcial. Tras un viaje de adoctrinamiento, regresan a casa convencidos de que ese trabajo es posible. «No hablé de otra cosa durante dos meses tras volver a la escuela», nos escribió un estudiante del Instituto de Formación Bíblica fundado por Dwight L. Moody en Escocia, tras un viaje con nosotros tras la Cortina de Hierro. «Hay otros tres estudiantes interesados y estamos planeando un viaje a Yugoslavia este verano».

Este es el aspecto docente de nuestra labor: la formación de otros misioneros. Exigimos solo dos cosas a los hombres y mujeres que aceptamos como misioneros a tiempo parcial: que cada uno tenga una experiencia personal con Cristo y aprenda a trabajar con el pleno poder de su Espíritu; y que se enfatice la importancia de un ministerio positivo entre los comunistas. Si un hombre parece albergar resentimientos personales, contra cierto gobierno, o si tiene más que decir sobre los males del comunismo que sobre la bondad de Dios, entonces sospechamos que es un soldado mal armado para la batalla que tenemos por delante.

Y así el trabajo avanza, siempre cambiando, siempre nuevo.

Hoy en día, las Biblias se pueden traer legalmente a Yugoslavia. Ya no las traficamos a ese país, porque la Tienda de Biblias ha vuelto a abrir y está prosperando. En cambio, el año pasado le dimos a Jamil mil dólares para comprar estas Biblias legales para iglesias sin recursos. Cuesta creer que conozco a Jamil desde hace diez años.

En Bulgaria, Abraham sigue buscando a su Goliat. Solo

que ahora tiene piedras para su honda: Biblias de bolsillo que estamos trayendo por cientos. Nuestra meta para los próximos dos años es tener una edición de bolsillo de la Biblia en cada país al que lleguemos, incluyendo una en el nuevo idioma albanés. Una vez que tengamos la Biblia, creemos que Dios nos mostrará cómo hacerla llegar a las manos que Él ha elegido.

En Alemania Oriental ahora podemos celebrar reuniones evangélicas multitudinarias casi sin obstáculos. Yo mismo he predicado allí a hasta cuatro mil personas a la vez: dos mil sentadas en una gran sala de conferencias y otras dos mil de pie en la parte trasera o escuchando por los altavoces del exterior.

Con la llegada de Klaas, Eduard y sus esposas, estamos logrando nuestra meta de visitar cada país al menos una vez al año. Volví a Cuba esta primavera y, con la ayuda de Dios, estaré en dos nuevos países antes de que termine 1967: Corea del Norte y Vietnam del Norte. Algunos países, por supuesto, podemos visitarlos con más frecuencia; algunos incluso una docena de veces en un solo año. Cuando un equipo se vuelve demasiado conocido, otro ocupa su lugar.

Como Dios nos lo permite, estamos empezando a satisfacer una nueva necesidad tras la Cortina: automóviles para el clero local. Un coche es como un par de alas para un clérigo, que lo lleva a pueblos y ciudades donde quizás no haya habido un servicio religioso en años, ayudándolo a unir comunidades cristianas que no...

Ni siquiera sabemos el uno del otro.

El primer coche de este tipo fue para Guillermo y Mar, en el sur de Alemania Oriental. Cuando regresé de visitar a Guillermo y mencioné en una charla que este hombre con tos intensa viajaba miles de kilómetros cada año en motocicleta, varios holandeses se reunieron y me entregaron un cheque cuantioso, el más grande que había recibido hasta entonces.

«Andy», dijeron, «este dinero es para un fin muy específico. Creemos que Wilhelm debería tener un automóvil. ¿Podrías comprarle uno y dárselo de nuestra parte?»

Wilhelm apenas podía creerlo cuando llegué a su casa en las hermosas colinas de Sajonia y le entregué las llaves de su nuevo automóvil. Mar nos escribe ahora que la tos casi ha desaparecido por completo. Wilhelm ha usado su primer automóvil y los mismos amigos holandeses le han regalado un segundo. Con él, comenzó su propia obra misionera en equipo, viajando a Polonia y Checoslovaquia para celebrar reuniones de jóvenes con miembros de sus grupos de Alemania Oriental.

Y esto, para mí, es el acontecimiento más emocionante de todos: el surgimiento de un ministerio para los cristianos de un país de la Cortina de Hierro, a través de los cristianos de otro. Sin duda, esto es lo que Dios ha tenido en mente desde el principio: que el valiente remanente de su iglesia, disperso por muchos países, se fortalezca uniéndose y pierda el miedo al ayudarse mutuamente. Estos misioneros tras la Cortina carecen de dinero para

viajar, y podemos ayudarles a conseguirlo, pero el resto de su tarea —libertad para viajar dentro del bloque comunista y libertad para celebrar reuniones e intercambiar correspondencia— es infinitamente más fácil que para nosotros, que venimos de fuera. Una iglesia con la que hemos trabajado, en Checoslovaquia, ha enviado misioneros hasta Brasil y Corea, donde trabajan codo con codo con misioneros de Occidente.

Y así avanza la marea del cambio. No todos los cambios son buenos. Donde hay una flexibilización de las restricciones por aquí, suele haber un endurecimiento por allá. Aproximadamente en el Al mismo tiempo que la tienda de Biblias reabrió en Belgrado, se desató una nueva campaña de represión contra los cristianos en Hungría. Durante los últimos meses en China, cientos de miles de Biblias y himnarios han sido quemados con gran regocijo por parte de la Guardia Roja. Queda por ver si esto marca el fin del período de *laissez-faire* bastante desdeñoso por parte del gobierno chino y el comienzo de una nueva era de persecución para los cristianos chinos.

Pero Dios nunca es derrotado. Aunque se le oponga, ataque o se le resista, el resultado final jamás puede estar en duda. Cada día vemos nuevas pruebas de que, en efecto, todas las cosas, incluso las malas, obran juntas para quienes llevan su nombre.

Hay un sacerdote católico en Rumania a quien llevamos años ayudando a comprar Biblias y otros suministros. En su último viaje a casa desde Viena, con el coche cargado de Biblias, lo detuvieron en su propia frontera y descubrieron su cargamento.

El sacerdote estaba angustiado. Ya había estado en la cárcel una vez por un cargo falso de acaparamiento, pero aquí se trataba de un delito económico realmente grave, y él era realmente culpable. Un able cuesta el salario de un mes en Rumania, y llevaba casi doscientos.

Justo en ese momento, otro coche se detuvo en la frontera. De él salió un empresario muy conocido en la estación; entró con paso tranquilo en la caseta de inspección, saludando a cada guardia por su nombre. Al ver el mostrador repleto de Biblias, se detuvo en seco. "¿Biblias?", dijo. "¿Supongo que no estarían dispuestos a vendérmelas? Están confiscadas, ¿verdad?"

"Sí, están confiscados, pero no podríamos vendérselos".

El empresario le guiñó un ojo. «Ni siquiera», dijo, «porque...», y se inclinó y le susurró una cifra al oído al aduanero. El funcionario abrió mucho los ojos.

¿Realmente valen tanto?

—Más. Tendré ganancias.

El oficial pensó por un momento. "Déjame hablar con mis camaradas". Los tres guardias se apiñaron, y cuando salieron de su pequeño círculo, tenían Al parecer, decidió que el precio era lo suficientemente alto como para justificar el sacrificio de principios. Así que el empresario les pagó en efectivo, consiguió la ayuda del sacerdote para cargar su coche con sus propias Biblias y continuó su viaje a Rumania.

En el cobertizo se hizo un silencio incómodo. "¿Todavía me acusan de contrabando de Biblias?", preguntó finalmente el sacerdote.

—¿Biblias? —preguntó el funcionario de aduanas—. ¿Qué Biblias? Aquí no hay Biblias. Será mejor que se marche mientras la puerta esté abierta.

En cuanto a las Biblias, aunque fueron a parar al mercado negro, al menos también llegaron sanas y salvas a Rumania, donde de algún modo los creyentes encontrarán dinero suficiente para comprarlas.

Pero de todas las señales de estos tiempos, para nosotros la más alentadora es la creciente libertad de viaje a la mayoría de los países comunistas. Miles de visitantes más de Occidente cada año, y de estos miles, ¿qué pasaría si solo unos pocos cientos vinieran conscientemente como cristianos en busca de sus hermanos? Incluso personas que nunca han soñado con ser misioneras podrían desempeñar un papel aquí más importante que cualquier otro que se haya hecho hasta ahora. En cuanto a las Biblias: contrabandear un coche lleno es arriesgado, pero la mayoría de los controles fronterizos no dirían nada sobre un solo ejemplar en el idioma local (que se puede obtener de las sociedades bíblicas) entre los efectos personales de un viajero. China y Albania son los únicos dos países que conozco donde una Biblia dejada sobre una mesa u olvidada en un cajón no llegaría pronto a manos ansiosas.

Mil turistas, mil embajadores de Dios. Turistas que no

solo visitarían los museos y las fábricas, sino que también encontrarían los lugares —a menudo pequeños y apartados— donde los cristianos se reúnen para adorar. Que se pondrían de pie en estos servicios y pronunciarían solo seis palabras sanadoras: «Saludos de sus hermanos en Holanda... en Inglaterra... en América...».

"¿Dónde terminaría?", le pregunté a Corry. "¿Dónde podría detenerse semejante torrente de cariño?"

—No lo sé —dijo, y luego se rió—. No sabemos qué nos espera. ¿Recuerdas? No sabemos adónde vamos, pero...

"Pero estamos contentos de ir allí juntos".

Juntos, los dos. Los doce. Los miles. Nadie sabe adónde nos llevará el camino. Solo sabemos que es el viaje más emocionante de todos.

Epílogo

Las nuevas aventuras del contrabandista de Dios

HERMANO ANDREW Y AL JANSSEN

En julio de 1999, mi esposa, Jo, y yo (Al) tuvimos la oportunidad de pasar una semana en Holanda con el hermano Andrew. Nos habíamos conocido cuatro años antes, cuando me uní a la junta directiva de Puertas Abiertas EE. UU. Habiendo leído *El Contrabandista de Dios* en la universidad, muchos años antes, le animé a que contara el resto de su ministerio en el mundo islámico. Andrew insistió en ese momento: "¡No voy a escribir otro libro!". Estaba aprendiendo a no sorprenderme ante esta respuesta tan directa y tan holandesa. El razonamiento de Andrew era simple: tras la publicación de *El Contrabandista de Dios*, no pudo regresar personalmente a Europa del Este ni a la Unión Soviética durante muchos años. Mientras otros continuaban su labor en el bloque soviético, Andrew exploraba nuevas fronteras para el ministerio.

El hermano Andrew vive en un pueblo a una hora en tren del Aeropuerto Schiphol de Ámsterdam. Lleva más de cuarenta años viviendo en la misma casa y trabaja en una oficina independiente detrás de la casa y con un amplio jardín. Nos reunimos en su oficina, que consta de tres

salas donde se exhiben su biblioteca, su colección de Biblias y recuerdos de viajes a unos 125 países (ha perdido la cuenta de cuántos). En la sala central nos sentamos en sofás desgastados alrededor de una mesa de centro que en realidad era un viejo fuelle, un recordatorio de sus raíces. El padre de Andrew era un herrero tan hábil que forjó los patines para los miembros del equipo nacional holandés de patinaje y llegó a ser conocido como el «Rembrandt de los herreros». Andrew admitió que no heredó el don de su padre como herrero.

El propósito de mis entrevistas fue capturar para Puertas Abiertas lo que Andrew había aprendido durante más de treinta años de trabajo en el mundo musulmán para que los misioneros y los líderes de la iglesia podrían aprender de su experiencia y construir sobre ella. Hasta los eventos del 11 de septiembre de 2001, no teníamos ningún plan para publicar estas notas. Casi veinte años antes de los ataques al World Trade Center y al Pentágono, el hermano Andrew había declarado públicamente: "Si no vamos a los musulmanes con el amor de Cristo, vendrán a nosotros con armas y bombas". Al darse cuenta del cumplimiento de su profecía, Andrew suavizó su postura sobre escribir libros: "Tal vez Dios me ha dado un mensaje para la Iglesia hoy". Poco después de eso, me invitaron a unirme a Puertas Abiertas y trabajar con el hermano Andrew para ayudarlo a escribir lo que se convertirían en dos libros importantes sobre la Iglesia en el mundo islámico, *Fuerza de la Luz* y *Creyentes Secretos*, además de varios devocionales.

A lo largo de quince años, he tenido la oportunidad de viajar con el hermano Andrew y entrevistarle en

numerosas ocasiones. A partir de esas conversaciones, las siguientes son solo algunas de las aventuras posteriores del "Contrabandista de Dios".

Al: Poco después de terminar El contrabandista de Dios en 1967, emprendió su primer viaje a Oriente Medio. ¿Cuál fue el propósito de su viaje?

Hermano Andrew: Después de la publicación del libro, estaba extremadamente cansado. No solo por la promoción, sino también por algunos problemas con el ministerio en casa. Compré un billete a Tel Aviv y tomé un autobús a Eilat, en el extremo sur del Négueb, e hice snorkel en el Golfo de Áqaba. Sinceramente, solo estaba huyendo. Pasé un tiempo caminando por el desierto del Sinaí. Hay algo en el desierto que te tranquiliza. Estaba orando, ayunando, caminando y desesperado. Una noche, Dios me dijo: «Puedes renunciar a tus privilegios, pero no a tus responsabilidades». Así que volví a casa para ocuparme de mis problemas.

Ya había reflexionado mucho sobre el islam y el comunismo. Había visto las mezquitas en Asia Central y me había reunido con algunos disidentes que me hablaron de la opresión del gobierno ruso hacia los musulmanes. Por supuesto, ya conocía el islam por mi tiempo en Indonesia con el ejército holandés. Leí el Corán antes de leer la Biblia; ¡eso no estaba en El contrabandista de Dios! Así que me interesó. Sabía que si el comunismo caía, el islam podría resurgir rápidamente como... movimiento.

¿Entonces sabías que ésta sería la próxima área de ministerio?

No inmediatamente. Debes entender que nunca quise empezar un ministerio. Simplemente hice un viaje a Polonia en 1955, al Festival de la Juventud Comunista. Poco después, tuve la oportunidad de ir a Checoslovaquia. Encontré la Iglesia en ambos países, descubrí su necesidad y comencé a llevar Biblias. No había ningún plan, ninguna visión, y mucho menos la idea de liderar una organización mundial. Dios me reveló una necesidad que podía satisfacer, e hice lo que pude. La obra creció y muchos otros se unieron a mí, incluyendo personas de otros países: Sudáfrica fue el primero en 1970, después de los Países Bajos, por supuesto, seguido de Australia y Suiza, luego Estados Unidos y el Reino Unido. Deryck Stone, un pastor en Sudáfrica, fue el primero en sugerir el nombre Puertas Abiertas. Formó parte de nuestra junta internacional durante muchos años.

¿La misión de Puertas Abiertas era simplemente entregar Biblias a creyentes que no tenían acceso a ellas?

Fue más que eso. Dondequiera que voy, busco a mis hermanos y hermanas en Cristo. Escucho sus historias. Los animo y oro con ellos. Si Puertas Abiertas puede ayudar a fortalecer a la Iglesia en medio de la persecución, eso es lo que hacemos. De eso se trata nuestro ministerio. Cuando descubrí por primera vez una Iglesia perseguida tras la Cortina de Hierro, la necesidad era de Biblias. Siempre he creído que ningún gobierno ni

autoridad religiosa tiene derecho a impedir que la gente tenga y lea la Biblia. Pero a medida que nuestro ministerio se expandía, surgieron otras necesidades. Por ejemplo, en algunos países los pastores tienen poca o ninguna formación en seminarios. Les brindamos capacitación para que puedan ser líderes más eficaces en sus congregaciones. En otras regiones, los cristianos sufren discriminación y se les niega la educación y las oportunidades laborales de calidad. Por eso, podemos fortalecer a la Iglesia proporcionando pequeños préstamos para ayudar a los cristianos a emprender negocios. Las necesidades y, por lo tanto, las estrategias varían de un país a otro.

Entonces empezaste a explorar países islámicos. ¿Qué descubriste?

Al principio fue más bien una aventura, y poco a poco surgieron las oportunidades en el ministerio. En algún momento de 1970 o 1971, Doug Sparks me invitó a participar en una expedición arqueológica para identificar la verdadera ubicación del Monte Sinaí. El equipo voló a Beirut, compró un Land Rover y lo cargó con equipo. Mi contribución, naturalmente, fue un suministro de Biblias en árabe. Condujimos hasta Damasco, pero en algún lugar de Jordania tuvimos un accidente. Estaba dormido cuando ocurrió. En esa época, si tenías un accidente, ibas a la cárcel hasta que la policía resolviera el asunto. No tenía ningún deseo de ir a la cárcel —además, tenía previsto predicar en una iglesia en Amán al día siguiente—, así que dejé a mis amigos y viajé a Amán haciendo autostop. Dos días después, mis amigos fueron liberados y me

alcanzaron, y condujimos hasta la frontera con Arabia Saudita. Nuestro objetivo era viajar al sur de Madián, donde Moisés vivió durante cuarenta años antes de su encuentro con Dios en la zarza ardiente.* Pero nos detuvieron en la frontera y luego el coche fue confiscado cuando descubrieron las Biblias.

Doug y yo logramos escapar con una maleta llena de Biblias y fuimos a autostop a Yeda. Después de comprar un billete de avión a El Cairo para el día siguiente, pasamos una tarde repartiendo Biblias en el zoco. Nadie nos detuvo. A la mañana siguiente, cuando fuimos al aeropuerto de Yeda, aún nos quedaban algunas Biblias. Allí vi estantes vacíos que pronto se llenarían de periódicos y revistas árabes, así que coloqué las Escrituras restantes en esos estantes vacíos. Después de subir al avión, nuestro vuelo se retrasó y pensé que nos arrestarían por dejar esas Biblias. Pero despegamos sin incidentes. Esa fue mi primera visita a Arabia Saudí. Pasaron seis meses antes de que me devolvieran el Land Rover y mi equipaje.

¿Has regresado a Arabia Saudita?

Varias veces. Una vez, al entrar al país, los funcionarios de aduanas quisieron confiscar mi Biblia. Empecé a gritarles; quería que todo el aeropuerto... Sabía que me quitaban la Biblia. Se asustaron y la devolvieron. En otra ocasión, prediqué el primer sermón en una iglesia saudí fundada por un pastor filipino. Ese fue el primer y también el último servicio, porque arrestaron al pastor y la iglesia cerró. He contactado con creyentes en Arabia Saudita; conozco al menos mil saudíes bautizados. Pero

no hay una iglesia visible en el país. Hace muchos años que no estoy allí; no quiero hacer nada que ponga en peligro a los creyentes.

¿Cuál es la diferencia entre el ministerio en los países comunistas y el ministerio en los países islámicos?

El islam es un movimiento mucho más fuerte. El comunismo duró apenas 70 años en Rusia y Europa del Este. El islam ya lleva 1400 años presente. Se basa en el monoteísmo y en un libro sagrado. El desafío del comunismo es la estúpida proclamación de que «Dios no existe». El desafío del islam es «¿Quién es Dios?». Sabemos que muchos musulmanes están motivados a morir por su fe. Si no encontramos una solución, el islam seguirá creciendo y atrayendo a más voluntarios dispuestos a inmolarsse como mártires autoproclamados.

Indonesia es el país musulmán más grande del mundo. ¿Volviste alguna vez después de luchar allí con el ejército holandés?

Sí, un hermano adinerado de Yakarta pagó todos mis viajes. Recorrimos Nueva Guinea, Bali, Java y otras islas. Hablé en iglesias y escuelas bíblicas, y di mucha enseñanza. Visité muchos de los antiguos lugares donde luchó el ejército holandés. Varias veces, al hablar, pedí perdón abiertamente por lo que nosotros, el ejército holandés, les habíamos hecho. Creo que la guerra fue muy sucia, muy hipócrita. Una de las razones por las que los musulmanes están tan enojados con Occidente es que

siete octavas partes del mundo musulmán estuvieron ocupadas y gobernadas por naciones "cristianas" hasta el final de la Segunda Guerra Mundial.

Visité el Hospital Católico Santa Isabel en Semarang, donde me trataron después de... Recibió un disparo en el tobillo durante la guerra. Las mismas monjas estaban allí, y les mostré El Contrabandista de Dios y leí en voz alta la sección que escribimos sobre ellas.

¿Entonces se acordaron de ti?

No lo creo. Pero recordaban a los soldados holandeses que irrumpieron en su hospital. Debió ser toda una experiencia para ellos estar rodeados por un grupo de hombres salvajes que maldecían y hacían chistes verdes sobre las amables enfermeras que estaban siendo entrenadas por las monjas.

Mientras se expandía al mundo musulmán, ¿qué sucedía en los países comunistas donde trabajaba? ¿El ministerio de Puertas Abiertas seguía contrabandeando Biblias?

¡Por supuesto! Teníamos equipos que modificaban camiones y furgonetas y creaban ingeniosos espacios para esconder Biblias; muchas más de las que cabían en mi pequeño coche. Estos hombres y mujeres contrabandeaban miles de Biblias cada mes a Europa del Este y Rusia. Otros equipos llevaban Biblias en maletas a China continental. Mi equipo lo llamó "Proyecto Hernia". Uno de los líderes de las iglesias en casas de China nos

dijo que, si bien apreciaban mucho las Biblias que traíamos, la necesidad era mucho mayor. Cuando les preguntamos cuántas necesitaban, la solicitud fue que se entregaran un millón de Biblias en una sola noche.

Obviamente, eso representó el mayor desafío para nuestro ministerio. ¿Cómo se introduce de contrabando un millón de Biblias en un país cerrado con un ejército bien armado patrullando la frontera? Un equipo extraordinario con base en Filipinas trabajó en el problema. Construyeron una barcaza que transportaría los paquetes impermeabilizados, con un peso total de 230 toneladas. Compraron un remolcador transoceánico para remolcar la barcaza. Les tomó dieciocho meses planificar los detalles del "Proyecto Perla". Obviamente, este fue un gran paso de fe. Nuestro presupuesto se duplicó en un año, pero Dios suplió la necesidad. En la noche del 18 de junio de 1981, el equipo pasó junto a un buque de guerra chino — ¿se les cegó la vista?— hasta una playa remota en la costa de China. Dos Miles de creyentes esperaban para recibir y distribuir las Biblias por todo el país. La revista Time publicó un artículo al respecto, calificando el Proyecto Perla como una audaz expedición «ejecutada con precisión militar».

Más tarde, cuando la Unión Soviética empezó a desmoronarse, entregamos un millón de Biblias a Rusia. Finalmente me permitieron regresar al país y entregué personalmente el ejemplar número un millón al Patriarca de la Iglesia Ortodoxa Rusa. El equipo también comenzó a llevar Biblias al mundo islámico y vivieron experiencias increíbles. Uno de nuestros empleados tuvo la visión de introducir de contrabando un millón de Biblias, que se

necesitaban con urgencia, en un país musulmán (no puedo revelar cuál). Tardó varios años, pero fue un gran éxito.

Como pueden ver, esta claramente no es mi historia. Es la historia de Dios, y muchos empleados y voluntarios han participado. Siempre he dicho que si yo, un holandés sin educación —ya saben, nunca me gradué oficialmente de la preparatoria ni de la escuela bíblica— puedo hacer estas cosas, entonces cualquiera puede. Es decir, si uno se deja guiar por Dios y vive y trabaja por fe.

A medida que Puertas Abiertas continuó y expandió el trabajo que usted inició, vio una creciente necesidad en lugares como Oriente Medio. ¿Qué otros países visitó?

Hice varios viajes a Egipto, hasta que me pusieron en la lista negra. Me hice amigo de Menes Abdul Noor, pastor de la iglesia protestante más grande de Egipto. Me reuní con el Papa Shenouda de la Iglesia Copta; nuestro ministerio contribuyó a sus programas de impresión y publicación. Colaboramos con varios ministerios, como una clínica en el sótano de una iglesia presbiteriana en Asiut que atendía gratuitamente a 23.000 pacientes al año. La mayoría de los pacientes eran musulmanes. La iglesia estaba rodeada por tres lados por cinco mezquitas con altavoces dirigidos hacia la iglesia. Una noche, estaba predicando allí y, como hacía mucho calor, todas las ventanas estaban abiertas. Mi texto era 1 Samuel 17, la historia de David y Goliat, una de mis favoritas. De repente, la llamada a la oración llegó desde las cinco mezquitas. Era tan fuerte que, aunque usaba un

micrófono, ahogó lo que decía. Así que oré: «Señor, corta la electricidad y silencia todas estas voces malignas». Inmediatamente hubo un corte de luz y todo quedó en silencio, Incluyendo mi micrófono. Pero la iglesia tenía un generador viejo en el sótano y lograron encenderlo. Así que teníamos electricidad, pero las mezquitas no, y terminé mi mensaje.

¿Por qué te pusieron en la lista negra de Egipto?

Creo que un comentario que hice desde el púlpito de la iglesia Kasr el Dobara en El Cairo pudo haber sido la razón. Dije que los evangélicos deberíamos ser quienes en Egipto tendiéramos puentes con los fundamentalistas islámicos. Deberíamos saber dónde están, influir en ellos y guiarlos hacia Cristo. Supongo que eso fue demasiado político, demasiado peligroso. ¿Quizás demasiado radical?

¿Es cierto que El Contrabandista de Dios se ha publicado en árabe?

Se ha traducido y publicado en más de 35 idiomas. En uno de mis primeros viajes a Israel, vi el libro, en inglés, en la tienda de un hotel. Posteriormente se tradujo al hebreo y al árabe, y he regalado muchos ejemplares de estas ediciones. Se los doy a líderes políticos y religiosos para compartir mi testimonio y mostrarles la esencia del cristianismo. Le di un ejemplar a Yasser Arafat (líder de la OLP), y él me pidió más ejemplares para distribuir.

Una vez, estaba en un vuelo de El Cairo a Beirut, y el Gran Muftí del Líbano también estaba en el vuelo. Me fijé en él porque llevaba un fez rojo en la cabeza y estaba rodeado de guardaespaldas. Pensé: «Es un hombre importante. Quiero conocerlo». Así que, después de despegar, me levanté, pasé junto a él y lo saludé. En cuanto me devolvió el saludo, los guardaespaldas no me impidieron hablar con él. Le di un ejemplar de El Contrabandista de Dios y le dije que me encantaría pasar por su oficina y rezar con él. Una semana después lo visité y me dijo: «Andrew, les estoy leyendo tu libro a mis hijos, un capítulo después de cada comida». Seis semanas después, el Muftí y seis de sus guardaespaldas murieron en un atentado con coche bomba.

¿Pasaste mucho tiempo en el Líbano?

La primera vez que fui fue para ayudar a un holandés que sentía una gran preocupación por las personas sordas. En la cultura musulmana, a una persona sorda se la considera poseída por un demonio. Los padres encierran a sus pequeños sordos en un armario. Mi amigo fundó una escuela para sordos en Beirut. Tenía guardería, escuelas primarias y secundarias, además de formación profesional. Fui allí para organizar reuniones y conseguir apoyo para él.

Entonces estalló la guerra civil y se volvió muy peligroso para los extranjeros viajar al Líbano. Fui allí dos veces al año entre 1975 y 1990. En colaboración con la Sociedad Bíblica, llevaba Biblias y visitaba iglesias y misioneros aislados. Teníamos que pasar por hasta diez retenes al día, y en cada uno evangelizábamos y repartíamos Escrituras.

En un retén, registraron todo en nuestra furgoneta Volkswagen y, por supuesto, encontraron las Escrituras. Les ofrecimos algunas. Dijeron que sí, pero añadieron: «No queremos el libro de Israel. Queremos el libro de Jesús». No querían el Antiguo Testamento, solo el Nuevo Testamento.

Mencionó la declaración radical que hizo en Egipto sobre acercarse a grupos fundamentalistas. Tengo entendido que su primer contacto con dicho grupo fue en el Líbano. ¿En qué circunstancias se produjo esa reunión?

Durante la guerra civil, un poderoso líder chií predicó un mensaje revolucionario en una de las mezquitas de Beirut, y decenas de miles de grabaciones de sus sermones se vendieron en las calles de la ciudad. Su nombre era Sayyid Muhammad Husayn Fadlallah. Bajo su inspiración, surgió una nueva fuerza política y militar en el Líbano: Hezbolá, o "partido de Dios". Luego, en la década de 1980, varias personas fueron secuestradas y retenidas durante varios años. Un familiar que yo conocía fue secuestrado, encadenado a un radiador y mantenido como rehén durante más de tres años. Nadie sabía dónde lo tenían retenido, pero nos dijeron que estaba muy enfermo.

Al parecer, Hezbolá era el responsable, así que concerté una cita con Fadlallah a través de un intermediario irónicamente llamado Jihad. Con una gran Biblia árabe dorada envuelta en papel normal, esperé en el vestíbulo del Hotel Garden en el oeste.

Beirut y me preguntaba qué impediría que Hezbolá añadiera a este holandés a su rehén. De repente, varios hombres fuertemente armados irrumpieron en el vestíbulo. Los merodeadores salieron rápidamente cuando el hombre a cargo me preguntó si yo era Andrew. Me ordenaron ir con Jihad y seguir una camioneta que había sido convertida en un rudimentario vehículo blindado de transporte de personal. Podía ver cañones de armas apuntando desde las ventanas de la camioneta y un vehículo similar detrás de nosotros mientras avanzábamos a toda velocidad por las calles de la ciudad.

Tras pasar por un puesto de control fuertemente protegido y registrar mi cuerpo y mis pertenencias, me escoltaron a una reunión con el jeque. Fadlallah, quien más tarde sería conocido con el título de Ayatolá, me esperaba vestido con un largo caftán gris cubierto por una túnica negra similar a una capa, y con un turbante negro en la cabeza.

¿Cómo puede usted, occidental y cristiano, conseguir una cita con un líder fundamentalista como el Ayatolá?

Preguntas. Tocas puertas. Recuerda, nuestra misión se llama Puertas Abiertas porque creemos que ninguna puerta está cerrada al Evangelio. ¿Has oído hablar de grupos étnicos no alcanzados? Bueno, Hezbolá, los talibanes, la Yihad Islámica y Hamás son grupos no alcanzados. Así que voy y les comparto el Evangelio.

¿Cómo compartió usted el Evangelio con el líder de Hezbolá y cuál fue su reacción?

Después de que nos presentaran, le dije a Fadlallah: «Soy cristiano y estoy aquí representando a Jesucristo, intentando hacer todo lo posible para ayudar a traer la paz al Líbano». Asintió mientras su mano izquierda tocaba un rosario. Entonces le ofrecí mi regalo, diciendo: «Por eso quiero que tengas una copia de la Biblia. No sé qué dice el Corán sobre la toma de rehenes, pero sé lo que dice la Biblia, y Dios está en contra. Por eso espero que leas este libro. Este es mi regalo para ti».

Fadlallah aceptó amablemente la Biblia y, con voz suave y arisco, dijo: «Somos amigos de los cristianos. Si tanto musulmanes como cristianos leyeran sus libros sagrados, se entenderían mejor».

No fue un mal comienzo. Respirando hondo, dije: «Con ese espíritu de cooperación, creo que Dios quiere que liberen a los rehenes. A todos».

El Ayatolá no respondió inmediatamente, pero finalmente dijo: “No veo cómo puedo ayudarte”.

Eres el líder de Hezbolá. Seguramente puedes ordenar la liberación de los rehenes.

Con una sonrisa irónica, respondió: «Puedes reunirte con los líderes de Hezbolá, pero yo no los represento». También era obvio que podía transmitirles un mensaje.

¿Cuál era mi mensaje? Le hablé del hombre, un cristiano

devoto, que estaba entre los rehenes. «He puesto orden en mi casa. Estoy totalmente dispuesto a quedarme aquí y ocupar el lugar de este hombre. Ya ha sufrido bastante. Encadénenme al radiador y déjenlo ir».

Esta petición claramente sorprendió al jeque. Lo vi en la sorpresa momentánea de su rostro. Luego, como un campeón de póker, disimuló sus emociones. Preguntó en voz baja: "¿Cómo puedes decir eso?".

“Este es el espíritu de Jesús”, respondí. Me puse de pie y extendí los brazos para demostrarlo. “Murió en la cruz para liberarnos. Murió para que pudiéramos vivir. Ahora estoy listo para entregarme para que mi amigo pueda ser libre. De eso se trata el cristianismo”.

“Nunca había oído hablar de este tipo de cristianismo”, dijo Fadlallah.

El ayatolá no accedió a mi petición de liberar a los rehenes. Pero iniciamos una conversación que duró varios años antes de su fallecimiento en 2010.

Cuando usted se reunió con el Ayatolá, ¿de qué hablaron?

Nos vimos cinco o seis veces. En una reunión, nos sentamos a tomar café árabe y Fadlallah me dijo: «Andrew, los cristianos tenéis un gran problema». Bueno, yo sabía que los cristianos teníamos problemas, pero tenía curiosidad por saber cuál creía este líder musulmán que era nuestro gran problema. Su respuesta: «¡Ya no sigues el ejemplo de Jesús!».

Me resultó difícil no estar de acuerdo con él, así que le pregunté qué debíamos hacer.

“¡Tienes que volver al libro!” Se refería, por supuesto, a la Biblia.

Nos quedamos en silencio un rato mientras tomábamos otra taza de café. Entonces Fadlallah meneó la cabeza con tristeza y dijo: «Los musulmanes también tenemos un problema». Sentí mucha curiosidad. ¿Cuál creía él que era su mayor problema? Su respuesta: «Los musulmanes ya no seguimos la vida del profeta Mahoma».

Asentí, pensando que no seguir a Mahoma no era un problema tan grave. Entonces pregunté: «Entonces, ¿cuál es la solución?».

—¡Tenemos que volver al libro! —respondió. Claro que se refería al libro musulmán, el Corán, no a la Biblia.

Tuvimos muchas conversaciones y él las grabó todas. Tengo entendido que escribió sobre nuestras conversaciones en un par de libros. Están en árabe, así que no puedo decirte qué decían. Una vez le propuse que conversáramos sobre el tema "¿Qué tipo de persona

produce cada libro?". Nunca tuvimos esa conversación, pero habría sido muy interesante. ¿Qué tipo de personas produce el Corán? ¿Qué tipo de personas produce la Biblia?

También realizó muchos viajes a Israel. ¿No le supuso un problema reunirse con miembros de Hezbolá, considerados enemigos de Israel?

Lo mejor que podemos hacer por Israel es ganar a sus enemigos para Cristo. ¿Cómo se logra eso? Primero, necesitan hacerse amigos. Nunca se puede ganar un enemigo para Cristo. Mientras veamos a alguien como enemigo, ya sea comunista, musulmán o terrorista, el amor de Dios no puede fluir a través de nosotros para alcanzarlo. Por eso, me acerco a los líderes musulmanes fundamentalistas más radicales. Sin embargo, nunca voy... Solo. Siempre llevo conmigo a los líderes de las iglesias locales. Por eso debe haber una iglesia en cada país. Este es su campo misionero. Simplemente les abro la puerta y les muestro el camino.

¿Cuál fue la naturaleza de su ministerio en Israel?

Al principio, visitaba rabinos y daba charlas en varias iglesias. Un domingo, predicaba sobre la Iglesia sufriente en la Iglesia Bautista de Narkis Road. Después del servicio, una mujer se me acercó y me dijo: «Hay una Iglesia sufriente aquí en Israel. Es la Iglesia Palestina». Nunca había oído hablar de ella. Poco después conocí a Bishara Awad, director de la Escuela Esperanza en Beit

Jala, al norte de Belén. Él me presentó a los cristianos palestinos, y descubrí que había diez veces más creyentes entre los palestinos que creyentes mesiánicos.

Bishara me llevó a ver la Iglesia de la Natividad, una de las iglesias más antiguas del mundo, construida sobre el lugar donde supuestamente nació Jesús. Mientras caminábamos por la Plaza del Pesebre, Bishara me contó su visión de fundar una escuela bíblica en Belén. Explicó que la principal necesidad de las iglesias en Israel, Cisjordania y Gaza era el liderazgo. "Tenemos hermosas iglesias aquí, pero los edificios no son suficientes. La Iglesia está muriendo porque cada vez hay menos pastores". En ese momento, que sepamos, no había ninguna escuela bíblica de habla árabe en Oriente Medio, y la mayoría de los pastores se formaban en seminarios occidentales. Desafortunadamente, muchos de esos seminaristas se quedaron en Occidente, donde era más seguro y cómodo. "Necesitamos formar líderes aquí: pastores, animadores juveniles, líderes ministeriales", me dijo Bishara. "Mi sueño es ver a decenas de palestinos de todas las denominaciones venir a Belén a estudiar la Biblia en árabe, su lengua materna".

Así que trabajé con mi nuevo amigo para recaudar fondos para fundar el Colegio Bíblico de Belén. Lleva más de treinta años funcionando y ha capacitado a cientos de líderes de iglesias árabes. Muchos ministerios han surgido de esto. Por ejemplo, Musalaha fue fundado por Salim Munayer, quien fue decano académico del colegio durante muchos años. Este es un ministerio de reconciliación que reúne a grupos de palestinos e israelíes en una experiencia de tres días en el desierto para

conectar... Existe una enorme división entre los creyentes de ambos bandos. Para muchos, es la primera vez que tienen una relación real con alguien del otro bando.

¿Por qué se centran en los palestinos en lugar de en los judíos y los creyentes mesiánicos?

No soy pro ni antiisraelí. No soy pro ni antipalestino. Soy pro-Iglesia, y mi llamado es ir donde la Iglesia es perseguida y lucha por sobrevivir. Fortalecer lo que queda y está a punto de morir: ese fue el mensaje de Dios en Apocalipsis 3:2 en mi primer viaje a Polonia en 1955. La Iglesia palestina está muriendo, por eso he hecho todo lo posible para fortalecer el Colegio Bíblico de Belén para que la Iglesia no muera. He visitado muchas veces Gaza, donde solo hay 2000 cristianos entre 1,5 millones de musulmanes, y solo una iglesia evangélica con unos cien miembros. Esa iglesia no debe morir porque el destino eterno del pueblo de Gaza depende de ello.

Usted contactó a los líderes de Hamás en Gaza. ¿Cómo encaja esto con su llamado a fortalecer la Iglesia?

Me preparaba para hablar en Nochevieja en la conferencia de Misiones '93 en Utrecht cuando recibí un mensaje pidiéndome que fuera a reunirme con un grupo de 415 líderes de Hamás a quienes Israel había arrestado y deportado. Fueron abandonados en invierno en una ladera olvidada por Dios y Alá, Marj al-Zohour, en el sur del Líbano, donde ni siquiera crecía la hierba. Naciones Unidas ya había aprobado una resolución condenando la acción y exigiendo el regreso de los palestinos a sus

hogares. Sentí en mi interior que necesitaba ir.

Unos días después me encontré en el campamento empapado por la lluvia. Estaba tan mojado que ni siquiera podían hacer una fogata. Llovía a cántaros, y tuve que quitarme las botas y vaciar el agua. Conocí a Abdulaziz Rantisi y Mahmoud Zahar, ambos médicos y dos de los fundadores de Hamás. Mientras me mostraban el campamento, observé que no veía ninguna mezquita. Respondieron: "¡Cada tienda es una mezquita!". Eso me planteó un profundo interrogante sobre mi propio país. Me pregunté qué... Qué significaría si cada cristiano considerara su hogar como una iglesia.

Mientras visitaba las distintas tiendas, los hombres empezaron a darme papelitos con los nombres y direcciones de sus familiares. Fue entonces cuando se me ocurrió visitar a cada una de esas familias, que sin duda estaban preocupadas por su esposo, padre o tío. Unas semanas después, viajé a Israel y me reuní con Bishara. Visitamos a los nombres que aparecían en los papelitos. En todos los casos, las casas que visitamos se llenaron de amigos y familiares, y pudimos decirles que habíamos visitado a su ser querido. Bishara compartió un pasaje de las Escrituras y oró por las familias, y tomamos fotos que llevé al campamento unos meses después.

Fue durante esa segunda visita, cuando varios de los hombres de Marj al-Zohour me invitaron a comer con ellos, que se me ocurrió la idea de devolverles el favor. Un año después de su detención, Israel les permitió regresar a casa. Les ofrecí comidas en cinco ciudades. En la ciudad de Gaza hablé con cuatrocientos hombres; solo

esperaba unos cuarenta. Compartí mi testimonio de cómo llegué a Cristo y regalé todos mis libros y Biblias; no había suficientes para todos. Al final de la reunión, Mahmoud Zahar me invitó a dar una conferencia en la Universidad Islámica de Gaza. Cuatro años después, cumplí con esa petición y hablé con cientos de estudiantes, profesores y líderes de Hamás.

Me preguntaste, ¿cómo ayuda esto a la Iglesia? Abre puertas entre cristianos y musulmanes. Sé de al menos dos ocasiones en las que Hamás advirtió a la Iglesia Bautista de Gaza sobre amenazas solo porque los líderes se habían reunido. Los líderes de Hamás también saben que la Iglesia brinda ayuda en los campos de refugiados, toda a musulmanes que la necesitan. También me pregunto qué habría pasado si no hubiéramos ido a ellos. ¿Acaso no todos merecen la oportunidad de escuchar el Evangelio? Nos ganamos el derecho a compartir el Evangelio porque visité a los líderes de Hamás en su momento de necesidad. No puedo explicarte lo que Dios hizo en sus vidas como resultado. Eso es asunto de Dios. Solo puedo decir que surgió una amistad que continúa hasta el día de hoy.

Hay muchos musulmanes en África. ¿Sus viajes le llevaron a otros países africanos además de Egipto?

Hay muchos informes que indican que más personas en África están llegando a la fe en Cristo que en cualquier otro lugar del mundo. Quizás sea cierto, pero de ninguna manera

es...

Continente cristiano. ¿Cuántas guerras se libran en África? ¿Cuánta pobreza hay? Por supuesto, el islam domina la mitad superior del continente y se está extendiendo hacia el sur. Nigeria es una de las primeras líneas de batalla, con el norte del país musulmán y la mitad sur cristiana. Existe allí un enorme conflicto por el corazón y el alma del país.

Sí, he tenido algunas aventuras en África. Tres de nosotros viajamos a Uganda en la década de 1970 para animar a la Iglesia allí. Esto fue cuando Idi Amin estaba en la cúspide de su poder y estaba purgando el país de todos aquellos que consideraban una amenaza para su régimen dictatorial. Si bien la mayor parte de Uganda es cristiana, Amin provenía de una pequeña tribu musulmana. Me contaron que, cuando asumió la presidencia, el rey de Arabia Saudita le envió una espada de oro con el mensaje: «Con esta espada debes convertir a todos en Uganda en musulmanes». Se estima que Amin mató a entre 100.000 y 500.000 personas. Uno de mis amigos, el arzobispo anglicano Luwum, fue asesinado por el propio Amin, de un disparo en la boca.

Di muchas charlas en Uganda para la Comunidad Cristiana de Hospitales, y a menudo me transportaban a las reuniones en ambulancia; creían que era la forma más segura de viajar. Un día, nuestro director holandés, Jan Pit, tuvo la oportunidad de hablar en una prisión del lago Victoria, y allí vio un libro escrito por los hombres de Amin con la lista de las personas que aún no habían sido arrestadas ni ejecutadas. Encontró mi nombre y el suyo en la lista de personas muertas.

Entonces se volvió hacia el guardia y le dijo: “¿Te gustaría tener tu nombre en este libro?”

El guardia dijo: “¡Absolutamente no!”

—Yo tampoco —dijo Jan, y arrancó la página del libro. En algún lugar de mi oficina todavía conservo una copia de esa página.

Es evidente que ministrar en países musulmanes puede ser peligroso. ¿Qué les dice a los líderes de la Iglesia que arriesgan sus vidas?

¿Te refieres a qué me están enseñando? Tuve la oportunidad de hablar en una conferencia de pastores en Pakistán con Haik Hovsepián, pastor de las Asambleas de Dios en... Irán. Había asumido una postura muy pública defendiendo a un pastor en prisión y compartió con valentía el Evangelio por todo Irán. Al final de nuestra semana juntos en Pakistán, Haik y yo nos despedimos en el aeropuerto. Lo último que me dijo fue: «Andrew, cuando me maten, no será por callarme». Haik lo sabía, y no iba a callarse. Dos semanas después, fue martirizado.

Mencionaste Pakistán. Es el segundo país musulmán más grande, después de Indonesia. ¿Cómo le va a la Iglesia en ese país?

Hay aproximadamente 5,3 millones de cristianos en Pakistán, entre más de 188 millones de musulmanes. Por lo tanto, los cristianos son una minoría muy pequeña y viven bajo una enorme presión. Empecé a viajar a

Pakistán para reunirme con líderes de la Iglesia. Aprendí que uno de los mayores problemas para los cristianos era la falta de acceso a una educación de calidad. De hecho, se estima que el 80 % de los cristianos en Pakistán no saben leer ni escribir. Esto significa que, incluso teniendo una Biblia, los cristianos no pueden leerla y realizan los trabajos más precarios. Así pues, los líderes cristianos comenzaron a enseñarles a leer y escribir. Esto ha permitido a muchos hombres y mujeres leer la Biblia, comprender mejor su fe y, en algunos casos, conseguir mejores empleos.

¿Cuáles son entonces las mayores amenazas a la Iglesia en Pakistán?

Pakistán tiene una ley terrible llamada la Ley de Blasfemia. Cualquiera acusado de insultar al profeta Mahoma recibe automáticamente la pena de muerte. Cualquiera acusado de profanar el Corán recibe cadena perpetua. La simple acusación de un vecino rencoroso puede arruinar la vida de alguien. Me he reunido con líderes gubernamentales para pedirles que deroguen esta ley. Pero debido a la presión de grupos fundamentalistas como los talibanes, ningún político está dispuesto a arriesgar su vida por este asunto. Quienes lo intentan terminan con violencia. Como mi amigo Shahbaz Bhatti, ministro de Asuntos de las Minorías durante el gobierno de Musharraf. Fue asesinado a tiros por uno de sus guardias por el simple hecho de sugerir que una mujer acusada de blasfemia podría no ser culpable.

En un tono más personal, leímos en El Contrabandista de Dios la historia de cómo conociste a tu esposa, Corry, y cómo formaste tu familia. ¿Cómo están hoy?

Tengo cinco hijos adultos. Cuatro de ellos están casados, y Corry y yo tenemos once nietos. Viven cerca de casa, y veo a algunos de ellos casi a diario. Mi hija, soltera, heredó el espíritu aventurero de su padre. Es enfermera y trabajó en Afganistán durante la época de los talibanes, luego en Kurdistán durante la guerra de Irak, también en Yemen y, más recientemente, en Uganda. Debo decir que para su padre es más fácil ir a estos lugares que ver a su hija ir allí.

Hemos viajado mucho juntos y escrito varios libros. Contamos la historia de los creyentes de origen musulmán en Secret Believers. ¿Podrías contarnos cómo se encuentran ahora las personas sobre las que escribimos?

Muchos lectores recordarán a Butros (nombre ficticio), quien, bajo mi tutela, desarrolló el ministerio para fortalecer las iglesias en una nación islámica. A Butros le va bien. Sigue viviendo y trabajando en el país al que fue llamado hace muchos años. Ha recibido numerosas amenazas y ha sido interrogado en varias ocasiones. Cerca del Centro de Formación Logos se construyó una madrasa radical (una escuela islámica). Una mañana, Butros descubrió insultos al profeta Mahoma pintados en las paredes que rodean el centro. Claramente, la intención era incitar a los musulmanes a atacar y destruir el centro, pero Butros y su personal rápidamente taparon el grafiti y

no ocurrió nada más. Por favor, sigan orando por él.

Fui a ver a Butros recientemente para hablar una vez más con los pastores y despedirme. Fue muy emotivo para mí y para ellos. Mi mensaje final fue de Hechos 4:21, cuando Pedro y Juan fueron amenazados por el Sanedrín y luego liberados. Regresaron con los creyentes, y mientras oraban, el lugar tembló. Mi reto: No le tengan miedo al EI (Estado Islámico). Regresen a casa de mi Padre.

¡Libro! ¡Sigue el ejemplo de los discípulos! Sigue obedeciendo y cumpliendo la Gran Comisión (ver Mateo 28:19-20) de ir y hacer discípulos de todas las naciones, en todo el mundo. ¡Eso incluye a la gente del otro libro!

¿Cómo está Ahmed, el converso del Islam que tuvo que huir del país con su esposa debido a las amenazas contra su vida?

Lamento decir que no son buenas noticias. Ahmed extrañaba su país y, después de un par de años, él y Salima, su esposa, regresaron a casa. Durante un tiempo, cuidó con valentía de muchas pequeñas comunidades secretas de creyentes de origen musulmán, pero finalmente fue capturado por el grupo más radical de su país. Fue torturado y asesinado. Salima cría a sus dos hijos como madre soltera. Fue reubicada en un país cercano por su seguridad y la de sus hijos, debido a la presión de su familia para llevárselos y criarlos como musulmanes. Por favor, oren por ella y su familia. Ahmed fue un fiel soldado de Cristo. Testificó con valentía de Jesús en cada oportunidad que tuvo, sabiendo cada día que podía costarle la vida. Y finalmente lo hizo. Rezo

para que sus hijos sigan su ejemplo y transmitan la fe a la próxima generación.

Tienes 86 años y ya no puedes viajar ni ministrar como antes. Sin embargo, te mantienes informado sobre lo que sucede en el mundo. Actualmente, vemos la expansión del Estado Islámico en Irak y Siria, así como los ataques de extremistas musulmanes contra cristianos en Nigeria y otros lugares. En un año o dos, la situación podría cambiar, pero ¿cuál debería ser nuestra perspectiva?

Como les he dicho muchas veces, ¡la batalla ha comenzado! Cuando leemos sobre los conflictos en Nigeria, Somalia y en toda África, cuando oímos hablar de cristianos encarcelados en Irán, cuando vemos los avances de los talibanes y cómo ahora apoyan públicamente al EI, debemos comprender que la batalla es, ante todo, espiritual. El diablo hará todo lo posible para frustrar el avance de Dios.

Reino. Jesús nos dijo que si el mundo lo odiaba, también nos odiaría a nosotros. Por eso, no debe sorprendernos el aumento de la persecución en todo el mundo.

■
Sin embargo, no somos débiles. Hay mucho que podemos hacer, empezando de rodillas. Es cierto que ya no puedo viajar ni ver a mis hermanos y amigos. Pero sí puedo orar. Últimamente he estado animando a los cristianos a ser más agresivos. En general, siento que los cristianos tienen miedo y, por lo tanto, están a la defensiva. Dios no nos llamó a defendernos a nosotros mismos, ni a nuestra Iglesia ni al cristianismo en general. Nos llama a estar a la

ofensiva. En Mateo 28, Jesús dice: «Vayan, pues, con agresividad, y hagan de todas las naciones —incluyendo a todas las minorías y mayorías étnicas— mis discípulos». En otras palabras, debemos hacer todo lo posible para llegar a la gente y promover la causa del Evangelio. La primera generación de cristianos hizo precisamente eso. ¡Por eso fueron invencibles!

Así que aceptemos el reto de la Gran Comisión. El éxito de grupos como Al Qaeda y los talibanes debería motivarnos no con miedo, sino con la comprensión de que estas personas están perdidas y necesitan a Jesús. Cada uno de nosotros puede ser Jesús para los musulmanes de nuestra comunidad. Algunos estamos llamados a ir al mundo musulmán y a los fundamentalistas para mostrarles el amor de Cristo. Seamos obedientes al llamado de nuestro Señor. Espero que mi vida demuestre que no hay misión más emocionante que seguir a Jesús adondequiera que nos guíe.

*El hermano Andrés habla de esto en una devoción sobre Moisés, El Éxodo. Mandato (Puertas Abiertas Internacional, 2014).

†Puedes leer la historia completa del Proyecto Perla en La Noche de un Millón de Milagros de Paul Estabrooks (Open Doors International, 2008).

Para más información

Fuerza de Luz: Un relato conmovedor de la Iglesia atrapada en el fuego cruzado de Oriente Medio por el hermano Andrew y Al Janssen

Creyentes secretos: Qué sucede cuando los musulmanes creen en Cristo, por el hermano Andrew y Al Janssen

Disponible a través de Puertas Abiertas:

Operación Nínive: 39 días con Jonás por el hermano Andrew y Al Janssen
Oración: La verdadera batalla por el hermano Andrew y Al Janssen

¡Sin agallas no hay gloria! Derrotando a los gigantes de hoy: Un devocional de 40 días sobre David y Goliath, por el hermano Andrew y Al Janssen

El mandato del Éxodo: Moisés revela cómo se puede lograr lo imposible por el hermano Andrew y Al Janssen

La noche del millón de milagros: La historia interna del Proyecto Perla por Paul Estabrooks

Acerca de Puertas Abiertas

En las seis décadas transcurridas desde el viaje del hermano Andrew a Varsovia, la organización que se desarrolló a partir de su visión ha seguido buscando y fortaleciendo a la Iglesia perseguida.

Hoy, Puertas Abiertas sirve a millones de cristianos perseguidos en más de cincuenta países, incluyendo algunos de los lugares más peligrosos del mundo. Nuestra labor se ha expandido desde los países comunistas de Europa del Este hasta China, Corea del Norte, Oriente Medio, el norte de África, Asia Central, India... dondequiera que los cristianos sufran por su fe.

Estos son los lugares donde la fe cuesta más, donde los seguidores de Cristo deben mantener ocultas sus creencias y donde vivir el Evangelio implica enfrentarse a palizas, encarcelamiento, discriminación y abusos. Para muchos cristianos, esto les cuesta la vida. Comprenden la plena realidad de la declaración de Jesús: «El que quiera ser mi discípulo, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga» (Marcos 8:34 NVI).

Puertas Abiertas trabaja con iglesias y socios locales para “fortalecer lo que queda”.

No se trata de mantenimiento. No se trata de mantener a la Iglesia perseguida en marcha, solo para que los creyentes puedan seguir celebrando reuniones. Los apoyamos porque su testimonio significa que sus comunidades, vecindarios e incluso sus naciones pueden conocer a Jesucristo vivo. En palabras del hermano

Andrew: «La obra de la iglesia no es sobrevivir. Existe para cumplir la Gran Comisión. Su obra es hacer discípulos de todas las naciones».

Y lo asombroso es que la Iglesia perseguida está haciendo precisamente eso. En Siria, Corea del Norte, Irak, Irán — en todo el mundo—, la Iglesia perseguida no solo sobrevive, sino que vive y crece. Eso es lo que sucede cuando, incluso en los entornos más hostiles, el pueblo de Dios demuestra el amor poderoso y transformador de Jesús.

En definitiva, lo que llevó al hermano Andrew a Varsovia en 1955 fue más que un tren o un billete; fue su disposición a obedecer a Dios. No tenía ni idea de adónde lo llevaría el viaje, pero estaba dispuesto a decirle sí a Dios y a dar un paso de fe.

Hoy, más que nunca, millones de cristianos perseguidos en todo el mundo necesitan que sus hermanos y hermanas emprendan el mismo camino. ¿Estás dispuesto a acompañarlos? ¿Estás dispuesto a orar, apoyar y defender a la Iglesia perseguida? ¡Entonces este es el momento de empezar!

Puertas Abiertas: Cómo Ayudamos

Puertas Abiertas apoya y fortalece a la Iglesia perseguida a través de

distribuyendo millones de Biblias y libros cristianos cada año;

ayudar a las víctimas de persecución a través de ayuda financiera para aquellos que la necesitan, defensa de aquellos injustamente encarcelados, reconstrucción de iglesias destruidas, obtención de ayuda médica para las víctimas de violencia y mucho más;

capacitar a los líderes de la iglesia y a otros creyentes para que se mantengan firmes frente a la persecución;

proporcionar a los cristianos perseguidos las habilidades necesarias para ganarse la vida independientemente y escapar de la pobreza, incluyendo programas de alfabetización, capacitación laboral y microcréditos para que puedan iniciar sus propios negocios;

movilizar a la Iglesia en todo el mundo para servir a los cristianos que viven bajo persecución religiosa orando, dando y hablando.

Descubra más sobre cómo puede participar en el apoyo a la Iglesia perseguida a través de Puertas Abiertas.

Elizabeth y John Sherrill se conocieron de jóvenes a bordo del Queen Elizabeth y posteriormente se casaron en Suiza. Juntos han publicado miles de artículos y escrito más de treinta libros, entre ellos "La Cruz y el Puñal" con David Wilkerson y "El Escondite" con Corrie ten Boom. La obra de los Sherrill los ha llevado a los cinco continentes, y su trabajo aún los mantiene en el camino, informando sobre las asombrosas obras del Espíritu Santo en el siglo XXI.

FOR MORE INFORMATION ABOUT OPEN DOORS

For prayer updates, or to learn about additional resources and opportunities to get involved with the persecuted Church, please contact your national Open Doors office.

Open Doors Canada

8-19 Brownridge Road
Halton Hills, ON
L7G 0C6

905-636-0944

OpenDoorsCA.org

Open Doors USA

PO Box 27001
Santa Ana, CA 92799

888-524-2535

OpenDoorsUSA.org



OpenDoors

Serving persecuted Christians worldwide

A true-life thriller that will leave you breathless!

As a boy Brother Andrew dreamed of being an undercover spy working behind enemy lines. As a man he found himself working undercover for God. His was a mission filled with danger, financed by faith and supported by miracles.

In this expanded edition, Brother Andrew's electrifying real-life story of smuggling Bibles into the most dangerous places on earth will grip readers all over again and inspire a new generation to step out on their own journeys of faith. Plus, a brand-new interview with Brother Andrew reveals behind-the-scenes information and fascinating insights into current events that are riveting the world.

Sixty years after his first perilous trip, Brother Andrew's legacy continues, making him one of the all-time heroes of the faith. This harrowing account of his narrow escapes and amazing adventures will bring you to the edge of your seat—and to a bold new level of faith.



NOW INCLUDES
PHOTOS AND A
NEW EPILOGUE FROM
BROTHER ANDREW
ON 60 YEARS
OF MINISTRY!

BROTHER ANDREW began taking Bibles to Christians behind closed borders in 1955. His ministry, which continues today, is known as Open Doors International. He is the author of numerous books and makes his home in the Netherlands.

 **Chosen**
a division of Baker Publishing Group

Cover design: Studio Gearbox
Cover imagery: Archangel